

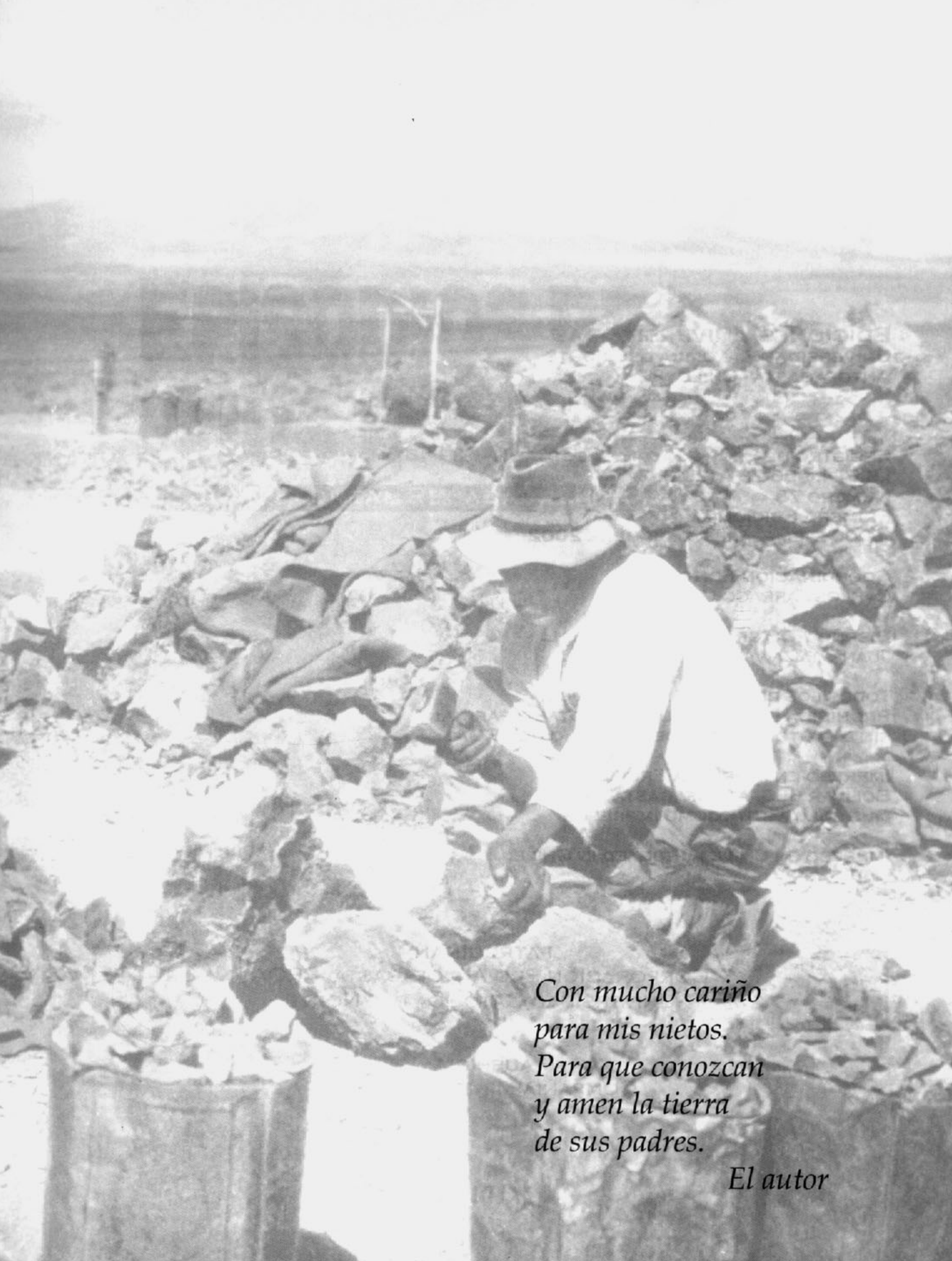
EPISODIOS DE LA VIDA REGIONAL

JUAN FLOREAL RECABARREN ROJAS



CORPORACION PRO ANTOFAGASTA - UNIVERSIDAD CATOLICA DEL NORTE





*Con mucho cariño
para mis nietos.
Para que conozcan
y amen la tierra
de sus padres.*

El autor

EDICIONES UNIVERSITARIAS
UNIVERSIDAD CATÓLICA DEL NORTE
ANTOFAGASTA - CHILE

REGISTRO DE PROPIEDAD INTELECTUAL N° 129.481
I.S.B.N. 956-287-129-0
NÚMERO 78
PRIMERA EDICIÓN,
3.000 EJEMPLARES, DICIEMBRE 2002

COORDINACIÓN EDITORIAL:
CARLOS TARRAGÓ CARDONNE

DISEÑO Y DIAGRAMACIÓN GENERAL:
JUAN OTAÍZA VALENZUELA

TODOS LOS DERECHOS RESERVADOS.
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL
SIN LA AUTORIZACIÓN DEL AUTOR O DE PROA.

IMPRESO EN IMPRENTA ERCILLA
BOLÍVAR 659, ANTOFAGASTA
QUE SÓLO ACTÚA COMO IMPRESOR.

IMPRESO EN CHILE / PRINTED IN CHILE.



PATROCINAN:
CORPORACIÓN PRO ANTOFAGASTA, PROA
UNIVERSIDAD CATÓLICA DEL NORTE



AUSPICIA:
COMPAÑÍA MINERA ZALDÍVAR



EPISODIOS DE LA VIDA REGIONAL

JUAN FLOREAL RECABARREN ROJAS



INDICE

PRESENTACION	11
INTRODUCCION	15
1. EL HOMBRE Y LA HISTORIA	21
ISAAC ARCE.	22
2. CIRCUNSTANCIAS EN LA HISTORIA NORTINA	24
COBIJA: EL PRIMER PUERTO BOLIVIANO.	25
EL POBLAMIENTO DE ANTOFAGASTA.	27
NACE LA MUNICIPALIDAD EN ANTOFAGASTA.	29
UN AÑO MÁS DEL MUNICIPIO.	31
MATÍAS ROJAS DELGADO: ALCALDE Y PERIODISTA.	33
MAXIMILIANO POBLETE: EL MODELO DE UN ALCALDE.	35
JORGE HICKS: EL CABALLERO DE EL ANCLA.	37
CARACOLE: EL CERRO DE LA PLATA.	39
EL IMPACTO ECONÓMICO DE CARACOLE.	41
LOS HIJOS DE CONFUCIO.	43
LA REVOLUCIÓN DE QUEVEDO.	45
CUANDO LAS VACAS DABAN LA LECHE.	47
"EL CHICHERO".	49
3. EL HOMBRE ANTE LOS HOMBRES	51
14 DE FEBRERO: EL ANIVERSARIO DE UN CONFLICTO.	52
LA ADUANA INTERVENTORA DE MEJILLONES.	54
EL COMBATE DE MAYO.	56
TOPATER: DUELO DE VALIENTES.	58
ANDRÓNICO ABAROA: EL PATRIARCA DE LA SEGUNDA REGIÓN.	60
ZALDÍVAR: EL EMPAMPADO.	62
4. EN LA VASTEDAD DEL NORTE	64
CALETA COLOSO: DONDE SE DETUVO LA HISTORIA.	65
YUNGAY: EL PUEBLO DEL SEÑOR GENERAL.	67
PAMPA UNIÓN.	69
TALTAL: EL PUERTO QUE NACIÓ DOS VECES.	73
TOCOPILLA: UN PUEBLO DIFERENTE.	77
EL TATIO Y SUS GEISERES.	79

5.	EL HOMBRE Y LA CONCIENCIA SOCIAL	81
	HABITANTES DEL DESIERTO.	82
	LUIS EMILIO RECABARREN SERRANO.	89
	LA TRAGEDIA DE LA PLAZA COLÓN.	91
	LA CRISIS ECONÓMICA DE 1921.	93
	CEMENTERIOS DEL DESIERTO.	96
6.	TIEMPO DE CATASTROFES	98
	Y LLEGÓ EL TSUNAMI.	99
	MAREMOTO DE 1922.	101
	TERREMOTO EN PAMPA UNIÓN.	103
	ALUVIÓN EN TALTAL.	105
	LA PESTE ATACA A TOCOPILLA.	107
	ALUVIÓN EN TOCOPILLA.	109
	LA TRÁGICA EXPLOSIÓN EN CHUQUICAMATA.	111
7.	UNA CIUDAD ANTE EL PROGRESO	113
	LUCES DE LA CIUDAD.	114
	EL CONFLICTIVO PROBLEMA DEL AGUA.	119
	DESABASTECIDOS.	123
	GONZALO CASTRO TORO.	125
	NACE EL CENTRO PARA EL PROGRESO.	127
	DONDE VOLCÓ EL TREN DE LOS SUEÑOS.	129
	EL NACIMIENTO DEL DÍA DE ANTOFAGASTA.	131
	JUANITA SAAVEDRA.	133
8.	PAGINAS PARA EL RECUERDO	135
	EL COLEGIO SAN LUIS Y EL PADRE BLUMELL.	136
	LA CATEDRAL EN LLAMAS.	138
	MONSEÑOR LUIS SILVA LEZAETA.	140
	IGLESIA DE SAN FRANCISCO.	142
	IGLESIA CORAZÓN DE MARÍA.	144
	EL HOSPITAL DEL SALVADOR.	146
	UNIVERSIDAD CATÓLICA DEL NORTE.	148

9. DE LOS TIEMPOS IDOS	150
TIEMPOS DEL ABRÓMICO.	151
LA PLAZA COLÓN.	153
ENTRE CABALLOS NACE LA AVENIDA BRASIL.	156
LA CASA GIMÉNEZ.	158
EL AUTO CLUB.	160
RUINAS DE HUANCHACA.	162
LA QUINTA DE RAFAEL CASALE.	164
 10. HITOS DE LA CONCIENCIA HISTORICA	 166
LA VISITA DE BALMACEDA.	167
EL GENERAL VIGNOLA SALVÓ LA DEMOCRACIA.	169
PEDRENY, EL CATALÁN DE LAS IZQUIERDAS.	171
LA BATALLA DEL AUTO CLUB.	173
INTENDENCIA, SEDES DEL GOBIERNO REGIONAL.	175
 11. RECADOS PARA LA HISTORIA NORTINA	 177
EL CARACOLINO.	178
EL ABECÉ DE UN CROATA.	180
ANTOFAGASTA, EL HOLLYWOOD CHILENO.	182
LA "S" DE HUGO SILVA.	184
LA REVOLUCIÓN DE PEDRO CÁCERES.	186
TRES ENCUENTROS CON GABRIELA.	188
REYES Y PRÍNCIPES EN CALAMA.	190
 BIBLIOGRAFIA	 193



Present

Presentación

¿Cuándo? ¿Quiénes? ¿Cómo? ¿Por qué? Son algunas de las interrogantes obligadas con las cuales enfrentamos la lectura de cualquier escrito que se relacione con la génesis y vida de un determinado asentamiento humano. En "Episodios de la vida regional", Floreal Recabarren con su estilo directo, riguroso y ameno que lo caracteriza, nos va enseñando por medio de crónicas históricas, cotidianas y anecdóticas como fueron surgiendo, creciendo, e incluso algunas desapareciendo, las localidades que conforman la actual Región de Antofagasta.

Floreal va uniendo como un mosaico multicolor, las piezas que componen un buen retrato de Antofagasta sus ciudades y pueblos que la rodearon y la rodean, desde sus inicios, hasta mediados del siglo pasado. En este relato podremos hallar antecedentes que van desde la época previa al conflicto bélico con Perú y Bolivia, pasando por el apogeo y crisis de la industria salitrera, sin dejar de lado la efervescencia social que produjeron las condiciones de vida en sus unidades productivas llamadas "oficinas", ni el impacto de la crisis de 1921, hasta llegar finalmente a la década de los cincuenta del siglo XX, con la creación de la primera universidad local, la Universidad Católica del Norte.

Gran parte de las ciudades de nuestro norte, se han forjado impulsadas por el empeño y ensueño que el hombre ha puesto en su afán de extraer las riquezas que esconde esta tierra. Aldeas y paupérrimos villorrios se convertían en atiborrados centros poblacionales de la noche a la mañana, debido al descubrimiento de depósitos de guano o de algún yacimiento de importancia. Plata, salitre y cobre fueron palabras mágicas que, cual imanes, atrajeron al desierto a expedicionarios, visionarios, aventureros y, por sobre todo, a anónimos soñadores, que como dice Recabarren : «terminaron en los cementerios calcinados de la pampa».

El libro nos invita a realizar un nostálgico y documentado recorrido por Cobija: primer puerto; por Caracoles, que llegó a conocerse como "la pequeña California"; por Tocopilla, Pampa Unión, Caleta Coloso, Yungay y Taltal que en su pleno auge contó con consulados de los más importantes países de Europa; y, por supuesto por Antofagasta la gran urbe, que congregó la mayor población, cuyo arcoiris étnico se vio incrementado por inmigrantes llegados de lejanas latitudes en busca de las oportunidades que esperaban encontrar en esta desértica zona.

Nuestros pueblos, en sus cortas existencias, periódicamente se han visto enfrentados a la adversidad. Azotados por pestes, maremotos, aluviones y te-



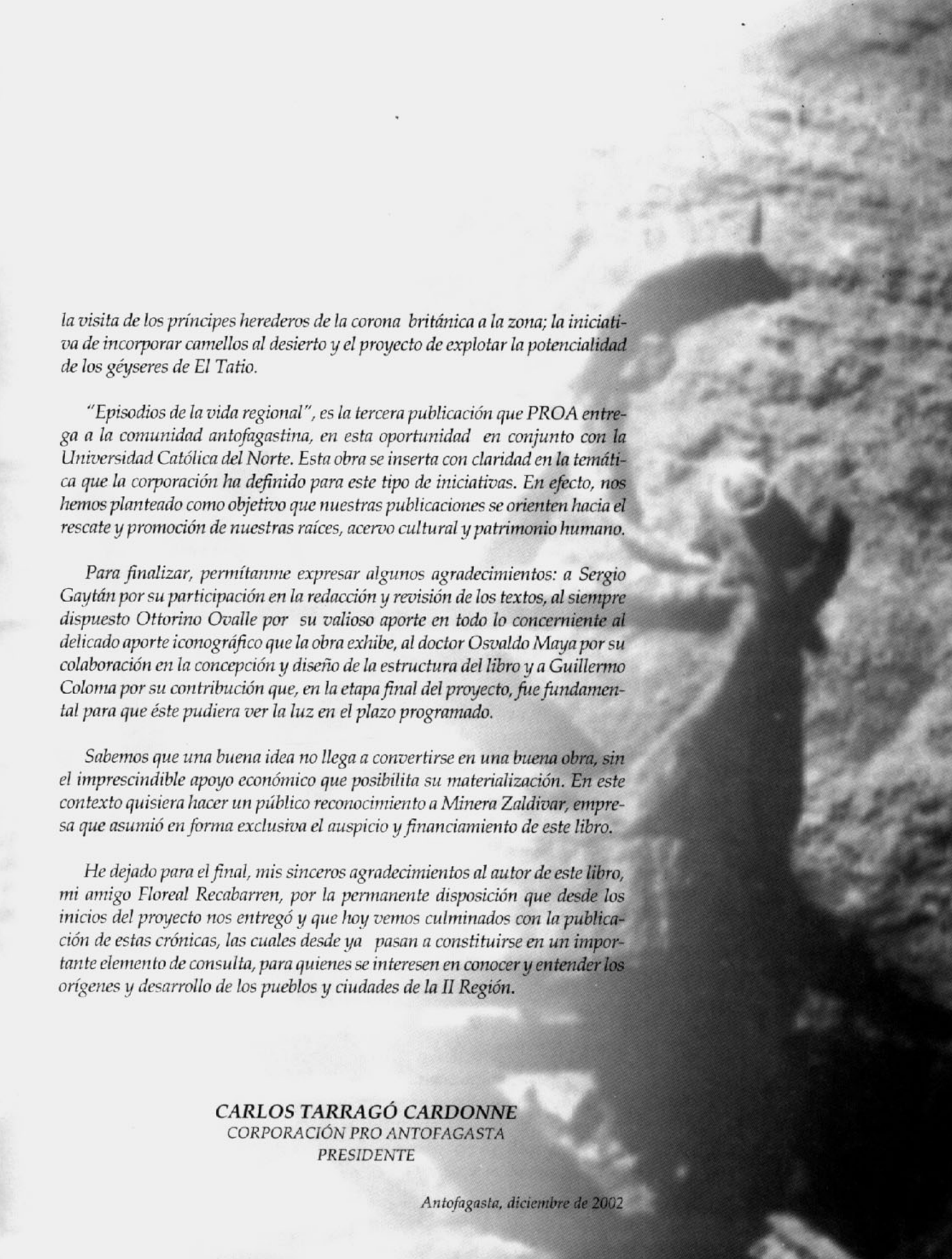
remotos han debido lamentar cuantiosas pérdidas de vidas. Pero no tan solo la fuerza de la naturaleza los han golpeado, sino, además, hemos sido actores y testigos directos de situaciones en donde la intransigencia humana también ha provocado lamentables consecuencias, como lo fueron los trágicos acontecimientos de la Plaza Colón en 1906 y de la oficina San Gregorio en 1921.

En las páginas del libro podremos adentrarnos en el álbum humano local, donde se nos presentan personajes que marcaron el periodo en los cuales vivieron por estos lares, como Silverio Lazo alias "El Chichero", bandido que asoló las comunidades nortinas hacia 1870; José María Soto el creador del pueblo de Yungay; el multifacético Jaime Pedreny destacado constructor y pionero de la radiotelefonía nacional; y el general Pedro Vignola cuya decidida posición constitucionalista posibilitó que el país volviera a la normalidad luego de los anárquicos meses finales de 1932.

El término «empampado» fue acuñado por Andrés Sabella para referirse a aquellas personas, que no perteneciendo a esta tierra, la acogieron como propia, dejando en su paso por ella, una impronta de entrega comunitaria digna de todo nuestro respeto y admiración. El presente libro se hace cargo de un merecido reconocimiento de la obra de verdaderos "empampados" como lo fueron, entre otros, el historiador Isaac Arce, quien, con su magna obra, salvó del olvido nuestro pasado; Matías Rojas, hombre múltiple, integrante chileno de la municipalidad cuando Antofagasta pertenecía a Bolivia, periodista, fundador del diario *El Industrial* y una de las personas más destacadas del siglo XIX; el alcalde Maximiliano Poblete, que modernizó la ciudad en sus 18 años de administración; el empresario Adolfo Zaldivar, que soñó y luchó por la construcción del ferrocarril a Argentina; Monseñor Luis Silva Lezaeta, gran impulsor de obras sociales, de beneficencia, educacionales y gran defensor de los trabajadores; el sacerdote José Florian Blumell formador de dos grandes colegios de la ciudad, como los son el San Luis y el Santa María; y por último el Dr. Gonzalo Castro Toro gran líder del siglo XIX y creador de los Cabildos del Norte.

Estos nombres se tienen ganado un merecido sitio de privilegio en nuestra historia ciudadana.

Dentro de los antecedentes casi desconocidos y algunos curiosos que nos ofrece Recabarren en su texto, se pueden mencionar: el bombardeo del Huáscar a Antofagasta; Antofagasta "el Hollywood chileno"; la batalla del Autoclub;



la visita de los príncipes herederos de la corona británica a la zona; la iniciativa de incorporar camellos al desierto y el proyecto de explotar la potencialidad de los géysers de El Tatio.

“Episodios de la vida regional”, es la tercera publicación que PROA entrega a la comunidad antofagastina, en esta oportunidad en conjunto con la Universidad Católica del Norte. Esta obra se inserta con claridad en la temática que la corporación ha definido para este tipo de iniciativas. En efecto, nos hemos planteado como objetivo que nuestras publicaciones se orienten hacia el rescate y promoción de nuestras raíces, acervo cultural y patrimonio humano.

Para finalizar, permítanme expresar algunos agradecimientos: a Sergio Gaytán por su participación en la redacción y revisión de los textos, al siempre dispuesto Ottorino Ovalle por su valioso aporte en todo lo concerniente al delicado aporte iconográfico que la obra exhibe, al doctor Osvaldo Maya por su colaboración en la concepción y diseño de la estructura del libro y a Guillermo Coloma por su contribución que, en la etapa final del proyecto, fue fundamental para que éste pudiera ver la luz en el plazo programado.

Sabemos que una buena idea no llega a convertirse en una buena obra, sin el imprescindible apoyo económico que posibilita su materialización. En este contexto quisiera hacer un público reconocimiento a Minera Zaldivar, empresa que asumió en forma exclusiva el auspicio y financiamiento de este libro.

He dejado para el final, mis sinceros agradecimientos al autor de este libro, mi amigo Floreal Recabarren, por la permanente disposición que desde los inicios del proyecto nos entregó y que hoy vemos culminados con la publicación de estas crónicas, las cuales desde ya pasan a constituirse en un importante elemento de consulta, para quienes se interesen en conocer y entender los orígenes y desarrollo de los pueblos y ciudades de la II Región.

CARLOS TARRAGÓ CARDONNE
CORPORACIÓN PRO ANTOFAGASTA
PRESIDENTE

Antofagasta, diciembre de 2002

Introducción



JUAN FLOREAL RECABARREN ROJAS: HISTORIADOR DEL NORTE GRANDE

Notable resulta el sentido de la Historia en "Episodios de la vida regional" de Juan Floreal Recabarren Rojas. La obra deparará a uno y todos la más grata de las lecturas. Aficionados y doctos incursionarán en sus páginas identificándose con un Norte multifacético. En ella reside y suscita resonancias la pluralidad absoluta que concede singularidad al Norte Grande.

Esta obra posee un atributo primordial: en sus planteamientos se advierte en esencia el sentido de la Historia nortina, pues dan cuenta de la significación neta e imbricada al valor connotado de cuanto pudiera acontecer -los hechos históricos propiamente tales- en un entorno espacio-temporal específico; en este continuo el hombre percibe, se posiona, piensa, opina y asume responsabilidad por lo que estima incorporable al acervo cultural del Norte chileno.

El texto de Recabarren tiene una trama que es una lección magistral de Historia: Hombre e Historia para que las circunstancias pongan a prueba, simultáneamente a él y a ella. La Historia deviene y el hilo conductor, como en Heródoto, suele estar dado por las eventualidades que sitúan al hombre frente a los hombres. Los escenarios para esta saga afloran y se diseminan en la vastedad del Norte. En ellos el hombre revelará su conciencia social que, en episodios catastróficos, dará su más exacta dimensión. Así progresan los pueblos: son los días en que los hechos se testimonian en auténticas páginas para el recuerdo. Sin embargo, no todo permanece. Para la Historia es importante la memoria de los pueblos -así lo estimaba Cicerón-, de aquí entonces que, camino del final la obra de Recabarren nos adentra en la apasionante problemática de los hitos de la conciencia histórica regional. El hombre en pro de la historia, dejará lo suyo y, más aún, en el sello de cada uno de los que cotidianamente hacen este Norte, siempre habrá un recado para la Historia nortina.

Tras lo referido, si se amplía la perspectiva, queda claro que el modo de captar el sentido de los hechos históricos, aunque difiera, a la postre no es excluyente. La dinámica de la Historia se percibe en función de los respectivos contextos culturales. Sobre la base de éstos -hoy enaltecidos por los medios de comunicación masiva-, Recabarren podría situarse junto a Francis Fukuyama y de acontecer tal hecho, tam-



bién tendría, para la vieja pregunta de Kant una respuesta provisional y afirmativa: "Es posible escribir una historia universal desde un punto de vista cosmopolita".

Dada la pluralidad de los contextos culturales que sustentan el sentido de la Historia nortina, para la adecuada percepción del trasfondo de esta historia, cabe la alusión, aunque somera de los más singularizantes.

Las circunstancias propias del mundo nortino se afianzan desde siempre, en la idea de lo transitorio. Desde las más remotas edades siempre emerge y se impone esa casi mítica imagen del hombre desplazándose por la compleja geomorfología nortina en incesante búsqueda de un hábitat para satisfacer necesidades básicas de subsistencia.

Temporalidad, espacios, hombres, vestigios de civilizaciones testimonian, ab origine, una realidad nortina que sólo encuentra su parangón al recordar a Heródoto concluyendo su obra con esa proposición hecha a los persas, en tiempos de Darío, para que prefirieran "vivir mandando en un país áspero, que no mandados disfrutando del más delicioso paraíso".

Los pioneros nortinos señorearon estas ásperas latitudes y con ese espíritu mandaron en ellas. Tesón de visionarios fue indispensable para afianzar relaciones que, una vez compartidas, dieron paso al progreso en cada una de sus posibles expresiones, hasta llegar, finalmente, a decantar esa esencia que enraíza a hombres aptos para hacer Historia. Son los que sintiéndose nortinos, contribuyeron al acervo de la cultura regional.

Distinta fue la situación de algunos tramontanos avecindados en "el gran despoblado". Vivieron para conservar intacta la quimera de "retornar a la querencia". Su opción por ese "disfrute de un más delicioso paraíso" no sólo los invalidó ante quienes pudieron ser sus pares, sino que los proyectó en movimiento orbital por un Norte de recuerdos que, a la postre, hasta se revelaría como una cabal utopía.

Anticipándonos a la conocida glosa de este párrafo, cabe advertir que no es adecuado vincular estas eventualidades con el dualismo sui generis que flanquea al auténtico testimonio de los tiempos -la base de la Historia, anotó Cicerón-, poniendo en riesgo su veracidad, la vitalidad de los recuerdos, su calidad de mentor para la vida y su condición pregonera de tiempos idos.

Allí, a la diestra, está lo que se juzga, aunque con reservas, como la Historia oficial. En el otro flanco, lo que pese al tiempo, muchos quisieran como Historia en un sutil y maquinado intento de velarle su limitada esencia. Por ser ideas habitualmente criticadas, permiten que se asome a la memoria ese novelesco protagonista de Julien Green que, complacido, decía: "Por singular ley de mi espíritu, ciertas realidades sólo me parecen verdaderas si lo fantástico lo exagera".

Juan Floreal Recabarren Rojas, atento al testimonio y a la veracidad de lo atestiguado, concilia ambas posiciones con la total independencia que otorga el conocimiento. Percibe la Historia con el respeto de quien sólo aspira a aprender y la narra con la reposada sabiduría de un maestro.

La lección le viene de lejos, de sus siempre recordados maestros en el antiguo Pedagógico capitalino y también de su dominio y revisión constante de "las fuentes".

Luego, la vida y el oficio han permitido que comparta ideas profesionales con hombres de reconocida capacidad para "nortinizar": Adolfo Contador, José María Casassas, Óscar Bermúdez, Antonio Obilinovic, Alfredo Wormald, Luis Urzúa, Héctor Pumarino, Oriel Álvarez, Juan Panadés, Raúl Aracena y, superando espacio y tiempo, entre muchos otros, Isaac Arce, Aníbal Echeverría y Reyes, Harold Blakemore y los monseñores Silva Lezaeta y Oviedo Cavada.

Cada uno de ellos en su oportunidad, como hoy Recabarren, con "Episodios de la vida regional", han contribuido con sus páginas para urdir el rico paño de las historias locales en pro de esa compleja realidad que al paso de los tiempos, se ha impuesto como la conciencia de la



nortinidad y que en sus expresiones culturales, continúa sustentado la Historia regional.

Sobre la base de éstos, se multiplican los contextos culturales y dan forma a una gama cuya diversificación respalda la esencia misma de las percepciones de la Historia en este autor.

«Episodios de la vida regional» obedece, como es lógico deducirlo, a muy sentidos anhelos: dar continuidad y el debido complemento a la única Historia de Antofagasta y, a la vez, motivar iniciativas similares al servicio de otras localidades regionales. La extensa obra de este historia a la que el tiempo sigue otorgando quilates, es la mejor garantía para anticipar que en el contexto de sus pares ya se susurra con beneplácito que ella tiene un novedoso segundo tomo.

A fin de cuentas Protohistoria, Historia e Intrahistoria constituyen la más potente tríada generatriz a disposición del hombre. Sin embargo, pareciera que el secreto está en que la intrahistoria en la percepción de un experimentado cronista, implica un salto cualitativo que, axiológicamente, lleva a considerar cuan vigente sigue el anhelo de fundir los extremos para superar lo que se supone impedimento en el tránsito desde lo estrictamente singular a lo universal. La aldea global ya existe. El hombre actual tiende a universalizar. Razones más que suficientes para justipreciar esta obra ofrecida a los nortinos por Juan Floreal Recabarren Rojas.

OSVALDO MAYA CORTÉS

MIEMBRO CORRESPONDIENTE EN ANTOFAGASTA,
DE LA ACADEMIA CHILENA DE LA LENGUA.



1. EL HOMBRE Y LA HISTORIA



ISAAC ARCE



ISAAC ARCE: EL HISTORIADOR

Antes de salir de casa, don Isaac se miró al espejo. Quería lucir sencillo, pero al mismo tiempo, solemne. La verdad es que no era necesario que se lo propusiera: había en su figura un sello de respetabilidad, característica por la cual se le reconocía. Sin embargo, era un día especial, puesto que la Municipalidad lo distinguiría nombrándolo "Ciudadano Honorario" junto con don Maximiliano Poblete Cortés. Doble honor.

Don Isaac Arce Ramírez no sólo era conocido y respetado por ser uno de los más antiguos vecinos de la ciudad, sino también por ser uno de los últimos cuatro veteranos que quedaban de la Guerra del Pacífico. Cuando comenzó el conflicto (1879) tenía 16 años y se enroló como guardia cívico, con el grado de sargento segundo.

Su larga trayectoria como funcionario de oficinas salitreras, le permitió ser conocido por altos funcionarios, trabajadores y comerciantes relacionados con esa actividad industrial.

Pero sin duda su obra más importante era su libro *NARRACIONES HISTÓRICAS DE ANTOFAGASTA*, que relata el desarrollo de la ciudad desde su poblamiento hasta los primeros años del siglo XX.

En cerca de quinientas páginas cuenta con minuciosidad los acontecimientos históricos más importantes y sobresalientes. Cada uno de ellos, objetivados por un documento iconográfico inédito. Son 155 fotografías que difícilmente habrían llegado a conocerse, si él no las hubiese coleccionado y publicado.

Su amor al desierto fue evidente, pero lo quería con un verdor de esperanza. Con la voluntad de un hombre que piensa que todo puede ser si existe la decisión de emprenderlo. Don Isaac trajo semillas de pimienta desde Copiapó, las que cultivó y plantó en las oficinas que tuvo a su cargo. Por eso no sería raro que aún, en algún lugar de la pampa, las ramas secas de un viejo árbol quedasen como testigos de la presencia de un hombre excepcional.

UNIVERSIDAD DE LA VIDA

Don Isaac nació en Coquimbo el 3 de junio de 1863, en el hogar formado por Jerónimo Arce y Melchora Ramírez. El matrimonio emigró a Valparaíso en busca de mejores perspectivas económicas, ciudad en la cual su padre ejerció como arquitecto.

En el puerto, Isaac aprendió sus primeras letras cuando tenía cuatro años. Desde allí saltaron a Antofagasta. Don Jerónimo fue contratado para armar unas casas y construir otras.



EL AUTOR DE LAS NARRACIONES HISTÓRICAS DE ANTOFAGASTA, ISAAC ARCE, EN UNA DE LAS FOTOS DISPONIBLES, JUSTAMENTE LA QUE APARECE EN LA PORTADA DE ESE DOCUMENTO QUE RELATA LOS PRIMEROS AÑOS DE EXISTENCIA DE LA CAPITAL DE LA SEGUNDA REGIÓN.

Era el año de 1872, tiempo en que Caracoles abría un horizonte de futuro. Podría asegurarse que la ciudad y don Isaac crecieron y se desarrollaron juntos.

Esas circunstancias las recuerda en el prólogo de sus *NARRACIONES*: *"relataremos -afirma- lo que nuestros recuerdos nos dicen desde que, allá en la niñez, pisamos por primera vez las playas de Antofagasta"*.

No bien se habían instalado en la ciudad, cuando don Jerónimo enfermó gravemente, debiendo trasladarse a Valparaíso. Allí murió. El estudiante Isaac se vio obligado a trabajar. Tenía 13 años. Nunca más volvió a sentarse en un sala de clases: un ilustre autodidacta.

* Comenzó como junior del Almacén Inglés Imrie de Santiago. Luego ingresó a la Compañía del Salitre y Ferrocarril en un cargo modesto, llegando -con el tiempo- a administrador de oficinas salitreras.

Todo lo observaba y lo retiene en la memoria, al mismo tiempo que se interesa por coleccionar antecedentes sobre la historia de la ciudad.

Dos veces viudo y tres casado. Su última esposa, doña Carolina Durandean, murió poco antes que él. Don Isaac dejó de existir el 30 de julio de 1951.

GRANDE - SERIO - ÚNICO

NARRACIONES HISTÓRICAS DE ANTOFAGASTA, de Isaac Arce Ramírez, es la más completa investigación de la historia de la ciudad. Todos los sucesos del siglo XIX están relatados en forma tan amena que la lectura resulta fácil y agradable. Además, lo escrito está ratificado por inéditos documentos iconográficos. Nadie podrá emprender investigaciones más especializadas, si antes no recurre a la obra de Arce, cosa que ha sucedido con todos los estudios posteriores a las NARRACIONES.

Isaac Arce tuvo conciencia de la grandeza de su trabajo, de forma que escribió: *"(he) experimentado la satisfacción de haber contribuido con verdaderos elementos de investigación y*

comprobación a la obra, que otros, deberán llevar a cabo".

Don Isaac no había realizado cursos de metodología para la investigación histórica, pero su obra la fue urdiendo con las directrices que su inteligencia le aconsejó, y lo hizo bien. Serio y riguroso, como lo fue toda su vida, seleccionó todo lo que le pareció veraz, de tal manera que él omite referencias bibliográficas, pero el valor de la información no disminuye.

Las NARRACIONES son la única obra de su género que describe el pasado de la ciudad, por más de cincuenta años. Así lo entendieron Luis Silva Lezaeta y Aníbal Echeverría y Reyes, ambos miembros correspondientes de la Real Academia Española de la Lengua y así también lo dejaron consignado en el informe que entregaron al Alcalde Poblete, para que la Municipalidad financiara la publicación: *"contiene muchas noticias... documentos inéditos... que sería imposible consultar en otra obra"*.

Hoy es difícil encontrar un ejemplar de las NARRACIONES HISTÓRICAS DE ANTOFAGASTA, por eso, hablar de identidad regional, es sólo una frase sin la presencia del libro de don Isaac.

2. CIRCUNSTANCIAS EN LA HISTORIA NORTINA



COBIJA: EL PRIMER PUERTO BOLIVIANO

Francisco Bourdet O'Connors abrió sus grandes ojos claros y miró el cielo salpicado de pequeñas lucecitas. Era difícil dormir sobre el suelo duro. La humedad se hundía entre sus ropas. *"Hay otra cosa más difícil para cumplir la orden de mi General"* -pensó- *"cómo ubicar y señalarle al General Sucre el lugar ideal"*. Luego, como iluminado por un rayo, se contestó *"le indicaré tres lugares para su elección: Paposo, Mejillones y Cobija"* con ese pensamiento se durmió, mientras el mar seguía roncando sus olas.

Así terminó don Francisco su cansadora expedición por la costa del Pacífico del desierto de Atacama.

El 26 de diciembre de 1825, Bolívar firmó el decreto de su sueño: *"... queda habilitado desde el 1° de enero ... como Puerto Mayor ... con el nombre de Puerto de Lama, el de Cobija"*.

Sin embargo, Cobija era de más antigua data. Hacia fines del siglo XVI nació, con el devoto nombre de Santa María Magdalena de Cobija. Servía de refugio a los marineros que viajaban desde Valparaíso a Arica. Al siglo siguiente, ya nadie lo visitaba. Al final de la Colonia, volvió a revivir, transformándose en control aduanero de la exportación de plata de Potosí que, circunstancialmente, derivaba la carga hacia la caleta, las

mulas recorrían 960 kms para llegar a Cobija. Era una vía larga y difícil que se demoraba tres semanas en recorrer. En cambio, entre Arica y La Paz, el tiempo invertido era de una semana.

CAMELLOS

La distancia y la escasez de agua eran dos obstáculos, la posta estaba formada por las localidades de Potosí, Parcos, Lipez, Polapi, Chiu Chiu, Calama y Toconce; hielo en la cordillera, infierno en el desierto.

Fue entonces cuando alguien pensó: *"el Sahara es un desierto. Atacama también. Allí hay camellos ¿por qué aquí no?"*

Sin sospechar el futuro que le esperaba, en marzo de 1846 desembarcaron treinta y cinco camellos. Lamentablemente, nadie se preguntó sobre qué tipo de suelo transitan esos animales. El Sahara es un desierto de arena. Atacama, en tanto, guijarros. Como era de esperar, los camellos murieron por las patas.

ARICA O COBIJA

Cuando Bolívar pensó en Cobija, Sucre insistió en Arica. El puerto del extremo norte tenía una historia: cuando se des-



COBIJA: VISTA DESDE EL MAR

cubrió Potosí -el mineral de plata más grande del mundo- Arica se transformó en el puerto más importante del Pacífico. Por allí se embarcó la plata hacia el exterior y fue por allí también que llegaban lujosas importaciones encargadas por los mineros, que incluían desde pianos hasta óperas y operetas, de tal modo que Cobija nació con la muerte anunciada.

¿Cuántos años transcurrieron desde su fundación oficial? Sólo un tercio de las importaciones bolivianas de internaban por allí.

Las autoridades aunaron denodados esfuerzos para poblar ese puerto. Diversos decretos de gobierno otorgaron apetitosas franquicias a quienes lo eligieron como lugar de residencia: terrenos gratuitos, gratificaciones, auxilios para adquirir artículos de trabajos y tres años de exención tributaria.

Luego de esta franquicia, Cobija sólo contaba con 391 habitantes y, para colmo, el diario boliviano "El Cóndor" explicaba que los concesionarios eran, en gran parte, extranjeros como españoles, salteños y un buen número de chilenos.

ESPLENDOR Y DEBACLE

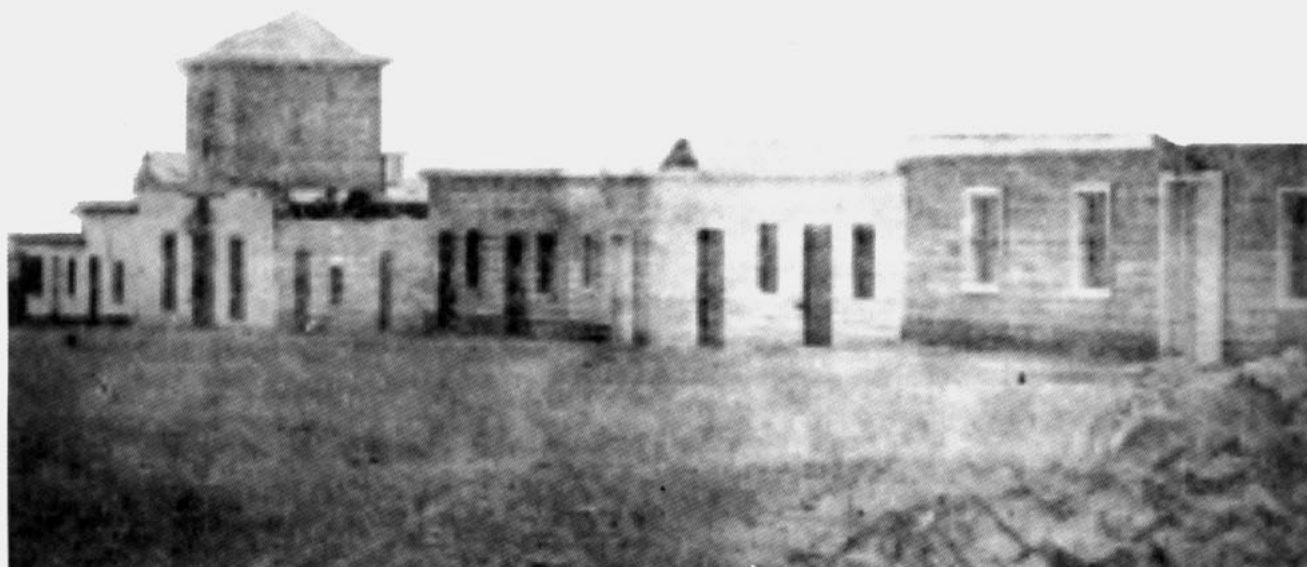
En la década de 1830, el presidente de Bolivia, Andrés de

Santa Cruz, trazó una audaz política para poblar el puerto. No sólo lo hizo desde el palacio de gobierno, sino que además se dio el tiempo suficiente para visitarlo. La inyección económica mejoró notablemente su administración. Esta política, más las dificultades del comercio paceño, surgidos por conflictos con Perú -aumentados por los aranceles aduaneros con Arica- permitió un importante desarrollo de Cobija, de tal modo que, en 1854 aumentó el comercio y su población alcanzó a superar los 5000 habitantes.

Diez años más tarde, cuando se inició el poblamiento de Antofagasta, Cobija no resistió la competencia.

¿Cómo era ese poblado? Russenberger, un médico norteamericano que visitó Cobija, lo describió así: *"las casas son de un piso y están construidas de maderas y adobes. Una gran proporción de las casas están ocupadas por tiendas donde se exponen una gran variedad de mercaderías extranjeras ... el edificio más antiguo es una Iglesia construida de adobes de pequeños tamaños ... se podría creer que es un establo"*.

Lo que no dijo es que esa iglesia, con sus barras hexagonales y pintada de un violento color naranja, servía a los marineros para ubicar al puerto.



ALGUNAS CASAS EN COBIJA

EL POBLAMIENTO DE ANTOFAGASTA

P

oblar no es sinónimo de fundar. El poblamiento es un acto espontáneo o dirigido. En el caso de la Región de los Lagos, el Estado introdujo la inmigración de alemanes, pero la mayoría de las ciudades donde se instalaron ya estaban fundadas.

Antofagasta es el caso típico de un poblamiento espontáneo. En el desierto es difícil fundar pueblos; son las personas las que atraídas por circunstancias especiales, se agrupan en determinados territorios, la fundación es posterior.

En la historia de esta ciudad hay tres fechas que corresponden a diferentes acontecimientos: 1866, inicio del poblamiento; 1868, fundación oficial; 1879, la ciudad pasó al patrimonio nacional (desembarco de tropas chilenas).

Hacia mitad del siglo XIX, el guano y el salitre incentivaron la llegada de exploradores, que instalaron en Cobija su centro de operación. El descubrimiento de covaderas en Mejillones, acercó a los exploradores hacia los terrenos de la futura ciudad.

Es previo explicar que Chile no había definido (a esa fecha) su límite norte. En 1842, después de conocer el informe de una comisión expedicionaria, el Congreso -por ley- dispuso que el país limitaba al norte con el paralelo 23. Así se inició la controversia con Bolivia, solucionada por el tratado de 1866, que obligó a Chile a retirarse al paralelo 24.

JUAN Y JOSÉ

El "chango" Juan López es un personaje casi legendario: ¿Cuándo nació? ¿Quiénes fueron sus progenitores? ¿Dónde descansan sus restos? Hasta ahora nadie ha respondido estas y más preguntas.

Los artistas le han dado rostro y forma, y la poesía habla por él. Es verdad que firmó un documento dirigido al Gobierno boliviano, que en cierta forma, es su única biografía.

En la misiva, el "chango" hizo dos afirmaciones que es bueno transcribir. Primero: *"me dirigí a este litoral, arribando a la caleta que hoy llaman La Chimba, o puerto de Antofagasta, la que me era conocida muchos años atrás... y que denominé Peña Blanca, que estaba desierta hasta 1866"*. La segunda: *"del puerto de Antofagasta... yo he sido su piedra fundamental y el primer habitante que fundó su edificio..."*

Juan López, pues, el primer poblador de Antofagasta.

El otro personaje que es necesario estimar es José Santos Ossa. Nacido en Huasco en 1827, desde muy joven se relacionó con la actividad minera. Residió en Cobija y desde allí exploró el Desierto de Atacama. Fallecida su primera esposa,



LA FOTO DA MUESTRAS DE LA COSTA CENTRAL (ACTUAL CLUB DE YATES Y MUELLE HISTÓRICO), Y FUE CAPTADA EN 1879.

Matilde Ruiz Correa, reincidió con Delia Borne Puga. Viajero empedernido, recorrió el país. Visitó, por asuntos de negocios, Perú y Bolivia, y se entrevistó con sus respectivos presidentes.

En una expedición emprendida a fines de 1866 por el Desierto de Atacama, acompañado de su hijo Alfredo y otros colaboradores, se extravió y después el grupo se reencontró en Peña Blanca (nombre primitivo de la ciudad). Desde aquí envió a su hijo a trepar por el Salar del Carmen, indicándole el lugar donde podría encontrar caliche. La expedición fue exitosa. Alfredo relata: *"Habíamos encontrado salitre"*. Portando muestras retornó a Peña Blanca.

CON LATAS DE TARRS DE PARAFINA

La ciudad nació y creció a semejanza de cómo lo hizo la sociedad humana. Primero el núcleo familiar de Juan López, su esposa, hija e hijastro, más el pequeño grupo de trabajadores traído para laborar en el cobre.

No sabemos el día en que se instalaron, pero sí que fue en el mes de noviembre de 1866. Sin embargo, el descubrimiento de José Santos Ossa de calicheras en el Salar del Carmen, fue un impulso importante para el poblamiento. Y ese acontecimiento fue también en noviembre del mismo año.

Al año siguiente, el yerno de Ossa, el peruano Antonio de Lama, construyó su casa con *"planchas de lata de tarros de parafina, con palos enterrados en el suelo y sujetó el techo con piedras para que no se la llevara el viento"*.

Desde el descubrimiento del caliche, hasta la instalación de la maquinaria (28 de enero, 1869), Ossa gastó su tiempo

en organizar la empresa y obtener del Gobierno de Bolivia la concesión de los terrenos. Incluso Juan López figuró entre ellos.

El año 1868, el presidente boliviano Mariano Melgarejo, decidió fundar oficialmente el poblado de La Chimba. El documento, fechado el 22 de octubre, no usó ni ese nombre ni el de Peña Blanca. La ciudad fundada se llamó Antofagasta, en homenaje a los terrenos que su hijo poseía en la región de Antofagasta de la Sierra.

En 1870 Caracoles produjo la explosión demográfica de la ciudad. Llegaron miles de chilenos y extranjeros atraídos

por el brillo de la plata. La ciudad fue el centro del desembarque de viajeros y mercaderes.

En menos de un año, el centenar de habitantes que aquí residían, subió a más de tres mil y a seis mil a fines de ese año. Ya se había confeccionado el plano de la ciudad, que se extendía desde el mar hasta la calle Santa Cruz (Matta), Bolívar por el norte y Ayacucho (Baquedano) por el sur.

La fundación de Antofagasta es algo que aún no ha sido establecido oficialmente y aceptado por la comunidad. Pero es un hecho que su poblamiento ocurrió en noviembre de 1866.

NACE LA MUNICIPALIDAD EN ANTOFAGASTA

Era el comentario obligado. Sobre la verdad se iba tejiendo un espeso manto de falsos rumores. Unos aseguraban que se cerrarían las chinganas. Otros, que funcionarían sólo los sábados. No habrá consumo de alcohol, afirmaban los sedientos. El panorama no se presentaba halagüeño para los propietarios de chinganas, ni para las cantoras que amenizaban las fiestas. Había inquietud.

Antofagasta de 1872 era un hormiguero humano. La plata de Caracoles y el salitre del Salar del Carmen eran los estímulos para los inmigrantes. Las embarcaciones anclaban en la bahía para dejar los cargamentos humanos provenientes de todas las latitudes: ingleses, alemanes, franceses, chinos, portugueses y chilenos de Copiapó, La Serena y Santiago. Desorganizados y anárquicos, cada uno imponía su propia ley.

Poco decididos a permanecer; la mayoría dispuestos a lograr y luego emigrar. Empresarios, profesionales, artesanos y campesinos. Honestos y delincuentes. Un mundo difícil de manejar.

En la calurosa tarde del 25 de enero de ese año, una multitud se había reunido, invitada por el subprefecto del Departamento, Manuel Buitrago. En tono decidido les expresó que los había convocado en vista "de los

muchos desórdenes y crímenes cometidos desde hace algún tiempo... y no teniendo... (la) policía la fuerza suficiente para guardar el orden", por lo que pidió a los vecinos que propusieran medidas para terminar con esa situación.

El Cabildo Abierto, con una concurrencia de 150 ciudadanos, nombró nueve munícipes (concejales), que tenían la tarea, casi divina, de terminar con el caos: Francisco Errázuriz, gerente de la Beneficiadora de Metales; Félix García, Emeterio Moreno, industriales mineros; Salvador Reyes, empresario de carretas; Matías Rojas, ingeniero de minas; Juan Vargas, comerciante. Además, dos alemanes: Luis Lichenstein, propietario de una empresa de lanchas y, Ernesto Wolchmar, comerciante. Cerraba el grupo el inglés Eduardo Foster, alto funcionario de la Compañía de Salitre. Todos ellos pasaron a formar parte del primer Cuerpo de Agentes Municipales.

ADIÓS AL CAOS

Este grupo de munícipes causó la alarma entre los chinganeros, sometiéndolos a un Reglamento de Establecimientos de Diversiones Públicas. El primer artículo les golpeó el bolsillo: debían solicitar permiso y pagar patente. Se terminaban las largas noches de jolgorio, debiendo cerrar a las 23 horas. Consultaba fuertes multas para los infractores. Salones ópticos, billares, palitroques, cafés y hoteles quedaron prisioneros de la disposición.

Además, dispuso que *"ni en casas, ni en las calles se podrán practicar juegos de azar"*. Una sentencia de muerte para los tahúres.

Pero, una ley sin autoridad que obligue a respetarla no es efectiva. Se organizó una Guardia de Orden y Seguridad, bajo la tuición del municipio. Se rentó convenientemente a los policías y, para reforzar la guardia, se decidió contratar diez porteños de Valparaíso. La modernización concluyó con la compra de un caballo. En breve tiempo, la ciudad de Antofagasta volvió al orden y las disciplinas, y los vecinos comenzaron a vivir tranquilos.

AGILES MUNÍCIPIES

Los munícipes duraron un año en sus funciones y celebraron más de cuarenta sesiones ordinarias y extraordinarias. Cortas pero efectivas. Al revisar las actas se tiene la sensación de estar en presencia de hombres muy ejecutivos. Hay que tomar en cuenta las dificultades que resultan de ser Antofa-



MUNICIPALIDAD DE ANTOFAGASTA EN 1914



FRANCISCO ERRAZURIZ, CHILENO, GERENTE DE LA BENEFICIADORA DE METALES, INTEGRÓ EL PRIMER CUERPO DE AGENTES MUNICIPALES DE ANTOFAGASTA, EN 1872

gasta un pueblo en formación, donde todo hay que hacerlo con rapidez.

Si bien es cierto que la Municipalidad fue presidida por Félix García Videla, no lo es menos que cada uno de los integrantes actuó como alcalde. Da la impresión de una familia muy organizada, que resuelve los problemas del hogar común.

Está en todo; desde la petición de la señora Francisca Veas solicitando permiso para rifar alhajas, hasta resolver los pormenores del trazado de la línea del tren que debía pasar por las principales calles. La educación y la salud de la población, la reubicación del cementerio, la "fábrica" de la iglesia, la construcción de la recova y el matadero y alumbrado público, todo lo resuelve con prontitud y tino.

Denuncian las infracciones de los ambulantes que invaden las calles céntricas para vender comestibles y licores. Or-

denan convertir el sitio eriazado de la Plaza Colón "en un paseo público". Nombran al juez que arbitra las peleas en el Coliseo de Gallos. Pone freno a quienes están instalando sus viviendas al lado del cementerio, porque "ha habido gente que coloca sus carpas sobre los mismos cadáveres".

Cada munícipe cumple diversas funciones: alcalde, funcionario y contralor. Para resolver a la brevedad, usa su dinero y en la sesión siguiente solicita reembolso. Hay en todos una gran dosis de autocontrol.

En síntesis: un real Cuerpo de Agentes Municipales.



PRIMER ACTA DE SESIONES DE LA MUNICIPALIDAD DE ANTOFAGASTA

UN AÑO MÁS DEL MUNICIPIO

Antofagasta crecía lentamente. La población llegaba a trabajar desde el centro y norte verde del país, con la intención de dedicarse a las faenas preliminares, esto es, la instalación de la máquina productora y la línea férrea para transportar el caliche al puerto. Crecía perezosamente. Sin embargo, Caracoles tuvo la virtud de transformarse en el detonante de la explosión demográfica.

Elevarse, en meses, de 300 a seis mil habitantes, trajo todos los beneficios imaginables, pero también todos los males inevitables: aumentaron los negocios de bebidas alcohólicas, las chinganas (inocente nombre para una casa donde había licor, canto y también la picardía de las chicas lindas) y naturalmente, los malandrines. Un poblado sin Dios ni ley.

EN DEFENSA DE LA PAZ CIUDADANA

En Caracoles, Oficina Salar del Carmen y Antofagasta, pululaba un grupo secreto de bandidos: El Minero, El Picoteado, El Rancho, El Colorado y Salomón. El primero tenía a su haber el asesinato de un amigo y el recelo profesional entre El Picoteado y El Rancho, terminó con las vidas de ambos en un duelo a cuchilla en pleno desierto: "¡rotos choros!".

Las 200 carretas que viajaban entre Caracoles y el puerto

eran víctimas de diarios asaltos y la población debía vivir alerta para evitar robos y asesinatos. Existía intranquilidad. El servicio de guardias no era capaz de poner orden.

A fines de enero de 1872, don Manuel Buitrago, invitó al vecindario antofagastino a reunirse en un Cabildo Abierto, a celebrarse el 25 a mediodía. Se reunieron ciento cincuenta vecinos, entre ellos

los varones de mayor prestigio.

Don Manuel hizo la presentación del problema: ¿cómo combatir el desorden? Extenso debate. A las tres de la tarde, todos se retiraban satisfechos. Se había constituido un Concejo Municipal, integrado por dos alemanes, un inglés y seis chilenos, todos extranjeros viviendo en tierra donde Bolivia ejercía soberanía.

Buitrago fue claro y conciso: "*En vista de los nuevos desórdenes y crímenes cometidos desde hace un tiempo a esta parte y no teniendo la fuerza suficiente para resguardar el orden público*", pedía que le propusiesen medidas con el fin de evitar esas acciones. (Acta del 25 de enero de 1872).

EL PODER DE LA LEY

Los munícipes Eduardo Foster, Francisco Errázuriz, Luis Lichtenstein, Emeterio Moreno, Salvador Reyes, Matías Rojas, Juan Vargas y Ernesto Wolckman, presididos por Félix García Videla, que se puede considerar el primer alcalde, trabajaron con inteligencia y tenacidad inigualables.

Todos tenían sus propios negocios que atender, no recibían sueldos por sus cargos y, sin embargo, se dieron tiempo y maña para hacer el milagro de crear y ordenar todo.

Hay que advertir que la legislación boliviana daba gran autonomía y poder a los municipios. A la Corporación antofagastina le permitió cobrar impuestos, dictar ordenanzas y, en circunstancias extraordinarias, "*nombre un jurado que podrá enjuiciar y sentenciar reos y hasta ejecutar sus fallos*" (Libro de Actas, 25/1/1872).

En un año (tiempo que duraba el cargo), el Concejo realizó una adecuada legislación para ordenar el pueblo. Chin-



EDUARDO FOSTER, CIUDADANO INGLÉS QUE INTEGRÓ EL PRIMER CONCEJO MUNICIPAL DE ANTOFAGASTA, ORGANIZADO EN 1872



DOMINGO MACHADO, EL PORTUGUÉS QUE COMANDABA LA JEFATURA POLICIAL, CUYO CUARTEL ESTUVO EN EL AHORA PASAJE SARGENTO ALDEA.

ganás, canchas de bolos y palitroques, cafeterías, hoteles y salones de óptica, debían someterse a la ley y pagar patentes de funcionamiento. Así los amarraron. El canto y rasguear de guitarras, no más allá de las once de la noche. Multa para los infractores. Reincidir era morir: no más patente.

EL RIGOR DEL PODER

En la misma reunión del día 25 se organizó la Jefatura Policial comandada por el portugués Domingo Machado, cinco oficiales chilenos y uno argentino. Para mejorar la eficiencia, se acordó un aumento de los sueldos de los agentes municipales.

Los munícipes entendieron que la mayor eficacia de las fuerzas del orden se lograba modernizando el Cuerpo de Guardianes. Mejoraron la presentación, comprando uniformes y -además- contrataron diez chilenos "honrados", ambas cosas en Valparaíso.

Había que darle duro a la delincuencia y al desorden. Rigor para todos.

Cuando el comisario de la Policía se negó a concurrir a dar una citación del Concejo para responder por su conducta, el rigor del poder local cayó sobre él: ¡destituido!

Con el propósito de movilizar con rapidez al nuevo comisario, se acordó *"gastar hasta la última suma de cien pesos para comprar un caballo que le sirviera"*. (Libro de Actas, 29/1/1872).

Está dicho que un pueblo que no recuerda los sobresalientes momentos de la historia y que elude rendir homenaje a los grandes hombres de los antiguos tiempos, difícilmente puede aspirar a una mayor grandeza.

Es un deber y una necesidad recordar a los chilenos y extranjeros -finalmente "empampados"- que integraron por la decisión del pueblo, el primer municipio de Antofagasta. Fueron los que echaron las bases para organizar, construir y hacer progresar la "Ciudad del Gran Impulso".

MATÍAS ROJAS DELGADO: ALCALDE Y PERIODISTA

Estoy seguro de que un alto porcentaje de gente de la Segunda Región, ignora quien fue Matías Rojas Delgado. Lo que ocurre es que nuestra historia es como el desierto: se traga a los hombres.

Sin embargo, este hombre existió. Como muchos, llegó hasta Antofagasta desde la hermosa y colonial provincia de Copiapó, donde la minería de plata ponía esperanzas en las pupilas de los mineros.

Nació en Illapel en 1845. Al cumplir 22 años se recibió de ingeniero civil en la Universidad de Chile y, naturalmente, emigró a Chañarcillo, en busca de riquezas.

Para su infortunio, Chañarcillo sólo vivía de la gloria de sus años prósperos. Cuando él llegó, era sólo un pueblo fantasma.

En 1872, una gran noticia le llevó grandes esperanzas. En Antofagasta, Caracoles abría su vientre de plata. El joven Matías, con sus 27 años auestas, se vino a estas tierras.

JUNTA MUNICIPAL

En enero de ese mismo año, Antofagasta apenas se empinaba como ciudad. Tenía 6 años de existencia. Los laboriosos y honrados vecinos estaban espantados por el desarrollo que tomaba la delincuencia: robos, asaltos y asesinatos.

Con el fin de ordenarla, se convocó a una reunión de ciudadanos, destinada a organizar, conforme a la legislación boliviana, una Junta Municipal. El 25 de ese mes, nació la Municipalidad de Antofagasta. Fueron electos nueve munícipes, entre los cuales figuraba Matías Rojas Delgado. Ellos emprendieron una intensa labor de "seguridad ciudadana", creando para ello un cuerpo de agentes policiales.

Entre los años 1872 y 1875, don Matías figuró como uno de los más entusiastas munícipes de la ciudad. Hay que advertir que las Juntas eran renovadas anualmente, y conforme a una votación popular.

Por su calidad de extranjero, Matías Rojas debió ser autorizado por el Congreso Nacional de Chile, para ocupar un cargo público en tierras foráneas. Igual acuerdo fue tomado en Bolivia, para permitir su permanencia en ese cargo.

En ese tiempo, el Gobierno boliviano lo designó en el cargo de jefe del Laboratorio Químico-Mineralógico. No obstante, el minero que vivía en el alma de Matías Rojas volvió a la búsqueda de derroteros.

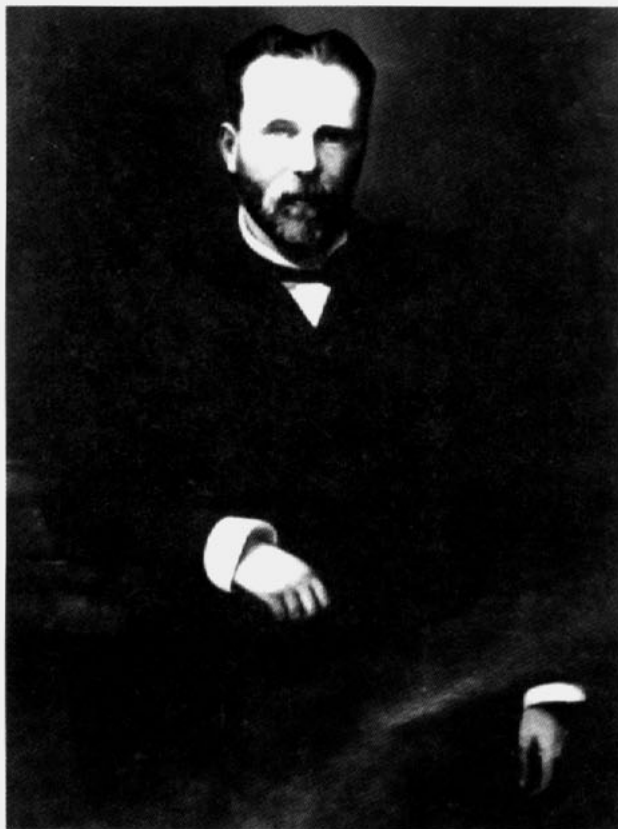
Junto a Emeterio Moreno, exploró las costas salitreras de Aguas Blancas, y aunque allí explotaron el salitre, los resultados económicos fueron desastrosos y debieron desistir de sus

intentos empresariales.

El inicio del conflicto con Perú y Bolivia, hizo retornar a don Matías a la vida política municipal. Desde 1879 hasta 1888 ocupó el cargo de alcalde de Antofagasta. Esos nueve años edilicios lo transformaron en el hombre que estuvo más cantidad de tiempo en ese cargo durante el siglo XIX. Sólo en el siglo XX fue superado por don Maximiliano Poblete, quien ocupó el sillón alcaldicio (1912-1930).

ESCRITOR Y MINERO

El alma minera de don Matías era también un alma de escritor y, específicamente de periodista. Comenzó escribiendo artículos en el que fue el primer diario local: "El Caracolino";



TESTIMONIO GRÁFICO DE MATÍAS ROJAS DELGADO. RESCATADO DE UN LIBRO SOBRE PERSONAJES DE LA REGIÓN, QUE ESTÁ EN LA UNIVERSIDAD DE ANTOFAGASTA.

y culminó su actividad fundando el diario más importante del siglo XIX: "El Industrial" (1881).

Si se investiga en las páginas de ese diario, constatará la existencia de importantes y sesudos artículos escritos por don Matías. Llegó a publicar una historia de la Municipalidad de Antofagasta, en varios capítulos. Lamentablemente, la Biblioteca Nacional conserva incompleta la colección de ese periódico.

En la imprenta de ese mismo diario, Rojas publicó el libro que algunos consideran como el primero impreso en la ciudad. Se trata de "El desierto de Atacama y el Territorio reivindicado" (1883).

PERDIÓ POR "SECRETARÍA"

Exitoso en las empresas mineras y en el periodismo, don Matías fracasó en lo político. De alcalde postuló a senador. Algunos aseguran que triunfó en las urnas, pero perdió por "secretaría". Lo cierto es que su vida política culminó como alcalde de Antofagasta.

A pesar de su derrota política, Rojas encabezó con su firma *"una presentación que los vecinos de Antofagasta le dirigieron a S.E., el Presidente de la República, quejándose de las condiciones en que funcionaban el Correo, el Hospital, la policía y los servicios municipales"*. Mención especial se hacía *"al alza de los impuestos"*.

Antes de terminar el siglo XIX, "El Industrial" informaba lacónicamente: "en Santiago ha muerto Matías Rojas".

MAXIMILIANO POBLETE: EL MODELO DE UN ALCALDE

El invierno caía inclemente sobre Santiago. El cortejo asomó por la avenida La Paz. Un pequeño acompañamiento seguía a la carroza. Llegado al Cementerio General, el escaso grupo humano rodeó al doctor Leonardo Guzmán para escuchar la oración fúnebre. El médico expresó en una de sus frases: "Supo el doctor Poblete hacer una ciudad de un campamento y crear un puerto internacional de algo que apenas era una caleta". ("El Mercurio", 17/7/1946).

En la capital pasó inadvertido el fallecimiento del alcalde vitalicio de Antofagasta, don Maximiliano Poblete Cortés; en la ciudad nadie dejó de sentirlo hondamente.

En la madrugada del 12 de julio de 1946 se había producido el deceso de don Maximiliano. Los antiguos vecinos sintieron un violento impacto: había desaparecido el alcalde que gobernó la ciudad por 18 años seguidos. Los adolescentes sólo supieron de la tristeza de sus padres.

Maximiliano era uno de los dieciocho hijos del matrimonio de Hilarión y Carmelinda. Llegó al mundo en Freirina el 7 de enero de 1873. Su padre, buscando mejores perspectivas económicas, se radicó en Caracoles, asumiendo el cargo de administrador de minas.

Maximiliano y su familia tuvieron su residencia en Antofagasta. Ingresó a estudiar sus preparatorias en el Liceo de Hombres y los primeros años de la enseñanza media, la que terminó en el Colegio San Agustín de Santiago.

A los 25 años finalizó sus estudios en la Escuela de Medicina de la Universidad de Chile. Tres años más tarde unió su vida con María Cristina Espinoza Mujica.

A comienzos del siglo XX lo encontramos instalado en la ciudad, ejerciendo su profesión y participando en política. Militaba en el Partido Radical.

A los 31 años intervino en la primera campaña electoral, postulando al cargo de regidor. La ciudadanía le dio el triunfo a su oponente por más de doscientos votos. En 1905 la desgracia se asomó hasta su hogar. Murió su esposa al dar nacimiento a su segundo hijo. Más tarde contrajo nupcias con la señorita Berth.

Sólo en 1909 lo eligieron regidor de la Municipalidad de Antofagasta. Le correspondió actuar en un equipo conflictivo. Eran los tiempos del alcalde Pedro Cáceres y de asesinatos políticos.

En 1912 fue elegido alcalde, cargo en el cual permanecerá hasta 1930.



ALCALDE MAXIMILIANO POBLETE CORTÉS EN EL ESCRITORIO DE LA OFICINA ALCALDÍCA. QUE USÓ DURANTE 18 AÑOS COMO JEFE COMUNAL

MÁS INGENIO QUE DINERO

Desde entonces, don Maximiliano comenzó a usar la imaginación y el ingenio para resolver los problemas de la ciudad. La municipalidad de comienzos de siglo tropezaba con dos escollos que paralizaban la acción: excesiva politización y la aguda falta de recursos.

Ningún obstáculo impidió su accionar. Mantuvo un clima de armonía con los regidores e inició las gestiones para que el Congreso le aprobara una ley de empréstito de carácter internacional.

Antes de terminar su primera administración había logrado poner el empréstito en Londres: 200.000 libras de esterlinas, una suma fabulosa para esos tiempos. La transparencia en la inversión se resguardó con la formación de un comité, integrado por el intendente, el alcalde, un regidor, el mayor contribuyente y el ingeniero provincial.

Para cumplir el compromiso de pago oportuno, propuso: gravar la propiedad urbana en un dos por mil (nadie sintió la carga), un aumento en las patentes de alcoholes y del rodado y los ingresos que proporcionaría el Mercado Modelo que se construiría con el empréstito.

Con igual imaginación ideó el plan de obras: lo fundamental era terminar con las calles de tierra. Los mayores recursos (136 mil libras) se destinaron a pavimentación. La construcción del Mercado (30 mil libras) se priorizó en segundo término. También se asignó dinero para la Avenida Brasil, Balneario, Hornos Crematorios (para reducir la basura), moderno material para limpiar y lavar las calles y obras de adelanto en Mejillones.

El ingenio y la capacidad administrativa del alcalde modelo hizo dar un salto de progreso a la ciudad.

DEFINITIVAMENTE EN LA HISTORIA

Un gran estadista es aquél cuyas obras se prolongan más allá de su vida. En otras palabras: su obra trasciende. Es entonces cuando su memoria se eterniza. Dieciocho años ininterrumpidos de progresista administración lo transformaron en un alcalde modelo y en modelo para los alcaldes. No siem-

pre fue la primera mayoría en las contiendas electorales, pero el radicalismo -otro acierto- lo mantuvo en el cargo. Más aún, cuando se produjo el golpe de Estado de 1924, la Junta Militar de Gobierno lo designó presidente (alcalde) de las juntas de vecinos (nuevo nombre que se le asignó al municipio).

En 1926 postuló a un cargo senatorial. Cuatro años más tarde dejó la Municipalidad y se acogió a una merecida jubilación.

El 3 de agosto se embarcó con su familia en el vapor "El Ordoña". La primera página de "El Mercurio" publicó su fotografía a seis columnas. En el editorial escribió: *"El doctor Poblete es el más legítimo orgullo de Antofagasta, y con razón diríamos, también de Chile. No hubo nada imposible para este hombre infatigable, a tal punto que... vimos transformarse un arenal estéril, en el extraordinario jardín que es la Avenida Brasil"*.

Retornó a la ciudad meses antes de morir, llamado por la Municipalidad gobernada por don Héctor Alborno, para recibir el meritorio título de "Ciudadano Honorario". Junto a él, y con el mismo galardón, estaba el historiador local Isaac Arce. Regresó para fallecer en la capital. Desde entonces, permanece en la memoria y en el corazón de los antofagastinos.

JORGE HICKS, EL CABALLERO DE «EL ANCLA»

Pertenecía a ese seleccionado grupo de ingleses que eran verdaderos Cruzados del mundo capitalista del siglo XIX, cuya misión consistía en servir leal y eficientemente a los empresarios del Imperio Británico. Cuerpo recio, ojos claros, largas patillas que se articulaban con los bigotes también tremendos, mentón firme que denotaba un espíritu resolutivo. Eran las características fundamentales de Jorge Hicks.

Nació en Pentowan, en la península de Cornwall, al suroeste de Inglaterra. Sobre su juventud no hay información. Sólo se sabe que antes de llegar a Antofagasta trabajó en la industria salitrera de Iquique como empleado de confianza de la Compañía Salitrera de Tarapacá, cuyo principal accionista era Guillermo Gibbs.

El descubrimiento del Salar del Carmen estimuló a Gibbs a involucrarse en el negocio. El 13 de Octubre de 1868 desembarcó Hicks en el puerto de Antofagasta y de inmediato se conectó con Milbourne Clark, para conocer la calidad de las calicheras de la concesión que fue otorgada a José San-

tos Ossa y Francisco Puelma.

Orientado por el informe de su empleado, Gibbs compró el 50% de la propiedad salitral de la Compañía de Salitre de Antofagasta y Jorge Hicks asumió, en corto plazo la administración de la empresa.

Hicks era un hombre activo, de gran astucia política y un leal servidor de la empresa. La ciudad sólo tenía dos años de existencia, lo que le permitió actuar en su construcción y desarrollo. Durante once años que permaneció en ella, Hicks trabajó con verdadero afán. Ayudó a desrocar la calle Prat (Lamar) y Sucre. Participó en el trazado del primer plano de la ciudad. Organizó la Superintendencia del Cuerpo de Bomberos y fue miembro activo de la Junta de Beneficencia encargada del hospital local.

UN PUERTO CON FUTURO

Hicks dirigió las obras de instalación de la maquinaria para trabajar el caliche en la Oficina Salar del Carmen, la planta de Antofagasta y la construcción del Ferrocarril. Edificó las casas de sus trabajadores y se preocupó personalmente del carguío del salitre.

No tuvo esposa visible y no se sabe si dejó descendientes.

Se discute si el Ancla del cerro le pertenece a él o a José Santos Ossa. Preocupado como estaba de exportar rápida y eficientemente, se supone que él fue su diseñador para guiar las naves.

Cuando Bolivia fundó oficialmente la ciudad, en Octubre de 1868, en el acta de fundación se reiteró que: *"como distintivo de la nueva ciudad se marcará un ancla... en el punto más adecuado y visible"*. Quedaba oficializada El Ancla de Hicks.

Sin embargo, lo que resultaba más espectacular de este gringo caído en el desierto, era su capacidad profética. Cuando junto a sus compañeros levantaba el plano de la ciudad, él propuso delinear calles muy anchas. Para desestimar las objeciones que le presentaron, profetizó: «Ni ustedes, ni yo mismo, podemos imaginarnos la importancia que este nuevo puerto llegará a tener en el futuro».

Hicks no era el típico gringo flemático. Tenía un espíritu apasionado. Participó en las contiendas electorales de la Municipalidad para elegir hombres defensores de los intereses de la empresa. El 30 de noviembre de 1878 escribió: *"Nuestras elecciones municipales están terminadas... hombres de nuestro equipo... serán elegidos... de modo que por dos años tendremos pleno control de la Municipalidad"*.

Hicks se fue a Valparaíso el 4 de abril de 1879. De allí navegó a Liverpool. Retornó a Chile seis años después y formó



JORGE HICKS PROFETIZÓ: «NI USTEDES, NI YO MISMO, PODEMOS IMAGINARNOS LA IMPORTANCIA QUE ESTE NUEVO PUERTO LLEGARÁ A TENER EN EL FUTURO».

una empresa carbonífera con John Thomas North, “el rey del salitre”, cuando éste vino a Chile a entrevistarse con el Presidente Balmaceda.

No se sabe cuándo ni cómo murió.

THE HICKS WAR

En 1878 recomenzó el problema territorial con Bolivia. Cuatro años antes se firmó el tratado reconociéndole soberanía al norte del paralelo 23 -incluía a Antofagasta- comprometiéndose Bolivia a no alzar los impuestos, durante 25 años, a las empresas chilenas establecidas en el territorio.

En febrero de ese año, las autoridades bolivianas resolvieron imponer diez centavos de contribución por cada quintal de salitre exportado. Desde ese momento, Hicks organizó su propia guerra con los que él llamaba “los enemigos de la compañía”. Sobre su estado de ánimo escribió más tarde: “*los odiaba con un odio casi fanático*”.

La “guerra de Hicks” no sólo fue con Bolivia. Enfrentó a las autoridades municipales chilenas cuando le impusieron a la compañía un pago para contribuir a la iluminación pública. Ordenado su arresto, se asiló en el Consulado General de Chile,

representado por Salvador Reyes. Suspendida la orden, “el guerrero” Hicks salió del refugio aclamado por más de quinientos de sus trabajadores, a quienes les dirigió palabras de agradecimiento.

Hicks no deseaba que el conflicto con La Paz fuera solucionado. En su correspondencia insiste y empuja a Chile a la guerra. Amenaza con suspender a los trabajadores de sus faenas, para presionar a los bolivianos. Pidió y logró que las autoridades británicas mandasen un barco de guerra al puerto. El comandante de “El Pelicano” pidió explicaciones a la autoridad por el trato al súbdito británico. En la respuesta se le recordó al comandante que no era diplomático. Sin embargo, “el guerrero” Hicks quedó contento, estimando haber atemorizado a los bolivianos.

Desde febrero de 1878 hasta la ocupación de la ciudad por fuerzas nacionales (14 de febrero de 1879) Hicks libró su propia guerra. Satisfecho por los acontecimientos, escribió a su superior en Valparaíso: “*aprovecho ésta, mi última carta, para manifestar mis más ardientes deseos por la victoria y prosperidad de Chile*”.

Hicks había terminado “su guerra”.

CARACOLES: EL CERRO DE LA PLATA

E

l desierto está poblado de leyendas. Los aborígenes de la precordillera se las transmitieron a los españoles, y éstos las convirtieron en tradiciones.

Una de estas señalaba que en un punto del desierto había un cerro, donde la plata se encontraba a flor de tierra. La leyenda fue un incentivo para el sueño de los exploradores.

Así se cuenta que dos changos residentes en Cobija, Garabito y Osorio, que conocieron el derrotero de la plata, emprendieron una expedición (sin indicar fecha), y que al cabo de un mes el primero retornó a Cobija con la cabeza llena de fantasmas.

Hablaba sobre un crimen en el desierto, donde había encontrado la muerte su hermano. Peleas a cuchillo y apariciones en el desierto. Se supone que al descubrir "el cerro de la plata", perdió su lucidez.

¿Cómo se enteró José Díaz Gana del derrotero de la plata? Nadie lo ha aclarado. Lo cierto es que al contar un poco más de cuarenta y tres años, mandó a buscar a Copiapó a un cateador de cierta fama: el Cangalla José Méndez.

En conversación con un francés de sangre aristocrática, el

Barón Guillermo Arnou de Riviere, llegaron a un acuerdo económico, formando la Asociación de Cateo.

EL CANGALLA MÉNDEZ

El 1 de marzo de 1870, partió la expedición desde Mejillones. A José Díaz Gana le penaban los fracasos anteriores. Sin embargo, ahora su optimismo descansaba en la experiencia de Cangalla Méndez. Era astuto, buen cateador y duro para las expediciones.

La expedición la formaron el Cangalla, Simón Saavedra (conocedor de la geografía del desierto), Reyes, "peón de mano", el carretero Salgreto y José Porras, bueno para cualquier oficio.

Montados en cinco mulas vigorosas y seguidas de otras tres cargadas con agua y víveres, emprendieron el viaje. Había que orientar la marcha hacia el noreste.

Caminaron veinte días soportando el calor y el frío nocturno. El agua y los víveres escasearon. El Cangalla se dio cuenta de que algunos de sus compañeros deseaba volver, puesto que seguir sería la muerte.

Llegaron a unos cerros y allí se encaramaron. La aventura no podía continuar. Esa noche durmieron sin despertarse: el



A CUARENTA KILÓMETROS DE SIERRA GORDA SE UBICÓ EL PRIMER MINERAL DE PLATA DE LA SEGUNDA REGIÓN.
FOTO TOMADA DE ISAAC ARCE "NARRACIONES HISTÓRICAS"

cansancio y la falta de comida comenzó a afectarlos. Sólo el Cangalla dormitaba. Estaba seguro que dormía sobre los cerros de plata.

Esperó que las primeras luces iluminaran los cerros. De pronto los vio brillar con abigarrados colores; se restregó los ojos. Parecía estar soñando. Pero, no había duda, allí estaba la plata. Un grito quebró el silencio: “¡Esos cerros tienen panizos de plata!”, exclamó a todo pulmón. Sus compañeros despertaron atónitos; no le hicieron preguntas, sólo siguieron tras la loca carrera del Cangalla.

Al terminar el día, ya habían logrado descubrir las minas que más tarde se llamarían “Flor del desierto”, “La descubridora”, “San José”, “Niza” y “Buena esperanza”. El “Cerro de la Plata” estaba descubierto. Caracoles despertó de su sueño de siglos. Era marzo de 1870.

LA FIEBRE DE LA PLATA

En Santiago, la noticia del descubrimiento provocó un fuerte remezón. Los periódicos lo destacaban en sus páginas y en los salones de la elegante aristocracia, como en las humildes bodegas, donde muchos embriagaban su pobreza, se hacía familiar la palabra Caracoles.

En el puerto de Antofagasta se descolgaban los aventureros; algunos vestían elegantes trajes y otros sólo cubiertos con la esperanza de un destino mejor.

El agua de las resacadoras subió de precio. ¡Cuando llueve, todos se mojan! Por el Salar del Carmen se encaramaban las carretas y las mulas. Era urgente medir los suelos y solicitar la propiedad minera. Era la fiebre de la plata de Caracoles.

Un año fue suficiente para que se estableciera una población cercana a los tres mil habitantes, viviendo como podían.

Un viajero que llegó ese año al mineral nos dice: “Cuando estuve allí, por primera vez, en julio de 1870, sólo se veía una choza de piedra y una mala tienda...”

Un año después, en el lugar denominado La Placilla, se alineaban ocho casas de madera y otras construidas con pircas de caliche, de una altura no mayor de un metro y 68 centímetros, cubierta con lonas como techo, o simplemente sacos. Entre ellas, algunas banderas blancas indicando que allí se vendía pan, señalando una “casa de comida” o un hotel.

Tres años después, la población subió a 18 mil habitantes. Al parecer fue la época de mayor prosperidad. En ese entonces, 200 carretas subían y bajaban de Antofagasta a Caracoles. Además se había construido una iglesia, una escuela de niñas y varones.

El licor y la prostitución era el distintivo del mineral. Todas las noches se producían enfrentamientos a puñetes o con corvos.

Heridos y muertos, bandoleros y sífilis. Una autoridad severa usaba el látigo para poner orden. Había personajes de todas las nacionalidades: argentinos, bolivianos, españoles, ingleses, alemanes y chinos, por supuesto. La mayoría era chilenos de todos los niveles sociales.

La fiebre de Caracoles duró sólo ocho años. El mineral de fácil extracción se agotó con rapidez.

Antes de iniciarse la Guerra del Pacífico, la población había bajado en un 63%. Menos de cinco mil habitantes aún afeerraban su esperanza de un nuevo renacer, el que nunca llegó.

En 1918 terminó su existencia legal: una ley puso fin a la Municipalidad de Caracoles, y su alcalde entregó a don Maximiliano Poblete, los bienes de la corporación.

Así se oscureció el brillo de la plata.

EL IMPACTO ECONÓMICO DE CARACOLES

En la actualidad la región se desarrolla bajo el impulso y la explotación del cobre. Escondida y Zaldívar plantaron el hito inicial. Especialmente la primera, que ha revolucionado la vida económica, social y cultural. Ha sido de tanta importancia, que no cabe duda que en el futuro la historia de Antofagasta y la región se dividirá en "antes y después" de Escondida.

Los recursos de la minería metálica y no metálica han diseñado el futuro regional. Antofagasta se "enganchó" a la historia nacional, partiendo por la búsqueda del guano fosilizado de las aves marinas. Fue el imán que atrajo al "Chango" López. El salitre le dio su impulso definitivo y la sacó de su estado de caleta, transformándola en ciudad. Sin embargo, fue la plata la que provocó una modificación revolucionaria.

El descubrimiento del yacimiento argentífero atrajo a miles de chilenos y extranjeros con la ilusión de hacerse ricos. Teniendo en consideración la distancia en el tiempo y la inversión, Caracoles fue ayer lo que Escondida es hoy.

LAS CARAMBOLAS DE CARACOLES

"El caudal de plata que salió de Caracoles tuvo sobre la economía del litoral del Pacífico Sur las consecuencias previsibles... fue una especie de California... y Antofagasta tuvo el mismo crecimiento vertiginoso que experimentó San Francisco en Estados Unidos" ((1) Véliz. Historia de la marina mercante en Chile. Pág. 203.).

Caracoles nació bajo soberanía boliviana, pero fue Chile el país más beneficiado (1870). Si bien es cierto que la población tuvo un carácter cosmopolita, no lo es menos advertir que la colonia nacional fue mayoritaria. El Gobierno debió nombrar cónsul para defender los intereses de los chilenos.

Desde un punto de vista nacional, el impacto provocado por el mineral de plata fue espectacular. Como callampas aumentaron las sociedades anónimas, bajo el amparo de la legislación de 1850.

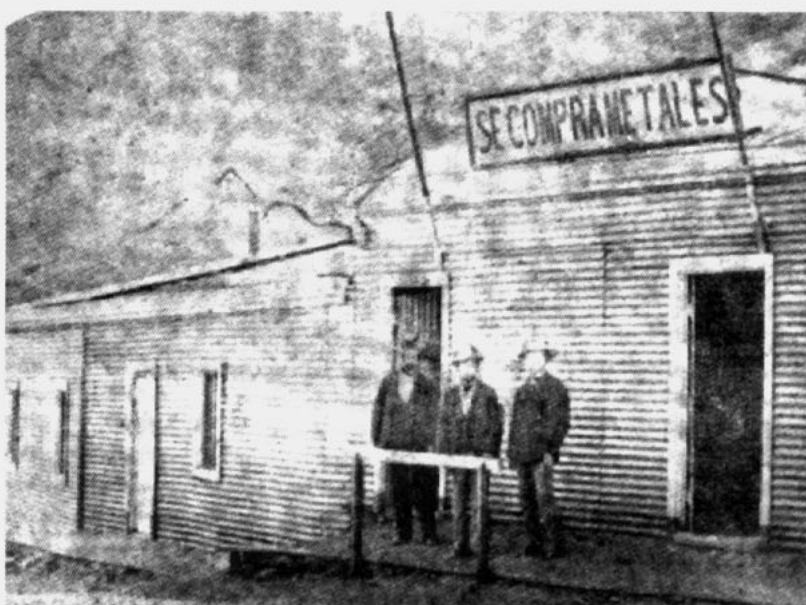
Existen datos que grafican el "antes" y el "después" de Caracoles. Hasta 1870 se había formado en el país cuatro sociedades

anónimas destinadas a la explotación minera, con un capital de cinco millones 360 mil pesos. Después de Caracoles, entre 1871 y 1879, se organizaron 83, con 37 millones 632 mil pesos (moneda de la época), lo que significó un 740% de aumento en el capital de inversión. Porcentaje bárbaro en cualquier tiempo y lugar. El país vivía al calor de la "fiebre de la plata".

LA REVOLUCIÓN DE LA CALETA

Siguiendo siempre con el "antes" y el "después", en 1870 la población de La Chimba (nombre primitivo de Antofagasta) era cercana a las trescientas personas. Al segundo año del descubrimiento del Cerro de la Plata, subió a tres mil en el primer semestre y seis mil en el segundo, un incremento poblacional del dos mil por ciento. ¿Alguna población de Chile podría mostrar semejante crecimiento en tan breve tiempo?

Los cambios fueron revolucionarios; por decreto presidencial del 18 de mayo de 1871, Bolivia dispuso que "son declarados puertos menores de comercio Tocopilla y la Caleta La Chimba, quedando habilitados y abiertos al comercio de todo el mundo". Como se dice en el lenguaje de hoy: la Caleta se internacionalizó.



LA ATRACCIÓN QUE PROVOCÓ EL "OLOR A PLATA" FUE IMPRESIONANTE, LLEGANDO A UN AUMENTO POBLACIONAL DEL 2.000%. FOTO TOMADA DE ISAAC ARCE "NARRACIONES HISTÓRICAS"

Barcos cargados con mercaderías y maquinarias para la minería anclaban en la poza. Junto con ellos venía el cargamento humano. En abril de 1872 se anunciaba que el barco "Atacama" transportaba 350 pasajeros para la Caleta de La Chimba. La mayor parte de ese torrente inmigratorio se dirigía a Caracoles, donde el sueño de riquezas podía transformarse en realidad.

La pequeña Caleta de La Chimba (Antofagasta) tuvo un desarrollo encadenado: el crecimiento demográfico activó la delincuencia, que obligó a la población a organizar su primera institución política, la Municipalidad, para resguardar la seguridad ciudadana (enero de 1872).

Bolivia mantenía una población pequeña y sin la cultura necesaria para dirigir.

Esto la obligó a dictar el decreto del 30 de octubre de 1871, que dispuso que *"en atención a que la población del Departamento del Litoral se compone en su mayor parte de inmigrantes extranjeros, éstos pueden desempeñar cargos concejiles"* (Óscar Bermúdez. Historia de la Municipalidad de Antofagasta. Pág. 242. Los chilenos ingresaban a la política en territorio boliviano.

EL ATRACTIVO "OLOR A PLATA"

La atracción que provocó el "olor a plata" fue impresionante. El historiador Isaac Arce lo describe así: *"estamos al finalizar el año 1870. Los vapores recalaban con regularidad semanal en La Chimba... la afluencia de gente aumentaba día a día y las solicitudes para obtener terrenos iban también en progresiva proporción. Las construcciones se hacían aceleradamente, de cualquier manera, como se podía. Las más corrientes eran carpas de sacos y barracones de tablas de laurel. Había muchos pequeños negocios y se notaba un movimiento febril por todas partes"* Isaac Arce. Narraciones históricas de Antofagasta. Pág. 89).

CARACOLES FUE UNA EFÍMERA QUIMERA.

Antes de iniciarse la Guerra del Pacífico era evidente su decadencia. Cesó el tránsito de carretas y muchos desilusionados establecieron sus residencias en los puertos de la región. Así ocurre siempre con las economías monopductoras.

El salitre nos salvó de la catástrofe. Es una lección que hay que tomar en cuenta en la actualidad: aprender de la historia.

Hoy, la región está viviendo el impacto de la minería del cobre. Hay que pensar que todo no es eterno y prevenir para el futuro. La historia es una excelente maestra.

LOS HIJOS DE CONFUCIO

Las condiciones de los chinos llegados en el barco son desastrosas; consignaba un diario local de principios del siglo veinte. Relataba cómo los enganchaban en las zonas agrícolas deprimidas. Viajaban sobre la cubierta. Hacinados y mal alimentados, debían soportar una larga travesía. Algunos no resistían y sus cuerpos eran lanzados al océano. Total, igual suerte les esperaba en China, donde el hambre exterminaba miles de compatriotas. Los que llegaban tenían la sensación de pisar tierra prometi-

da. El capitalismo inglés que explotaba las riquezas en los países de América, sabía que "los asiáticos" formaban un ejército de mano de obra barata y resignada. A Chile fueron llegando a medida que bajaba la producción de guano en las islas Chinchas (Perú), pero dicen que fue John Thomas North quien masificó su empleo.

Los empresarios salitreros tenían un excelente concepto del trabajo de los chinos: "Son -decía 'El Loa' de Tocopilla en 1895- los únicos operarios que explotan concienzudamente y con cierto método las calicheras... son los asiáticos los que aportan al trabajo aquella ciencia y minuciosidad propia de su índole concentrada y reflexiva".

En 1907, la organización empresarial llamada Combinación Salitrera, acordó que "para solucionar la escasez de trabajadores es necesario traer chinos a las oficinas" ("El Mercurio" de Antofagasta, 1907). La noticia se extendió con gran rapidez y con alarma. Se sabía que se había ordenado, por cable, el "enganche" de 10.000 asiáticos. La reacción no se hizo esperar: en todas las grandes ciudades del norte se organizaron concentraciones de trabajadores para protestar, porque traería baja en los salarios y porque "la raza amarilla sería un factor de decadencia al mezclarse con el pueblo chileno" ("El Pueblo Obrero", Iquique, 4/06/1907).

Pese a la resistencia, y a los malos augurios, los chinos siguieron entran-

do a través de todos los puertos salitreros.

TRABAJAN COMO CHINOS

Con celeridad los chinos invadieron todas las actividades económicas: mineros, comerciantes ambulantes, carniceros, almaceneros, cocineros y hasta peluqueros. Todo era posible, menos la inactividad. De allí la frase "trabaja como chino".

En sesión municipal del 25 de noviembre de 1912, el secretario informó a los regidores que se había clausurado las Casas de Huésped de propiedad de chinos, ubicadas en calle Baquedano, porque "concurren a ellas personas de ambos sexos a ejercer el comercio ilícito del cuerpo, en pleno centro de la ciudad".

Los "moteles" chinos estaban en calle Baquedano, entre Matta y José Santos Ossa. El listado era largo y se mezclan con apellidos japoneses: Antonio Yang, Yerman Chong, Obrato Lao, José León, Luis Pérez, Jorge y Víctor Yanagata.

Es importante esclarecer que esa no era la principal actividad de los chinos. La venta de carnes, en los pueblos interiores como en los puertos, estaba a cargo de manera mayoritaria en manos de ellos. Hacia fines de la década de 1930, las estadísticas locales demostraban que de treinta comercios ex-

Carnicería y Proveeduría de Ganado

DE JOSÉ CHONG

Casilla 941.-.- Calle Copiapó esq. J. S. Ossa.-.- Teléfono 87.-.- Antofagasta.



Con el pequeño capital de \$2.000, a principios del año 1919, estableció esta Carnicería el señor José Chong, que en los escasos cinco años que lleva de instalada ha ido progresando paulatina pero seguramente hasta llegar a tener el capital que hoy posee, que es de \$30.000.

El señor Chong es chino de nacimiento y con la meticulosidad con que siempre ha cuidado de la calidad de las carnes que vende, ha conseguido llegar a ser el proveedor de carne y de ganado de la mayoría de los negocios de su género de este puerto, además de vender, al por menor, su artículo a numerosas familias del barrio en que se encuentra instalado su negocio.

El comerciante que nos ocupa ha sabido cimentarse un verdadero prestigio y de crédito personal que lo honra, debido a su tesón y constancia en el trabajo y a la puntualidad con que acostumbra a satisfacer siempre todos sus compromisos.



Interior del negocio.

EN LA IMAGEN UNO DE LOS ALMACENES CHINOS DE LA ÉPOCA QUE PUBLICITÓ SU NEGOCIO EN PAGINAS DE REVISTAS.

pendedores de carne, el 50 por ciento estaba en manos asiáticas.

Pero hay otros casos curiosos que es preciso consignar: en 1912 en la prensa local y junto a destacados facultativos, se publicó el nombre del doctor Jorge Ma Penkong, egresado de la Universidad de Pekín. Ofrecía sus servicios medicinales por medio de yerbas curativas, casi milagrosas. Dos años después, don Jorge estaba instalado en el Pueblo de Pampa Unión, recibiendo consultas personales o por correspondencia. Ese mismo año, la prensa local informaba que había sido contratado por el gerente de la Casa Gibbs, en Valparaíso, para que atendiera a su señora que estaba gravemente enferma. Fue la última vez que su nombre apareció en la prensa.

Muchos pampinos aún recuerdan con cariño al chino vendedor de menudencias, que les fiaba guatitas, sangre y otras entrañas y que, religiosamente, iba anotando en la puerta de la casa el monto del crédito.

SE ESCRIBE COMO SUENA

No fue fácil para los chinos integrarse a la sociedad de la época. Circulaban, a nivel popular, una serie de prejuicios. Mezclarlos con nacionales sería fatal para la raza. Se magnificaba su afición al juego y al opio, y se les achacaban males congénitos como la sífilis. A pesar de ser calificados como mujeriegos, les fue difícil encontrar compañera, y en muchas ocasiones fueron esquilados por damas de mal vivir.

Para muchos resulta incomprensible los apellidos castellanos de algunos de ellos: León, López, Pizarro. ¿Cómo se originaron?

Ocurría que los funcionarios públicos encargados de controlar a los inmigrantes, les ponían nombres castellanos y los apellidos los escribían como sonaban. Los chinos fueron gratuitamente rebautizados en los puertos salitreros.

Embebidos en la sabiduría de Confucio, los chinos aceptaron con humildad y resignación sus nuevas identidades.

LA REVOLUCIÓN DE QUEVEDO

El invierno y la altura, más de 3 mil metros, transformaban en espadas lacerantes el frío de la mañana. San Carlos de Puno, situada al sur poniente del Lago Titicaca, iniciaba sus actividades diarias. La casa del General Quintín Quevedo estaba cubierta por un silencio de muerte. La familia esperaba lo que ya se sabía: el General vivía sus últimas horas de existencia. Agosto de 1876.

Cuatro años antes, Quevedo se había dado el lujo de conquistar los puertos de Antofagasta y Tocopilla, instalar su cuartel general y poner en jaque al Gobierno boliviano del Presidente y también General Agustín Morales.

La anarquía de esa nación hacía olvidar a los soldados que su misión y profesión, no era la política. El mismo Quevedo había sido candidato presidencial y Ministro Plenipotenciario en varios países. Era un hombre inteligente. Ahora el General -que habría preferido morir en el campo de batalla- lo hacía en su lecho de enfermo. Cosas del destino.

A LA CONQUISTA DE LA PAZ

En agosto de 1872, Antofagasta era una caleta que aspiraba a ser ciudad. Meses antes se había constituido el Cuerpo de Agentes Municipales (concejales). Era un punto geográfico del litoral de Bolivia. Al principio se llamó La Chimba y tiempo después se le bautizó con el nombre de Antofagasta (1868).

La población vivía sin mayores sobresaltos, cuando se anunció que dos barcos estaban entrando a la poza. El 6 de agosto el general Quevedo desembarcó en la bahía. 160 hombres armados venían apiñados en el vapor "Paquete del Maule" y la barca "María Luisa". La caleta no contaba con defensas, de tal modo que las autoridades representantes del Gobierno de Agustín Morales acordaron entregar la plaza y luego refugiarse en el vapor chileno "La Mar", que iba rumbo a las costas peruanas. El General Quevedo quedó dueño de la caleta. Nombró nuevas autoridades y enroló a nuevos bolivianos que estaban descontentos con el Gobierno de La Paz. Las tropas del General llegaron a contar con 350 personas, un contingente nada despreciable en número pero malo en calidad.

Aquí estableció el cuartel general y desde aquí lanzó apasionadas proclamas a sus compatriotas bolivianos: "*La Patria os llama por mi conducto - decía en uno de ellos- escuchad su voz y seréis dignos haciendo la felicidad de Bolivia*" (Arce, Narraciones Históricas. Pág.148).



GENERAL BOLIVIANO QUINTÍN QUEVEDO QUE CONQUISTÓ ANTOFAGASTA CON EL PROPÓSITO DE DERROCAR AL GOBIERNO DE SU PAÍS.

HASTA COBIJA

Hacia el año 1870 Cobija era el centro político y administrativo más importante. Allí residía el Prefecto del departamento del litoral, cargo que en esos instantes desempeñaba el boliviano Ruperto Fernández.

Para que la revolución partiera con éxito era necesario que el General conquistara Cobija. En esas circunstancias, el general Quevedo tomó dos resoluciones: primero proveerse de dinero y segundo conquistar Tocopilla y desde allí saltar a Cobija.

El dinero salió de los bolsillos de los empresarios de la caleta: 10.000 bolivianos. El General les aseguró que los pa-

garía descontándoselos de los impuestos de exportación. Lamentablemente el dinero se perdió en los bolsillos de un inglés que fue encomendado para recolectarlo.

Días después el General cumplió con su segundo objetivo. Embarcó las tropas y se fue rumbo a Tocopilla.

BATALLA TOCOPILLANA

El General conquistó Tocopilla tan fácilmente como lo había hecho en Antofagasta: sin disparar un tiro, e instaló su cuartel general.

Sin embargo, el General sabía que el Prefecto Ruperto Fernández había tomado las previsiones del caso para detener al rebelde. En efecto, contrató el vapor inglés “El Paita” para el traslado de las tropas hacia el sur de Cobija y ordenó a las restantes tropas marchar por tierra a Tocopilla. Mientras tanto el General Quevedo era dueño del puerto.

El 22 de agosto de 1872 las tropas leales llegaron a Punta Blanca y luego emprendieron rumbo al pueblo. No fue una entrada fácil: el barco “López Llama” de las fuerzas del General, lanzó tres cañonazos deteniendo momentáneamente el avance de Fernández.

Sin mayor resistencia de los rebeldes, las tropas de Fernández llegaron al centro del pueblo. Quevedo se dio cuenta de la imposibilidad de mantenerse con sus tropas improvisadas y decidió salvar su vida refugiándose en la Corbeta Esmeralda que comandaba Patricio Lynch.

El Comandante dio cuenta al Prefecto del asilo concedido y ordenó devolver a las autoridades las naves requisadas por el general Quevedo.

La revolución naufragó en Tocopilla. Solo permaneció en la memoria del General que ahora se estaba muriendo..

Este es un episodio poco conocido en la historia de Antofagasta y Tocopilla.

CUANDO LAS VACAS DABAN LA LECHE

Hace cinco años -destacaba un informe del doctor Alfonso Jazmen en 1946- *había en esta ciudad alrededor de diez establos con unas 280 vacas, lo que significaba una producción lechera de dos mil litros diarios... en la actualidad hay dos establos con 170 vacas que dan una producción diaria de mil doscientos cincuenta* ("El Mercurio", 17/06/1945). Según el doctor se necesitan dos mil vacas para producir 20 mil litros diarios de leche. Proponía la creación de una industria lechera en Calama. Quizás el doctor no se percató de que no eran tiempos de vacas en la región y que la tecnología alimenticia se desarrollaba a pasos agigantados transformando la leche original en polvo.

VACAS A DOMICILIO

El domingo 28 de junio de 1914, don Jeraldo Triantafilo anunciaba en las páginas de "El Mercurio" que sus 26 vacas producían doscientos cincuenta litros diarios de leche. Aseguraba *"que todas las vacas recién paridas las había traído del sur en el vapor "Junín"... (y que) ofrezco a domicilio en nuestros puestos... servicio inmediato a toda hora"*.

Desde el nacimiento de las ciudades de la región el consumo de leche se hacía sobre la base de "leche de tarro" y fresca directamente de la vaca. Los habitantes preferían esta última porque la otra era "pura azúcar".

Por eso en todas las ciudades existieron establos, para la crianza y reproducción de vacas. Era un buen negocio. Así en la segunda década del siglo XX, existían en Antofagasta quince lecherías, cuatro en Calama, dos en Tocopilla y una en Mejillones.

La gran mayoría era propiedad de griegos, que se especializaron en este tipo de negocios: Sclavos, Galiachis y Méndiz, en Antofagasta; Karestinos, en Calama; Brondis y Mabropulos en Tocopilla. En Mejillones, al parecer estaban en manos de ingleses o

descendientes: Raby y Compañía.

Existían también pequeños empresarios que tenían dos o tres animales y que la expendían llevando la vaca a domicilio del comprador y haciendo la ordeña a la vista de todos, en plena calle. La gente consumía con mayor entusiasmo estas leches, porque las entendía como puras, sin el agregado de agua que, según ellos, la mezclaban los grandes propietarios.

En una prolija reglamentación dictada por la Municipalidad, se expresaba que *"ha llegado la oportunidad de terminar con la pésima costumbre de ordeñar las vacas en las calles"* (Libro de Sesiones N° 20. 1916. Pág. 21).

LA MALA LECHE

Las autoridades municipales se preocuparon de que la gente consumiera leche libre de contagios, manipulada con higiene y específicamente que no proviniese de vacas enfermas de tuberculosis. El departamento de sanidad se preocupaba del control de los animales con "tuberculina". Si el resultado arrojaba positivo, la vaca era marcada en la frente a fuego, con una "T". El animal cargaba su ignominia con resignación.

En 1916, un informe entregado por el jefe de la Oficina

Cholaky Hermanos. - Antofagasta - Orchard No. 21







Ganado de Cholaky Hermanos. Eran dueños de 35 vacas y un semental holandés.

Municipal, Dino Mengozzi estimaba que *“de las 500 vacas..., un 30% estaba afectada de tuberculosis, es decir, 150, que producen 900 litros diarios”* (“El Mercurio”, 28/01/1916). Haciendo cálculos se llegó a estimar que “5.400 individuos toman diariamente leche contaminada con tuberculosis”.

Tanto más grave era, la salud de los ordeñadores, los pisos de tierra, “botellas lavadas a medio y sin esterilización”. A su vez, los enjambres de moscas apestaban el ambiente.

Complicaba más la situación, la costumbre de las madres de darle a sus hijos la famosa leche de “apoyo”, la última ordeñada y que se ingería sin hervir, transformándose en un peligro mayor. Según la tradición resultaba tan buena como la leche de burra, que se ofrecía por las calles de las ciudades de la región.

¡CUIDADO CON LOS TOROS!

Cuando se construyó el Mercado Modelo, se tomó la precaución de adecuar, en el cuasi subterráneo de calle Uribe, un recinto para que los productores trajesen sus animales y vendieran la leche en forma directa al público. Como la mayor

parte de los establos estaban ubicados al suroriente de Antofagasta, todos los días las vacas transitaban desde allí hasta el mercado. Los arrieros de a caballo, guiaban el rebaño, en medio de la alegría de los niños y la curiosidad de los grandes. En algunas ocasiones las vacas se volvían locas y arremetían contra los curiosos. Al grito de ¡cuidado con los toros!... arrancaban buscando un refugio seguro.

Los toros existían pero en los corrales. Cada propietario de establo se vanagloriaba de poseer los mejores reproductores. La lechería “La Buena Esperanza”, de Manuel Kasanevas, destacaba que poseía “un magnífico toro de raza holandesa” y Stavros Méndiz, recalca que sus toros eran de raza Holstein Friesion, “de hermosa estampa”.

Hacia mitad del siglo veinte, la leche en polvo desplazaba a la natural. Los propietarios que aún resistían, se organizaron en la Sociedad Ganadera y Agrícola con 233 vacas. Fue como prolongar la agonía: definitivamente el consumo de leche en polvo se generalizaba, terminando con los hermosos años cuando las vacas daban la leche.

EL CHICHERO

Los vecinos se apretujaban al interior de la sala. Parado en el escenario, la inconfundible figura del boliviano Manuel Othon Jofré, explicaba la situación que se vivía con las correrías de "El Chichero". Avanzaban los meses de 1878. Chile y Bolivia conversaban, a través de sus embajadores, con el propósito de solucionar los problemas limítrofes. Sin embargo, los antofagastinos "estaban en otra": les preocupaba la presencia de "El Chichero" escondido en algún lugar de la ciudad. Sin darse cuenta, la asamblea llegaba a su fin y Manuel Othon, con solemnidad resumió los acuerdos.

DOSCIENTOS MIL: VIVO O MUERTO

Con voz enérgica pidió silencio al auditorio. Luego anunció: se acuerda declarar fuera de la ley al bandido Silverio Lazo, alias "El Chichero". *Se ofrece una prima de doscientos mil bolivianos para quien lo capture, vivo o muerto. Se activarán las pesquisas para dar con su paradero...* (Isaac Arce. NARRACIONES HISTÓRICAS DE ANTOFAGASTA, pág. 331).

Igual como ocurre en las películas del oeste americano, repartieron volantes indicando los acuerdos y especialmente los doscientos mil bolivianos de recompensa. En un pueblo en formación y que recibía toda clase de inmigrantes, el premio era un excelente estímulo.

Las autoridades ordenaron un severo control de carreteras y casas. Se sabía que el bandido estaba en la ciudad y con toda seguridad usando sus trucos que lo hacían imbatible. Era necesario apretar el cerco. Se estimó que las fuerzas del orden eran insuficientes, de manera que formaron piquetes integrados por empleados públicos para hacer un registro más minucioso.

Una comisión visitó a los vecinos más pudientes para reunir los doscientos mil bolivianos de recompensa, suma que ninguna de las instituciones públicas poseía. Las carteras se abrieron con generosidad, porque estimaron que cada uno de ellos era potencial víctima del bandido.

BANDIDO POR RENCOR

Como ocurre con todos aquéllos que viven fuera de la ley, el pasado transcurrido, sólo registra hechos delictuales. En el caso de Silverio Lazo, no se conoce hogar, esposa, ni hijos. El historiador Isaac Arce, informa que era un trabajador de las faenas mineras de Tarapacá. Como buen pampino, era "seco" para los puñetes y justamente sorprendido en un pugilato, fue conducido a la cárcel pública y tratado con tal brutalidad, que el rencor y el odio, lo transformaron en un temible bandi-

do. Dice Arce: *"Salió de la prisión transformado en otro hombre... se volvió huraño, taciturno y prefería estar solo"* (Arce Pág. 324).

En Iquique inició su carrera delictual: robaba y mataba. Fue capturado y encarcelado, pero usando ingenio y maldad, se fugó de prisión y de paso asesinó al centinela.

Desde entonces "El Chichero" se convirtió en leyenda, de la cual surgieron mil temores y sobresaltos. Dejó Tarapacá y se instaló en la región, transformándose en azote de los habitantes de Cobija, Tocopilla, Antofagasta y Caracoles. Los viajeros transitaban con "el credo en la boca", temiendo un asalto del bandido.



SILVERIO LAZO, "EL CHICHERO" CUSTODIADO POR LOS GUARDIAS Y ENGRILLADO PARA EVITAR LA FUGA. (FOTOGRAFÍA GENTILEZA DE DON LEONCIO ARCE).

EN UNA PIPA DE CERVEZA

Luego de intensas correrías, fue capturado en el mineral de Caracoles. Llevado a prisión lo remacharon con grillos y aseguraron la celda donde lo dejaron, para evitar la fuga. La población respiró tranquila. Silverio Lazo, el bandido, estaba rematado y no podría escapar.

La noticia rompió el ánimo de seguridad: "El Chichero", limó los grillos y saltó la muralla que lo separaba de la libertad. Dos soldados de la Guarnición de Caracoles, se percataron de su fuga y trataron de capturarlo. ¡A mala hora! quedaron muertos bajo la cuchilla del bandido. Se suponía que tomó rumbo hacia el puerto de Antofagasta.

Esas fueron las circunstancias que motivaron la realización de la asamblea de vecinos bajo la presidencia del Prefecto del Departamento, Manuel Othon Jofré y las medidas tomadas para capturarlo "vivo o muerto". El registro de casas no dio resultados positivos: "El Chichero" se hizo humo. Sin embargo, alguien confidenció que estaba escondido en la casa del comerciante José Sabaú, en calle Baquedano. Para las autoridades, la información causó sorpresa: don José entregó una importante suma para reunir el dinero de la recompensa. Era extraño.

Para cerciorarse, registraron minuciosamente la casa y el negocio del comerciante sin ubicar rastros del bandido. Los vigilantes informaron: "sólo encontramos las mismas pipas siempre llenas de cerveza y vino. Nada de "El Chichero". Mucho tiempo después se confirmó que se había ocultado en el interior de una pipa de cerveza ("El pueblo chileno", 16/11/1879).

Silverio Lazo terminó su vida en la Mina Tres Gracias de Pueblo Hundido (hoy Diego de Almagro). En efecto, de Antofagasta huyó hacia Chañaral. Reconocido por un representante de la municipalidad del pueblo, Desiderio Ponce, formaron una patrulla y le siguieron los rastros pacientemente. Al fin lo acorralaron en la Mina Tres Gracias. "El Chichero" trató de huir y cuando lo intentaba, un certero balazo de Ponce, dio con su vida.

La historia de los pueblos no sólo la forman los grandes personajes y los hechos positivos, también cuentan los hombres que se ponen fuera de la ley y que en determinado momento, los vecinos más se interesan en ellos que en los hechos de trascendencia. El miedo es también motivo de historia.

3. EL HOMBRE ANTE LOS HOMBRES



14 DE FEBRERO: EL ANIVERSARIO DE UN CONFLICTO

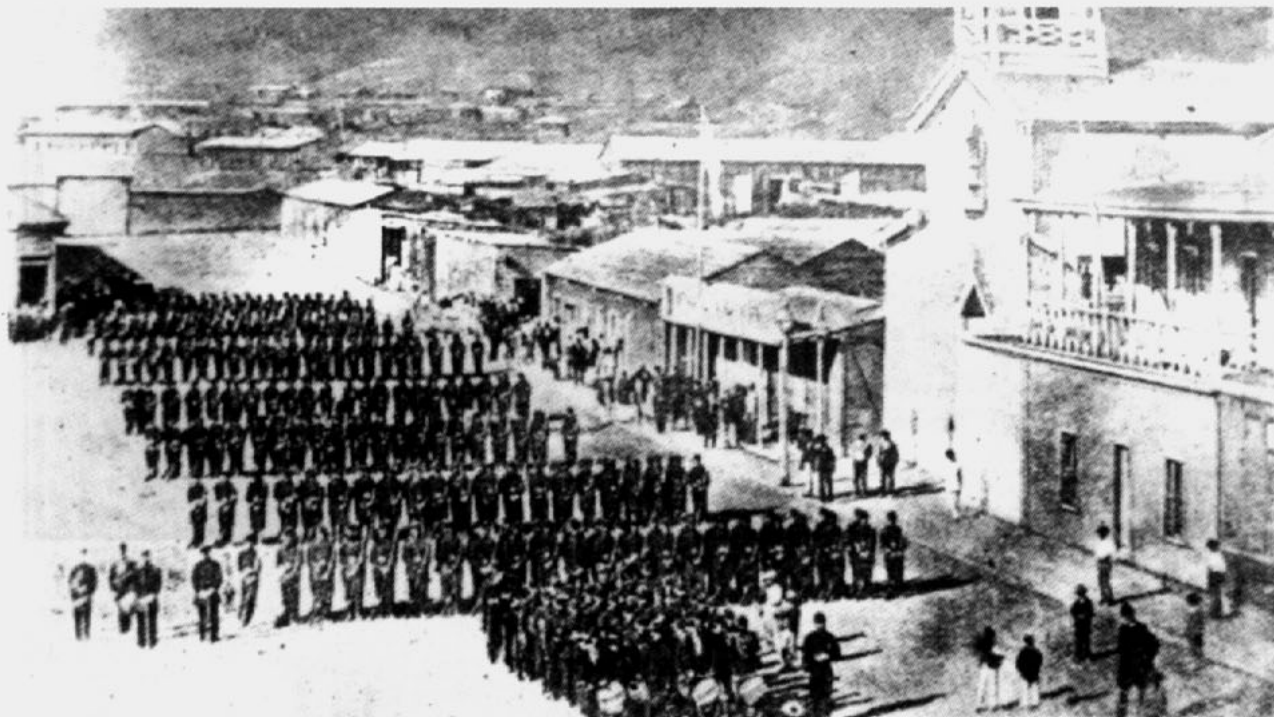
La incertidumbre se apoderó de la población. La charla trivial se reemplazó por la conversación y el rumor en torno al giro que tomaban las relaciones entre Chile y Bolivia, que a esa altura se habían deteriorado más de lo suficiente ante la orden del Gobierno de La Paz de rematar los bienes de la Compañía del Salitre, que no había cancelado el aumento del impuesto.

Cada cual explicaba la situación de acuerdo a su propia percepción; sólo convenían en que Antofagasta se había convertido en la manzana de la discordia.

La ciudad había sido poblada por chilenos, a pesar que el territorio estaba bajo la jurisdicción boliviana. Desde luego el aparato administrativo estaba a cargo de funcionarios bolivianos designados por La Paz. No obstante que la Municipalidad -fundada en 1872- estaba compuesta por chilenos. Sin embargo, los componentes de ambas nacionalidades convivían en armonía y celebraban tanto el 6 de agosto como el 18 de septiembre.

Chile y Bolivia habían firmado tratados fijando los términos de la convivencia y de la línea fronteriza. Fue así como se acordó, en 1874, que el paralelo 24 -al sur de Antofagasta- sería la línea divisoria, pero que Bolivia se comprometía a no aumentar los impuestos de las empresas chilenas que trabajaban al interior de ese territorio, en un plazo de veinticinco años. La firma del tratado distensó las relaciones y puso término a la inquietud de la Compañía de Salitre. Todo hacía suponer que la vida transcurriría sin sobresaltos.

El castillo de esperanzas se derrumbó cuando, en febrero de 1878, Bolivia aumentó en dos centavos el impuesto de exportación por quintal de salitre. Entonces, se agitó la vida ciudadana. La empresa movilizó a sus trabajadores (amenaza de cesantía) y se hicieron más frecuentes las entrevistas entre los representantes de ambos gobiernos. Sin cambio alguno llegó el 14 de febrero de 1879; la amenaza del remate de los bienes de la empresa (no pagó el aumento del impuesto) fue inminente. De allí la incertidumbre y los rumores que circulaban entre los pobladores.



EN LOS PATIOS DE LA COMPAÑÍA DEL SALITRE (HOY DEPENDENCIAS DEL FCAB) SE FORMARON LAS TROPAS CHILENAS, TRAS EL DESEMBARCO, AL MANDO DEL COMANDANTE, CORONEL EMILIO SOTOMAYOR.

SIN ACCIDENTES

El 14 de febrero, el coronel Emilio Sotomayor reportó al Ministro de Guerra y Marina: *"... las operaciones (de desembarco) se han verificado sin accidente alguno, mostrándose los chilenos, con la mayor cordura y moderación con los bolivianos"*.

Efectivamente, a las 6 de la mañana llegaron al puerto las naves de guerra "Cochrane" y "O'Higgins", uniéndose al "Blanco Encalada" que los aguardaba. A las ocho, desembarcó Sotomayor acompañado de 200 artilleros. Una muchedumbre expectante se apretujaba en la Plaza Colón y en las calles La Mar (Prat) y Sucre.

Banderas nacionales y gritos, electrizaran el ambiente. No podía ser de otra manera, ya que el 95 por ciento de la población era chilena. Una guarnición boliviana, compuesta de cuarenta soldados, no podía hacer nada frente a doscientos hombres.

Mientras tanto, en calle Santa Cruz (Condell), el capitán Borgoño hacía saber al jefe político y administrativo, coronel Severino Zapata, que las tropas habían tomado posesión de la ciudad y se le aseguraba toda clase de garantías a él y sus compatriotas. Para mantener la continuidad de mando, se había nombrado gobernador a Nicanor Zenteno.

El 14 de febrero, las tropas chilenas ocuparon la ciudad. Se había iniciado el conflicto bélico con Bolivia y Perú.

UN AÑO DIFÍCIL

Desde la ciudad, el Ejército chileno fue conquistando toda la región: Mejillones, Tocopilla, Cobija, Caracoles y Calama, concluyendo la primera etapa de la guerra. Antofagasta fue el nudo estratégico para continuar hacia el norte.

En estas condiciones era básico fortificar el puerto, para resguardarlo de la amenaza del "Huáscar". Además, debió acondicionarse un espacio suficientemente grande para albergar y entrenar a las tropas que llegaban del sur. Los patios de la Compañía del Salitre se transformaron en el campamento. En algunas ocasiones, allí se instaló un Ejército compuesto de 18 mil soldados.

En marzo de ese año, dos nuevos periódicos salieron a circulación: "El Pueblo Chileno" y "El Catorce de Febrero". La libertad de prensa se mantuvo hasta límites peligrosos para la seguridad de la nación. Criticaban la demora de la instalación de los cañones y el trato duro que recibían los soldados.

La ciudad vivió sobresaltada: primero fueron las incursiones del "Huáscar", luego la muerte de los marineros del "Abtao" y -finalmente- la entrada al puerto del monitor capturado por los chilenos.

Al parecer, la guerra provocó el progreso de la ciudad. El 21 de agosto, "El Pueblo Chileno" informaba que: *"la fiebre por edificar no aminora. A pesar de ser tan pocos días corridos, desde que comenzaron las peticiones de terrenos, ya se puede ver cuánto ha ganado la población en extensión y si siguiéramos marchando a ese paso, no hay duda que Antofagasta será uno de los grandes y pintorescos puertos de la costa"*.

Sin embargo, no todo era color de rosa. El aumento de la prostitución significaba una alteración de la vida ciudadana. El 24 de junio, "El Catorce de Febrero" denunciaba "los innumerables desórdenes que pasadas las 12 de la noche, provocan las niñas de la vida, con sus respectivos tenorios."

LA ADUANA INTERVENTORA DE MEJILLONES

En la edición del 23 de mayo de 1888, "El Industrial" de Antofagasta informó: "*Próximamente será trasladado a este puerto el edificio de propiedad fiscal que se construyó en Mejillones para oficina de Aduana*". Desde hacía tres años la ciudad no contaba con un edificio para el funcionamiento de la Aduana, en circunstancias que ya se hacía notar la capacidad exportadora de salitre y el aumento de las importaciones.

UNA ADUANA PARA MEJILLONES

Desde el momento que el Presidente Manuel Bulnes (1842) promulgó la ley que fijó el paralelo 23, como límite norte del país, se inició el conflicto limítrofe con Bolivia. Las cancillerías de ambos países buscaron con afán una fórmula que les permitiera una convivencia pacífica.

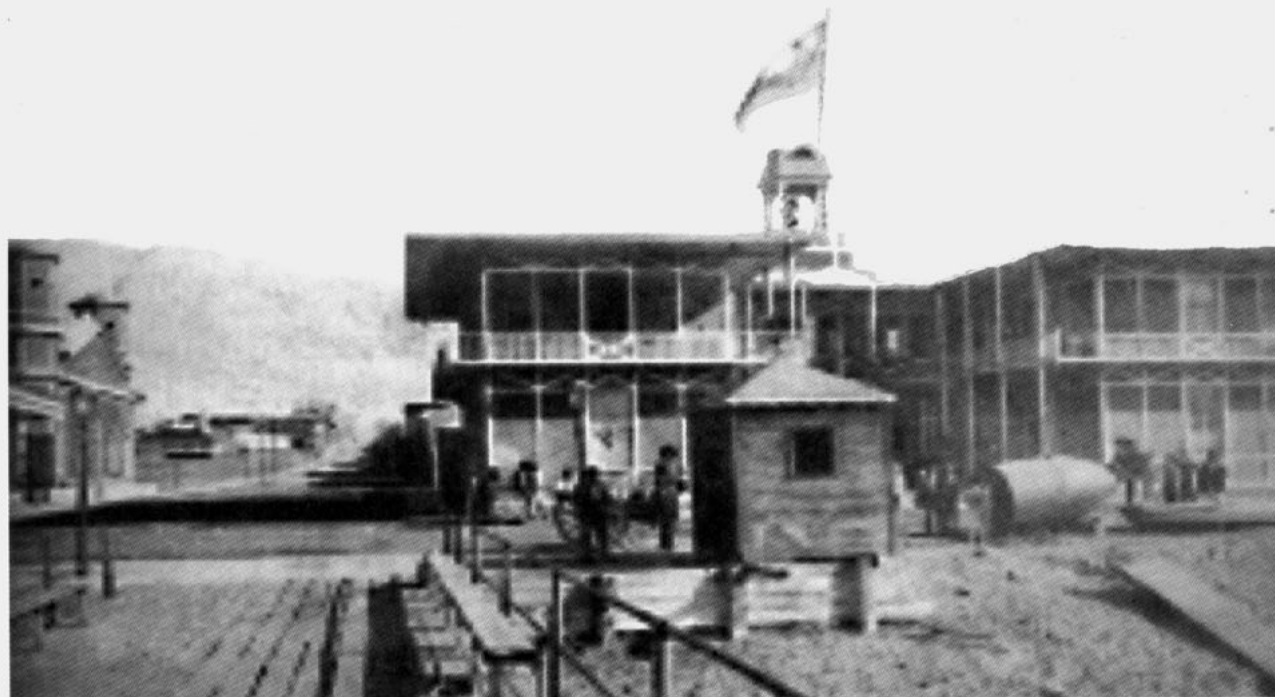
El año 1866 América vivía un profundo sentimiento de solidaridad. La intervención francesa en Méjico y la española en Perú, solidificó los lazos de unidad americana.

En esa coyuntura, Chile y Bolivia firmaron el tratado, me-

diante el cual el primero consintió en retirar su frontera norte al paralelo 24 (que corre al sur de Antofagasta). Además se estableció que los derechos aduaneros recaudados en el territorio comprendido entre los paralelos 25 y 23, se repartirían por iguales partes entre ambos países.

Para resguardar sus intereses económicos, Chile se vio obligado a construir un edificio aduanero en Mejillones, destinado a controlar las entradas que se recaudaran por exportaciones e importaciones.

El 8 de abril de 1869 ancló en esa bahía el vapor "Arauco" y desembarcó los módulos destinados a la construcción del edificio de la Aduana interventora. El diseño y la construcción de todos los elementos fueron encargados por el Gobierno a la empresa Vetman y Cía., de Valparaíso. Sólo los cimientos para levantar la construcción, fueron hechos en Mejillones. El edificio quedó cara al mar en la manzana denominada "Nueva Población Chile". En el primer piso estaban las oficinas controladoras y en el segundo, las habitaciones de los funcionarios chilenos.



EL EDIFICIO DE DOS PISOS (AL FONDO A LA IZQUIERDA) CORRESPONDE A LA ADUANA INTERVENTORA DE MEJILLONES, ANTES DE SU TRASLADO HASTA ANTOFAGASTA.

DESAPARECEN EL TRATADO Y LA ADUANA

El Tratado de 1866 quedó en el papel. Los apasionados arranques de solidaridad americana se deshicieron como pompas de jabón. Jamás hubo reparto de dinero por derechos devengados. En estas circunstancias, el edificio de la Aduana Interventora en Mejillones se transformó en un elefante blanco, que ni siquiera financió los gastos de construcción ni los sueldos de los funcionarios. En suma, un pésimo negocio para el país.

La impracticabilidad del Tratado obligó a las cancillerías a buscar una nueva fórmula para una convivencia razonable. En 1874 surgió un nuevo entendimiento, que derivó en la firma de un acuerdo, que se concretó ese mismo año. Entre sus cláusulas se acordó eliminar la repartición de los derechos aduaneros y optar por una nueva forma de compensación, la que tampoco funcionó y llevó a los dos países al conflicto de la Guerra del Pacífico (1879).

El fin de la beligerancia y el triunfo de Chile, permitió al país reivindicar sus derechos de los territorios ubicados al norte del paralelo 24. El puerto de Antofagasta fue creciendo en producción salitrera que el ferrocarril traía desde el interior. Mejillones perdió sus posibilidades de una línea férrea y, por lo mismo, su capacidad de puerto de embarque. Lamentablemente, en 1885 un incendio arrasó con el edificio donde funcionaba la Aduana local, ubicada en la esquina sur de Bolívar con Colón (hoy Balmaceda).

DESVESTIENDO A MEJILLONES

Durante tres años, la Aduana de la ciudad funcionó en un edificio inadecuado para el crecimiento económico en desarrollo. Para solucionar la dificultad, el Presidente Manuel Balmaceda (1886-1891) ordenó el traslado del edificio aduanero construido en Mejillones.

El Gobierno no tenía problemas de recursos: el presupuesto de la Nación marcaba un permanente superávit. La situación no consistía de dónde obtener fondos, sino dónde gastarlos.

Sin embargo, la decisión del Gobierno no fue de construir una nueva aduana para la ciudad, sino trasladar la que existía en Mejillones. El Ministerio de Obras Públicas recibió la suma de \$ 21.000 para financiar las faenas.

La maestranza de Eduardo Orchard fue encargada de los trabajos. En menos de un año, el edificio de Mejillones quedó instalado en la ciudad, en el mismo lugar que ocupó el destruido por el incendio.

Desde entonces hasta 1966 (106 años), las oficinas de la Aduana funcionaron en ese edificio. Sólo en esa fecha se inauguraron las nuevas dependencias ubicadas algunos metros más al sur del antiguo edificio. Hoy, con más de ciento treinta y cuatro años de existencia, el local originario de Mejillones sigue funcionando, como centro de recreación histórica, convertido en monumento nacional. Así da vueltas la vida... y la historia.

EL COMBATE DE MAYO

El 7 de mayo de 1879 "El Pueblo Chileno" de Antofagasta informó: *"Ayer tuvo lugar la revista de las tropas acantonadas en esta plaza. Formaron dentro del recinto de la Compañía de Salitres los siguientes cuerpos: Brigada de Artillería, el Batallón de Artilleros de Marina, el Regimiento Buin, el Primero y Cuarto de Línea, tres brigadas de Zapadores, el Cuerpo de Empleados de Ambulancia y tres compañías de a caballo. Revistó toda esta tropa, cuyo total puede calcularse en cuatro mil hombres, el General en Jefe, Justo Arteaga, acompañado del Estado Mayor y los Generales Erasmo Escala y Manuel Baquedano".*

Desde el inicio del conflicto de 1879, Antofagasta se convirtió en centro de concentración de tropas y pertrechos que los barcos traían desde el sur. La ciudad adquirió un ritmo de vida agitado.

Tal situación hacía imprescindible el resguardo del puerto para evitar los ataques de la flota peruana. Se planeó establecer cañones de gran alcance y potencia. En la costa asustaba estar desguarnecido ante un ataque del "Huáscar".

Desafortunadamente los trabajos de desembarco de tropas y pertrechos se realizaban con tal desorden y demora, que atentaba contra la seguridad de la guerra y la ciudad. Tanto así que el Comandante General de Marina, con asiento en Valparaíso, escribió al General Arteaga: *"Por qué los transportes tardan tanto en descargar allá. El Guanay estuvo muchos días y volvió con todas las municiones... Es preciso que dé alguna orden severa para que los transportes descarguen con más rapidez".*

Después del Combate Naval de Iquique, se acentuó el temor de un ataque. Y no se estaba muy errado: Grau planeaba una incursión a la ciudad, para destruir la máquina desalinizadora de agua de mar (líquido que consumía la población),

y hundir los barcos surtos en la bahía. Sólo cabía precaver, esperar y... rezar.

PREPARANDO LA DEFENSA

En cuanto a rezar, ya se había adelantado bastante. "El Pueblo Chileno" de Antofagasta informó: *"Ayer se dijo una solemne misa de la Novena de la Patrona de las armas nacionales. Nuestra Señora del Carmen. El Ejército estaba representado por los Generales Escala y Baquedano. El panegírico estuvo a cargo del Capellán señor Fontecilla. La orquesta tocó a las mil maravillas"* (30/4/1879).

Era forzoso tomar las medidas adecuadas para la defensa. El puerto ya contaba con dos fuertes protegidos por sacos de arena. Los navíos, anclados en la bahía, se dirigieron al sur. Se divulgó la orden de que la población debía huir tras de los cerros; lo mismo debían hacer los cuatro mil hombres acantonados. La máquina resacadora de agua -protegida con planchas de hierro- fue reforzada instalando a ambos lados de ella baterías de artillería de mayor alcance: un cañón Krupp y un Armstrong.

El tiempo jugó a favor de los antofagastinos: el Almirante Grau, después del combate del 21 de mayo, permaneció en Iquique llenando las carboneras del "Huáscar". También aprovechó el tiempo para avisar al Presidente la pérdida de la "Independencia". Tres días después emprendió viaje al sur, a cumplir su misión. El 25 de mayo, el comandante Rondizzoni, del "Itata", avistó al "Huáscar" frente a Tocopilla. Con rapidez enfiló rumbo al sur para alertar a los antofagastinos.

EL COMBATE DEL 26 DE MAYO

Al llegar a la bahía, el almirante Miguel Grau ordenó que el "Huáscar" arremetiera a toda máquina contra el "Rimac", que se encontraba anclado.



EL HOSPITAL DE SANGRE DE ANTOFAGASTA ESTABA UBICADO EN LOS ACTUALES TERRENOS DE LA EMPRESA FERROCARRIL DE ANTOFAGASTA A BOLIVIA.

Sin embargo, no se percató de que la "Covadonga" se encontraba cerca de la playa. Condell nuevamente mostró su capacidad para aprovechar las oportunidades: dos potentes cañonazos detuvieron el avance del "Huáscar". El "Rimac" quedó a salvo.

El Almirante quiso atacar la "Covadonga", pero se dio cuenta que era imposible: se hallaba en la poza defendida por la artillería y la infantería de tierra. Por igual motivo era imposible destruir la resacadora de agua salada. Sólo restaba bombardear la población.

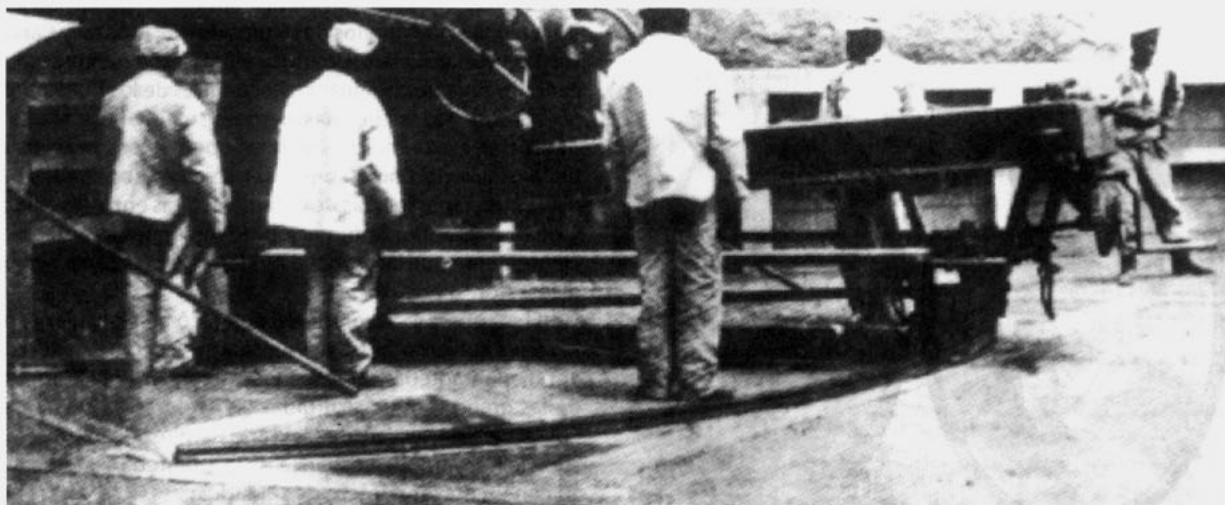
Disparó dieciséis cañonazos de gran calibre y ocho más pequeños. Desde tierra respondieron las baterías. Ninguno de los bandos logró su objetivo.

Tras los cerros de la cordillera de la Costa, la población escuchó el tronar de los cañones. En la ciudad, sólo permanecían los fantasmas. Así transcurrió el día 26 de mayo.

A la mañana siguiente, el Almirante buscó la manera de no retirarse con las manos vacías, para lo cual ordenó cortar el cable submarino que permitía la comunicación expedita entre Valparaíso y Antofagasta.

Si lo lograba, acertaría un duro golpe a la campaña del norte. Estaba en esa operación cuando recibió la noticia de un barco inglés (recién llegado al puerto) que la Escuadra Nacional se ubicaba frente a Pisagua. Con prontitud detuvo la faena y ordenó salir a alta mar, con el fin de evitar el encuentro con naves enemigas. De esta manera terminó el combate del 26 de mayo en Antofagasta.

Una procesión tranquila y optimista bajaba los cerros: eran los miles de soldados y vecinos que abandonaban su refugio de rocas. Las viviendas estaban intactas. Una vez más el bullicio inundó la ciudad. La vida siguió su ritmo.



UNO DE LOS CAÑONES DE 250 LIBRAS QUE ESTABAN UBICADO EN EL LITORAL Y QUE DEFENDIÓ LA CIUDAD EN MAYO DE 1879. FOTO DEL LIBRO HISTORIA DE CHILE DE ENCINA CASTEDO, VOL. IV

TOPATER: DUELO DE VALIENTES

El Coronel Emilio Sotomayor dio por escrito las instrucciones recibidas del Alto Mando: “*tomar posesión de Calama, el día 23 del presente*”. El comandante Eleuterio Ramírez, acantonado en Caracoles, se impuso del instructivo y ordenó preparar la tropa para emprender viaje en la tarde del 19.

Con esta orden se puso fin a la discusión surgida entre Cornelio Saavedra y los asesores del Presidente de la República. Para el primero, Calama podría servir de centro de acantonamiento de las tropas llegadas desde Bolivia. Para los segundos, resultaba improbable, dadas las distancias y dificultades de la ruta entre el altiplano y el caserío.

En el pueblo asumió la defensa el abogado boliviano Ladislao Cabrera, “*que había logrado reunir 135 hombres mal armados*” (Vicuña Mackenna. Historia de la Campaña de Tarapacá. 1880). Cabrera tenía como aliados al río Loa, la Beneficiadora de Metales y los árboles y arbustos que rodeaban el lugar.

A las tres de la tarde partió la expedición desde Caracoles formando un contingente cercano a 600 hombres, organizado por la caballería, la infantería y 21 “carretas metaleras” que

transportaban alimentos, materiales de guerra y tabloneros para armar puentes destinados a atravesar el Loa.

A las cinco de la mañana del 23 de marzo, la avanzada de las tropas chilenas vieron destacarse entre los altos chircales del río a la parda sombra del caserío de Calama.

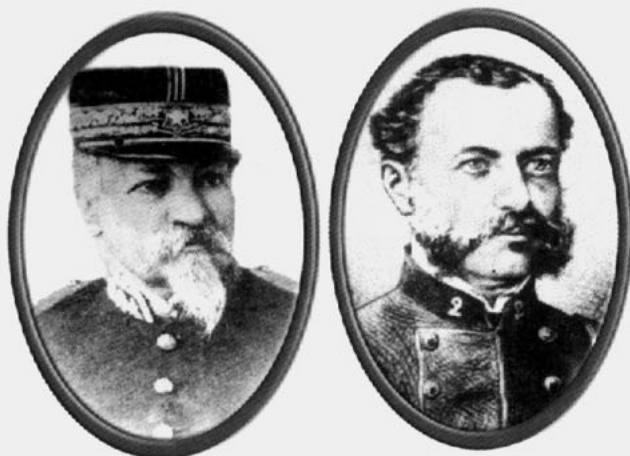
“DUDOSA UTILIDAD”

Con respecto a la conquista de Calama, el historiador Gonzalo Bulnes escribe: “*No representa nada notable como operación de guerra y desde el punto de vista militar, fue de dudosa utilidad. Lo probable es que sin ella, los soldados (bolivianos) que allí se encontraban hubiesen seguido al interior, (pues)... tenían las maletas listas para la escapada*” (Gonzalo Bulnes. Guerra del Pacífico. Tomo I).

Nadie se dio cuenta de que la abundancia de chircales permitía a los defensores del poblado hacer una guerra de sorpresa. De esta ventaja se aprovechó el jefe de la plaza, Ladislao Cabrera. Sólo la presencia de soldados tan valerosos como Bartolomé Vivar, Juan José San Martín, Sofanor Parra y Eulogio Villarroel, entre otros, permitió el éxito de la batalla.

A comienzos todo sucedió según lo planificado: los pintoneros tendieron los tabloneros sobre el río para reemplazar a los puentes destruidos. El ataque se organizó dividiendo la tropa en torno a los dos vados del río: Topater y Carvajal. Desde aquí se iniciaron los errores: debieron haber usado los cañones para desarticular los escondites de los bolivianos en la espesura de los chircales, pero no se hizo. Por cada flanco debió avanzar, primero la infantería, pero se ordenó el ataque de la caballería. Como consecuencia, en ambos vados sucedió lo mismo: las fuerzas de defensa ocultas entre los chircales y guarnecidos por la fundición de minerales, esperaron pacientemente que las tropas estuviesen lo más cerca posible y dispararon “a boca de jarro”.

El ataque por sorpresa desorganizó a la caballería, pero los jefes tuvieron la suficiente sangre fría para convertir el arma en infantería y atacar a los defensores de Calama. Una de las grandes figuras surgidas en este trance fue el mayor Rafael Vergara. Advertido Eleuterio Ramírez de lo que estaba sucediendo, ordenó el avance de la infantería, a la que reforzó con un mayor número de soldados.



DOS FIGURAS IMPORTANTES DE LA BATALLA DE TOPATER. IZQ. EL CORONEL EMILIO SOTOMAYOR, QUE DERIVÓ LAS ÓRDENES DEL ALTO MANDO PARA QUE ELEUTERIO RAMÍREZ (DER.) EJECUTARA LA TOMA DEL CASERÍO DE CALAMA.

Fue en esta circunstancia cuando del bando contrario se alzaron algunas figuras respetables. Tal fue el caso de Eduardo Abaroa, que según Vicuña Mackenna era *"un valerosísimo mozo, natural de Calama, casado en ella en venturoso hogar... de 45 años, alto, rubio y bien plantado"*. Abaroa con un grupo de compañeros cruzó el río y se ubicó en una posición ventajosa, la que sólo abandonó cuando fue aniquilado por Carlos Felipe Souper. Su muerte y la del soldado chileno Rafael Segundo Ramírez, los transformaron en figuras legendarias del combate.

GOBERNADOR CHILENO

Ese mismo día asumió el gobierno de Calama el comandante Eleuterio Ramírez Molina. Era este chileno, natural de Osorno, hijo de José y Marcelina. Nació el 18 de abril de 1837; a los 18 años ingresó al Ejército, profesión a la que se consagró hasta su muerte. Tomó parte en la guerra civil de 1859, en la planificación de la Araucanía y en la guerra contra España, en 1866. El conflicto con Bolivia lo trajo hasta el norte.

Apenas terminada la batalla, el coronel Sotomayor elevó una proclama a los habitantes de Calama, a orillas del río Loa: *"para los habitantes pacíficos de Calama -expresaba- os traemos protección y amparo... Bolivianos: vuestras personas son sagradas e inviolables... ni contribución ni impuesto de guerra, ni empréstitos, ni gabelas de ninguna clase tendréis que sufrir... La paz para vosotros..."* (Vicuña Mackenna. Ob. Cit).

Eleuterio Ramírez, desde su cargo de gobernador de Calama, cumplió celosamente las instrucciones de su jefe, evitando todo tipo de desmanes que se pudieran producir.



EDUARDO ABAROA.
DIBUJO DEL HISTORIADOR BOLIVIANO
JOSÉ DE MESA EN «HISTORIA DE BOLIVIA

Meses después, cuando Ramírez caía herido en la batalla de Tarapacá y su cuerpo se quemaba al interior del rancho donde se refugió, debió pensar: *"¡Qué pecado tan grande habré cometido para morir de esta manera!"*. Cosas de la guerra.

ANDRÓNICO ABAROA: EL PATRIARCA DE LA SEGUNDA REGIÓN

Sentía rabia mientras cabalgaba hacia San Pedro de Atacama. Pensaba: *"Los hombres se destrozan y se matan. Algunos meses atrás, todos vivíamos en paz. Chilenos y bolivianos podíamos conversar, pero ahora, la maldita guerra nos ha transformado en enemigos. La apacible San Pedro, con sus cielos abiertos para amar y soñar, vive a sobresaltos. Pasó el Ejército chileno y quedamos llorando los muertos"*.

Su hermano Eduardo cayó en Calama. ¿Para qué? ¿Por qué? ... Nadie era capaz de responder a sus interrogantes.

Él sabía que su cuñada Irene Rivero estaba en graves dificultades: su hijo Andrónico, que estudiaba en los Padres Franciscanos de Santiago, con sus 16 años, retornó al hogar. Debía suplir a Eduardo. El tío de Andrónico se dio cuenta de que estaba llegando a San Pedro. De todo cuanto había meditado, sólo tenía en claro que debía ayudar a su sobrino.

SEIS MULAS

Andrónico Abaroa Rivero nació en San Pedro de Atacama el 24 de octubre de 1863, en el hogar de Eduardo Abaroa Hidalgo e Irene Rivero Pachas. El padre murió inmolado en Topater. Ahora se transformaba en jefe de hogar. Su tío, que comerciaba ganado con Argentina, le regaló seis mulitas, como capital inicial.

La Guerra del Pacífico trastocó la vida. Antofagasta se convirtió en el centro de operaciones del Ejército nacional. Las faenas mineras no se paralizaron, pero cinco mil hombres acantonados en el puerto, trajo problemas de abastecimiento.

Andrónico pesó la situación y entendió que el comercio de animales era una buena veta. Abastecerse desde Argentina... ¿por qué no Bolivia?

Cuanto que se aventuró hasta la selva de ese país y adquirió docientas cabezas de vacuno; pero, entre asaltos de indios y fugas, perdió gran parte del ganado y llegó con veinte. Sin embargo, *"el precio obtenido por el resto, le produjo más dinero... que el costo total adquirido"*. ("El Mercurio", 16/12/1956).

Andrónico siguió comerciando en ganado y fue capaz *"de crear una corriente de comercio con la República Argentina, por huellas que exploró él mismo a través de cordilleras y desierto"* ("El Abecé", 28/9/1937). Durante muchos años abasteció las salitreras y Chuquicamata. Las seis mulitas se multiplicaron en dinero.



ANDRÓNICO ABAROA

De seis mulas que le regaló su tío, Andrónico Abaroa hizo una fortuna, transformándose en justo patriarca de la Segunda Región.

"EL DINERO ES UNA COSA VIVA"

Andrónico tuvo un talento especial para los negocios. El cambio de siglo significó también un cambio en el desarrollo económico regional. La provincia se transformó en la mayor exportadora de salitre.

Su olfato inversionista lo indujo a tentar suerte en otras actividades. Estableció en Calama una fábrica de pólvora, para abastecer a la minería. En 1913 equipó una empresa de electricidad, para el suministro de Calama, el ferrocarril y su propia fábrica. En su finca "La Oriental" tenía una instalación completa de corta de pasto, conceptuada como el más hermoso

oasis calameño. Hugo Silva escribió que en don Andrónico *"el dinero es una cosa viva"* (*"El Mercurio"*, 25/1/1937).

LA MUERTE DEL PATRIARCA

Las campanas calameñas sonaron a muerte. A las 16 horas llegaron los restos mortales de Andrónico. El ferrocarril puso a disposición de la familia un autocarril-ambulancia. Lo acompañaron en el viaje de siete horas sus hijos Juan y José, su yerno, Policarpo Luksic y Rafael Nassim.

El fallecimiento fue una sorpresa (siempre lo es). Andrónico llegó del sur en el hermoso barco *"Reina del Mar"*, el viernes 26 de febrero de 1937.

Al otro día salió al centro y se afeitó en la peluquería *"Marré"*. En la tarde, los doctores Rendic y Somme lo operaron de urgencia. A la una de la tarde había fallecido. El certificado de defunción especificaba: *"intoxicación aguda alimenticia (pescado)"*.

Entre quienes despidieron sus restos y en los editoriales de los diarios, había una coincidencia interesante. Fue un hombre altruista.

Como aseguró Hugo Silva, *"para Andrónico el dinero es cosa viva y vivificante, presto siempre a derramarse en dones de bondad, como los canales de agua que él construyó sobre la tierra que él ganó al páramo"*.

Por su parte, *"El Abecé"*, diario *"de las izquierdas"*, dejó constancia que *"don Andrónico consagró su vida a hacer el bien... ligó su nombre a cuantas obras de bien social vinieran de cualquier bando, que se hicieron en Calama y pueblos vecinos"*.

Andrónico, el que inició su fortuna con seis mulitas, el galardonado con la Orden al Mérito, el cónsul vitalicio de Bolivia en Calama, el Mayor honorario del Regimiento de Caballería *"Abaroa"* N° 5, dejó el mundo como lo asumió: trabajando.

Hugo Silva dijo de él: *"a nadie le vendría mejor (la voz patriarca) en esta región que a don Andrónico"*. Para el bronce.

ZALDÍVAR: EL “EMPAMPADO”

El poeta Andrés Sabella popularizó el vocablo “empampado”, para referirse a aquéllos que, no siendo nortinos, se enraizan y adoptan a la región como tierra natal. El espejismo embrujador del desierto y los desafíos que implica, lo transforman en un nativo incorregible.

Adolfo Zaldívar Reyes fue un gran “empampado”. Nacido en el centralísimo Santiago de Chile, el 7 de enero de 1875, cuando el país comenzaba a olfatear el conflicto bélico del Pacífico. Miembro de la rancia aristocracia chilena: sus dos apellidos, se confunden con la historia nacional.

Muy joven llegó hasta Antofagasta, acompañado por su esposa Josefina San Román Orrego -también de estirpe aristocrática- y del flamante título de ingeniero agrónomo. Ocupó la jefatura de la Delegación Fiscal Salitrera.



ADOLFO ZALDÍVAR REYES, HOMBRE VISIONARIO QUE TUVO LA AUDACIA DE PROYECTAR QUE EL FUTURO DE LA ECONOMÍA REGIONAL ESTÁ TRAZADO POR EL CONTACTO CON EL NOROESTE ARGENTINO.

Figura y modales denotaban la nobleza de su linaje: cuerpo esbelto, rostro despejado, tez clara y una prematura calvicie que acentuaba la dignidad de sus raíces. Era un caballero del siglo XIX. Sociable hasta lo caricaturesco: vivió siempre rodeado de amigos. Dicen que su casa de descanso en Limache estaba permanentemente repleta de invitados y que don Adolfo, en algunas ocasiones, se daba el gusto de subirlos al ferrocarril trasandino, rumbo a Buenos Aires.

Su elegancia en el vestir completaba su figura de gran señor.

La tenacidad en el trabajo lo convirtió en hombre de fortuna, pero terminó sus días empobrecido. La viuda, que vivió con modestia, repetía con resignación: “No sabes lo que es haber sido rica y quedar pobre”. Total, para don Adolfo la fortuna fue un medio y no un fin.

Del matrimonio Zaldívar San Román nacieron Eduardo, Jorge y Mario.

EMPUJANDO EL CARRO

Abastecer el norte es un problema permanente y con mayor dificultad fue a comienzos del siglo XX, cuando el transporte marítimo era el único medio. Los líderes regionales vieron en la construcción del ferrocarril a Salta la solución definitiva. El instrumento de lucha fue el Comité Pro Construcción del Ferrocarril, que contó con el entusiasta apoyo de la población.

Desde que Zaldívar se acercó a la región, entregó todo su esfuerzo en empujar la construcción ferroviaria. En algunas ocasiones como director y otras como presidente del Comité, combatió con denodada pasión para eliminar la oposición de la Sociedad Nacional de Agricultura. Don Adolfo sostenía que la unión con Salta no perjudicaría a los agricultores, pues percibía que “por razones económicas inevitables, (la región) va a pasar a ocupar el puesto que le señala su privilegiada situación geográfica; ser la entrada y salida obligada de dos naciones” (Álbum de Tarapacá y Antofagasta, 1924).

Don Adolfo, “a quien el sol de la pampa se le metió hasta el fondo de las venas” (“El Ilustrado”, Santiago, 23/9/1936), recorrió el desierto tratando de ubicar los pasos necesarios para la extensión de la vía férrea. Aguas Blancas abrió sus secretos geográficos para colaborar con el “empampado”. Lamentablemente, sólo pudo conocer el inicio de la obra, sin participar en el júbilo de la inauguración, ni en el desencanto de las esperanzas.

Zaldívar sostenía que el salitre no era la base económica para sustentar en forma definitiva la economía regional. De-

bía avanzarse hacia la industrialización y para lograrlo, la construcción del ferrocarril era esencial. Explicaba: "Aquí estarán las casas principales importadoras de todo el norte argentino; aquí se levantarán las refinerías de azúcar, las fábricas de el lino y el algodón argentinos en productos textiles".

DOLOR QUE MATA

La existencia de don Adolfo transcurría sin sobresaltos. Tenía la fortuna, una familia admirable y el respeto de los vecinos que valoraban su prestigio de hombre comprometido con los afanes y esperanzas de la comunidad. ¿Qué más se podía esperar? La sabiduría griega explica que la felicidad de una persona sólo puede evaluarse al término de su existencia y a don Adolfo aún le quedaban tiempos por vivir.

Mayo de 1932. El dentista Kohnenkamp escogió el primer día del mes para descansar con su familia y los amigos de sus hijos en la entonces lejana playa de La Chimba. De improviso surgió el drama: la gente gritaba y corría hacia los roqueríos.

Una sucesión de imágenes y angustias se agolparon en su cabeza. Una ola asesina arrastró a su hija Daisy de 9 años, junto con Guillermo Sweet y Mario Zaldívar, ambos de 19.

La desgracia golpeó con furia a la familia y de manera especial a don Adolfo. Hasta podría afirmarse que allí murió. Ante el dolor, la conformidad es escurridiza. Don Adolfo, retornaba con frecuencia a La Chimba, extendiendo su mirada hacia el horizonte marino esperando, quizás, un milagro...

Volvió a Santiago y se encerró en su casa de la calle Londres. El sufrimiento carcomió su cuerpo y espíritu. Resistió el primer derrame cerebral, pero el segundo lo llevó a la tumba el 22 de septiembre de 1936.

Desde entonces, su alma habita en la derruida estación Zaldívar del ferrocarril a Salta, en plena pampa, donde las costuras calicheras descansan un mañana de esperanza. El día es sol, la noche sombras y el silencio duerme su borrachera de siglos.

4. EN LA VASTEDAD DEL NORTE



CALETA COLOSO: DONDE SE DETUVO LA HISTORIA

El 2 de febrero de 1933, el periódico inglés "The Liverpool Post" tituló así una crónica: *"Puerto salitrero es destruido"*, y agregaba... *"Mister Robert Bell ha comprado un pueblo de cinco mil habitantes. Se propone destruirlo"*.

En Inglaterra se conoció lo que aquí era ya historia pasada. Efectivamente se había destruido el Puerto de Coloso, que en sus tiempos de mayor prosperidad tuvo la cantidad de habitantes señalada por el diario.

El desarme fue rápido: rieles, durmientes, casas, iglesia, escuelas, hotel, cine, todo cuanto pudiese ser transformado en dinero, fue arrancado del suelo y vendido en vil precio en barracas locales y de Santiago.

TODO EN UN MILLÓN DE PESOS.

Coloso era una buena caleta. El intento de península que se extiende hacia el sur, detenía los vientos del oeste y permitía que las naves llegaran sin zozobra: era puerto alternativo de Antofagasta, cuando el mar embravecía.

Los pescadores también gozaban de sus aguas tranquilas. Los cerros se caen al mar y en ellos se había explotado pequeños yacimientos de cobre. Siempre en forma esporádica.

El nuevo siglo trajo grandes esperanzas a la región. Empresarios iquiqueños visitaban sus pampas y hacían planes interesantes. Uno de ellos, Matías Granja, concibió la idea de explotar calicheras en Aguas Blancas, estableciendo una vía ferroviaria con la costa. Quería emular a Tomas North, quien constituyó en Tarapacá el monopolio del transporte del salitre, que lo convirtió en un gran potentado. Asociado con Baltasar Dominguez, emprendió la obra.

La construcción de un puerto alternativo preocupó a los antofagastinos y sus autoridades: "¿Se morirá nuestro puerto!", argumentaban. En la concentración pública organizada por la Municipalidad, se acordó solicitar al gobierno que reconsiderara el decreto de habilitación de Caleta Coloso. Era el sagrado "derecho a la defensa", porque la suerte estaba echada.



UN AUSPICIOSO PUERTO SALITRERO FUE A COMIENZOS DEL SIGLO XX COLOSO, UBICADO A 20 KILÓMETROS AL SUR DE ANTOFAGASTA. CONSTRUIDO EN 1902 Y DESTRUIDO EN 1932.

En el segundo semestre de 1900, llegó la primera remesa de rieles. Luego los durmientes. El 11 de octubre de 1902, las autoridades encabezadas por el intendente Alejandro Fierro, se embarcaron en el viaje inaugural del ferrocarril.

UN PUEBLO PARA VIVIR

Coloso creció espectacularmente. Alumbrado público con ampolletas incandescentes, cuando Antofagasta era alumbrado con gas. En los faldeos del cerro se alzaba la Iglesia, las escuelas, el cine, el hotel, las habitaciones para obreros, empleados y altos funcionarios de la empresa. Cuartel de Policía, Bomberos y Pulpería, completaban el cuadro de servicios para los vecinos.

En el centro costero estaba la estación del ferrocarril que daba vida al pueblo. Viniendo de norte a sur, siempre por la franja costera, se ubicaban: la Casa de Máquinas, la población Matías Granja, la Carbonera, la Casa de Fuerza y la Resacadora de agua de mar, la Fundición y Maestranza.

Dos muelles, con sus respectivas grúas, facilitaban la carga del salitre y la descarga de mercaderías.

Una cancha de tenis, y otra de fútbol, estaban a disposición de los deportistas y los sensacionales partidos entre lugareños y tripulantes de barcos.

Muros de cal y piedra de 1.50 metros de espesor, resguardaban al pueblo de mareas turbulentas.

Completaba la urbanización cortas vías de comunicación orientadas de norte a sur: avenidas España y Miramar; y, las calles Pepita y Mejillones. Otras dos corrían de cerro a mar: Yungay y Antofagasta.

Coloso fue una ciudad completa; sin embargo, nunca tuvo un sitio donde depositar a sus muertos. Los entierros debían recorrer el camino hasta Antofagasta para llegar al Cementerio.

UN GRAN PUERTO SALITRERO

Coloso se transformó en un auspicioso puerto de comercio internacional. En 1907, más de 300 naves echaron anclas en su bahía. Exportó 113 mil 701 toneladas de salitre, que lo convirtió en el tercer puerto salitrero del país, después de Tocopilla y Taltal.

Los antofagastinos, en tanto, lo transformaron en un lugar de atracción turística, tanto que el propietario del Hotel Coloso, puso en la prensa un aviso ofreciendo un servicio diario de coches para el traslado de pasajeros. Coches y carretas transportaban personas y carga.

Hacia el segundo decenio del siglo, llegaron los veloces y elegantes automóviles que se aventuraron a recorrer el camino a Coloso. En 1930, cuando la caleta estaba en su agonía, un informe de la Dirección Provincial de Caminos, detallaba que la ruta a Coloso era la más transitada de la provincia, circulando anualmente más de cien vehículos motorizados. El tránsito aumentaba en fiestas patrias y feriados.

El cine funcionaba tres días a la semana, cobrando precios altísimos para la época: un peso la platea, y 60 centavos la galería.

No era todo: un romántico puente se desprendía del cerro y caía con suavidad cerca de la playa. Allí se soñó y amó. El tiempo se llevó sueños y amores.

YUNGAY: EL PUEBLO DEL SEÑOR GENERAL



a Segunda Región despertó a la prosperidad económica a fin del siglo XIX. La industria del nitrato que se había desarrollado con éxito en Tarapacá, comenzó a declinar por la escasez y pobreza de las calicheras.

Entonces, los más poderosos empresarios miraron hacia Antofagasta, instalándose más de cien oficinas en el Cantón Central, El Toco, Taltal y Aguas Blancas, este último ubicado a 100 kilómetros al sureste de Antofagasta.

Los capitalistas Matías Granja y Baltazar Domínguez idearon un audaz proyecto: construir un nuevo puerto de embarque de salitre, y conectarlo por vía férrea con Aguas Blancas. Así nació Coloso y el ferrocarril salitrero.

El tren partía desde el nuevo puerto, encaramándose por la cordillera de la Costa a través de la quebrada La Negra y se internaba por el desierto en dirección sureste. Después de cinco horas llegaba a la estación Yungay.

El ferrocarril fue inaugurado oficialmente el 11 de octubre de 1902.

Aguas Blancas se transformó en un centro económico de importancia, con grandes oficinas salitreras.

Alrededor de ese Cantón salitrero nació el pueblo de Yungay.

ARRIENDAN SITIOS

Yungay fue una estación ferroviaria, unida a Coloso y Antofagasta no sólo por el tren, sino también por una línea telefónica. El correo funcionaba con normalidad.

En 1909 comenzó a publicitarse en la prensa local avisos ofreciendo terrenos en el pueblo en construcción. Fueron colocados por iniciativa del General (r) José María Soto Pereira: había solicitado un pedimento minero en un terreno cercano a la pequeña estación Yungay, que carecía de valor, pero que se adecuaba a su propósito.

El avisado General mandó a dibujar un plano de un poblado con todos los requisitos: calles, plazas, locales comerciales y para servicios públicos. Un pueblo para vivir y también para morir: en un pequeño cerrito se levantaba el cementerio.

El General había realizado la increíble hazaña de lotear el desierto y ofrecía "arrendar sitios por nueve años a razón de 20 y 30 centavos el metro cuadrado y pagaderos en semestres adelantados".

Don José María tenía un ojo muy hábil para los negocios. Anteriormente había intentado hacer lo mismo con Caleta Coloso, sin resultados. Luego se dio cuenta de la importancia

del Cantón de Aguas Blancas e hizo el pedimento minero para vender o arrendar sitios. El 28 de octubre "El Industrial" informó: *"ya están muy adelantados los trabajos de edificación en la nueva población de Yungay, fundada por el General José María Soto"*.

UN PUEBLO LUJURIOSO

El General era un hombre excepcional. Ingresó al Ejército en 1857, en calidad de sargento del Batallón 4º de Línea. Participó en la Guerra del Pacífico, como ayudante del Estado Mayor y resultó herido en la Batalla de Chorrillos, jubilándose en 1893. Se casó con doña Luganda Terán; enviudó y contrajo nuevo matrimonio con doña Cantalicia Cañas. Cuando salió del Ejército fijó su residencia en Concepción y, posteriormen-



ÉSTE ERA EL GENERAL JOSÉ MARÍA SOTO PEREIRA EL PRINCIPAL IMPULSOR DE LA CREACIÓN DEL PUEBLO DE YUNGAY.

te, emigró hacia el norte, instalándose en Yungay.

Aguas Blancas se constituyó en una Subdelegación y el Gobierno nombró a su representante. También quedó comprendido dentro del territorio gobernado por la Municipalidad de Antofagasta, la que estaba obligada a mantener servicios públicos. De allí se derivó una constante disputa entre el Alcalde y el General. ¿Quién manda en Yungay?

Hacia 1913 el pueblo contaba con cuatro manzanas edificadas con irregularidad, con una población cercana a las quinientas personas. Tenía alumbrado público de gas de acetileno y en igual forma se iluminaban las viviendas y establecimientos comerciales.

Don Gerónimo Yankovic mantenía el servicio telefónico; Sepúlveda era el sastre; don Uldorico se preocupaba de la carpintería; y, por supuesto, existía la infaltable botica, donde además "se sacaban muelas".

Pero, el número de almacenes de alcoholes y sitios para beber sobrepasaban las demandas de la población; tres billares, dos almacenes de licores y un hotel donde también se vendía alcohol. A esto hay que agregarle veinticuatro prostíbulos, algunos tan pintorescos como "El pájaro verde" y "El poncho roto".

Es justo decir que había una Escuela Mixta funcionando en un local cedido por el General y con una asistencia media de 45 alumnos.

La Policía, a cargo de un Sargento, un Cabo y un Soldado, ocupaba un local inadecuado y que ni siquiera tenía calabozos. "Los detenidos -decía un informe de 1913- están bajo la palabra de caballeros de no abandonar el local".

La situación moral era desastrosa. Yungay era el centro donde trabajaban más de tres mil obreros y, por lo mismo, trescientas personas diarias formaban parte de la población flotante que se divertía en cantinas y prostíbulos. Las peleas y asesinatos eran el pan de cada día: la prensa contaba el caso de un parroquiano que dormía "su mona" en una mesa de billar. De pronto, desde la calle sonaron tiros y la cabeza del ebrio voló en mil pedazos. Así de simple.

La situación de las "asiladas" era mucho peor. Un informe graficaba que: "es cosa común ver a las mujeres semidesnudas, en cualquier hora del día, atravesar la población". Se solicitaba reglamentar las horas en que las mujeres debían salir a la calle. El mismo artículo decía que era necesario "impedir el negocio descarado de trata de blancas que ejercen los regentes de los prostíbulos".

Así vivió y murió el pueblo del General hasta 1932. La crisis y el desarme de Caleta Coloso terminaron con su mundana y lujuriosa existencia.

PAMPA UNIÓN

La sesión municipal estaba por terminar. Fue entonces cuando el Alcalde Luis Franco solicitó la anuencia de los regidores para cancelar la planilla por horas extraordinarias por la suma de \$ 24.000.- que correspondía a trabajos realizados en Pampa Unión para demoler los edificios públicos. Hubo acuerdo unánime, sin que nadie reparara que la aceptación significaba la muerte del pueblo. Era el 3 de abril de 1954.

Aseguran los biólogos que la necesidad crea el órgano. Al parecer, así también ocurre en los organismos sociales y Pampa Unión es un claro ejemplo. Véase: hacia comienzos del siglo XX, el sector denominado Pampa Blanca, por donde la línea del tren a Bolivia estira sus rieles, en el kilómetro 144, se había instalado un grupo importante de oficinas, que daban vida a una población no menor de veinte mil habitantes. Entre ellos, la mayoría correspondía a trabajadores solteros que laboraban de manera ruda y sin contar con momentos necesarios para divertirse. La otra cara de la moneda la constituían los casados, que debían hacer milagros para vivir, debido a los altos precios de los artículos de primera necesidad que eran vendidos en las pulperías.

En resumen, unos necesitaban divertirse y los otros adquirir mercaderías a precios justos. Esas necesidades latentes se transformaron en la espoleta que hizo reventar la formación de un poblado en pleno desierto: Pampa Unión.

El doctor Lautaro Ponce Arellano, apenas llegó a la ciudad, se dio cuenta del gran número de enfermos que provenían desde las Oficinas al hospital. Entonces, pensó realizar una obra social y de bien personal: instalar un Sanatorio en el corazón de Pampa Blanca. Lo pensó y lo hizo. Para concretar su propósito, pidió la concesión de un terreno a pocos metros hacia el oriente de la Estación Unión del ferrocarril. Allí nacería el pueblo de Pampa Unión.

UN ATRACTIVO SANATORIO

En Valparaíso, en el hogar formado por Manuel Antonio y Sinforosa, nació Lautaro Ponce Arellano, el 15 de diciembre de 1876, un varón de ojos claros, frente despejada, tez blanca y cabellera ligeramente rubia. Había estudiado sus humanidades en Santiago y al término de ellas ingresó a la Escuela de Medicina de la Universidad de Chile. Se tituló a los 27 años. Fue médico de la Armada y ancló, definitivamente, en Antofagasta en 1903.

Lautaro manejaba la pluma tan bien como el bisturí, lo que le permitió incursionar en el periodismo nacional, a tra-



DOCTOR LAUTARO PONCE ARELLANO, FUNDADOR DEL SANATORIO DE PAMPA UNIÓN.

vés de los diarios "Las Últimas Noticias" y "El Mercurio" de Santiago. Aquí fue director de "El Abecé".

El Doctor logró la concesión solicitada en 1911 y -al año siguiente- instalaba algo parecido a un Sanatorio en la estación Unión. La empresa tuvo resultados negativos, pero la construcción fue como un panal de rica miel al que pronto acudieron comerciantes, prostitutas y aventureros, estableciéndose en carpas, ranchos o pernoctando a la intemperie. Allí también se expendía abarrotes, licor y amor.

A principios del segundo decenio ya se había formado un pueblo habitado por más de mil habitantes, pero con una población flotante no menor a quince mil personas. Ya en 1929, el poblado tenía Comisaría, Juzgado de Menor Cuantía, Registro Civil, Dispensario Municipal, Caja de Ahorros, Teatro Obrero y Bomberos. Los servicios estaban a cargo de médico, dentista, abogado, practicante, enfermera y matrona. Y para mejor, había once tiendas de vestuario, 25 almacenes de abarrotes, dos boticas (Ferraro) y nueve hoteles. Mucho para la población, poco para las visitas frecuentes.

DONDE VIVE EL DIABLO

En los primeros años (hasta 1918), Pampa Unión estuvo bajo la jurisdicción de la Municipalidad de Caracoles. Fue en-

tonces cuando se promulgó la ordenanza para regular el funcionamiento de los prostíbulos.

Una disposición ordenaba que las piezas de las asiladas no tuvieran ventanas, ni ningún orificio que permitiera mirar al interior. Además, las mujeres debían permanecer en el interior de las casas y sólo podrían salir a tomar el sol entre las 12 y 15 horas. Era la forma de resguardar la moral.

Si bien es cierto que Pampa Unión permitía a los salitreros proveerse de mercaderías más baratas que en la pulpería, no es menos cierto que se transformó en centro de prostitución y alcoholismo. Los pampinos llegaban "cargados" de oro. Entraban a vestirse con ropas nuevas a las tiendas de Lucero, Anaya o Revuelta. Se ponían el vestuario y "las pilchas" las dejaban guardadas. Ingresaban a los salones y no se retiraban hasta que se terminaba el dinero. Pobres, retornaban a la tienda, vendían sus elegancias y una vez más se vestían con "las pilchas". Retornaban a la Oficina a juntar dinero para una nueva incursión. En el pueblo se quedaba el dinero y los amores.

En 1929, el pueblo tenía diez manzanas, con dos importantes calles de norte a sur: Sotomayor y General Del Canto. En ésta estaban las tiendas y los más importantes prosti-

bulos. Entre ambas arterias se desplazaban siete calles transversales: Riesco, Diego de Almeyda, Enrique Villegas, A. Silva, Hermógenes Alfaro y José Santos Ossa.

En síntesis, Pampa Unión tuvo todo lo necesario para ser un importante pueblo del desierto... ¿Todo? ...menos una modesta capilla para celebrar la misa, los matrimonios y los bautizos. La escuela del pueblo servía para esos fines.

Comentan que cuando a monseñor se le insistía en la necesidad de construir un templo, respondía: "¡Hombre!... En ese pueblo vive el Diablo".

UN PUEBLO CON ALMA

El poeta Nicolás Ferraro escribió: "*¿Quién robó mi pasado, mi infancia, mis vecinos? / ¿Dónde están Antenor, Luis Rojas, Juan Ojeda? / ¿Qué luna alumbrará mi casa derruida, / los hitos inútiles, las calles desiertas?*" El poeta es uno de los hijos de Pampa Unión. Otras importantes familias iniciaron allí sus actividades comerciales y profesionales. Eran inmigrantes que buscaron un lugar donde el progreso era tangible. ¿Acaso se pensó alguna vez que la gallina de los huevos de oro del salitre moriría? Para todos era símbolo de lo eterno, de un destino manifiesto.



EL PUEBLO DE PAMPA UNIÓN EN LA CELEBRACIÓN DE UN 18 DE SEPTIEMBRE

Conforme a esta creencia fue creciendo la geografía urbana del pueblo. En el sector sur, conocido como "el barrio de los griegos", se instalaron la panadería Triantafilo, la lechería de Karestino, el almacén de Panápolos y la agencia automotriz de Peradoto.

En el área céntrica, se levantaban las residencias particulares, las oficinas de servicios públicos y el comercio de tiendas, abarrotes y bodegas. No todo el sector era tan "santo": correspondía, también, al mundo alegre de las casas de prostitución. Se bebía y se bailaba donde la Juanita Concha, la Herminia Cuéllar, la Olivia Muños y la Eudocia Laferte. Ilusiones de amor que se esfumaban cuando los bolsillos quedaban sin dinero... Era el lunar del centro.

No obstante, en la misma calle General Del Canto se instalaron las mejores tiendas de vestuario. Las más prestigiosas eran las de Miguel Anaya, José Revuelta, Teófilo Guzmán, Ernesto Lucero, Absalón Cifuentes y los hermanos García, entre otras, sin olvidar la Botica de Ferraro Cortesse.

Por último, venía -de norte a sur- el barrio "caliente y frío", cuyo nombre se debía al vendedor ambulante Toribio Camacho, quien voceaba las empanadas calientes y sus sandwiches fríos.

NO TAN SÓLO DE PAN...

Si alguien asegura que Pampa Unión fue sólo centro de frivolidad y banalidades, está en un profundo error. Pampa Unión tuvo alma, sueños y esperanzas y el verbo ocupó un lugar de privilegio en el quehacer ciudadano. Desde luego, el periodista y escritor Luis Tojas Aspurrúa instaló un taller gráfico en 1928 y editó el primer periódico del pueblo: "La Voz de la Pampa". Aparecía los sábados y domingos y estaba dedicado a publicidad comercial, noticias del puerto y oficinas salitreras. Vivió casi cuatro

años y desapareció con la agonía del salitre.

La imaginación y la vena satírica de don Luis lo inclinó a publicar el periódico que el sólo nombre lleva de inmediato a la carcajada: "Pocas Calchas" (harapos). En la portada se insertaba un gracioso epígrafe: "Aparece los sábados en la mañana, porque en la noche se cura" (emborracha). En síntesis, estaba dedicado al pelambrillo festivo de los más conocidos personajes pampinos.

En 1932, aparecieron los dos últimos periódicos de Pampa Unión: "Palo Grueso" y "La Hoja Informativa". En esa época era claro el derrumbe económico por la pérdida de los mercados compradores de salitre, de tal modo que, en gran parte, dedican sus páginas a atacar a quienes creían culpables: los yanquis y la Cosach (Corporación de Salitre de Chile).

En el primero, y bajo el título de Juan Machuca en la Pampa, se escribe en versos: "La culpa de nuestra ruina, / la tienen los cosacheros, / para nosotros todo termina / y se hinchan los extranjeros" (sic). En cuanto a "La Hoja Informativa", en la portada aparece un epígrafe que dice: "Chile para los chilenos. El Yankee (sic) nos humilla".



LOCAL DONDE FUNCIONÓ LA IMPRENTA DEL PERIÓDICO
"LA VOZ DE LA PAMPA".

CON LOS CRESPOS HECHOS

Apresuradamente, los vecinos de Pampa Unión y los trabajadores de las oficinas cercanas se reunieron a lo largo de la vía férrea en la estación Unión. La banda de la Oficina Luisis, los scouts y las girls de La Araucana, daban un golpe colorido. Los trajes oscuros y los sombreros de coliza semejaban una procesión de penitentes.

Todo estaba dispuesto. Don Nicolás Ferraro y Juan Panadés, junto a Ernesto Lucero, Julián Vera, Pedro Campos, Luis Astudillo y Santiago Evans, se ubicaron en un extremo, justo donde se calculaba que quedaría el último vagón del tren Presidencial que traía al general Carlos Ibáñez Del Campo. Estaba dispuesto que la delegación subiría al tren para entregarle el petitorio e invitarlo a visitar el pueblo.

Los miembros del comité habían programado que la banda tocara la canción nacional y mientras ellos conversaban con S.E., la muchedumbre lanzaría gritos de vivas al presidente.

El petitorio era simple: venta a precio conveniente de los sitios fiscales que ocupaban los pobladores, agua potable, construcción de dos locales escolares, un Juzgado del Trabajo, sitio para construir un estadio y, finalmente... ¡Dios lo quiera! ... una capilla para espantar al Diablo.

Todo ocurrió como se había programado. El comité subió al vagón donde estaba el presidente. Los saludos de rigor, luego la voz de Ibáñez que decía: "Estoy enfermo... son mis amigas... no podré visitar el pueblo". Más que una excusa, era una orden. El comité comprendió. Desearon mejoría y bajaron del vagón. Afuera la muchedumbre había enmudecido. El tren emprendió la marcha tomando velocidad. Todos miraron hacia el último vagón que se fue perdiendo en la inmensidad de la pampa, así como entre ellos se iba perdiendo la esperanza.



EL SEMANARIO HUMORÍSTICO "POCAS CALCHAS", EN UNA DE SUS EDICIONES A PRINCIPIO DE LOS TREINTA. APARECÍA LOS SÁBADO EN LA MAÑANA, "PORQUE EN LA NOCHE SE CURA".

TALTAL: EL PUERTO QUE NACIÓ DOS VECES

El olor a pólvora era insoportable. El Cerro Grande estaba aún cubierto con camanchaca. Las balas de "fusiles" zumbaban en las cabezas de los combatientes. José Antonio Moreno tenía responsabilidad de mando y su corazón lo aventuraba a situaciones peligrosas. Ahí se jugaba la suerte de su amigo Pedro León. Quiso avanzar hacia las tropas gobiernistas; de súbito, sintió un agudo y frío dolor en su mano derecha. La sangre salpicó su rostro y su cuerpo. No supo más.

Sentado, mirando el mar, José Antonio recordaba esa escena. Ahora, cargado de riquezas, miraba hacia la bahía y el barco que flotaba sobre sus aguas. Desde entonces, respondía por el sobrenombre de "El Manco".

José Antonio Moreno era copiapino, nacido en un hogar humilde. Muy joven se inició en el trabajo desempeñándose como empleado de mostrador. Su pasión minera lo llevó a trabajar en las faenas de Pedro León Gallo, como administrador de "La Candelaria".

Pero era un hombre inquieto y aventurero, de manera que emprendió una expedición hacia el Desierto de Atacama. Con sus 26 años a cuestas y su fantasía minera, recorrió toda la costa sur de Antofagasta. Fue así como descubrió la mina "El

Cobre", frente a la caleta del mismo nombre. Desde ese momento se inició su gran fortuna. Recorrió también Remiendos, Paposo y Taltal.

En Canchas, descubrió nuevos yacimientos de cobre y la quebrada que desemboca en la hermosa bahía de Taltal.

Europa comenzaba a consumir cobre y Chile se transformó en el gran proveedor. Los veleros llenaron sus bodegas en la bahía de Taltal; y Moreno, que había tecnificado sus faenas con maquinarias importadas, les suministró el mineral que necesitaban.

Taltal estaba convertido en un puerto real, pero no legal. Los trámites aduaneros debían realizarse en Caldera, lo que significaba una pérdida de tiempo. Para solucionar la situación, se dirigió al Gobierno de Manuel Montt, solicitando la habilitación legal de la bahía.

El 12 de julio, el decreto N° 91 del año 1858 "*habilitó... el puerto de Taltal en la provincia de Atacama y se nombraba a un Teniente de Aduana*". En el artículo 4° indicaba que "*don José Antonio Moreno pondrá a disposición de los empleados de aduana... la habilitación en que deben residir en ese puerto*".

Un año antes de quedar manco en la batalla de Cerro Grande, Moreno dio nacimiento al puerto de Taltal.



BAHÍA DE TALTAL



EN 1877, EL PRESIDENTE ANÍBAL PINTO GARMENDIA, DICTÓ EL DECRETO DE 26 DE JULIO, POR EL CUAL FUE CREADO TALTAL, ESTABLECIENDO LA CREACIÓN DE 11 MANZANAS DISTRIBUIDAS ALREDEDOR DE LA PLAZA, TAL COMO SE MUESTRA EN LA FOTO.

EL OTRO NACIMIENTO

"El Manco" murió en 1869 a los 47 años. Dejó una viuda rica y hermosa: Delfina Zuleta. No se sabe por qué (dinero o belleza), el médico copiapino Rafael Barazarte se casó con ella. El Doctor se hizo cargo de la gerencia, administrándola con éxito.

El nuevo escenario hay que situarlo algunos años anteriores a la guerra del Pacífico, época en que el salitre era monopolio del Perú, apenas rasguñado por la Empresa de Salitres de Antofagasta.

Como los aventureros siempre existen, desde Iquique el industrial Daniel Oliva organizó una expedición marítima para catear yacimientos calicheros en el Desierto de Atacama. En 1878 desembarcó en Chañaral y desde allí marchó a Taltal. En el puerto conoció a Barazarte y Vicente Bañados, con quienes se asoció.

El interés por las nuevas riquezas en territorio chileno no disputado, abrió el apetito de muchos, solicitando sitios en la bahía. En 1877, el presidente Aníbal Pinto Garmendia, dictó el decreto de 26 de julio, por el cual se establecía la creación de dos nuevas poblaciones: Blanco Encalada y Taltal. Para esta última determinaba *"la formación de 11 manzanas distribuidas alrededor de la plaza pública"*. Un mes más tarde dos ingenieros procedieron a estacar las manzanas que formarían la población, destinando los sitios para las oficinas públicas.

La legalización de su existencia corresponde al segundo nacimiento.

EL ESTIRÓN SALITRERO

Oliva produjo el primer salitre que fue exportado a Hamburgo desde el puerto que lleva su nombre. Con prontitud se levantaron oficinas con capitales de nuevas personas: Lautaro, Santa Luisa, Santa Catalina del Norte y Germania.

El ferrocarril robusteció el desarrollo de Taltal. Por ley de la República fueron destinados recursos para estudiar el trazado, labor que cumplió el Ingeniero Aurelio Lastarria. Fue li-

citada la concesión, la que a través de varias transacciones, llegó finalmente a manos de la empresa londinense Sociedad de Ferrocarril de Taltal Limitada. El Ingeniero Juan Enrique Meiggs construyó la obra y el 20 de octubre de 1882 se inauguró solemnemente la vía de Taltal a Refresco.

Fue el punto inicial para un ferrocarril que llegó a tener 298 kilómetros de extensión y que unió a más de veinte oficinas (1890). A medida que crecía la línea se desarrollaba el puerto: de 360 habitantes que tuvo en 1861, al término del siglo llegaba a 5.834. Y en 1907, el año de mayor prosperidad, llegó a 11.457.

Fue el milagro del salitre.

LOS AÑOS DORADOS

Los censos poblacionales permiten medir el desarrollo de un país o un pueblo. El de 1907 confirmó lo que los taltalinos vivenciaban: progreso y crecimiento. Las cifras eran reveladoras; el puerto con 11 mil 457 habitantes y más del doble para las comunas de Santa Luisa y La Aguada.

El fenómeno está íntimamente ligado con la producción salitrera del Cantón de Taltal. ¡Casi medio millón de toneladas! El puerto se convirtió en el mayor exportador de la provincia.

Las oficinas Alemania, Alianza, Ballena, Britania, Chile, Carolina, Esperanza, Ghizzela, Lautaro, Lidia, Miraflores, Tricolor y Santa Luisa, trabajaban a producción plena.

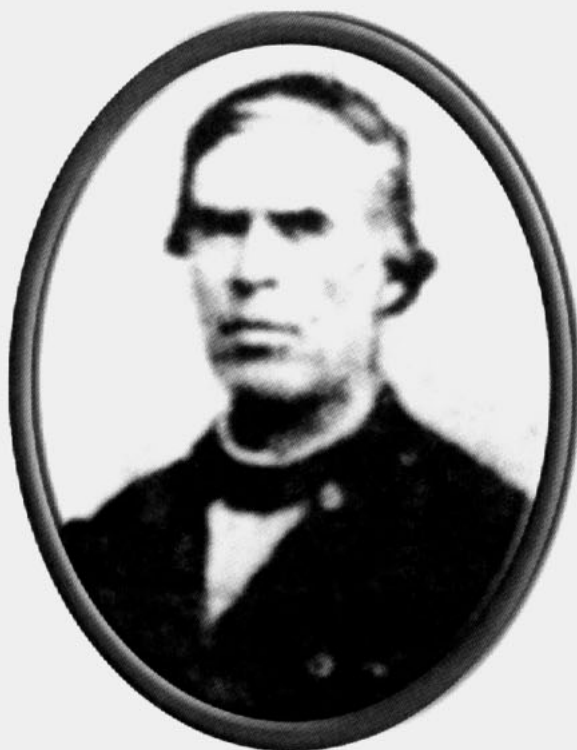
El ferrocarril mostraba también signos entusiastas. Los vagones atiborrados de pasajeros y carga, subían de Taltal a Cachinal los lunes, miércoles y viernes, y bajaban los otros días. Nueve horas de viaje por el desierto se transformaban en un infierno. El almuerzo se servía en Aguas Verdes, donde el tren se detenía media hora. Acomodados en el amplio Hotel de Radoslav Andrevic, los pasajeros se reponían del largo trayecto.

Sin embargo, el mayor tránsito se hacía a la oficina Santa Luisa. Conforme a la reglamentación de la empresa, sólo via-

jaban gratis "los niños de pecho". La hora de bajada del tren era relativa, dependiendo de la carga de la oficina. Por barcos, o por sus propios medios, "los enganchados", los campesinos del Norte Chico llegaban a la tierra dorada.

DE TODO PARA TODOS

Taltal vivía el dinamismo del desarrollo económico. Más de cuarenta coches de servicio, con farolitos a ambos lados, movilizaban una población que trabajaba y se divertía. La bahía siempre atestada de clipers y vapores, era un torbellino, más aún cuando sobrepasaba las 20 naves... Alemanes, ingleses, franceses y noruegos, con sus cabelleras rubias, hacían soñar a las "lolas" taltalinas y despertaban las ambiciones de los cincuenta centros comerciales que expendían vinos y licores.



JOSÉ ANTONIO MORENO, "EL MANCO", FUE QUIEN DIO NACIMIENTO AL PUERTO DE TALTAL.

Los hombres usaban trajes de casimir inglés o francés, que ofrecían las tiendas La Rioja, La Moda Elegante, La Baratura y Campbell y Cía. Once sastrerías y casas de modas vestían a varones y damas. Cinco boticas mantenían remedios nacionales e importados. En la Botica y Droguería "La Chilena", Toribio Núñez ofrecía "preparaciones químicas" y la atención "de el reputado Doctor Roberto Mesa, que atiende a los enfermos en mi establecimiento". En tanto que la botica "Alemana" se vanagloriaba de mantener "drogas frescas... porque las recibe de cada vapor". Una veintena de carnicerías expendían carnes de excelente calidad proveniente del ganado que importaba John Rabeinat y Cía., cadena comercial del rubro en todo el norte.

Había de todo y para todos, incluyendo las cosas más exóticas, como lo hacía la Casa Fotográfica Sills Martin y Cía., que asegura ser "los únicos de América de poseer el maravilloso pincel eléctrico, gran invento norteamericano" que le permitía entregar retratos en seis días.

Se ofertaba lo necesario para vivir, y también para morir. Bartolomé González tenía ataúdes de primera, segunda y tercera categoría. Más audaz, Manuel Rivadeneira recomendaba los suyos, pues estaban "listos para ser llevados".

UN PUEBLO COSMOPOLITA

Taltal semejaba una Torre de Babel: había ciudadanos de todas las naciones, tanto que los ingleses, con su espíritu exclusivista, trazaron su propio cementerio. Por sí, eso no prueba su cosmopolitismo.

En todas las casas comerciales, incluyendo barberías, se anunciaba que hablaban inglés, francés e italiano, incluso alemán. Dos ejemplos más confirman la internacionalización de Taltal: Juan Silva, de la Librería Universal, aseguraba "suscripciones de todos los periódicos del mundo". Segundo, la existencia de los consulados de Alemania, Inglaterra, Francia, Suecia, Italia, España, Argentina y Perú.

El salitre derramaba su abundancia y los bancos de Chile, Español, Italiano y las Cajas de Crédito Hipotecario y Nacional de Ahorros, navegaban en ese manantial de riquezas.

¿Cuánto quedó para los taltalinos? Las casas que se construían con pino oregón, calaminas y cemento importados, fueron escasas. Un documento de la época denunciaba que "las habitaciones, cuyos precios son exorbitantes, son estrechas, sin luz y en sus patios se acumula la basura. Los conventillos (de Prat, Martínez y San Martín) de pisos sin tablas, de pare-

des de saco o de lata, tienen como único excusado, un hoyo”.

Muchos de los que lograron parte de la riqueza, ¿cómo la gastaron? Una vez más un documento lo explica: *“el alcoholismo llega, sin ponderación, a extremos increíbles, abarcando todas las esferas sociales”.*

El fin de la Primera Guerra Mundial dio su primer golpe. Luego, en 1930, la entrada del salitre sintético, fue el zarpazo final.

Hacia 1940, la población había descendido a 5.649 habitantes y las oficinas eran sólo un recuerdo. La querida Santa Luisa paralizó sus faenas. Alguien, con el compás del tango “La Cumparsita”, escribió: “Santa Luisa / madre de mi vida / la sirena ya no suena / para llamar a los obreros”. ¿Hasta cuándo?

TOCOPILLA: UN PUEBLO DIFERENTE

El nacimiento de Tocopilla está íntimamente ligado con la explotación del cobre y la presencia de inversionistas ingleses. La actividad humana nació y creció en torno al establecimiento de las fundiciones, las que se instalaron en caleta Duendes (cerca del cementerio viejo) y Algodonales (CODELCO), en extremos opuestos a su actual emplazamiento. Los caseríos fueron aumentando en forma paralela al desarrollo de la extracción del cobre. Los empresarios pidieron terrenos para ampliar la actividad industrial y construir viviendas.

En la década del cincuenta -siglo XIX- la explotación del cobre tomó un ritmo más acelerado. La empresa Dickson, Hanker y Cía., construyó la Fundición Tocopilla. Luego nació Bellavista, de Jorge Edger y Cía., empresa que también poseía una flota de barcos y veleros para transportar el mineral. De manera simultánea se instalaron la Fundición Buena Vista, de Corney Kinkay, y la Duende, de Francisco Latrille.

Estas instalaciones implicaron el empleo de mayor mano de obra y la construcción de viviendas para las cuales se usaron materiales más sólidos y de mejor calidad. Nacen, también, las primeras calles en un rectángulo, cuyos límites eran: Washington, al sur; San Martín; hacia el cerro las calles Toco-

pilla (Arturo Prat) y Buena Vista. Varias manzanas, pero con mínima construcción. La población llegaba a las 1.200 personas.

El descubrimiento de Caracoles y el asentamiento de La Chimba (Antofagasta), permitió a Tocopilla ser reconocido como puerto menor. *"Podrán desembarcar -decía el decreto- toda clase de mercaderías que vengan del exterior y se dirijan a Caracoles y sus adyacentes"*.

EL INVISIBLE MÍSTER JOHN G.

Resulta extraño el lento desarrollo de Tocopilla, a diferencia de Taltal y Antofagasta, que fueron más explosivos. Las estadísticas demuestran con mayor claridad esta afirmación: en 1883 la percepción de impuesto en la Aduana tocopillana fue de \$ 222.000, cifra que Taltal dobló y Antofagasta cuadruplicó.

¿Por qué Tocopilla fue diferente? Breve y simple: la más rica pampa calichera de la región, el Toco, fue explotada con posterioridad. Se explica esta situación debido a las jugarretas del invisible mister John G. Una especie de novela de ciencia ficción.

El caliche del Toco fue descubierto hacia 1870, por Juan Fomastel, Francisco Allenck y Juan Vargas. Los descubridores solicitaron la concesión de los terrenos al Gobierno bolivia-



TOCOPILLA VISTA DESDE EL MAR

no. La petición fue aceptada, con la oposición de la Compañía de Salitres de Antofagasta, que alegaba la propiedad de esos terrenos. Largo litigio y larga demora. Fallo en contra de la Compañía.

Bolivia concedía terrenos, pero obligaba su explotación en cierto plazo, si no se declaraba en "despueblo" y podía ser nuevamente concedido. A los concesionarios les faltó capitales para iniciar faenas y sufrieron el rigor de la disposición señalada.

Bolivia tenía interés en aumentar los asentamientos humanos en la costa y el salitre era clave. Entonces, Bolivia licitó los terrenos del Toco. Hubo dos interesados: Juan Gilberto Meiggs y el brasileño Pedro López Gama. Ganó el primero. Curioso pues éste no residía en Chile y el que tramitó la nueva concesión fue su representante Charles Watson. Meiggs, más conocido en Tarapacá como Juan G., para diferenciarlo de su hermano Enrique, fue el invisible poseedor de la empresa y Watson el negociador.

A esta altura de la novela salitrera, Perú entra en escena. El gobierno de ese país, que había nacionalizado las salitreras de Tarapacá, miraba con recelo la competencia de Antofagasta, que rompía su monopolio, de manera que la posibilidad del Toco era peor. En secreto tomó contacto con el negociador Watson, a quien le compró los terrenos calicheros con el

compromiso de entrar en el sistema del monopolio estatal. Así se tejó un largo negocio entre Perú y Watson. Y Tocopilla, ¿qué? Nada. Simplemente los caliches del Toco durmieron en el desierto. La novela termina cuando el invisible mister John G., transfiere la empresa a Watson. Un happy end.

ACORTANDO DISTANCIAS

Para decir verdad, ese no fue el único impedimento. Además hay que contar la larga distancia que había entre el Toco y el puerto. Ahora se completaba la escena con la presencia de Eduardo Squire. Al comenzar la guerra, Tocopilla pasó a ser administrada por Chile y se inició una lenta descentralización del Toco. Pero, el transporte por carretas aumentaba los costos de producción y dificultaba la competitividad. Fue el momento en que Squire presentó el proyecto de la construcción del ferrocarril. El parlamento, que debía aprobarlo, demoró la resolución hasta 1888.

Solucionado ese trámite, la obra fue construida por Manuel Ossa Ruiz, quien tardó dos años en terminarla. Al entregarla en uso, Ossa explicó que era necesario dejar constancia que la obra *"es la más atrevida que se haya producido en la costa del Pacífico"*.

Es el otro punto de la diferencia en la historia de Tocopilla.

EL TATIO Y SUS GEYSERES

En el noroeste de Italia, en la región de Toscana, los Pirineos se desplazan en una cadena montañosa alcanzando cerca de mil ochocientos metros de altura. El río Arno cierra el límite norte y por el sur el río Tíber. La región fue el centro de la cultura etrusca y la ciudad de Volterra se ubicaba en ese lugar. Volcanes y siffionis se alzan, en una región rica en agricultura.

El Ingeniero francés Lardarello llegó a esa región en 1818, en busca de bórax proveniente de las entrañas de la tierra, a través de miles de bocas que dejan escapar fuertes emisiones de vapor de agua. El francés logró su cometido y se quedó allí gozando de la riqueza. Fue tan importante su presencia que le dio su nombre al pueblo.

Cien años más tarde, el ingeniero, príncipe Ginari Conti, jefe de trabajo en la industria explotadora de bórax, se le ocurrió conectar directamente el vapor de agua al pistón de una máquina.

Su experiencia fue exitosa, tanto que dio origen al uso del vapor de los siffiones para producir energía eléctrica. Cuatro unidades eléctricas de 2.500 Kw, energizaron la región a precio irrisorio.

EL OJO ITALIANO

Hacia 1917 llegó a Antofagasta el italiano Giovanni Severina a instalar por orden de la empresa Franco Tosi Legnano, maquinarias para unas oficinas salitreras. Embrujado por el desierto no volvió a su tierra natal. Cierta día recibió unas misivas del Ingeniero jefe de la empresa, informándole su interés por los géysers de El Tatio y solicitándole que visitara el lugar. Giovanni, escaso de recursos, recurrió a los comerciantes Ivanovic, Capillo y Vásquez. Formaron una comunidad para realizar la exploración. Los expedicionarios no sólo visitaron los géysers, sino que además recorrieron San Pedro de Atacama, alcanzando hasta Uyuni.

Volvieron entusiasmados: los géysers eran una fuente inagotable de energía.

Tanto así que de inmediato formaron una comunidad preliminar del Tatio. Emitieron acciones y se contactaron con el ingeniero Plinio Brighent, residente en Milán, experto en electricidad a base del vapor de géysers.

LA FIEBRE DE EL TATIO

Don Plinio se excusó del desafío y en cambio recomendó a Ettore Tochi, ex Direttore de la Centrale Electrica de Lardarello y técnico de reputación mundial.

Mientras se cumplían los plazos planificados, la región vi-



GIOVANNI SEVERINA.

vió la sicosis de la riqueza de El Tatio. *"A cada momento tropieza uno -escribió el cronista de "El Abecé"- con grupos de personas que comentan vivamente, ya sea el valor de las acciones... la cantidad de miles de caballos de fuerza... y la mejor forma de presentar el negocio a las firmas que se interesen en su explotación"* ("El Abecé", Antofagasta, 26/11/1921).

Se soñaba con un Tatio produciendo energía barata para las salitreras, Chuquicamata y también, para el consumo casero. Si era posible con los siffionis de Lardarello... ¿por qué no con El Tatio?

EL AMARGO DESPERTAR

Ettore Tochi llegó a fines de 1921, tiempo de profunda crisis nacional y regional. De inmediato viajó hasta El Tatio sin otros instrumentos que su experiencia. Regresó entusiasmado, pero advirtió a sus socios de la comunidad, que *"existe posibilidad para el negocio, pero no sé su cuantía ni el poder de energía... hasta cuando se terminen los estudios"* ("El Abecé", Antofagasta, 30/11/1921).

La velada advertencia no detuvo el ímpetu de los empresarios: contrataron al técnico sondista Antonio Cavialini para hacer las perforaciones. Construyeron en El Tatio una casa para

la administración y un camino desde la estación San Pedro del ferrocarril a Bolivia, hasta Linzor (a dos horas de distancia del Tatio). Adquirieron un auto Ford para llevar los instrumentos de medición y finalmente, para asegurarse, compraron doce pertenencias mineras.

Los empresarios comprometidos en la aventura, Luis Lacalle, Nemesio Vásquez, Antonio Luksic, Alfredo Cousiño y Aliro Parga, entre otros, aligeraron sus bolsillos y afrontaron una inversión superior a los 400 mil pesos, cuantiosa suma para la época.

El negocio de El Tatio siguió haciendo soñar a muchos. Poco después los antecedentes los hicieron volver a la realidad. En 1925, en la sala del teatro Colón, el Ingeniero Domin-

go Monaguillo, les lanzó el balde de agua helada: *"Se han suspendido -informó- las perforaciones a los cincuenta metros de profundidad, en vez de cien. Para proseguir hace falta invertir 640 mil pesos más (16 mil libras esterlinas)"*. Los empresarios sacaron sus cuentas y como el crupier de la mesa de juego, exclamaron: ¡No va más!

Fue un hermoso sueño de un grupo de hombres de la época que, como muchos, vivían con la audacia de enfrentar los desafíos.

En la década del sesenta del siglo XX, las Naciones Unidas, volvieron a correr el riesgo, pero esta vez definitivo. Los siffionis de los Lardarellos, son distintos a los géysers de El Tatio. Tan simple como eso.



FUMAROLA DE UNO DE LOS GÉYSERES.

5. EL HOMBRE Y LA CONCIENCIA SOCIAL



HABITANTES DEL DESIERTO

Chile tiene el desierto más inhóspito y duro del mundo”, afirman los geógrafos y viajeros, que en distintas épocas han visitado el norte. No obstante esa realidad, existen en la actualidad importantes grupos humanos establecidos, aún cuando no con la intensidad de tiempos pasados. En efecto, desde la segunda mitad del siglo XIX, el desierto de la Segunda Región se pobló de personas, comunidad que fue aumentando el mismo ritmo que crecían los capitales que construían oficinas salitreras.

El fenómeno es cuantificable. Así, mientras en 1900 había instaladas trece oficinas en Antofagasta, Tocopilla y Taltal, un decenio después había aumentado a 67. El incremento se debió al debilitamiento de Tarapacá como centro salitrero, motivado por el agotamiento de sus pampas calicheras. La actividad industrial se desplazó hacia Antofagasta. Si bien es cierto es tedioso señalar cifras, no lo es menos asegurar que los números son más demostrativos. Véase: en 1895 trabajaban en el desierto de ambas regiones 14.759 personas, de las cuales apenas 3.890 lo hacían en la Segunda Región y 10.869 en Tarapacá. Los términos se invirtieron en el primer decenio del siglo XX: de los 45 mil trabajadores salitreros, 24 mil pertenecían a Antofagasta y 21 mil a la Primera Región.

Similar fenómeno se observa en la población total de ambas regiones: en 1895 la población de la Primera Región era de 45 mil habitantes y la de acá -hijos pobres del desarro-

llo salitrero- apenas llegaba a los 21 mil. Bien dicen que la rueda de la fortuna gira en forma constante, tocando a unos y otros: así, en 1907, las cifras cambian: Tarapacá 110 mil habitantes y Antofagasta 113 mil. Una buena radiografía para mostrar el crecimiento humano del desierto antofagastino.

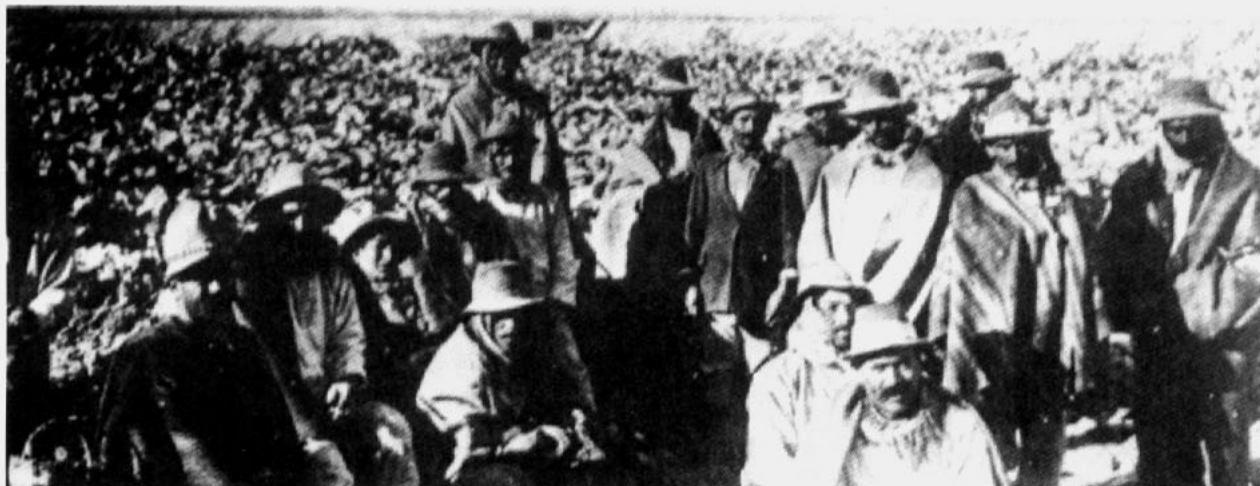
ATRACTIVO DE LA COCA

Se comprende que el crecimiento tan explosivo de los habitantes del desierto no fue de origen vegetativo, sino de una fuerte corriente inmigratoria. El improductivo campo chileno, la decadente minería del Norte Chico y la llegada de vecinos bolivianos y peruanos, explican el efecto.

La incierta agricultura de Copiapó, La Serena y Ovalle y los mezquinos salarios que recibían los campesinos de la Zona Central, originaron la emigración hacia la “tierra santa” del norte chileno.

La explicación es válida para ambas regiones. El diario “El Nacional” de Iquique relataba (28/05/1895): “... ayer se veían recorriendo la ciudad muchos huasitos llegados del sur que eran conocidos a la legua por sus enormes guarapones y sus mantas de chillones colores”.

Otro grupo humano que contribuyó al poblamiento del desierto corresponde a los bolivianos. Un número importante de ellos fue el que quedó viviendo en la región después de la guerra del Pacífico; otros llegaron directamente del altiplano en busca de un mejor destino.



PAMPINOS CESANTES RECORRIENDO EL DESIERTO. LA GRAN MAYORÍA DE ELLOS REGRESÓ AL SUR, EN BARCOS QUE DISPUSO EL GOBIERNO DE LA ÉPOCA.

Los empresarios salitreros estimularon esta inmigración, porque los bolivianos se conformaban con un salario modesto y casi nunca reclamaban.

Como contrapartida, las autoridades del hermano país la desalentaban. Así, la Municipalidad de Cochabamba acordó pedir la mediación policial para que *"intervengan en los contratos que hacen los emigrantes, con los agentes de las Compañías salitreras"* ("El Mercurio" de Antofagasta, 5/7/1913).

Con similar propósito, la Municipalidad de Huanuni sólo permitía la emigración de "cien peones (y se) prestará fianza de cinco mil bolivianos... para la autorización".

Con el propósito de estimular su llegada, los empresarios publicitaban sus requerimientos en idioma aimará, ofreciendo coca a los interesados: "macuy casas kacimantas sumag coca ug serapi libra..." La coca complementaba otras regalías, pero, en parte, debe haber contribuido a estimular la entrada de estos extranjeros. Mientras en 1895, el censo dio a la región un total de 2.596 bolivianos, en el de 1907, alcanzó a 5.828.

EL DIENTE DE ORO

El 22 de noviembre de 1908, "El Mercurio" informaba: "en los enganches se ha traído en el semestre, 5.118 hombres, no estando incluidos en ese número las mujeres y los niños".

Quien traía trabajadores era "el enganchador". Para ejercer el oficio era menester tener un físico imponente, capacidad de convencimiento y vestir demostrando opulencia. La técnica en ofrecer salarios fabulosos, contratos verbales exclusivos y tener la conciencia que, así como se adquirían animales, era posible contratar hombres, versión decimonona de la esclavitud.

Andrés Sabella, en su libro Norte Grande, hace de él un retrato muy fidedigno: "las compañías les proporcionaban bastante dinero -escribe-. El enganchador partía vestido como un rey, el sombrero ladeado de los conquistadores, el diente de oro, una chalina en el grueso cuello, el traje de casimir inglés y la cadena de oro con la libra esterlina".

"El Pueblo" de Antofagasta (23/8/1887), en una larga crónica, narra la odisea de un grupo de campesinos enganchados. "Esa verdadera trata de negros -terminaba escribiendo- que constituyen las remesas de operarios arrendados por bajos sueldos... y pactos laborales que jamás se cumplen".

El enganchador ubicaba en los campos, la cantina más concurrida. Corría con la cuenta del consumo de quienes lo escuchaban. Hacía relucir su diente y cadena de oro. Hablaba de las maravillas de la pampa, donde se ganaba dinero "a manos llenas".

Atraídos por la fantasía del oro blanco, los hombres fueron poblando el desierto de la región. Soñando opulencia, sus cuerpos terminaron en los cementerios calcinados de la pampa, acariciados por la historia que se encargó de desmentir a los enganchadores.

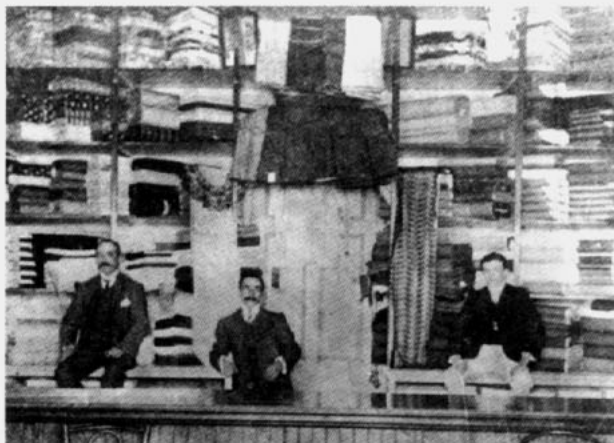
SALTANDO POR ENCIMA DE LAS CAMAS

En noviembre de 1888, el diario "El Industrial" de Antofagasta describió así las viviendas de los trabajadores del desierto: *"Cuartuchos que no tendrán más de dos metros cuadrados, ocupados por una familia entera, los padres, cuatro hijos, dos peones... en un rincón, un mugriento lecho... más allá una batea para lavar ropa, cerca del fogón destinado a preparar los guisos... humedad... inmundicia... basura sin cuento"*.

Gran parte de las viviendas de las oficinas son construidas con tierra salitrosa, sin enlucir, pisos de tierra y la mayor de las veces, techadas con planchas de zinc. Las destinadas a los casados, estaban habitadas por más de una familia. Los periódicos de la época denunciaban que eran cuartos tan pequeños, que resultaba imposible moverse en su interior, salvo que no sea saltando por encima de las camas. En este caso, las carpas de saco servían para aumentar la capacidad.

Acostumbradas como estaban a criar animales domésticos, compartían los espacios las gallinas, cerdos, cabras, gatos y perros, aumentando la insalubridad.

Respecto de los obreros solteros, que era el mayor número, los ubicaban en una habitación, ocupándola hasta repletarla.



LOS ESTABLECIMIENTOS COMERCIALES DE PRINCIPIOS DE SIGLO FUERON NACIENDO EN LA MEDIDA QUE TAMBIÉN NACÍA SU NECESIDAD.

¿Muebles? Ni hacer mención: las camas estaban construidas con cuatro estacas, sobre las cuales se tendía una plancha de zinc; ¿sillas?: el suelo resultaba más cómodo para el descanso.

Peor era la salubridad. Aguas servidas eran lanzadas hacia fuera, formando no sólo focos de infección, sino un olor insostenible. "En aquel medio -denunciaban los doctores Lautaro y Galvarino Ponce- circulan los parásitos".

LOS TENTÁCULOS DE LA PULPERÍA

Si sus habitaciones eran deplorables, la forma de abastecerlos era peor. Desde su instalación, los empresarios salitreros establecieron las famosas pulperías, almacenes donde se expendían alimentos y vestuarios.

La presencia de estos almacenes parece una medida natural y lógica en aquellos asentamientos que estaban tan distantes de los centros urbanos. Pero, las pulperías tenían tentáculos temibles que esquilaban -palabra dura, pero cierta- a los trabajadores. Constituyeron el monopolio de venta de la empresa.

Un reglamento interno de una de ellas disponía que *"todo trabajador está obligado a pedir mercaderías por el 50% de su sueldo mensual. Se prohíbe introducir mercaderías y licores, siendo despedidos los que lo hicieren"*. ("El Jornal", Iquique, 16/2/1984).

La disposición no era para resguardarlos del alcohol, sino para que consumieran el de la casa.

La pulpería es un monopolio de los salitreros. Los ataques que éstos emprendían contra los pueblos cercanos (Pampa

Unión, Yungay), eran para evitar la competencia.

Si se emborrachaban en el pueblo, era para ellos una pérdida. Por el mismo motivo, prohibían la entrada de comerciantes ambulantes. Se justificaban con la defensa de la propiedad privada: el recinto salitrero era semejante a los terrenos de un fundo del sur del país.

Podría pensarse que las mercaderías que expendía la pulpería eran de mejor calidad y precios. Al revés, el diario "El Pueblo" de Antofagasta, caricaturizaba la situación en los siguientes términos: *"las pobres mujeres cuando compran grasa, tienen que llevarla con mucho cuidado, porque los gusanos van saltando"*.

En tanto, "El Marítimo" (1905) de la misma ciudad, publicó una lista de mercaderías con precios en el puerto y las oficinas, dando como resultado un precio mayor en un cincuenta por ciento en las oficinas.

ACORRALADOS POR LAS FICHAS

Las oficinas cancelaban a sus trabajadores por medio de las fichas, monedas de caucho emitidas por las mismas empresas, *"o simplemente cartones en forma de vales y varios otros papeluchos"* ("El Nacional", Iquique, 19/5/1890).

Ficha y pulpería están muy estrechamente ligadas, porque las adquisiciones se efectuaban usando estas monedas y la circulación era restringida sólo a los trabajadores.

Los avisos de prensa daban cuenta que ellas *"no tienen valor alguno en moneda corriente"* y por tanto, no eran canjeables. El sistema, con diversas modalidades, se mantuvo durante el ciclo económico del salitre. Los grandes conflictos -las muertes en la Escuela Santa María, de Iquique (1907), entre empresarios y trabajadores, se debió al uso y abuso de ellas. Legalmente fueron prohibidas, lo que no impidió su uso. Se obligaba a los obreros a recibir entre 40 y 50 por ciento de sus salarios en fichas, con la excusa de que así se facilitaba la entrega del sueldo, anticipo de una gran parte del dinero que se cancelaba cada dos meses. Las quejas tuvieron como efecto que se nombrara una Comisión Consultiva, que viajó hasta el norte para conocer las denuncias.

En el informe que emitió se lee: *"con esta emisión de fichas sin garantías, las oficinas pagan, a lo menos, 3/4 partes de sus salarios... en una cantidad no inferior a... ochenta millones de pesos al año"* (1913). ¡Excelente negocio para los propietarios salitreros!

El sistema estaba diseñado para caer bajo los tentáculos de la pulpería, porque si los trabajadores exigían el cambio de las fichas por monedas, debían pagar entre el 30 y 40 por ciento del total cambiado. Cuando la autoridad se ponía fir-



LAS CARRETAS SOBRECARGADAS CON MINERAL FUERON TAMBIÉN FUENTE DE SERIAS LESIONES.

me para terminar esta modalidad, los empresarios se excusaban señalando que no había suficiente moneda y -además- que había temor de robo. El consentidor papá Estado terminaba comprendiendo la frívola respuesta.

GRITOS DE TERROR

"Un barretero se acerca al tiro dejado por concluir... Lleva una barreta y se lanza al fondo del tiro. Un grito de terror se escapa de los labios de otros barreteros. Mataste a tu hijo, dijo uno. El padre se cubre la cara con las manos sin querer cerciorarse de su desgracia". Este relato que describe un tipo de accidentes del trabajo en las salitreras, es narrado en el libro de autoría alemana *La Industria del Salitre y Yodo*, de Kempffer (pgs. 289-99).

El peligro de accidente estaba siempre latente en las faenas. Desde luego las tronaduras, no siempre realizadas con

precaución, provocaban muertes y cuerpos lisiados. Igual situación ocurría con el traslado de caliche, en carretas, desde la pampa hasta la chancadora que, sobrecargada y transitando por terrenos sin caminos, ocasionaban serios accidentes.

Pero el terror de los trabajadores eran los cachuchos, amplio estanque donde se depositaba el caliche mezclado con agua y se hervía a 120 grados de calor. Las inmensas ollas calicheras permanecían sin cubrir, de manera que era frecuente que los trabajadores cayeran en su interior, muriendo cocidos por el caldo o con serias quemaduras en su interior, cuando tenían mejor suerte.

El reclamo por el cierre del cachucho ocupó muchas páginas en los periódicos y fuertes protestas de los trabajadores, hasta que -en 1903- se logró dictar el decreto que obligaba "a cubrir los cachuchos con rejas protectoras u otro sistema de defensa". (*"El Tarapacá"*, Iquique, 18/7/1903).

El decreto no se cumplió. La explicación es simple: cuando la mezcla hervía, la carga bajaba por el efecto de la ebullición, de modo que para aprovechar al máximo "recargaba" el cachucho. En jerga pampina, era la llamada "recacha" y para lo cual era necesario mantener abierto el receptáculo. Sólo una tabla atravesada permitía al trabajador pasar equilibrándose de un lado a otro. ¡Pobre si perdía el equilibrio!

A esto hay que agregarle la silicosis, que se producía entre los trabajadores que laboraban en las chancadoras.

En 1911 se calculaba que en la región se habían producido, en el año, 128 muertos y 930 accidentados.

JUGANDO CON LOS NIÑOS

Las faenas ocupaban también un importante número de niños. Ejercían por lo general el oficio de "destazador", que consistía en introducirse en un hoyo hecho por la tronadura. Se ponía en posición invertida y con una pequeña barreta llamada "yaucana" ensanchaba el fondo del agujero, lugar donde posteriormente se depositaba dinamita.



LOS ACCIDENTES LABORALES A COMIENZOS DE SIGLO ERAN FRECUENTES. UNO DE LOS MÁS COMUNES ERA EL DE LOS CACHUCHOS, DONDE SE HERVÍA EL CALICHE A 120 GRADOS. LAS OLLAS PERMANECÍAN SIN CUBRIR. DE MANERA QUE ERA FRECUENTE QUE LOS TRABAJADORES CAYERAN A SU INTERIOR.

A no dudar que era una faena peligrosa y muchas veces por descuido los trabajadores dejaban caer la barreta al interior, hiriendo al "destazador".

En 1900, un visitador de escuelas informaba al intendente que en los campamentos de las oficinas salitreras se "cuenta con cien o mayor número de niños en estado de recibir instrucción, en los que lleva una existencia del más rudo trabajo, sin que nadie eduque y alimente los sentimientos del corazón". ("El Tarapacá", Iquique, 26/6/1900).

Cuando era difícil encontrar a trabajadores por la peligrosidad de las faenas, o por motivo de huelgas, los administradores de las oficinas salitreras los reemplazaban por niños. El periódico "El Comercio" de Calama (30/12/1902) denunciaba que "en el espacio de dos meses, se ha malogrado tres carretones a causa de las huellas, que son pésimas, sin embargo, ahora andan chiquillos de carreteros, a motivo de que los hombres no quieren trabajar más".

En 1913, la Comisión Consultiva Norte, informaba que más o menos tres mil niños laboraban en las salitreras.

LOS PULGUEROS Y "EL AJICITO"

Antes de la formación de Carabineros de Chile (1927), el orden y la seguridad de los bienes y las personas estaba a cargo de una policía municipal, o simplemente soldados del ejército. En general, estos funcionarios se preocupaban más de resguardar los bienes de la empresa, que en proteger a los habitantes del desierto.

No podía ser de otra manera: los sueldos eran miserables e insuficientes para vivir. El periódico "El Loa" de Tocopilla, explicaba que "el sueldo que tiene un soldado... apenas tiene para sus necesidades indispensables. Dejarlos que éstos se costearan sus alimentos... sería un verdadero crimen. De ahí que los señores oficineros, pagan a su costa la diferencia que le demanda la mantención". Además, la administración les financiaba el cuartel, los consumos y los alimentos para el ganado caballar.

El sistema estaba organizado para que, en la práctica, los funcionarios se inclinaran por la defensa de la empresa.

Cada oficina mantenía su propia celda para encerrar a los que delinquían. Estos calabozos se llamaban "pulgueros" y allí permanecían los detenidos en condiciones infrahumanas.

En Pampa Unión y luego en Punta de Rieles, hubo un oficial famoso por sus métodos persuasivos: "El Ajicito". Introducía un alambre en el intestino fresco de un animal y luego lo dejaba secar. Era el instrumento que usaba para hacer entrar en vereda a los detenidos.

La fama de "El Ajicito" se extendía por todas las oficinas del Cantón Central de la Segunda Región, siendo temido por los delincuentes y el ciudadano común.

UN MÉDICO PARA DOS MIL TRABAJADORES

Los peligros derivados de las faenas y de las condiciones higiénicas deplorables en la pampa salitrera, ni siquiera eran contrarrestados con la organización de buenos servicios de salud.

Los empresarios sólo se preocupaban de contratar los servicios de algún médico para atender, de vez en cuando, a los trabajadores. Como nada era gratis, éstos debían cancelar un peso mensual para financiar el servicio.

No se disponía de hospital para los accidentados y enfermos, de tal forma que cuando había un caso de gravedad, la solución era trasladarlo al puerto más cercano.

La situación era bastante peor, porque ni siquiera contaban con un lugar adecuado para atender a los enfermos menos graves o a los atacados de peste, que con tanta frecuencia azotaba la región.

Generalmente, los médicos atendían varias oficinas a la vez, de tal manera que las visitas eran distanciadas. La proporción normal era de un médico para mil 800 a 2 mil trabajadores, sin contar sus familiares.

Un diario de la época caricaturizaba así la situación: "*La mayor parte de estos señores cargan la botica en los bolsillos... si el trabajador está enfermo de fiebre, la recetan papelillos; ... si les duele la espalda, papelillos; ... si la sangre está mala, papelillos... y lo que es peor, estos papelillos se sacan del mismo paquete de polvos*". ("La Industria", Iquique, 12/2/1885).

"A PATA" POR EL DESIERTO

El 13 de enero de 1906, "El Pueblo", de Taltal informaba: "Vemos continuamente un gran número de trabajadores que no se establecen en ninguna oficina por mucho tiempo, sino que trabajan dos o tres meses y se trasladan a otra en busca de mejor suerte".

Un año más tarde, el mismo periódico insistía: "*Día a día vemos a obreros a través del desierto, llevando a cuestas todo lo que poseen, sólo con una botella de agua...*"

Así, el desierto de Atacama se convertía en una inmensa calle por donde transitaban, "a pata" los obreros del salitre, solos o acompañados de sus familias.

¿Cuál era la causa de la inestabilidad en el trabajo de las oficinas? Casi exclusivamente económicas, tanto por los bajos salarios, como por los altos precios en las pulperías.

Como los dueños de las oficinas alegaban derecho a pro-

piedad sobre el territorio productivo, los despidos se cumplían de inmediato, poniéndolos en el desierto.

El nomadismo dificultaba la vida familiar, porque los habitantes del desierto preferían el celibato antes que el matrimonio, por la imposibilidad de tener un hogar establecido.

También afectaba a la educación, ya que los alumnos permanecían muy poco tiempo en un colegio.

"El Industrial" de Antofagasta, del 29 de noviembre de 1885, explicaba que en la ciudad se habían matriculado 258 alumnos, de los cuales a fines de año se habían retirado 121.

Indudablemente que también influía el espíritu aventurero demostrado por siempre por los chilenos "pat'e perro", que en busca de nuevas sensaciones se trasladaban de un lugar a otro. A veces, esa osadía cobraba un alto precio: el caminante quedaba tendido en el desierto, sin alcanzar su destino...

"A FREÍR MONOS" A OTRA PARTE

Al nomadismo interno, hay que agregarle otra forma mucho más dramática: el despido en masa y el traslado de los cesantes al sur.

El 13 de marzo de 1884, "El Industrial" de Antofagasta declaraba: "grupos de tres, cuatro o más de estos obreros del desierto recorren las calles sin saber qué hacer, porque como

es sabido, es imposible conseguir ocupación". Correspondían a los cesantes de la crisis salitrera de ese año.

Eran los propios empresarios los que creaban los estados de crisis. En efecto, con el propósito de mejorar los precios del salitre en el mercado internacional, reducían la producción asignándose cuotas a cada oficina. De esta manera, le torcían el rabo a la ley de oferta y demanda, que debía darse en forma natural y no forzada.

Para cumplir con el propósito organizaban las llamadas "Combinaciones Salitreras". Entre 1884 y 1913, se organizaron cinco, con resultados catastróficos: 1884, 1891, 1896, 1901 y 1909.

Al disminuir la producción, desembocaba en serios trastornos económicos para el país, la región y los trabajadores. La de 1884 tuvo un fuerte impacto en la Primera región. La de 1896 también afectó a la Segunda.

El 9 de enero de ese año la Delegación Salitrera informaba al Ministerio de Hacienda: "*Las suspensiones (de las oficinas) han dejado una gran cantidad de operarios sin trabajo en la pampa, número que calculo en 3.000, lo que representaría más o menos a 6.000 personas que no tienen de qué vivir*". ("El Industrial", de Antofagasta, 30 de enero de 1896).

Los cesantes emigraban a los puertos, transformándose en un serio problema para los habitantes y las autoridades, de tal manera que era indispensable sacarlo de las ciudades.

El Estado contrataba transportes marítimos para llevarlos al sur e ir dejándolos en los lugares de sus preferencias. A julio de 1897, se había embarcado a más de dos mil cesantes y sus familiares.

Sobre esta situación, "El Liberal Democrático" de Taltal denunciaba que "*los dueños de las oficinas han tenido más consideración con las mulas, a las que han pagado el flete por vapores al sur para que descansen y engorden... al paso que a los rotos se les ha despedido sin más que decirles: no hay trabajo*".

Todos los conflictos huelguísticos de la región, en el siglo XIX y principios del XX, derivaron en la desesperación de los habitantes del desierto por conseguir condiciones de vida y trabajo más dignas.

CONDICIONES DE VIDA Y TRABAJO

Los habitantes del desierto de la Segunda Región cumplían faenas de doce horas como mínimo; accidentes, las labores de los niños, los abusos de las pulperías y las emisiones de fichas; los despidos en masa y la acción de los guardadores del orden, reflejan la visión de la inhumana vida de estos chilenos, por emplear una frase suave.



ERA TRADICIONAL OBSERVAR EN SANTIAGO A DELEGACIONES DE SALITREROS SIN TRABAJO.

¿Cómo resolvieron esta situación? En un proceso muy largo, fueron creando instituciones e instrumentos de defensa de sus intereses. Para subsistir con mayor dignidad se agruparon en sociedades de socorros mutuos, que ofrecían a los asociados algunos importantes servicios, previo pago de cuotas mensuales: atención de salud para él y sus familiares, servicios funerarios y construcción de mausoleos.

Había otros que tenían un carácter más espiritual: conferencias para evitar los vicios del alcohol, campañas contra la prostitución y los juegos de azar. También se preocupaban de organizar con sus asociados conjuntos musicales y de teatro, escuelas diurnas y nocturnas.

En Taltal, la Sociedad de Socorros Mutuos fundó las Escuelas Keating, en 1889; en Antofagasta, la Sociedad de Artesanos tenía funcionando un colegio en 1890; en Tocopilla la Gran Unión Marítima, en 1899, cumplía similar misión.

Otras instituciones se preocuparon de difundir el hábito de ahorro entre sus asociados. Son los casos de la Caja de Ahorros del gremio de tipógrafos y la Caja de Ahorro de los Trabajadores Marítimos.

En las oficinas salitreras, junto a las sociedades de socorros mutuos, se organizaron las filarmónicas, que permitían una saludable recreación a los asociados: Sociedades de Socorros Mutuos y Filarmónica de Santa Luisa, Alemania, Prosperidad, Vergara, Coya y otras.

HACIA EL SINDICATO

El primer intento de agregarle una dosis de combatividad a las organizaciones de socorros mutuos, se manifestó en Iquique en 1900. El 21 de enero de ese año, "El Tarapacá" publicó un manifiesto que decía en una de sus partes: "*Los que suscriben (...) acordaron organizar una combinación nacional de obreros...*"

Figuraba como líder el obrero portuario Abdón Díaz, quien en correspondencia dirigida a Luis Emilio Recabarren, le expresaba el objetivo de la organización.

Se ha "*sentado -escribía- la primera piedra del Templo de emancipación social del obrero de Chile...*". ("El Trabajo, Iquique, 23/2/1902).

La idea prendió como reguero de pólvora en el norte del país. El 1 de mayo de 1902, se formó la Mancomunal de Obreros de Tocopilla, en cuyo génesis jugó un papel decisivo Gregorio Trincado.

Un año después quedó establecida en Antofagasta, liderada por Antonio Cornejo y Anacleto Solorza. Días más tarde, Baldomero Cabrera se instalaba como presidente de la Mancomunal en el puerto de Taltal.

Algunos periódicos populares nacieron bajo el influjo de estas nuevas organizaciones. Trincado logró que Luis Emilio Recabarren se instalara en Tocopilla y fundara "El Trabajo", el 18 de octubre de 1903. En Taltal, la Mancomunal editó dos periódicos: "La Voz del Obrero" y "El Defensor".

Empresarios y Estado se unieron para destruir las mancomunales, que subsistieron hasta 1906.

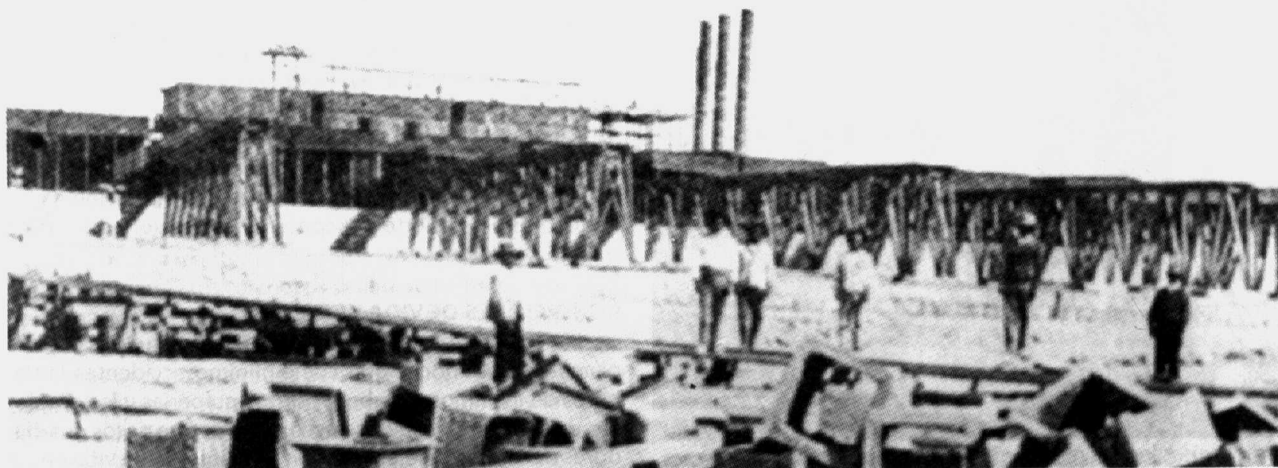


IMAGEN DE LA CONSTRUCCIÓN DE LA OFICINA "ACONCAGUA".

LUIS EMILIO RECABARREN SERRANO

La confidencia presagiaba tragedia: *"cuando sienta caer demasiado mi potencia intelectual y cuando empiece a ser historia, me voy"* ("El Mercurio", 21/12/1924). El diputado Víctor Cruz se lo contó a los medios de comunicación. Don Luis Emilio Recabarren puso fin a sus días el 19 de diciembre de 1924. Cruz relató otros antecedentes esclarecedores: estaba quedando ciego y los dolores de cabeza se dejaban sentir con mayor frecuencia. El Partido Comunista declaró oficialmente: *"se había disparado cinco tiros en la tetilla izquierda, balazos producidos por una pistola que había traído de Alemania"* ("El Mercurio", 23/12/1924). A los 48 años de edad, Luis Emilio se suicidó.

DE VALPARAÍSO A TOCOPILLA

Luis Emilio Recabarren Serrano nació en Valparaíso el 6 de julio de 1876, cuando la República hizo un viraje en la conducción política: el liberalismo sustituyó a los conservadores y se daban importantes pasos para democratizar la estructura del Estado. Sus padres, José Agustín y Juana Rosa, vivían de una pequeña actividad comercial. Cursó sus preparatorias en la Escuela Santo Tomás de Aquino a cargo de los Padres Franciscanos. Ocupaba su tiempo entre el estudio y la vida religiosa. Oficiaba de monaguillo en las misas. Esa raíz cristiana estará siempre presente en su existencia, a pesar de la apostasía de los años maduros.

A los catorce años ingresó al mundo laboral en una imprenta tipográfica. A los dieciocho contrajo matrimonio con Guadalupe del Canto, amor que se rompió de manera definitiva cuando viajó al norte salitrero y se instaló en Tocopilla. En esta etapa entró a militar en el Partido Democrático que estaba más cerca de sus ideas sociales.

Se radicó en Tocopilla. Allí fundó el primer periódico de la Sociedad Mancomunal Obrera, "El Trabajo". Actuó como director, periodista y tipógrafo. Lo cierto es que vivió entre la cárcel y la imprenta: en enero de 1903 estuvo preso veinte días, acusado de sedición. Dos meses después, lo volvieron a encarcelar, esta vez por subversión debido al tenor de sus cartas públicas. Ocho meses estuvo confinado en la cárcel pública de Tocopilla.

Desde el centro de reclusión "don Reca" escribe para diferentes periódicos populares: "El Proletario" de Tocopilla (fundado por él), "El Marítimo" de Antofagasta y "La Voz del Obrero" de Taltal.

En esa misma época sostuvo una pública polémica con Alejandro Escobar y Carvallo, destacado dirigente anarquista: *"ya no es la burguesía con sus insultos, que nos azota, sino*



LUIS EMILIO RECABARREN.

también los anarquistas que debían ser nuestros hermanos" ("El Marítimo", 20/07/1904).

FRAUDE VERGONZOSO

En marzo de 1906 Luis Emilio Recabarren fue elegido diputado por Antofagasta, Tocopilla y Taltal. Había ocurrido una revolución: llegaba un obrero al parlamento.

Entonces comenzó la batalla por eliminarlo. El primer tropiezo lo tuvo con el juramento: invocó a Dios, pero agregó: *"declaro que en mi conciencia no existe Dios, ni existen los Evangelios"* ("Mi Juramento"). La explicación desató una fuerte polémica, pues algunos sostenían que el juramento estaba invalidado. Finalmente fue aprobado por 44 votos contra 32.

Fracasado el primer golpe, aprovechando su ausencia por enfermedad, los adversarios obtuvieron que la Cámara acordara que la elección estaba incompleta y había que repetirla.

El fraude conmovió la conciencia pública nacional. "El Mercurio" de Santiago sostuvo que no se sentaba en la Cámara ningún diputado que hubiera conquistado el sillón de mane-

ra tan correcta y ejemplarmente democrática, que Luis Emilio.

Repetida la elección "don Reca" volvió a derrotar a Luis Espejo, sin embargo, nuevamente no pudo asumir sus funciones: en el proceso que hubo después de la huelga de la Plaza Colón, en 1906, fue sentenciado con una condena de 541 días. Para eludir la prisión, Recabarren se asiló en el extranjero.

Sólo en 1921, cuando volvió a ser elegido por la circunscripción de la Segunda Región, retornó al parlamento y estuvo cuatro años en él. No aceptó la reelección: ahora lo aniquiló la enfermedad.

FUNDADOR DE PARTIDOS POLÍTICOS

Recabarren organizó numerosos periódicos para difundir sus ideas y defender a los trabajadores. Sin embargo, la labor más destacada fue la organización de partidos políticos. A medida que evolucionaba su pensamiento doctrinario, fue dando forma a nuevas instituciones partidistas. Aunque autodidacta, Luis Emilio calaba profundo en la realidad nacional. Eso lo distingue del caudillo superficial. Al principio militó en las filas demócratas, pero en 1912, cuando las bases lo habían elegido candidato único del partido en las elecciones y los dirigentes de Santiago impusieron a Pedro Segundo Araya, se produjo la ruptura de los demócratas.

En junio de ese año "don Reca" fundó en Iquique el Partido Obrero Socialista, que se extendió rápidamente hacia la II región.

Diez años después, el mismo Luis Emilio, junto a otros destacados marxistas, dieron forma al Partido Comunista. La revolución rusa impresionó favorablemente a muchos líderes mundiales y se multiplicaron las organizaciones socialistas maximistas.

Entre cantos y consignas, el cortejo llegó a mediodía al Cementerio General. Había viajado a través de una cadena humana que se extendió por Bascuñán Guerrero, Alameda, Estado, 21 de Mayo e Independencia. Miles de personas despidieron sus restos. Luis Emilio Recabarren, *"el hombre bajito, de cabellos ya plateados por los años, de ojos pequeños pero vivos"* (*"El Mercurio"*, 24/12/1924) hacía su entrada triunfal en la historia nacional y mundial.



"DON RECA" Y ALEJANDRO ESCOBAR (IZQUIERDA), EN LA CÁRCEL DE TOCOPILLA.

LA TRAGEDIA DE LA PLAZA COLÓN

Los conflictos laborales en las zonas salitreras (I y II regiones) se acentuaron entre 1906 y 1907. La causa no sólo es de raíz económica, alta tasa de inflación, sino también social, la mayor madurez que alcanzó el sector obrero en esa época. Ha nacido una organización más combativa: las Mancomunales Obreras y, también, han surgido líderes más carismáticos (Gregorio Trincado, Luis Emilio Recabarren, Alejandro Escobar y Carvallo, entre otros). En 1906 hubo veintiún conflictos y al año siguiente más de treinta. En estas fechas, dos de ellos se transformaron en verdaderas tragedias que significó un gran número de víctimas: el 13 de febrero de 1906, en la Plaza Colón de Antofagasta y el 21 de diciembre de 1907, en la Escuela Santa María de Iquique.

MEDIA HORA PARA ALMORZAR

A fines de enero de 1906, "El Industrial" de Antofagasta, informó que *"se acaba de iniciar un movimiento obrero encabezado por los operarios del Ferrocarril, para conseguir una jornada de 8 horas y una media hora más de reposo para almorzar*

tranquilos" ("El Industrial" 30/01/1906).

La primera petición estaba destinada al fracaso porque no existía legislación al respecto. La otra se derivaba del crecimiento que alcanzó la ciudad debido a la llegada de inmigrantes atraídos por el salitre. Los arriendos resultaban baratos en sectores alejados del centro, de manera que acceder a las faenas demoraba más tiempo. El atraso era multado. Coincidió la petición con un proceso eleccionario para elegir diputados. Uno de los candidatos era Luis Emilio Recabarren, el apóstol de las reformas sociales. Es un aspecto que es preciso considerar.

Las reuniones entre trabajadores y ejecutivos de la empresa resultaron infructuosas. La empresa se negó a conceder media hora para almorzar más reposadamente.

A las siete de la mañana del día 13 se paralizaron las faenas, plegándose también al movimiento, los trabajadores del puerto, de la Fundación Orchard y otras industrias, totalizando más de cuatro mil parados.

Al mediodía, un desfile se desplazó por las calles centrales, provocando disturbios como el volcamiento de dos ca-



IMAGEN DE LA PLAZA COLÓN EN LA ÉPOCA DEL 1900

rros cargados con cerveza y en el patio del Ferrocarril, una locomotora corrió igual suerte.

LA GUARDIA DEL ORDEN

El Intendente decidió mantener el orden y prohibió la venta de licor, el uso de arma blanca y de fuego y el derecho a reunión con el fin de amedrentar a los huelguistas.

Paralelamente, se reunían en el Club de la Unión, personalidades del mundo comercial y empresarial intercambiando opiniones, decidieron formar una Guardia del Orden. Junto con comunicar este acuerdo al Intendente, se le solicitó que instruyera al Comandante de la Esmeralda para que entregara armas a los cerca de 100 guardias "rápidamente reclutados". Fue lamentable que las autoridades accedieran a la presión y que de un instante a otro, jóvenes estuviesen portando fusiles.

A las cinco de la tarde, los huelguistas comenzaron a llegar a la Plaza Colón, dos horas después más de dos mil personas se apretujaban cerca del kiosco de retretas, escuchando a sus líderes. Recabarren explicaba con vehemencia cómo los capitalistas explotaban a sus trabajadores.

SÓLO UNA DESCARGA DE TRES MINUTOS

En medio del acto se hizo presente la Guardia del Orden. Los huelguistas rodearon a un grupo de ellos exclamando "¡abajo los futres!" fue suficiente para que hicieran uso de sus armas, disparando a la masa humana. La gente huyó despa- vorida hacia Washington y Balmaceda. Pero en estas calles

estaba la marinería, que había traído el "Blanco Encalada" que creyó ser atacada, disparando contra la muchedumbre que huía de la plaza. *"El tiroteo -informó "El Industrial" (13/02/1906)- fue nutridísimo y duró tres minutos, al cabo de los cuales las autoridades pudieron darse cuenta de la horrible matanza"*. En resumen, las cifras indican que 48 personas fueron muertas, cifra que aún se discute. Los heridos fueron trasladados al hospital. En la noche se procedió a levantar los muertos e inmediatamente se los llevó al cementerio. En el Registro Civil no quedó constancia de los fallecidos. Tampoco en el cementerio.

La tragedia no terminó allí. Al día siguiente, un grupo de huelguistas cogió a Ricardo Rogers, perteneciente a la Guardia y le dieron muerte. Horas más tarde otros incendiaron la tienda "La Chupalla", alcanzando el fuego hasta el edificio donde se editaba el diario "El Industrial". Monseñor Luis Silva Lezaeta intervino para evitar mayores desgracias y se reunió con los jefes del Ferrocarril para buscar un arreglo al conflicto. Los empresarios estaban obcecados, especialmente cuando advirtieron que los trabajadores estaban atemorizados negándose a transar.

El día 15, los trabajadores retornaron a sus faenas sin haber conseguido ni la más mínima conquista. En el proceso electoral, Recabarren resultó electo diputado, pero en la Cámara sus opositores le impidieron asumir el cargo. Todo quedó como al comienzo. Sólo se había escrito un capítulo más en la tradicional Plaza Colón de Antofagasta, con sangre y fuego.

LA CRISIS ECONÓMICA DE 1921

Don Maximiliano Poblete explicaba en tono pausado la solución para enfrentar la crisis económica. Las arcas municipales estaban literalmente agotadas. Todo pasaba por reducir los salarios y sueldos hasta en un quince por ciento y disminuir los gastos en alumbrado público: de los 806 focos con un poder lumínico de 113.542 bujías, había que prender sólo 230 y bajar el poder



ALBERGUE DE SANTIAGO, CRISIS DE 1921, CALLE CHACABUCO, REPARTO DE ROPAS POR ESTUDIANTES CATÓLICOS.

sólo a 72.242. Antofagasta quedaría en penumbras. La propuesta del alcalde se aprobó después de una breve discusión. No había otra salida.

La ciudad presentaba un panorama desolador. El periodista que escribía bajo el seudónimo de "Juan Salitre", consignó: "Antofagasta atraviesa por estos momentos por un feriado muy largo y muy aburrido, que causa mucho apetito y que cierra las puertas de los negocios donde poder obtener los medios necesarios para saciar ese apetito... Antofagasta desfallece". ("El Abecé", 4/10/1921).

El ánimo estaba en el suelo. La tienda "La Portaña" publicó: "se fueron las fiestas, los bolsillos están vacíos, trabajo hay poco, la vida está cara" ("El Abecé", 1/2/1921).

Ismael Giménez fue más explícito: "Con motivo de la Gran Crisis por la que atravesamos y para evitar que nadie se roa los codos y ande con parches en los pantalones como poto de mono..." ("El Abecé", 4/10/1921).

DIOS SE OLVIDÓ

A pesar de que el país vivió otras depresiones económicas, la de 1921 fue la peor. Nadie compraba salitre.

Terminada la Guerra Mundial de 1914, la pólvora no era necesaria. Menores compras. Era lo peor: los países y las bodegas de las oficinas salitreras estaban atiborradas "del sueldo de Chile". No había demanda.

La agricultura pasaba por una mala etapa y los cultivos de algodón disminuyeron la producción, debido a la baja en el precio del producto. Pero además -para no dudar del abandono divino- cayó el precio del cobre en el mercado mundial.

El 10 de enero de ese año, la Asociación de Productores de Salitre envió una circular alarmante a sus socios: "Debido a las difíciles condiciones del comercio mundial" era imposible nuevas ventas.

CESANTES SIN ESPERANZAS

De las cuarenta y cinco oficinas que trabajaban el salitre en la Segunda Región, paralizaron 35; dos elaboraban a media máquina y, seis, permanecían.

Cayó el "fantasma" de la cesantía. Los trabajadores y sus familias emprendieron el éxodo hacia los puertos de Antofagasta, Tocopilla, Mejillones, Coloso y Taltal.

En el primer semestre de ese año, pasaron por la capital regional más de diez mil cesantes. Llegaban sin dinero. Eran los tiempos en que no se conocía ni se practicaba el desahucio. Improvisaron sus carpas con frazadas y sacos en diferentes sectores. La mayoría pernoctó en la Plaza de Ejercicios "Capitán Torreblanca", en la calle Angamos, en la vereda opuesta al actual Estadio Regional.

Un artículo de prensa explicaba que las vestimentas que usaban "no son otra cosa que verdaderos harapos". ("El Abecé", 12/1/1921). Más tarde agregó: "Allí viven los que tienen familia, los ancianos, los enfermos... los jóvenes y los más fuertes. Los que no tienen familia, se sirven de las arenas como techo". ("El Abecé", 1/2/1921).

Como la situación se tornó grave, el diario "El Industrial" hizo un severo llamado: "Terminemos con el espectáculo de miseria que dan los trabajadores recorriendo en procesión numerosas calles de la ciudad, implorando alimentos".

Un ejército de cesantes de esa magnitud constituía un peligro para la población, de manera que el Gobierno determinó trasladarlos al sur en barcos contratados por el Estado.

Entre enero y agosto de ese año, se transportó a más de diez mil personas. Los cesantes esperaban inquietos en las cercanías de la poza para embarcarse.

"Desde hace dos días -informaba la prensa- se encuentran



LOS CESANTES NORTINOS DEBIERON SER ENVIADOS EN BARCO A VALPARAÍSO. MUCHOS DE ELLOS, COMO LOS DE LA FOTO, CONTINUARON VIAJE HACIA SANTIAGO, EN BUSCA DE UN ALBERGUE.

depositados en las afueras de los muelles un numeroso grupo de obreros... esos cesantes no tienen qué comer y piden que se les levante una pequeña carpa para abrigar a sus hijos del frío" ("El Abecé", 3/5/1921).

Valparaíso era el lugar de destino y desde allí se les ubicaba en diversas localidades. La mayoría prefería Santiago, pues funcionaban albergues un tanto más organizados.

La dramática situación terminó en una gran huelga de los trabajadores salitreros de la oficina "San Gregorio", en el Cantón de Aguas Blancas. Una tragedia.

CIELITO LINDO

El estribillo flotaba en el ambiente: "Sí ¡ay!, ¡ay!, ¡ay! Barros Borgoño / aguárdate que Alessandri, ¡Cielito lindo! / te baje el moño". Era la publicidad de la candidatura a presidente de la república de Arturo Alessandri Palma. Sus ideas despertaron las esperanzas de los trabajadores: "nadie puede desconocer la eficacia del obrero... debe exigirse para él habitaciones higiénicas. Hay que protegerlos para que sean remunerados en forma satisfactoria, protegerlos en los accidentes, en las enfermedades, en la vejez".

Así rugía "El león de Tarapacá". Su programa denunciaba la situación social y económica de los trabajadores. Una ilusión y una esperanza. En las elecciones de 1920 ganó el sillón presidencial. Al año siguiente, el país se sumió en una crisis aniquiladora. ¡Fácil decir... difícil cumplir!

MR. JONES: UN GRINGO CHILENO

Mr. Daniel Jones recibió la orden con tristeza y temor: paralizar los trabajos en San Gregorio y despedir a trescientos trabajadores que formaban parte de una población de 715 personas, crearía una situación difícil de manejar y sin ofrecer un pago por término de faenas, mucho peor. La empresa Gibbs, propietaria de la oficina, se negaba a pagar desahucio.

Mr. Jones, hijo de inglés nacido en Iquique, era un admi-

nistrador bondadoso y justo. Percibía la atmósfera de rebelión que prevalecía en el Cantón de Aguas Blancas. Escuchó al líder Luis Emilio Recabarren, cuando decía a los trabajadores: No hay que abandonar las oficinas". Además, el diario "El Socialista" reiteraba con insistencia: "todos los artículos que hay en las pulperías os pertenecen... Exigiendo que se os dé alimentación, no cometéis ningún delito". ("El Socialista", 21/1/1921).

Mr. Jones pensaban: "Exigirán dinero por los despidos y Gibbs se negará. Es una situación delicada".

ARGANDOÑA: UN MILITAR POETA

"Por eso llevo orgullosamente / esas hebras de plata en mis cabellos. / Son hijas del dolor de mi vida. / Ellas son inocentes. / Presiento muchas todavía". ("La Reforma", 7/2/1920).

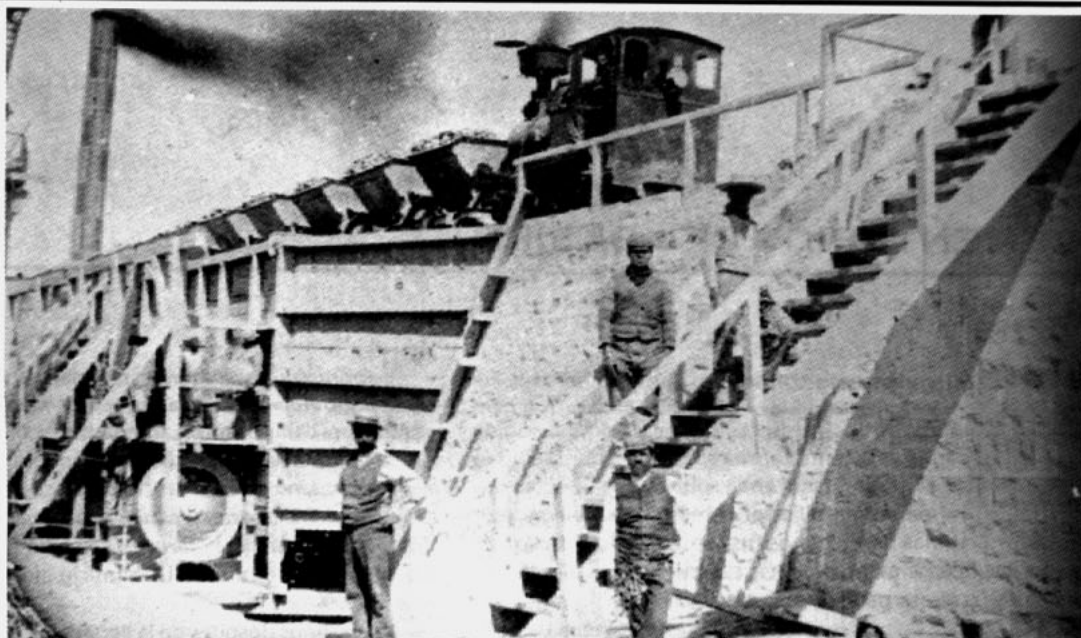
Los versos y canas pertenecen al Teniente del Regimiento Esmeralda, Buenaventura Argandoña Iglesias, quien comandaba la tropa formada por veinte soldados y que el Intendente Luciano Hiriart Corvalán, envió al Cantón de Aguas Blancas y -específicamente- a la Oficina San Gregorio. La orden: imponer la disciplina y defender la propiedad privada.

Viajó en tren y llegó al punto amagado el 3 de febrero de 1921. Recorrió el campamento y ordenó que los trabajadores se embarcaran en tren con destino hacia Antofagasta. Muy pocos cumplieron la orden y el convoy salió a las 8, con escasos pasajeros. Igual situación ocurrió a las 13 horas: el tren partió casi vacío.

El líder obrero Luis Alberto Ramos Bustamante tenía conscientizados a los trabajadores en el cumplimiento de la orden de no abandonar la oficina.

RAMOS: UN OBRERO "DE OJOS CLAROS"

Alberto Ramos era un obrero del salitre de 26 años, "cara delgada, ojos claros y barba crecida" ("La Reforma", 4/10/1921). Integraba la Federación Obrera de Chile, Foch, y militaba en el Partido Socialista Obrero. Dirigía el movimiento de resis-



OFICINA SAN GREGORIO EN PLENA PRODUCCIÓN

tencia.

A las 15 horas comenzaron a llegar a San Gregorio grupos de trabajadores de otras oficinas. Es posible que en el sector comprendido entre la Casa de Administración y la Pulpería, se hayan reunido unos dos mil personas.

Cuando el reloj marcaba las cinco de la tarde, celebraban una asamblea rodeando el kiosco de la explanada. Escucharon a sus dirigentes y luego pidieron conversar con Mr. Jones y el teniente Argandoña. Aceptaron y acudieron junto con el teniente de Carabineros, Lisandro Gaínza (tenía a su cargo 4 carabineros).

¿QUIÉN TIRÓ LA PRIMERA PIEDRA?

Hasta ese instante, la situación era clara. Soldados y carabineros estaban convenientemente distribuidos (24 hombres). Mr. Jones, Argandoña y Gaínza se dispusieron a parlamentar.

Requerido el administrador por el pago del término de faenas, respondió: "se paga, pero aquí no, sino en Antofagasta". "Entonces -declaró Ramos ante el juez instructor de la causa- la masa obrera avanzó diciendo ¡No!".

Fue en ese momento cuando se disparó un tiro de arma. ¿Quién lo hizo? Es la interrogante que ni el juez, ni los ministros de la Corte de Apelaciones de Iquique pudieron aclarar. Lo cierto es que fue el momento en que estalló el disturbio. Los resultados fueron trágicos: murieron Jones, Argandoña y cuarenta trabajadores, cuyos nombres se conocen.

En el actual cementerio abandonado de San Gregorio, hay tumbas señaladas por viejas y carcomidas cruces. El tiempo borró el nombre de los difuntos. Es el mismo tiempo que ha borrado de la memoria de muchos, los trágicos sucesos ocurridos en el Cantón de Aguas Blancas, cien kilómetros al suroeste de Antofagasta. Es buen tiempo para meditar y recordar.



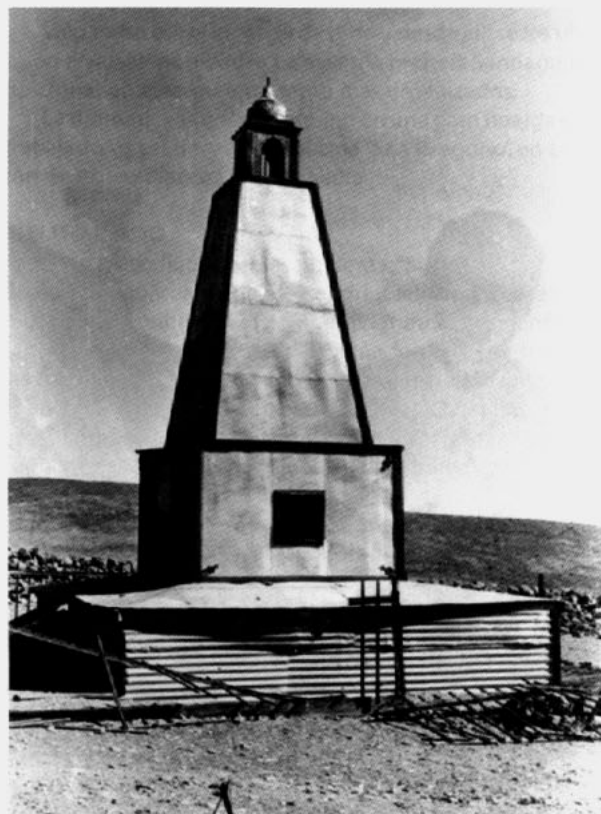
LUIS ALBERTO RAMOS, DETENIDO EN SAN GREGORIO Y CONDUCTO A LA CÁRCEL DE ANTOFAGASTA

CEMENTERIOS DEL DESIERTO

En el momento mismo en que la Empresa de Ferrocarril inició los trabajos de excavación para construir el Hospital Inglés (Iquique esquina Ignacio Zenteno), se esparcieron por la ciudad el rumor y la leyenda sobre las osamentas humanas que allí se encontraron: tumbas indígenas, para algunos; fusilamientos durante la guerra del Pacífico, para otros; muerte colectiva de los tripulantes de un barco pirata, para los más osados.

CEMENTERIOS DE LA CIUDAD

Muy pronto se desvanecieron las fantásticas leyendas. El asunto era simple: allí estuvo ubicado el primer osario de Antofagasta.



EN CARACOLES, EL CEMENTERIO DE LOS BOMBEROS ESTÁ VIOLENTAMENTE PROFANADO, AL EXTREMO QUE HAN SACADO DE SUS TUMBAS LOS CUERPOS MOMIFICADOS.

Los primitivos habitantes estimaron que el poblado tardaría años en crecer hacia ese sector y, por lo tanto, era adecuado para camposanto. Lamentable error de apreciación: en breve tiempo se manifestó el poblamiento, no por aumento vegetativo, sino que... *"el incremento de la población se debió exclusivamente a la inmigración de acuerdo al carácter pionero de una población que se formaba con actividades recién iniciadas..."* (Óscar Bermúdez. La Municipalidad de Antofagasta. Pág. 263).

Nueve años después de la llegada de Juan López, Antofagasta registraba 5.972 habitantes.

La Municipalidad ubicó un nuevo sitio para los entierros, que fue situado en el sector noreste de la ciudad, lugar que corresponde al Cementerio actual.

En Chile, la ley de cementerios laicos sólo se promulgó en 1884, pero como la Municipalidad se regía por la legislación boliviana, éste no tuvo el carácter de laico.

Tal situación constituía un sacrilegio para los sacerdotes chilenos y así lo manifestaron en una protesta a la Municipalidad. Matías Rojas, Alcalde y un liberal muy doctrinario, contestó: *"El municipio no se proponía otra cosa que cumplir con un fin humanitario y de caridad, proporcionando un enterratorio general a la población"* (Isaac Arce. Narraciones históricas de Antofagasta. Pág. 198).

Consecuente con sus principios, Rojas terminaba la respuesta ofreciéndole a los sacerdotes la ayuda para establecer un cementerio católico, pero insistiendo que el creado permanecería laico.

LA MURALLA DE LOS CHINOS

Durante años, el cementerio de la ciudad fue un sitio inhóspito, donde los cadáveres eran enterrados en el suelo y sobre el cual levantaban una simple reja de madera. Un cerco de tablas blanquecinas señalaba el perímetro correspondiente.

El auge salitrero de principios del siglo XX y la acción de la Junta de Beneficencia, mejoraron las condiciones estéticas del lugar.

Sin embargo, fue la Colonia China residente (los paisanos venían a la ciudad para vivir y morir), la que le dio el aspecto de un verdadero panteón.

Los chinos, con motivo de la celebración del primer centenario de la independencia nacional, construyeron la actual estructura exterior. Imponente, con un estilo arquitectónico noble, adecuado para camposanto, e iluminado por los versos de don Antonio Rendic.

Cinco siglos antes del nacimiento de Cristo, Pericles, el gobernante de la ciudad de Atenas, decía en un discurso fúnebre: *"Nuestros antepasados son dignos de alabanzas, y más aún lo son nuestros padres, pues ellos, además de su propia herencia, nos dejaron todo el poder que poseemos, que conquistaron con esfuerzo"*. Esas palabras son válidas también para tantas raíces que hoy descansan en el cementerio de la ciudad.

SOL, VIENTO Y SOL

Cuento aparte son los cementerios ubicados en la pampa desértica de la región. En las abandonadas oficinas salitreras de los cantones de Pampa Central, El Toco, Boquete, Aguas Blancas y Taltal, existe una multitud de camposantos profanados.

Las aún existentes cruces de pino oregón, que el viento ha acentuado sus estrías constituyendo verdaderas obras de arte, o las cercas formadas por catrecitos de niños fallecidos, o las flores de hojalata que aún permiten descubrir fuertes coloridos, o los epitafios fúnebres llenos de dolor y lágrimas que todavía no se secan. Todo ese conjunto forma parte de los cementerios del desierto.

En Caracoles, el cementerio de los Bomberos está violentamente profanado, al extremo que han sacado de sus tumbas los cuerpos momificados.

En Pampa Unión, el cerco -quizás- ha permitido un mayor respeto.

En Cobija, apenas se insinúa.

En Taltal, se evoca la nostalgia de capitanes y marinos llegados en barcos al puerto y también a la muerte.

En esos cementerios están las raíces de las ciudades y de la región.



LOS CEMENTERIOS DEL DESIERTO HAN SUFRIDO EL ATAQUE DE PROFANADORES. AÚN ASÍ LOS VESTIGIOS QUE SE OBSERVAN EN ELLOS OFRECEN RICOS INFORMES DE LO QUE FUE EL PASADO REGIONAL

6. TIEMPO DE CATÁSTROFES



Y LLEGÓ EL TSUNAMI...

Mayo de 1877. Era el día 9. La ciudad y su población se habían retirado tempranamente al descanso nocturno. La frescura de las noches otoñales obligaba a meterse bajo las tapas de la cama. Los relojes marcaron las 20.30 horas. De súbito un ruido subterráneo se aproximó hasta confundirse con un violento movimiento terrestre. La palabra terremoto brotó de las gargantas de los asustados pobladores. De todos los sectores de la ciudad estallaron gritos de miedo y terror. La tierra seguía convulsionándose con violencia. En las calles, los faroles a parafina que alumbraban la ciudad apagaron sus luces de antorchas.

Un periódico de la época describió así el escenario telúrico: *"la tierra parecía un mar embravecido. Levantaba oleadas de polvo y crujía con tanta fuerza, que era difícil percibir los gritos de los desgraciados habitantes. Las casas se movían cual débiles barquitos y todos los vecinos, despavoridos, salían a las calles clamando socorro"*.

El temblor de tierra duró algunos segundos. El material ligero de las construcciones evitó los derrumbes. Sin embar-

go, las lámparas a parafina que servían para alumbrar las casas, se volcaron provocando varios amagos de incendios, situación que obligó a los bomberos a tocar las campanas del cuartel, haciendo más tétrica y amenazadora la tragedia. Los gritos de los más asustadizos, las carreras de quienes regresaban a sus hogares y las llamas que comenzaban a levantarse, imprimían una escena apocalíptica, difícil de describir.

Cuando ya retornaba la calma y la tierra se aquietaba, los asustados vecinos observaron cómo las aguas del océano se retiraban bruscamente del nivel costero. El espanto hizo presa de los habitantes: todos gritaban que se salía el mar.

TSUNAMI A LA VISTA

Los pobladores huyeron hacia los cerros, algunos portando lumbres a parafina y otros acarreado lo necesario para cubrirse. Era una procesión de despavoridos. El azote de una gran marejada que se avalanzó sobre la costa, confirmó que el mar se había salido de su lugar: agua, restos de edificios destruidos y embarcaciones, avanzaron con violencia sobre la calle Balmaceda, para cubrir con rapidez Washington y ter-



EL MAREMOTO DESTRUYÓ TOTALMENTE EL PUERTO DE COBIJA. ASÍ SE PUEDE OBSERVAR EN ESTA FOTOGRAFÍA.

minar en plena Plaza Colón. Casi dos cuadras y media quedaron bajo las aguas. Las calles estaban sembradas de todo lo imaginable.

El maremoto fue más destructor que el terremoto. Los edificios ubicados en pasaje Ballivián (hoy Sargento Aldea), fueron arrancados del suelo. La pequeña oficina de correos, recién inaugurada, fue arrasada por las olas. El agua se llevó la Aduana junto con las mercaderías que allí se guardaban y las dejó atravesadas en medio de la calle Bolívar. Igual cosa ocurrió con la máquina desaladora de agua de Emeterio Moreno y el galpón de la empresa de carretas y la mayoría de los vehículos. El cierre del ferrocarril desapareció sin dificultad.

Por fortuna no hubo desgracias que lamentar. En la parte alta de la ciudad, los vecinos miraban impotentes los estragos del mar. Esa noche nadie se atrevió a dejar su refugio, permaneciendo en ellos hasta que apuntó el día. Añádase que los temblores siguieron repitiéndose durante la noche. Con la claridad del sol, los vecinos pudieron contemplar el desastre: las casas intactas, pero en el interior, parecía que una mano malvada hubiese revuelto todo: loza destrozada y vidrios rotos. La edificación de las manzanas de Balmaceda, Washington y San Martín, desaparecieron en su totalidad.

Los rumores de un nuevo terremoto y salida de mar circularon con rapidez entre los habitantes, de tal manera que cuando atardeció, se dirigieron de nuevo hacia la parte alta e instalaron carpas y toldos a modo de refugio.

MUERTOS Y DESAPARECIDOS

El prefecto del Departamento informó al Gobierno de La Paz: "desaparecieron los puertos de Mejillones, Cobija y Tocopilla..." Y la verdad es que no había exagerado. Cobija estaba prácticamente destruido. Los edificios, construidos con material más firme que los de Antofagasta, se derrumbaron y el

maremoto arrasó con lo que quedó en pie. Sólo se salvaron algunas habitaciones de las faldas de los cerros.

Las aguas no sólo se llevaron edificios y enseres, sino también una cincuentena de personas. El mayor drama lo sufrió el hogar de la familia Arricruz, de ascendencia española: sus catorce miembros desaparecieron bajo las olas.

Igual situación presentó Mejillones, hasta donde llegó el blindado chileno "Blanco Encalada". Su comandante Juan Esteban López, informó de la casi total desaparición del poblado y de un buen número de fallecidos, no cuantificados.

En Tocopilla, el temblor y el maremoto destruyeron fundiciones y viviendas. No quedó nada.

Para reconstruir el pueblo, lo trasladaron al norte de la bahía Algodonales. Ese sector lo llamaron "Pueblo Bajo".

Las poblaciones mineras de Punta Blanca y Gatico registraron más de 200 víctimas, debido al derrumbe de cerros y a que muchas minas "se sentaron", dejando atrapados a los mineros que aún trabajaban en su interior.

Taltal no fue la excepción. El movimiento telúrico, que abarcó desde Coquimbo hasta Tarapacá, destruyó gran parte del pueblo, dejando numerosos muertos. Para colmo de males, un incendio arrasó una manzana de casas. Los taltalinos observaron con impotencia, cómo el mar y las llamas destruían sus hogares.

Desde la ciudad de Antofagasta, las autoridades de Chile y Bolivia asumieron la responsabilidad de socorrer a los damnificados y reconstruir los poblados.

El terremoto y posterior salida de mar dejó sólo ruinas en el puerto de Cobija. Era mayo de 1877 y la naturaleza dejó caer con energía su disgusto sobre las costas de Antofagasta y sus alrededores. En la Plaza Colón quedaron varadas algunas embarcaciones, lo que habla de la intensidad del fuerte oleaje que golpeó al litoral.

MAREMOTO DE 1922

Roberto Bonaud no lograba espantar el miedo. El periodista lo interrogaba para conocer la situación del personal y las viviendas de la Estación de Radio de la Armada, ubicada al extremo norte de Antofagasta (Cerro Moreno). La región había soportado un sismo con caracteres de terremoto y una posterior salida de mar.

Roberto estaba extenuado: viajó en caballo para dar cuenta de la situación. Todo estaba perdido, menos las personas que se encontraban aisladas. Con voz entrecortada relató: *"... saltando de mi cama me asomé. Cuál no sería mi sorpresa al ver que las aguas me rodeaban... (con) mis compañeros de trabajo resolvimos encaramarnos a los techos de los cuartos"*. Según sus cálculos, el agua avanzó tres kilómetros al interior ("El Mercurio" de Antofagasta, 12/11/1922).

¡SE NOS VIENE EL MAR!

El verano estaba cerca. La población se recogió temprano. Momentos antes, el reloj de la Plaza Colón anunció las

23.30. Veinte minutos después, comenzó el temblor. La gente se llenó de espanto. Gritos y carreras despertaron el silencio de la noche. ¡Uno! ¡Dos! ¡Tres!... Cada cual contó los minutos, según la magnitud del susto. Algunos aseguraron: *"Duró una eternidad"*.

El Alcalde Maximiliano Poblete se comunicó con el intendente Luciano Hiriart. Los informes sólo registraban el pánico. Ni derrumbes ni víctimas. Nuevamente a conciliar el sueño.

Luciano no descansó por mucho rato. A las 3.30 lo despertó el Gobernador Marítimo. Era la madrugada del viernes 10 de noviembre de 1922. Había que poner alerta a la población. Las campanas del Cuerpo de Bomberos sonaron a tragedia a los vecinos que, momentos antes, fueron despertados por el fuerte sismo.

El mejor relato del maremoto lo entregó un mariscador que estaba cerca de la playa. Contó: *"De pronto sentí un ruido sordo que, momentos después se convirtió en un ruido ensordecedor, como cuando se arrastran centenares de conchas... un*



EL MAR AZOTÓ LA CONCURRIDA CALLE BALMACEDA. TODAS LAS COCINERÍAS UBICADAS ENTRE BAQUEDANO Y MAIPÚ FUERON ARRASADAS POR EL MAR.

segundo después, ya casi encima, avanzaba una enorme avalancha de agua. ¡Era el mar que se salía!".

LA CERVECERÍA Y LAS COCINERÍAS

Los vecinos más antiguos aseguraron que *"en cuando al temblor, se han sentido aquí algunos muchos más recios, pero no tan prolongados, pero en lo que toca a la salida del mar, no recuerdan ninguna mayor que la del año 1877, cuando el agua llegó hasta el reloj de la Plaza Colón"*.

El mar se salió en distintos niveles, conforme a la topografía del sector. Los más afectados fueron la llamada "ciudad de los chanchos" y la fábrica de Cerveza. *"Allí toda la rompiente fue removida (y el agua) en sus momentos más culminantes, llegó casi a los mismos límites de la calle Bellavista, que en mucha extensión quedó llena de cascajos"*.

En el muelle Barnett, el remolcador "Lautaro" se varó en la playa. A los pescadores se les destruyeron las "chalupas". Igual cosa ocurrió en el muelle de pasajeros. En los Baños Municipales el mar entró por la boca norte y destruyó las barandas por donde transitaba el público. El recinto portuario que estaba en construcción no sufrió daños.

Como ya se ha dicho, el mayor impacto del maremoto se produjo en Cerro Moreno, destruyendo la Estación de Radio de la Armada. Esto obligó, años después, a trasladarla al sur del Auto Club, donde permaneció hasta hace unos años.

El maremoto no causó un fuerte pánico. Más aún, muchos curiosos se acercaron a la costa para gozar del espectáculo de la naturaleza. En calle Balmaceda, entre Baquedano y Maipú, estaban instaladas las cocinerías, para vender comida y toda clase de meriendas a los trabajadores de los muelles. Los comerciantes vivían al interior de los negocios. Ese sector fue totalmente arrasado por el mar. Un cronista relata: *"algunos muchachos descansan sobre el resto de las maderas que antes formaron parte del hogar y el negocio"*.

En Tocopilla, Calama y Taltal, no hubo daños ni víctimas. El terremoto tuvo como centro las provincias de Atacama y Coquimbo, con destrucción de edificios y muertos. Los efectos del fenómeno chileno se hicieron sentir en Hawai. En la isla, el maremoto provocó espanto entre sus habitantes.

Sin embargo, en Antofagasta, Mejillones, Tocopilla y Taltal, la población quedó asustada, temiendo que se repitiera la experiencia. Más aún, cuando el astrónomo argentino Gil Nuño pronosticó que, conforme a las manchas solares que él había estudiado, el sismo se repetiría en los primeros días de diciembre. No se había divulgado aún la teoría de las placas y la explicación había que encontrarla en el sol.

Menos mal que el tiempo transcurrió sin que el pronóstico se cumpliera. Desde entonces hasta hoy, han transcurrido muchos años.

TERREMOTO EN PAMPA UNION

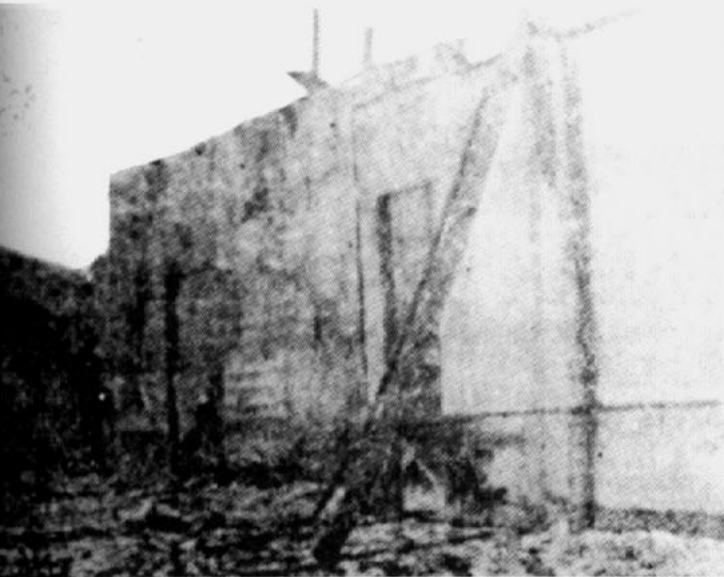
En las postrimerías del año 1929, nubarrones negros anunciaron un desastre de la economía mundial. En la Bolsa de Nueva York el valor de las acciones se transó en violenta baja. El Gobierno acudió para mejorar la situación, pero la estructura económica estaba destruida, de manera que nada pudo detener la catástrofe.

Los ahorrantes corrieron a los bancos para salvar sus depósitos. Largas colas de una muchedumbre vociferante, ocasionaba disturbios en las casas bancarias. Algunos grandes financistas no soportaron las quiebras de sus empresas y tomaron el camino del suicidio.

Comenzaba así la Gran Depresión Mundial del año 1929 y que sumiría al mundo en un prolongado letargo económico.

EL TERREMOTO

Fira Panadés, la reina de la primavera de 1929 se acostó cerca de la madrugada del sábado 19 de octubre. Las festividades habían resultado exitosas. La decaída vida de Pampa Unión tomó un ritmo más dinámico y hasta se olvidó la crisis. Fira y Rosita, su hermana, trabajaron con bastante afán para darle color a las fiestas. En breves minutos las durmió el cansancio.



ESTADO EN QUE QUEDÓ EL BARRIO "CALIENTE Y FRÍO" DE PAMPA UNIÓN.

Seis cinco de la mañana. Pampa Unión descansaba. De pronto la tierra comenzó a remecerse. En segundos el pueblo se llenó de gritos, de muros desplomados y de cristales rotos. El remezón duró un minuto, siendo los primeros treinta segundos los más violentos. La claridad del día calmó los ánimos, pero también mostró la catástrofe en su dura realidad: casas en el suelo, viviendas dañadas en sus muros. El cuartel de Carabineros, los edificios de la Caja de Ahorros, el Club Social y la Compañía de Teléfonos, quedaron prácticamente derrumbados.

El terremoto despertó a Fira y sus preocupaciones fueron en dos sentidos: la catástrofe y las fiestas programadas. Estaba consternada.

DEPRESIÓN

Pampa Unión vivía uno de sus peores años: las oficinas salitreras apagaban sus fuegos y la gente emigraba hacia la costa. Se estaba viviendo del antiguo esplendor, cuando el pueblo era la atracción de todas las Oficinas cercanas; entonces las tiendas de ropas y abarrotes no paraban la atención a los cientos de clientes, las cantinas se llenaban y las casas de tolerancia funcionaban a tablero vuelto.

Ahora la crisis paralizaba la vida del pueblo y para peor, el terremoto, con las casas destruidas y las esperanzas en el suelo, creaba una situación de tragedia.

El día del sismo, el doctor Pedro Valenzuela y sus dos practicantes abrieron las puertas del Dispensario Municipal (Posta de auxilios) para atender a los heridos. Personalmente se dirigió al hogar de la víctima. La niña Clotilde Lagos, de siete años y su angustiada madre permanecían en la calle, rodeadas por vecinos del sector. El doctor miró, consoló y constató el fallecimiento. Luego, continuó visitando a otros afectados. Comprobó que tres personas resultaron gravemente heridas y era necesario trasladarlas hasta Antofagasta. Nueve mostraban heridas leves.

El desastre mayor estaba en las viviendas. Habían sido construidas con adobes hechos con tierra calichosa, "la chusca", material semi gredoso y salado. Esa misma tierra servía de argamasa para unir los adobes. Ningún profesional había dirigido las obras. El terremoto encontró un campo propicio para destruir.

AL MAL TIEMPO BUENA CARA

Cuatro días después, llegó a Pampa Unión el Intendente accidental, Coronel de Ejército, Bolívar Bravo. Comprobó que gran parte de los vecinos estaban instalados en plena pam-



FIRA PANADÉS REINA DE LA PRIMAVERA DE PAMPA UNIÓN
EN SEPTIEMBRE DE 1929.

pa, en carpas que habían fabricado con frazadas y sábanas de cama. Las casas estaban derrumbadas. No había material disponible para construir las viviendas, especialmente entre los más pobres. Pero el coronel traía una cartita bajo la manga: les anunció que la Lautaro Nitrate Co. entregaría material para viviendas. Esperaba levantar cien casas de emergencia. Fue como inyectarles una dosis de confianza.

El Coronel comprendió que era necesario seguir estimulando el optimismo y que al mal tiempo había que mostrarle buena cara. Conversó con la reina Fira Panadés y la convenció de que las Fiestas de la Primavera tenían que continuar *"en beneficio de los damnificados"*, argumentó. Todos pensaron que era una buena idea y a pesar del terremoto, de la niña muerta y de los heridos, Pampa Unión, volvió a tener alegría.

Sin embargo, era difícil retornar a la época de gloria. Pampa Unión estaba condenada a morir. El salitre había entrado en la etapa de la agonía y no obstante el ánimo de los habitantes, pronto se fueron dando cuenta de que era necesario emigrar a tierras de mayor porvenir.

ALUVIÓN EN TALTAL

José estaba apurado. En tono informal se despidió de Esperanza, su esposa y de sus hijos. "¡Chao!, hasta luego!" Viajaba hasta Antofagasta. La familia continúa su rutina.

Era el jueves 13 de junio de 1940. A las cinco de la tarde comenzó a caer una llovizna y los cerros taltalinos se cubrieron de una espesa niebla. Era un día oscuro.

En la costa el mar golpeaba con furia. Los pescadores miraban sus embarcaciones que desaparecían bajo las olas una y otra vez. De repente, se hundían por la fuerza de las aguas.

Esperanza se refugió en la casa, junto a sus hijos. Afuera seguía lloviendo.

María Tófalos cuenta los dramáticos momentos: "*sentimos un gran ruido. Creímos que era un terremoto o una salida de mar... Hubo un gran golpe en la parte trasera de la casa y las*

piezas comenzaron a llenarse de agua, que arrastró a mi hermana Evangelus... mi hermana Irma se abalanzó sobre ella para tomarla en brazos -tenía tres años- la fuerza del agua la arrastró hacia la calle".

Eran las 20.30 horas.

JUNIO: MES FATAL

Junio era un mal mes para los taltalinos. En 1919 fueron remecidos por un fuerte terremoto. Diecisiete años después, un nuevo sismo estremeció a la ciudad.

En 1940, el 13 de junio, un fuerte aluvión azotó la población. Comenzó a las cinco de la tarde como una leve llovizna, que con lentitud se fue transformando en lluvia.

La vida siguió su ritmo pausado, alterado sólo por los niños que gozaban bajo el agua dando gritos de alegría. La noche llegó antes de las seis. La oscuridad puso una nota de temor en el ambiente.



EL ALUVIÓN POR CALLE SERRANO

En el almacén, Jovita Ramírez conversaba de manera des-
aprensiva con el "despachero". Súbitamente un fuerte estruen-
do arrancó desde lo alto de la calle O'Higgins. Jovita salió a la
puerta. En ese momento una avalancha de agua la arrastró
con la fuerza de la corriente. La encontraron en el mar.

La calle O'Higgins se transformó en un surtidor del alu-
vión que avanzó por las vías laterales: Serrano, Prat, Atacama,
abriendo surcos profundos.



EL ALUVIÓN POR CALLE ATACAMA

TRÁGICO BALANCE

Venciendo múltiples dificultades, José Tófalos retornó al
puerto. El balance de la situación de la familia era trágico: la
casa había desaparecido. Su esposa y su hija Ángela, de 14
años, permanecían en el Hospital. Ya habían encontrado en el
mar el cadáver de Irma. Evangelus continuaba desaparecida.

El aluvión casi sepultó el barrio La Caleta. En Serrano con
Atacama la fuerza de las aguas desprendió de cuajo el Alma-
cén de Varlejev y la casa de Lorenzo Rodríguez. En el Garage
de Navarro, los autos quedaron cubiertos de barro y piedras.

Entre tanta destrucción -cincuenta casas desaparecidas o
inhabitables y doscientos damnificados- hubo algunos casos
insólitos. La vivienda de Enrique Peñafiel fue socavada en las
bases y quedó prácticamente en el aire, tomando una incli-
nación de 90 grados.

Días después, cuando los ánimos se tranquilizaron y se
hacía esfuerzos para volver a la normalidad, falleció en el Hos-
pital Germán Castro, la última víctima del aluvión.

HÉROES SIN MEDALLA

La quebrada por donde pasaba el camino y se extendía la
vía férrea que sirvió de lecho de escurrimiento para el paso
del aluvión, se transformó en un profundo cauce de cuarenta
metros de ancho y seis de profundidad. Nadie podía imagi-
nar que sobre esos surcos corría un tren.

Hay dos hechos anecdóticos que bien vale la pena relatar.
Cuando el embravecido mar se transformó en olas gigantes,
un personaje apodado "El Rucio" se lanzó al mar y evitó que
las olas hicieran naufragar a las embarcaciones. Es uno de los
héroes sin medalla.

Otro héroe es Alberto Quintana, quien antes ya se había
destacado y demostrado su valentía salvando al diputado
Juan Beeche Balden, cuyo avión naufragó en las costas de la
ciudad. Esta vez Quintana repitió la hazaña, ayudando a los
pescadores a rescatar sus botes.

Ellos son héroes que quizás ni los antiguos taltalinos co-
nocen, pero a la historia le corresponde recrear sus nombres.
Siempre los héroes sin medalla son olvidados por la concien-
cia colectiva, pero al recordar el aluvión de 1940, es justo nom-
brarlos.

LA PESTE ATACA TOCOPILLA

El pueblo permanecía silencioso. Uno que otro vecino se atrevía a transitar por las calles. La vida familiar y económica se paralizaron. En ocasiones, el desplazamiento de alguna carreta rompía la desesperante monotonía y sólo una nube de polvo testimoniaba su paso. Ese año de 1912, Tocopilla comenzaba a vivir una experiencia dolorosa.

En marzo se presentaron los primeros enfermos. Ni dudarlos, los síntomas eran clarísimos: se anunciaba con una fiebre muy alta -40 grados- y dolores en el cuerpo. Posteriormente, llegaba la etapa crítica, con piel amarilla, hígado y bazo hinchados. Finalizaba con hemorragia de piel y mucosas. Entonces, había que esperar el desenlace final.

La noticia corrió de boca en boca: ¡fiebre amarilla! Pánico en la población tocopillana. La epidemia se alzó como un fantasma que causó miedo y temor. La población presentía lo que se venía encima, y las autoridades conocían la gravedad de la situación. Se implementaron las primeras medidas: suspensión de clases en las dos escuelas primarias y prohibición de los viajes del tren de pasajeros a Toco, con el propósito de

aislar Tocopilla. Como se comentaba que la peste había llegado desde Guayaquil en el barco "El Cóndor", se dispuso, como medida preventiva, la permanencia por seis días de las naves que llegaban al puerto.

Santiago, siempre sorda a los problemas provincianos, coincidiendo en la gravedad de la situación, dispuso la entrega de dos mil pesos de la época y el viaje de dos médicos de nota, los profesionales Alcérreca y Ferrer. La Escuela de Medicina de la Universidad de Chile aportó su cuota disponiendo el envío de un grupo de alumnos de los cursos superiores, para colaborar con los facultativos.

EL ÉXODO

El 26 de abril se presentaron seis casos fatales, lo que obligó a intensificar las medidas preventivas: era obligación denunciar la existencia de los enfermos de fiebre amarilla. Incluso se aceptaba el anonimato. Las casas que tenían enfermos debían levantar una bandera blanca en señal de advertencia.

El pánico avanzó con mayor rapidez que la enfermedad y los vecinos buscaron la forma de abandonar el sector poblado. Los españoles instalaron su campamento en la quebrada El Salto, lejos de la población.

A comienzos de mayo, las playas se cubrieron de carpas y galpones apresuradamente construidos. La empresa Anglo Lautaro habilitó un campamento para sus trabajadores en la Cancha de Carreras.

Mientras esto ocurría, el equipo médico, dirigido por Alcérreca y Ferrer, trabajaba sin descanso en la doble tarea de prevenir y curar. Estaba integrado por médicos y alumnos: Clemente Holzfel, Leonardo Guzmán, Ignacio Rencoret, Daniel Tovar, Gonzalo Castro Toro, Mario Eada, Marcos Macuada y Arturo Barraza. La labor se extendía hasta las salitreras, donde se estaban presentando nuevos casos.

En mayo se agregaron dos medidas: evacuar a todas las personas que vivían en las calles Sucre, San Martín y 21 de Mayo, entre Aníbal Pinto y Baquedano, y la construcción del Lazareto instalado en el apartado barrio Washington Alto. Se tomó esta última determinación, porque ya la fiebre amarilla había aparecido en los campamentos.

A fines del mismo mes, la ciudad estaba desierta: el temor a la fiebre había provocado el éxodo masivo.

HEROICO SACRIFICIO

Los médicos sabían que para erradicar la peste era necesario eliminar los focos de agua estancada, campo fértil donde se multiplicaban las larvas de mosquitos y zancudos, por-



ES JUSTO HOMENAJE HABER DENOMINADO
"MARCOS MACUADA" AL HOSPITAL DE
TOCOPILLA.

tadores de la enfermedad. Se podría hablar con propiedad que era la "mala hembra" de estos insectos la causante de la peste amarilla: la picada es fatal. Ubicada dentro de las enfermedades denominadas paludismo, la peste de Tocopilla fue benigna. No obstante, hasta en julio, mes en que declinó, dejó un total de 120 víctimas.

Desafortunadamente uno de los últimos mártires fue el estudiante de medicina de la Universidad de Chile, Marcos Rigoberto Macuada Ogalde. El mismo se dio cuenta, por los síntomas, de que el mal había penetrado en su cuerpo. El equipo médico realizó los mayores esfuerzos para salvar su vida; a fines de junio, el estudiante falleció en Tocopilla.

Su muerte produjo consternación nacional. La pobreza de su familia obligó a realizar erogaciones públicas para sufra-

gar los gastos. El 1 de julio los estudiantes Barraza, Castro Toro, Eade y Tovar, se embarcaron en el vapor "Teno" rumbo a Valparaíso. Con ellos se fueron los restos de Marcos Macuada, convenientemente embalsamado. La Federación de Estudiantes de la U. de Chile, solicitó su traslado al puerto, desde donde lo acompañaron hasta Ovalle, su ciudad natal.

El 8 de julio, el cortejo fúnebre llegó a Coquimbo en el vapor "Palena". Fue sepultado en Ovalle, acompañado por los dirigentes estudiantiles, autoridades nacionales y todo su pueblo.

Paradojalmente, ese mismo día, el doctor Ferrer anunciaba que la fiebre amarilla estaba derrotada y se había iniciado el traslado a la ciudad de los refugiados en los distintos campamentos.

EL ALUVIÓN EN TOCOPILLA

"Sentimos a las cinco de la mañana fuertes golpes en el cerro. El Jefe de Estación me dijo: son talcas. Cuando regresé a la casa para ver si llovía en el interior, cayeron los rodados que eran piedras de grandes dimensiones. Yo alcancé en ese momento a tomar a mi esposa y a mis hijos con una mano, pero la andanada arrastró la mesa con ellos hasta un precipicio enorme. Ya no las vi más". Esas fueron las declaraciones de Domingo Ortiz Vásquez a "La Prensa de Tocopilla". No pudo seguir: lo ahogaba el llanto.

EL DURO INVIERNO DE 1940

La lluvia cayó sobre Chile. En el norte, Chuquicamata se cubrió de nieve con una capa de no menos 40 centímetros. Paralizó la industria, pero los más jóvenes pudieron divertirse haciendo monos o formando guerrillas que disparaban bombas de nieve (24 de julio de 1940).

Taltal quedó cubierto por una ola de barro y piedras que destruyó viviendas y mató personas (13 de junio de 1940). Es cierto que en primavera "el desierto florido" puso una nota de colorido y belleza, pero a un alto costo.

En julio el tiempo siguió dando problemas. Los chubascos y lloviznas son catástrofes para las ciudades nortinas. En el puerto de Tocopilla, el temporal de lluvia y vientos comenzó a las cuatro de la madrugada del jueves 24 de julio. Dos horas después un ruido sordo y violento se dejó sentir en los cerros. La avalancha de barro y piedras cayó por la quebrada El Salto y La Beneficiadora. La primera tomó el cauce de la calle Colón hasta llegar al mar, inundando las calles transversales: Matta, Sucre, 2 de Mayo, arrastrando muebles y útiles caseros. El cronista que recorrió el sector, relata: "Por calle Matta seguimos hacia los barrios obreros. Confieso que nunca vi una catástrofe tan grande". ("La Prensa de Tocopilla"; 27/07/1940).

El segundo aluvión avanzó por la quebrada La Beneficiadora. Allí estaba ubicado el viejo edificio del establecimiento minero. Quedó convertido en escombros cubierto de barro y piedras. La avalancha siguió por la calle Teniente Uribe y otras, abarcando el hospital viejo. Los muros quedaron en el suelo. El Co-

lectivo del Seguro Social, en construcción, sufrió también severos daños.

En el muelle fiscal sepultó la casa de Juan Caffiero. Igualmente destruyó las líneas del Ferrocarril al Toco que se extendía al oriente de la ciudad, aislando la población de la pampa.

EL ALUVIÓN EN LA MINA DESPRECIADA

Cinco kilómetros al norte del puerto se ubicaban las faenas de la mina "La Despreciada". La avalancha avanzó por el camino que la comunicaba con la pampa. A las cinco de la mañana la masa infernal transformó el lugar en un río caudaloso que nada perdonaba. Para el colmo de los males, los trabajadores recién terminaban una agotadora huelga de cincuenta días. De las 200 casas que componían el campamento, sólo veinte quedaron en pie pero en condiciones inhabitables.



VESTIGIOS DEL ALUVIÓN EN TOCOPILLA

En la mina "La Toldo", la situación era peor. El aluvión destruyó todo. Varios vecinos conocían ya la experiencia: en 1912 un fenómeno similar sepultó a sesenta personas. Ahora, por descuido, estaban abiertas las puertas del pique. El agua anegó todas las galerías de trabajo. Nunca más se volvió a la vida. Así también como dio muerte a la totalidad de la familia de Leoncio Tapia.

LLEGA SALVADOR ALLENDE

Aristides Poblete, Gobernador de Tocopilla estaba nervioso. Desde un pequeño avión particular descendió con agilidad el joven ministro de Salubridad, Dr. Salvador Allende, enviado del Presidente a recorrer el lugar de la tragedia. Allende se acercó a Víctor Contreras Tapia, Alcalde de la ciudad y destacado dirigente del Partido Comunista (años después será Senador), y lo saludó con amabilidad, mientras bajaban de Barriles al puerto.

Poblete informaba: quince son las víctimas; hay treinta desaparecidos, la mayoría habitantes del barrio La Manchuria,

el más afectado. Mil quinientas personas damnificadas. Escuelas destruidas, vías de comunicación cortadas. Allende escuchaba e interrogaba.

El ministro visitó los sectores siniestrados; conversó con los albergados; ordenó socorrer a Gatico y otros lugares aledaños. Después de reunirse con las autoridades locales, se acordó que el ministro recomendaría al presidente, declarar a Tocopilla Zona Seca (Prohibición de venta y consumo de bebidas alcohólicas).

Días más tarde, Salvador Allende retornó a Santiago. Portaba las inquietudes de la comunidad. Además el Alcalde Víctor Contreras le entregó una larga lista de aspiraciones comunales.

En Barriles, el intendente Arturo Ramírez y el Gobernador Poblete, despidieron al ministro. La avioneta, con los motores rugiendo, se esforzaba por ganar altura. Ramírez dio la última mirada y luego retornó al puerto. Lo esperaba un trabajo agotador.

LA TRÁGICA EXPLOSIÓN EN CHUQUICAMATA



El suplemento de "El Mercurio"! ... ¡Con la explosión en Chuqui... lea el suplemento! Era mediodía del caluroso enero de 1939.

Los vecinos de la ciudad arrebataban el periódico a los "canillitas". Algunos, sólo para informarse, pero otros para conocer la suerte de familiares o amigos que laboraban en el mi-

neral.

Los "canillitas" volvían a vocear su mercancía: "¡Muertos y heridos... en la explosión!". El grito sonaba a tragedia y no eran pocos los que adquirían el suplemento con los ojos inundados de lágrimas. "Si el diario sacó un suplemento especial -razonaban los vecinos- es porque el asunto es grave". La edición se agotó rápidamente.

Mientras tanto, en la casa del Gobierno Provincial, se movilizaba el Intendente Carlos Souper. La orden era dirigirse de inmediato al sitio siniestrado.

SESENTA KILOS DE PÓLVORA

Algunos obreros retrasados regresaban a sus hogares. A las siete de la mañana ingresó a la mina el nuevo turno. Permanecerían en faenas hasta las 13 horas. Era el 25 de enero de 1939.

En la mina, específicamente en los cortes C.1 y C.2 del pique número 2, el personal descargaba dos vagones del ferrocarril con mil 400 sacos de pólvora negra y 86 explosivos Chilex, bajo la vigilancia de los Ingenieros Elliot Conpland (norteamericano) y Franz Roulff (alemán).

En Calama y en el campamento minero, mujeres y niños aún permanecían en las camas. La vida comenzaba lentamente.

El reloj marcó las 7.55. De súbito, una explosión remeció casas y echó al suelo los adornos pequeños. Por doquier brotó una sola exclamación: ¡la mina...!



MUERTOS Y HERIDOS DEJÓ LA EXPLOSIÓN EN EL MINERAL DE CHUQUICAMATA. LAS CONSECUENCIAS FUERON MASIVOS ENTIERROS Y LENTAS RECUPERACIONES EN HOSPITALES.

Calama y el campamento se pusieron de pie. Después se sabía que el estampido se sintió a 25 kilómetros a la redonda.

Rocas y trabajadores destrozados volaron distantes. El carabinero de la garita, que sufrió duramente los efectos explosivos, salió fuera de ella dispuesto a protestar por hacer una tronadura tan excepcional, sin dar aviso. Miró. El polvo se extendía como una nube siniestra.

Calama esta conmocionada. Como sonámbulos, los habitantes corrían por las calles. Pronto el terminal de buses fue asediado por una muchedumbre. Insistían en subir a la mina. Como no fue posible, se desplazaron hasta las oficinas de la empresa. Allí permanecieron esperando.

La ausencia de información estimula los rumores. "Nadie estaba vivo." "Se derrumbó toda la mina." Otro: "los heridos están botados entre los escombros sin socorro".

En ese sector de las faenas trabajaban 200 hombres. A mediodía aparecieron las fatídicas listas. La lectura de cada nombre provocaba llantos y desmayos.

En el mismo día se contabilizaban 17 muertos. Sus cuerpos destrozados estaban diseminados a más de 400 metros de distancia. Entre ellos se incluían los Ingenieros Conpland y Roulff.

57 MUERTOS

El listado de fallecidos no logró tranquilizar los ánimos. Los desaparecidos constituían la nota más trágica.

La gente permanecía atenta en las oficinas de la empresa. Muchos trabajadores no habían regresado a sus hogares. Entonces se tomó una medida práctica: se paralizaron todas las faenas del mineral y se ordenó a los 700 obreros retornar a sus hogares.

Fue la única forma de hacer bajar la tensión del ambiente, pero también de dar mayor angustia a las familias, cuyos pa-

rientes no retornaron.

Esa situación se mantuvo por varios días. Era difícil identificar los restos humanos esparcidos por todos lados y que se fueron acumulando en tanto eran encontrados.

Finalmente, se conoció la verdad: habían muertos cincuenta y siete trabajadores en el más trágico de los accidentes ocurridos en faenas mineras del país.

¿LA CHISPA FATAL?

Durante tiempo se investigó la causa de la explosión. Por último, se aventuró una frágil hipótesis: una porción de la pólvora había caído al suelo.

El constante movimiento de los trabajadores que descargaban los dos vagones provocó el choque de dos piedras y la consecuente chispa. Bastó eso para hacer volar por los aires a hombres y rocas.

El entierro de las víctimas fue apoteósico. Algunos aseguran que más de quince mil personas concurrieron hasta el camposanto tras un cortejo fúnebre que demoró horas en llegar. Otro tanto ocurrió en las calles donde se situaron los vecinos de la ciudad para verlos pasar por última vez.

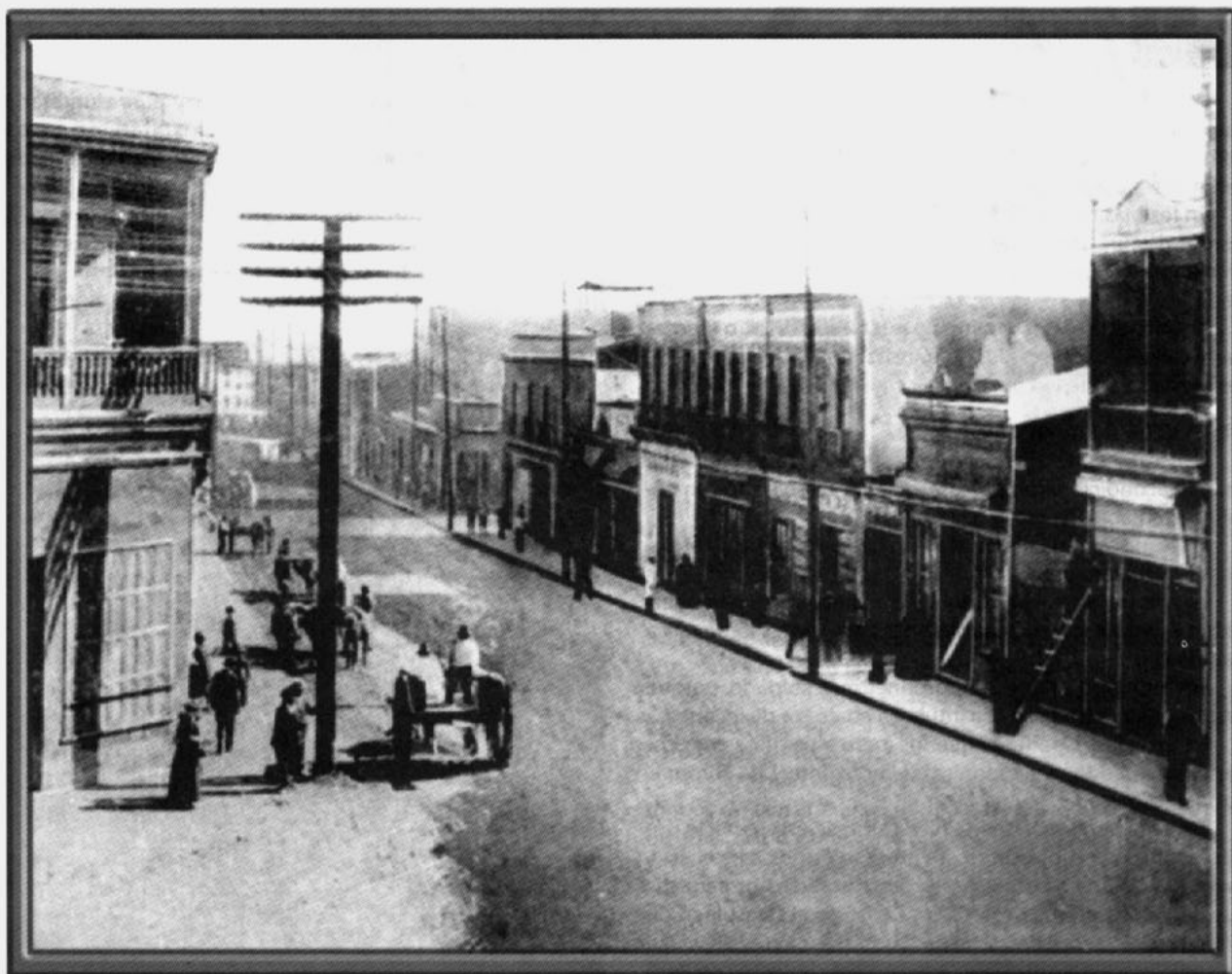
Mientras tanto, en el Hospital de Chuquicamata permanecían varios heridos. Los restos de lo que fue el Ingeniero norteamericano Elliot Conpland fueron embalsamados y trasladados a Estados Unidos.

Más de medio siglo ha cubierto la memoria colectiva de la región y del país. Aún existen familiares de las víctimas que conservan en el recuerdo la amargura del trágico acontecimiento.

Inexorablemente, el tiempo continúa avanzando. Otros hombres y otros hechos suscitan interés y lo que ocurrió ya no emociona a nadie.

A la historia le corresponde actualizarlos en las conciencias. Nadie muere en vano.

7. UNA CIUDAD ANTE EL PROGRESO



LUCES DE LA CIUDAD

La estridencia de un silbato rasgó el silencio de la noche. Los guardias anunciaban la hora de "quedar" justo a las diez. Uno a uno se fueron apagando los faroles.

Los vecinos tenían la obligación de mantenerlos encendidos en las puertas de las casas, iluminados con vela de sebo. La ciudad iniciaba así oficialmente la hora de dormir, quedando a oscuras como boca de lobo. Sólo en "las chinganas" continuaba la vida, relajada y alegre.

En los días de luna llena era posible transitar sin peligro, porque después del toque de queda, los delincuentes que acechaban a los atrevidos, eran descubiertos por la gran claridad.

Antofagasta era un intento de pueblo, con cuatro manzanas y calles anchas por donde transitaban las esperanzas de los buscadores de fortuna.

DE LA VELA A LA PARAFINA

Hacia 1870 un sistema moderno reemplazó a la humilde vela. Se acondicionaron postes y una luz alimentada con parafina irradiaba una mayor claridad.

El vecino Mateo Concha Moreno había introducido el tremendo adelanto urbanístico.

Las casas particulares también sucumbieron a la modernidad y junto a las velas surgieron las atrayentes lámparas a parafina.

Sin embargo, era necesario poner más cuidado, porque una lámpara volcada se constituía en amenaza de incendio.

En las calles, sesenta pequeños focos a parafina eran encendidos cuando el día moría en el horizonte y las sombras cubrían la ciudad.

Como la Municipalidad se hizo cargo de este servicio público, cobró contribución de alumbrado. Todos cancelaron, menos la Compañía de Salitre y Ferrocarril de Antofagasta, cuyo administrador, Jorge Hicks se asiló en el Consulado de Chile para evitar ser arrestado por contravención a la ley. Este episodio constituye el primer anuncio del conflicto con Perú y Bolivia.

LUZ A GAS

Hacia 1884, cuando los cañones del conflicto bélico disparaban las últimas balas, corrieron rumores que eran traídos por los permanentes viajeros que visitaban la ciudad: en Valparaíso el alumbrado público proporcionaba claridad de día y que aún Iquique había instalado un sistema semejante. Se referían al milagro de la luz de gas de hidrógeno.

Los comerciantes de la plaza Juan Barnett y Laureano Oyanadel, se asociaron para establecer una industria de gas de hidrógeno. En la sesión municipal del 4 de mayo, se dio cuenta de la solicitud de la sociedad, pidiendo el privilegio por 24 años para proporcionar alumbrado público a la ciudad (Libro de Actas Municipales N. 5).

En esos años, la ciudad había crecido y para alumbrarla de manera adecuada era necesario instalar 160 focos luminicos. La petición también se refería al arrendamiento de un predio municipal ubicado en Washington esquina Baquedano, para la instalación de la industria.



JULIO PINKAS, UNO DE LOS FUNDADORES DE LA COMPAÑÍA DE LUZ ELÉCTRICA DE ANTOFAGASTA.

El contrato no se firmó hasta 1886; mientras tanto la ciudad tuvo una serie de problemas con el alumbrado público. En varias oportunidades se apagaron todas las luces por incumplimiento municipal en el pago oportuno a la firma Mateo Concha y éste tampoco tenía recursos para adquirir la parafina por su cuenta.

Sólo en 1886 la firma tuvo lista la infraestructura para aplicar el nuevo sistema y se comenzó a usar la nueva luz que cambió el rostro de las noches antofagastinas.

El sistema de alumbrado a gas de hidrógeno cubrió todo el centro de la ciudad, pero las calles marginales siguieron a oscuras.

La empresa proporcionó servicios hasta 1905, pero como Antofagasta crecía a un ritmo acelerado, se comprometió a instalar un nuevo gasómetro, promesa que nunca cumplió. No obstante, en los primeros años del siglo XX, hizo su aparición la electricidad, que fue cubriendo con su servicio las diversas calles, marginando lentamente al gas de hidrógeno, tanto que en sesión municipal de 1905, se acordó rebajar el pago a la compañía, puesto que veinte de los focos se habían reemplazado por energía eléctrica.

La empresa de gas dejó de existir sin pena ni gloria, aniquilada por los modernos avances de la tecnología.

Con la llegada del siglo XX se produce un cambio positivo en el desarrollo económico de la región.

La explotación salitrera de Iquique se detiene; el agotamiento de las calicheras de buena ley comienzan a escasear, aumentando los costos de explotación.

Los inversionistas orientan sus intereses hacia la Segunda Región. Los cantones salitreros de El Toco, Pampa Central, Aguas Blancas y Taltal, multiplican el número de oficinas, constituyéndose los puertos en los primeros exportadores de salitre.

El cambio económico causó una profunda transformación en la ciudad, la que se fue extendiendo hacia el sector norte.

EL DIFÍCIL PARTO ELÉCTRICO

Revisando los libros de actas de las sesiones municipales, se puede constatar que durante casi diez años los señores regidores usaron mayor tiempo en discutir que en realizar un plan completo de la electrificación de la ciudad.

En los primeros meses de 1902, los empresarios José Ramón González y Nefalí Beitía presentan una solicitud para que se les conceda la autorización para la instalación de alumbrado eléctrico.

Hubo acuerdo en otorgarle la concesión. El alcalde Arturo Zavala quedaba a las puertas de la historia, pero ahí, justa-



AMBROSIO VARAS ASOCIADO CON JULIO PINKAS ORGANIZARON LA COMPAÑÍA DE LUZ ELÉCTRICA DE ANTOFAGASTA.

mente, es donde se quema el pan; la Municipalidad, a fines de año, dejó sin efecto la concesión a González y Beitía.

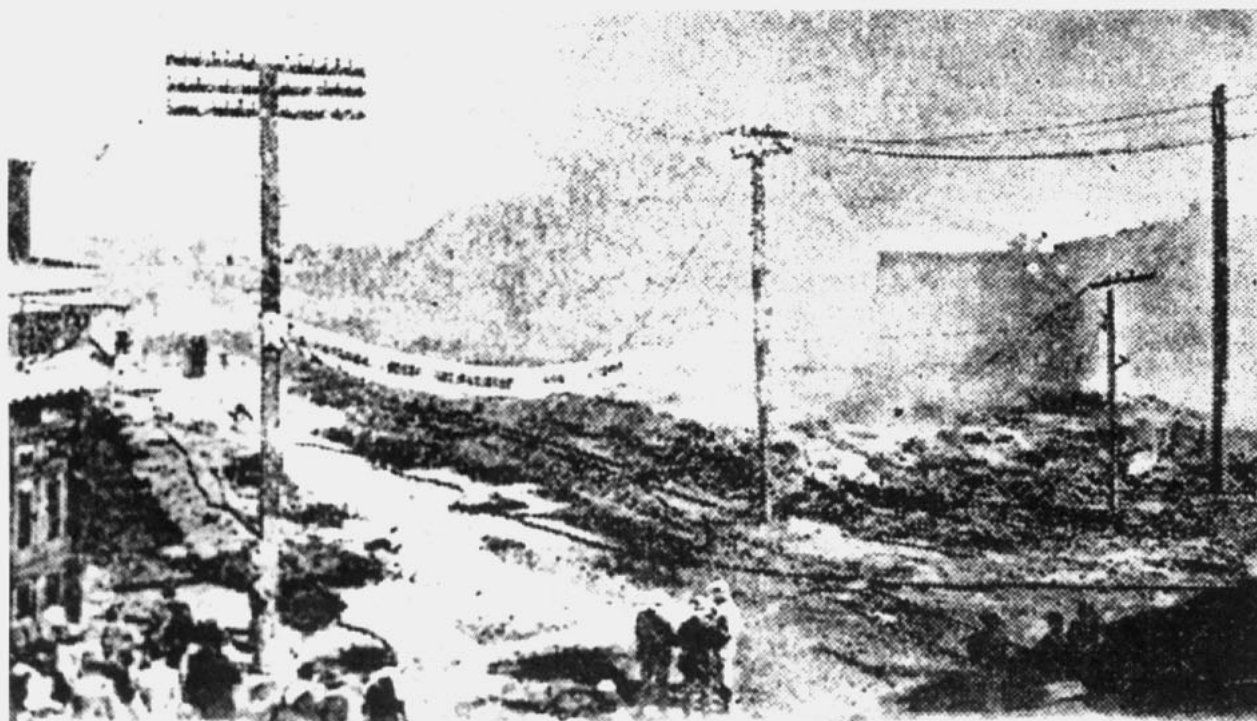
Sin embargo, hubo acuerdo para establecer las bases de un llamado a propuesta pública, las que fueron aprobadas a comienzos de 1903.

Éstas tenían algunos aspectos que, por pintorescos, son dignos de considerarse: se obligaba a la empresa ganadora de la licitación, a mantener las luces encendidas hasta el amanecer, salvo los días de luna llena, que sólo permanecerían prendidas hasta la medianoche; el encendido de las luces de las plazas Colón y Sotomayor eran a costo de la empresa concesionaria (Libro de Actas Municipales N° 12). Fracasó la licitación pública, porque no se presentaron oferentes.

A fines de ese año, la Municipalidad dio la concesión a la empresa formada por Julio Pinkas, Ambrosio Varas y Pedro Muñoz, bautizada con el nombre de fantasía de Compañía de Luz Eléctrica de Antofagasta.

LA CONAFE EN ESCENA

Las dificultades económicas de la empresa de Pinkas y Compañía, obligó su traspaso al Banco Alemán Transatlántico, institución que negoció con Mitrovic Hermanos -la misma



POSTES DEL TENDIDO ELÉCTRICO A FINES DEL SIGLO XIX

que producía cerveza- para obtener la propiedad de la Compañía de Luz Eléctrica de Antofagasta.

El cambio no significó mejorar el servicio, que sigue siendo deficiente. La Municipalidad trató el problema en varias ocasiones.

A fines del decenio, el número de luces de alumbrado público (300), demuestra el crecimiento de la ciudad.

Al finalizar la década del treinta se ha establecido en la ciudad la Empresa Sudamericana de Servicios Públicos, con los mismos implementos de la antigua generadora de energía, pero accionada por capitales norteamericanos.

Las instalaciones estaban ubicadas en Condell, entre Orella y Uribe. El zumbido y el trepidar de los motores invadía el sector y daba origen a permanentes reclamos de los vecinos, situación que duró hasta la década del cincuenta.

En 1942, la empresa cambió de razón social y pasó a llamarse Compañía Nacional de Fuerza Eléctrica, de donde derivó la sigla CONAFE.

Diez años después, la incapacidad técnica de la empresa para entregar alumbrado público y domiciliario fue de tal magnitud, que hubo necesidad -durante un tiempo- de apagar las luces de la ciudad a medianoche. Fue la época feliz de los enamorados y de los amigos de lo ajeno.

A las diez de la noche, los primeros habitantes de la ciudad de Antofagasta iniciaban la hora de "quedá". Los faroles, alimentados con velas, eran apagados a esa hora. Toda la población, distribuida en 16 cuadras, se recogía a sus casas.

El 21 de enero de 1955, el delegado de Servicios Eléctricos, Manuel Orozco, advirtió la situación en que se encontraba la energía eléctrica local: *"es de absoluta necesidad que se exija a la CONAFE (Compañía Nacional de Fuerza Eléctrica) la instalación de dos motores de mil caballos de fuerza.. (sino) habría que establecer racionamiento diario y obligado"*. (El Mercurio 22 de mayo de 1955).

Nadie escuchó el sonido de la alarma. Las autoridades padecían de sordera. Los vecinos vivían con el alma en un hilo,

pensando cuándo se produciría la catástrofe. El apagón llegó en un momento muy inoportuno. Antofagasta crecía técnica e industrialmente. En el puerto se instalaban modernas grúas, estaba por inaugurarse la fábrica de ácido sulfúrico, se iniciaba la instalación de un frigorífico y aumentaba la construcción de viviendas. El consumo normal era de 3.000 Kw y la CONAFE sólo podía entregar 2.000. El déficit era evidente. Sin embargo, ni la autoridad de Gobierno, ni la Empresa tomaban medidas para evitar la catástrofe.

SE COMPRA CORRIENTE USADA

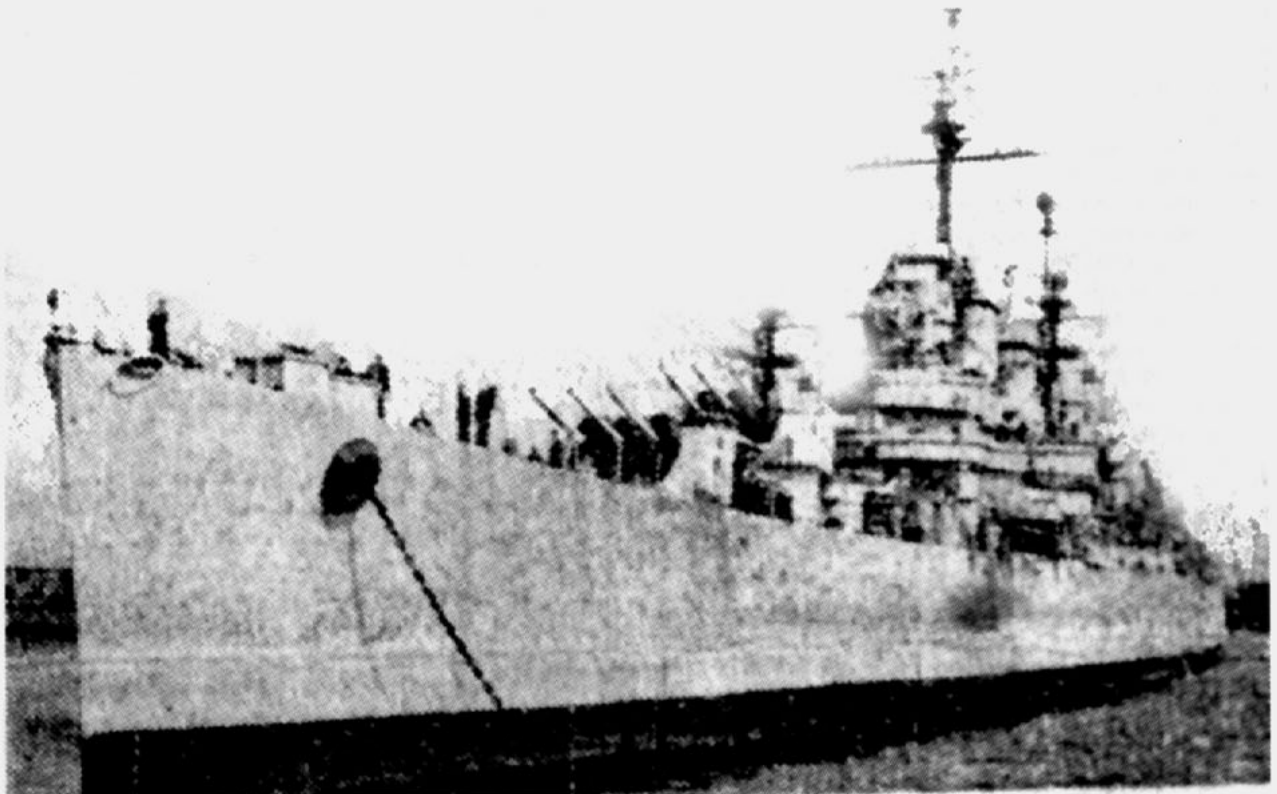
La crisis se produjo en mayo de 1956. El Intendente Lacassie, el Alcalde Albanese y Pápic, el Presidente del Centro para El Progreso, se movilizaron con rapidez. Era fundamental que ENDESA se hiciera cargo de la CONAFE y administrara todos los medios para evitar el colapso energético.

Las fibras regionalistas y la gravedad de la situación movilizó a los universitarios antofagastinos que estudiaban en Santiago. El 9 de mayo más de 500 personas marcharon por las principales calles de la capital, encabezados por el Obispo Monseñor Hernán Frías Hurtado. Ingeniosos carteles acompañaban la protesta: "Compro corriente usada -decía uno- Pago bien" y el otro: "Nosotros mandamos los pesos y aquí se hacen los lesos".

La protesta callejera no solucionaba el problema. El propio Gerente de la CONAFE, Arturo Gómez, declaró a la prensa su temor que pronto se produjera "el colapso total" y que era de suma urgencia adquirir dos motores de 1.000 Kw cada uno.

ADIOS AL CIGUEÑAL

El Gobierno del Presidente Carlos Ibañez tomó diversas medidas para paliar la situación: el Crucero O'Higgins se ins-



EL CRUCERO O'HIGGINS, ESTUVO 16 DÍAS EN LA CIUDAD, INTENTÓ CONECTARSE CON LA CONAFE, PERO NO PUDO POR CAUSAS TÉCNICAS.

taló en el puerto durante 15 días tratando de acoplar sus motores con los de la CONAFE, sin resultado alguno. Se aceleraron además los trabajos para poner en marcha la planta de Cerro Moreno y las obras de ENDESA.

Mientras tanto, José Papic vistió uniforme de combate y organizó una gran concentración pública. El Alcalde Humberto Albanese y sus regidores (concejales) acordaron, en señal de protesta, marginar la Municipalidad de los festejos del 21 de mayo, hecho que produjo un interesante cambio de notas entre él y el General Alfredo Gacitúa Vidaurre. El 24 de mayo se realizó la concentración en la Plaza Colón, con asistencia de 15 mil personas. El Senador Salvador Allende dijo en su discurso: *"diremos en el Parlamento que este acto cívico es campana para comunicarles a los hombres del sur que aquí ha nacido una voluntad de luchar"* (El Mercurio 25 de mayo de 1956).

La ciudad seguía viviendo con un cuarto de energía entregada a los clientes racionadamente. La prensa anunció en primera página la llegada de velas y los lugares de venta. El 13 de junio, se quebró el cigüeñal del motor de 550 Kw y sólo quedó funcionando el de 1.000.

Fueron los tiempos de las noches negras. Los vecinos transitaban alumbrándose con linternas; sólo repentinamente alumbraban las calles las luces de los automóviles. Los alumnos del Liceo Nocturno con sus profesores se instalaron en la Plaza Colón bajo los focos de las escasas luces, para dictar sus clases, porque no podían hacerlo en su establecimiento por falta de energía. Fueron noches sin luces que hoy recuerdan con añoranza los enamorados de esa época y con tristeza los damnificados por la acción de los cogoteros.

EL CONFLICTIVO PROBLEMA DEL AGUA

Cuando los primeros habitantes del norte fundaron las ciudades en pleno desierto, el más seco del mundo, aguzaron su inteligencia para obtener agua que les permitiera subsistir. El agua en la región ha sido siempre un problema que se ha solucionado conforme a la tecnología de la época y a la inteligencia de sus habitantes.

Aseguran que Juan López, -el primer habitante- la obtuvo de una vertiente que existía en Cerro Moreno o la traía de Mejillones. El historiador Isaac Arce nos dejó una fotografía que muestra el sitio donde Juan López sacaba el agua. Sostiene además, que posteriormente un ingenioso industrial embotelló el agua de la vertiente y la vendió con el nombre de Agua Mineral de Cerro Moreno.

El descubrimiento del salitre por José Santos Ossa y la posterior industria, atrajo los primeros habitantes a la ciudad. Estos se abastecían con agua de Cerro Moreno que traían en lanchones o de la vertiente de la Chimba, que acarreaban sobre lomos de mulas.

AGUA DE MÁQUINAS

A fines de 1868, dos años después de la llegada de Juan López, ancló en la bahía el vapor Perú de la Cia. Inglesa de Vapores, desembarcó una buena cantidad de bultos y mercaderías y además la primera máquina condensadora de agua de mar, consignada para José Santos Ossa. Se instaló para el

servicio de la empresa y era capaz de entregar 270 mil litros diarios de agua. Abastecía toda la población, además el consumo del ganado vacuno y mular. En ese instante la población de la ciudad alcanzaba a unas 400 personas. A medida que el número de habitantes fue aumentando hubo necesidad de instalar nuevas máquinas desaladoras. El proceso de obtención era lento y de alto costo, por lo que el precio de venta era alto: de 25 a 50 centavos la arroba (16 litros)

El reparto se hacía en toneles transportados en carretas o simplemente en un tonel arrastrado por mulas. Fueron los famosos aguateros de la época. Entre 1872 y 1874 se habían instalado varias máquinas, las que eran reconocidas por el nombre de sus propietarios o por uno de fantasía. La máquina de Emeterio Moreno, Teófilo Reska, Juan de Dios Varas, César Feliú y la de mejor tecnología, la de Eduardo Orchard. Además había otras: Los Cuatro Amigos, El Sol y La Estrella.

Sin embargo la entrega de agua por los barcos siguió siendo un buen obsequio para los vecinos.

AGUA DE CAÑERÍA

A fines del siglo pasado fue asimilándose la idea de traer agua de los ríos del interior. Parecía una obra de titanes. Las vertientes estaban a más de 300 km., de distancia y a una altura considerable con respecto al nivel del mar. Se requería un gran capital y especializada tecnología. El industrial Enrique Villegas fue el primero en intentar vencer el desafío. El Gobierno le otorgó la concesión, pero no fue capaz de llevarla a cabo. Terminó vendiendo la autorización a la Cia. Huanchaca que también había comprado el Ferrocarril para extender la línea hasta Bolivia. Sucesivas concesiones otorgadas al Ferrocarril, permitieron que en 1888 la ciudad de Antofagasta se abasteciera de agua dulce de río. Desde esa fecha comenzó la agonía y la posterior muerte de las máquinas condensadoras que dieron vida a la ciudad en los primeros tiempos.

SILOLI Y POLAPI

Importantes matrices se tendieron desde Siloli y Polapi, que después de un recorrido de más de 300 Km. entre montañas y desierto, confluía a la ciudad. La empresa llegó a producir 7 mil metros cúbicos diarios, suficientes para la población del siglo pasado, pero escasa para satisfacer el boom de la industria salitrera que se produjo en la región a comienzos del siglo XX. Conforme al contrato la Compañía estaba obligada a entregar gratis al uso público el 5% de la producción en beneficio de la ciudad. La Municipalidad se congratulaba



HACIA 1872, LOS AGUATEROS HACÍAN EL REPARTO DE AGUA EN TONELES TRANSPORTADOS EN CARRETAS

con la disposición, puesto que el riego de los jardines costaba cero pesos. Además se obligaba a no alzar los precios del metro cúbico sin la autorización del Gobierno. Fue ese el punto donde hizo agua la empresa.

EL TOQUE DE ALARMA

El 23 de enero de 1946 -pleno verano- el avión Panagra que venía de los Estados Unidos, pernoctó en Antofagasta. En el vuelo venía la hermosa artista de Hollywood Lana Turner, la niña de los sweters - tenía una colección de ellos para destacar su privilegiado busto- se alojó en la casa de huésped de la empresa. Naturalmente quiso refrescar su agraciado cuerpo, pero en la ciudad no había agua. Para no quedar mal se le engañó diciéndole que había una cañería mala. La verdad era que se estaba frente al conflictivo abastecimiento del agua.

Entre 1946 y 1947 se hizo evidente la necesidad de incrementar los metros cúbicos que llegaban. Según Enrique Humeres, representante en ese entonces del Ministerio de Obras Públicas, el déficit diario de agua era de 2.000 metros cúbicos. Diagnosticó que de seguir esta situación, en dos años llegaría a más de 4.000 metros cúbicos.

No era una situación optimista, la escasez de agua dio nacimiento a un comercio especulativo. El Alcalde Raúl Smith, después de una visita a las poblaciones constató que: *"los pobladores pagan \$12 por un tambor de agua de 200 litros, lo que hace que el valor del metro cúbico sea a la nada despreciable suma de \$60"*.

EL COSTO DE LOS PRECIOS BAJOS

El problema del agua motivó los más diversos comentarios. Para algunos la culpa era del proveedor, el Ferrocarril, que no había realizado ninguna mejora al servicio y dedicábase sólo a explotar a los pobladores. Para otros, la culpa era del Gobierno que no asumía la responsabilidad de abastecer la ciudad organizando una empresa del Estado. La verdad era otra, la Empresa vendió el metro cúbico al mismo precio, esto es a \$ 1.40 sin alzar la tarifa, habiendo transcurrido más de 60 años. En diversas oportunidades solicitó el visto bueno del Gobierno de turno, pero como la decisión acarreaba problemas políticos, nunca se alteró el precio en lo más mínimo, lo que llevó a la Empresa a emplear los mínimos capitales para mantener los servicios.

La ciudad estaba pues pagando el costo de los precios bajos; incluso más: la Empresa ofreció al Gobierno aumentar el caudal a 20.000 metros cúbicos diarios, que daría abastecimiento por 30 años más y que representaba una inversión de

300 millones de pesos, siempre y cuando se le autorizara a cobrar \$1.10 más sobre la tarifa aplicada en \$1.40 en 1888.

Pero la frase "alza de precios" provocaba urticaria en el Gobierno y en los partidos que lo apoyaban, de manera que el convenio quedó para una próxima oportunidad que nunca llegó.

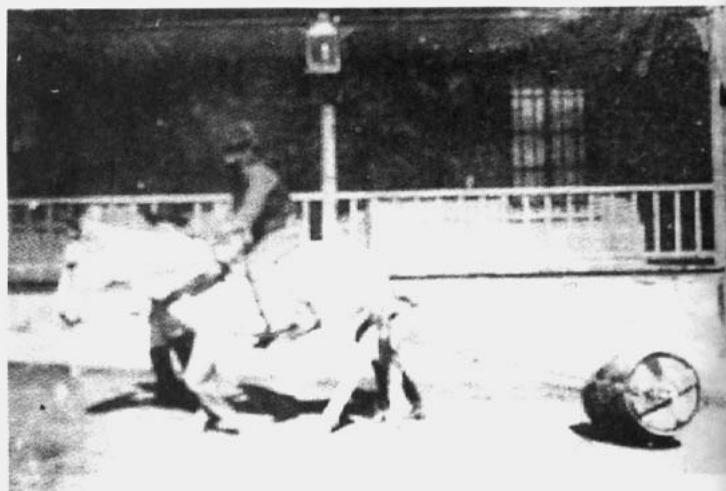
En tales circunstancias la empresa siguió suministrando agua sin hacer inversiones porque no eran rentables. Ahora, muchos vecinos como lo denunció oportunamente el Alcalde debían pagar \$60 por el metro cúbico. Para no creerlo.

El problema se dejó caer con todo su peso en la Administración del Presidente Gabriel González Videla (1946-1952).

LOS TUBOS DE CEMENTO CENTRIFUGADO

El Centro Para el Progreso, las autoridades comunales y provinciales, iniciaron la campaña para solucionar el problema, que en el tiempo se transformó en el monstruo que aniquiló las expectativas del desarrollo de la ciudad. Si a ello se sumaba la falta de energía eléctrica y el desabastecimiento de los productos esenciales, la ciudad no estimulaba ni la llegada de capitales, ni la inmigración de personas: los profesionales se resistían a venir a lo que más bien parecía un campo de relegación. La solución era construir una nueva aducción que significaba tender una cañería cercana a 400 Km.

Las autoridades insistieron en la necesidad de usar tubos de fierro fundido y así evitar el deterioro a corto tiempo. Sin embargo es cierto que los Gobiernos proponen y los mandos medios disponen. Súbitamente se iluminó la inteligencia de



OTRA FORMA DE REPARTO DE AGUA: EN TONEL ARRASTRADO POR MU



SI BIEN EL FERROCARRIL VENDIA EL AGUA A LA POBLACIÓN A \$ 1.40 EL M³, LA ESCASEZ LLEVÓ A QUE ÉSTA SE VENDIERA A \$60 M³ EN EL MERCADO ESPECULATIVO QUE SE GENERÓ EN LAS POBLACIONES.

la Dirección de Obras Hidráulicas del Ministerio de Obras Públicas y convenció a todo el mundo, que era posible hacer el tendido con tubos de cemento armado o centrifugados: *"varios países del mundo afirmaban: han resuelto el problema usando este tipo de tubos"*.

Sin embargo, lo que resultaba más interesante era que la obra total se abarataba en 800 millones de pesos. Sin duda este fue el argumento que más pesó en la decisión del Gobierno. A los líderes antofagastinos no les quedó otra cosa que decir: "será pues".

En octubre de 1950 en las postrimerías del Gobierno de Gabriel González Videla, llegó a la ciudad la primera fábrica de tubos de cemento centrifugado. Nadie sospechó el despilfarro de dinero que significaría.

En enero de 1952 se habían instalado 3 nuevas plantas para aumentar la fabricación de tubos centrifugados. Fueron ubicadas detrás del Estadio Municipal en la llamada Cancha de Bloques del Puerto.

Aparentemente las obras deberían de avanzar rápidamente, pero muy pronto surgieron las situaciones imponderables. Una aguda escasez de cemento golpeó a la ciudad y la región y por otro lado los partidarios de los tubos de metal no habían arriado sus banderas y seguían insistiendo en su uso.

Los que podríamos llamar "centrifugistas" afirmaban su tesis insistiendo en que *"en la mayoría de los países europeos el tubo de cemento reemplazó con creces a la cañería de fierro"*, según publicaba la prensa antofagastina el 16 de enero de 1952.

En esa misma época el Ministro de Obras Públicas afirmó que lo tubos fabricados llegaban a los 41 Km.

LA GUERRA TUBULAR

Meses después los centrifugistas aceptaban que habían surgido problemas técnicos para unir los tubos y que se estaba buscando el material que evitara las filtraciones. En tono de ruego pedían: *"confianza en los que están empeñados en esta obra que no es el fruto de la improvisación"* (El Mercurio 26-03-1952).

En agosto la guerra entre centrifugistas y metálicos, estaba declarada. El Centro Para el Progreso pedía no seguir fabricando tubos de cemento para evitar malgastar los escasos recursos asignados a la obra.

Los centrifugistas arremetieron con más fuerza. El Ingeniero Jefe de las obras Fernando Hidalgo anunciaba que el 26 de septiembre se realizaría una prueba pública para demostrar las bondades de los tubos de cemento y lo efectivo que resultaba el material usado para unirlos. Podrían asistir autoridades y público.

Se creó un ambiente de expectación, el Diputado Juan de Dios Carmona comprometió su asistencia. Por fin llegó el día y la hora esperados, había un público inquieto. Una máquina de compresión simularía la presión con que bajaría el agua al interior de los tubos. Se dio la orden de iniciar la prueba de resistencia. Zumbó la máquina. Nadie cruzaba palabras. El Ingeniero anunció: ¡80% de compresión! . Tubos y juntas resistían el embate. Nuevamente: ¡100 % de presión!. Una sonrisa de triunfo se dibujó en los labios del técnico. Tubos y juntas firmes. Finalmente, la voz estalló: ¡130 % de presión!. Entonces sobrevino la catástrofe: el agua surgió en la unión de los tubos.

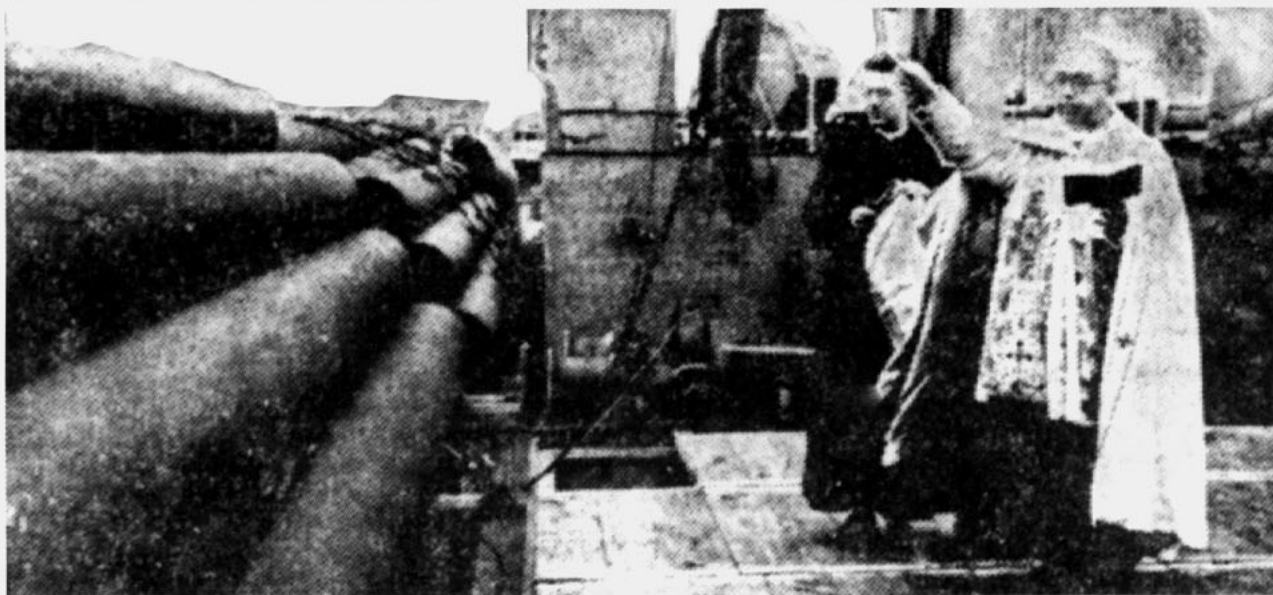
Los observadores lanzaron una exclamación mezcla de pena y de alegría. La derrota de los centrifugistas era evidente: había fracasado la prueba de resistencia. Sin embargo, el Ingeniero Hidalgo justificó el fracaso anunciando fallas en la máquina compresora y que el material de unión no había secado convenientemente.

TUMBA PARA TUBOS Y TUBOS PARA TUMBAS

Coincidió el fracaso de la prueba con la escasez de cemento en la ciudad, lo que producía una falta de nichos en los cementerios. Los deudos solicitaban tumbas prestadas a los que tenían mausoleos. Otros estaban obligados a usar la tierra.

La situación era desesperante y la muerte significó una doble tragedia.

Entonces hizo su aparición la pluma sarcástica del periodista Hugo Silva. En la nota del día 24 de septiembre titulada



EL OBISPO MONSEÑOR HERNÁN FRÍAS HURTADO, BENDICE LAS CAÑERÍAS INSTALADAS SOBRE LA CUBIERTA DEL "ITALO MARSANO".

"Una situación tubular" ironizó: "¿por qué no transportar los tubos al cementerio y hacer de ellos una buena muralla de nichos, aunque sean cilíndricos?, ¿qué necesidad hay además, de hacerlos cuadrangulares?, ¿qué más da a un muerto reposar al interior de un cilindro que en el de un paralelepípedo?". Hugo Silva ayudó a cavar la tumba de los tubos de cemento centrifugado, la maravilla del mundo moderno.

En 1952 el país sufrió un brusco vuelco político: por primera vez en la historia las mujeres ejercían su derecho a voto y el General de la Esperanza, Carlos Ibáñez del Campo se dio el lujo de derrotar a la coalición mayoritaria encabezada por el Partido Radical.

El problema de los tubos de cemento centrifugado, no sólo consistía en encontrar el pegamento adecuado para unirlos, sino que también hallar la fórmula para evitar las fallas, pues el 75% de ellos no servían. En esas circunstancias el Centro Para el Progreso arremetió nuevamente con la campaña para reemplazarlos por tubos de fierro fundido.

EL PRECIO DE LA PORFÍA

En noviembre de 1952 el Gobierno del General Ibáñez, sentenció a la Dirección de Obras Hidráulicas con tres meses de plazo para decidirse sobre el uso adecuado de los tubos de cemento. En marzo de 1953 el informe de esa Dirección permitió conocer cuál era el precio de la porfía. Sin embargo eso no significó que el organismo técnico desechara los tubos de cemento, sino la formulación de una nueva propuesta para seguir fabricándolos. Con el fin de evitar las fallas, debía mejorarse la calidad de los materiales, lo que significaba un aumento de \$ 1.250 por cada metro lineal. Lo mismo ocurría con el mejoramiento del material para las uniones: \$1.250 más por metro lineal.

El Centro Para el Progreso sacó los cálculos: con esos valores el tubo de cemento superaba el costo del tubo de metal, sin tomar en cuenta la pérdida de dos años en la solución definitiva. Era el precio de la porfía.

EL TRIUNFO DEL METAL

Mientras se esperaba la decisión del Gobierno, la población seguía sufriendo el desabastecimiento de agua como antaño, los aguateros gozaban vendiendo a precio especulativo. El año 1953 el Presidente Ibáñez decidió echar a la tumba los tubos centrifugados y se decidió por los metálicos. En la Pampa quedaron abandonados miles de tubos que los políticos usaron en las elecciones para publicitar sus nombres. Otros se trajeron a la ciudad y ubicados verticalmente se transformaron en muros. Otros en los parques infantiles para el juego de los niños. Rellenos con tierra simulaban esbeltos maceteros para plantas. Sirvieron para todo, menos para transportar agua.

POR FÍN: ¡AGUA!

El año 1954 fue el de toma de decisiones. Se contrató el aprovisionamiento de tubos metálicos en Italia. Una firma alemana ganó la licitación de los tubos y por administración delegada, Floridor Bravo se encargó de tender las cañerías a través del desierto.

El 21 de julio de 1954 atracó al puerto el barco italiano Marsano. En sus bodegas llegaron los primeros tubos. Fue un acontecimiento. Las autoridades y representantes de los vecinos subieron a bordo y el Obispo Monseñor Frías bendijo el cargamento. El Director de El Mercurio Luis Fernández Nava, escribió: *"cada tubo... nos parece un inmenso telescopio por el que vemos acercarse el futuro que espantará definitivamente la pesadilla"*.

Un año después se paseaba por las calles de la ciudad como fiesta de la Primavera el tubo N° 10.000. Los vecinos aclamaron su paso.

El año 1958 terminó el Gobierno del General de la Esperanza. En ese mismo año llegaron a Antofagasta las aguas de la bocatoma de Toconce. El Presidente cumplió su compromiso de solucionar el agua potable. Los tubos centrifugados quedaron tendidos en el desierto y olvidados en la memoria colectiva. Así se escribe la historia.

¡DESABASTECIDOS!

En la edición del 13 de mayo de 1946, "El Mercurio" de Antofagasta informó sobre el cabotaje anual que desembarcaba en Iquique. Señalaba que el año anterior el desembarco de carga en esa ciudad había totalizado en 57 mil toneladas, de las cuales dieciocho mil correspondían a artículos alimenticios y 8 mil a vinos, licores y cerveza.

La información hizo sonar la alarma anunciadora de una tragedia que se prolongaría por años.

Una situación igual ocurría en la Segunda Región. Con un ejemplo distinto se llegaba a una conclusión semejante. Las cifras indicaban que las poblaciones de Antofagasta, Mejillones, Pampa Unión y Calama, consumían mensualmente cerca de medio millón de litros de vino, lo que según la estadística significaba siete litros mensuales por habitante.

Contrastaba esa cifra, con otra entregada por el doctor Alfonso Jazmen, que indicaba que hacia 1940, se producían en la ciudad dos mil litros diarios de leche de vaca. Cinco años más tarde descendió a mil 290 litros. Concluía el informe se-

ñalando que para un abastecimiento razonable, se necesitaban 20 mil litros diarios.

Analizando ambas informaciones, se concluía que la situación era exceso de vino y escasez de leche.

Buscando a los culpables, las miradas se concentraron en las empresas navieras, que preferían transportar licor antes que artículos alimenticios, porque cobraban un mejor precio. Para colmo de males, las navieras habían anunciado alza de los fletes.

Con el propósito de organizar la defensa de los intereses regionales, el alcalde Héctor Alborno Véliz convocó a un Cabildo abierto para el 26 de abril.

La reunión se realizó en un ambiente confrontacional. El doctor Gonzalo Castro Toro puso la nota más combativa: "El envío de memoriales -argumentó- es como contestar con papel picado, mientras los navieros nos dan con ametralladora. Hay que hacer temblar al Gobierno. Si en vez de papas nos envían vino, iremos al molo y botaremos vino al agua". ("El Mercurio" de Antofagasta, 26/04/1946). ¡Ni durante la independencia norteamericana se hizo tan revolucionaria amenaza!

Movimiento marítimo

El Lontué llegó ayer con setecientos cuarenta y cinco barriles y diez cuarterclas de vino y veinte sacos de harina flo-

ta. Además 720 sacos de arroz y un cargamento de artículos de pacotilla. — También llegaron el Punta Arenas, el Alpén y el Santa Nera. — Para hoy están anunciados el Cape Possession, el Marna Dan y el Maraón

A las 7 de la mañana de ayer fue recibido frente al sitio N° 4 el "Lontué" de Martínez Pereira, procedente de San Antonio. Entre su carga de cabotaje trajo la siguiente mercaderías: 745 barriles de	fardos de escobas y 30 atados rragas, 127 sacos de zanahorias, 4 sacos de harina, 1 sacos de repollos, 5 sacos de rábanos, 94 cajones de manzanas, 20 cajones de huevos, 600 cajones de naranjas, 147
---	---

El "Punta Arenas"

El "Punta Arenas" de la Compañía Chilena de Navegación Interoceánica fué recibido frente al sitio N° 3 a

EN AGOSTO DE 1947, LA PRENSA LOCAL EXPRESABA SU DISGUSTO POR EL DESABASTECIMIENTO Y LAS INCONGRUENCIAS DE ESTA FORMA. LLEGABA MÁS VINO QUE LECHE. EL PRECIO DE LAS TARIFAS TAMBIÉN INFLUÍA.

SIN PRECEDENTES: NO HAY PAN

Pese a las protestas, la escasez de artículos alimenticios quedó sin solucionar. Peor: se agudizó.

El 24 de junio de 1947, la prensa local denunció: ¡En todos los hogares de la ciudad no hubo pan ayer y es posible que no haya hasta la próxima semana. Al día siguiente, el titular en primera página de "El Mercurio" resultó terrorífico: *"Por primera vez en la historia de Antofagasta no hay pan"*.

Comenzó entonces una aguda escasez de harina. La prensa informaba con grandes caracteres la llegada del producto. La población fue aprendiendo a formar colas para adquirir pan. Desde las 9 de la noche del día anterior, llegaban los compradores para lograr una ubicación de preferencia.

Los términos permitían soslayar el frío: era reconfortante una tacita de té, mientras se conversaba sobre lo humano y lo divino para matar el tiempo. Algunos más avisados, concurrían al cine "de nocturna" y cuando salía la función se integraban a la fila, donde algún amigo les guardaba un huequito.

Al avanzar la madrugada, jugaban un importante papel las frazadas, que envolvían los cuerpos como mortajas.

Hacinados en la calle, los vecinos esperaban hasta las siete de la mañana, hora en que salía el pan del horno y era posible adquirir hasta un kilo.

En ocasiones, para paliar la prolongada falta de harina, el Intendente recurría a la buena voluntad de la CHILEX, empresa explotadora de Chuquicamata, con el fin de conseguir prestados unos quintales. Se vivía de la caridad.

NO HAY ARROZ, NI TÉ, NI ESCOBAS...

El desabastecimiento de leche complicaba la existencia de las familias con guaguas y pequeños. En los establos no

había leche fresca de vaca y en los almacenes era difícil conseguir la condensada. Las mamitas caminaban cuerdas sin poder comprar un tarrito de "La Pastora".

Rápidamente, el alimento para lactantes se convirtió en un remedio que sólo se adquiría en las "boticas". Se llegó al extremo que los médicos debían entregar una receta para adquirir leche, estableciendo la necesidad de atención.

Ni el llanto de las guaguas hizo el milagro de mejorar el abastecimiento lechero.

La situación llegó a límites increíbles. El 28 de mayo de 1947, "El Mercurio" anunció: *"No hay arroz, ni té, ni escobas"*. En los almacenes las dueñas de casa preguntaban "¿qué tiene?" y sólo con la respuesta en boca del almacenero organizaban la comida del día.

Los nortinos heredaron de los súbditos británicos, que venían a trabajar a las salitreras, la costumbre de tomar la ritual "tacita de té". Pero como la necesidad agudiza la astucia, los más habituados recurrían a la pulpería de Chuquicamata.

Lo importante era tener un pariente o un amigo en el mineral y encargarle el té que le vendían a los trabajadores y que, además, era bueno y barato. Fue una de las formas de resolver la escasez del producto.

Sin embargo, cuando la situación se tornó más difícil, una parte de la población abandonó la región y emprendió rumbo al sur. La Asociación Minera se percató del problema existente en el plano laboral y así lo manifestó al intendente: *"Por la falta de víveres -expresó el documento- se ha producido el éxodo de los trabajadores de la minería"*. ("El Mercurio", 25/4/1947). La escasez de artículos alimenticios gatilló el movimiento regional de los Cabildos abiertos y, posteriormente, el Centro para el Progreso.

GONZALO CASTRO TORO: EL DOCTOR DEL NORTE

El doctor salió disparado de su consultorio: no era para menos, acababan de avisarle que su esposa Graciela y su hermano Hugo, habían sufrido un terrible accidente aéreo. Un avión de la escuadrilla del Coronel Marmaduque Grove, se precipitó al mar. Mientras avanzaba hacia el lugar del accidente, supo que Graciela fue invitada a gozar la experiencia de volar en una Yunker, avión de última generación. La acompañaban un grupo de distinguidas personas de Antofagasta. En el aire sobrevino la tragedia: frente a Playa Blanca cayó al mar.

Cuando llegó al lugar del accidente recobró la calma: Graciela y Hugo fueron rescatados de las aguas, con leves contusiones. No tuvieron la misma suerte el piloto, Teniente Enrique Mujica y el Doctor Engelberto Morán. Una sensación de alivio recorrió su cuerpo y sin desearlo clavó su vista en el cielo. Transcurría 1925.

DE CUNA ARISTOCRÁTICA

Gonzalo Castro Toro nació en Copiapó en 4 de julio de 1891, cuando el país vivía convulsionado por la Guerra Civil. Su madre, Angelina Toro, enlazaba su sangre con Mateo Toro, el Conde de la Conquista. Hugo Silva escribió al respecto: *"retuvo en sí hasta el último, el ánimo y la intolerante altivez... de la raza conquistadora, que se trasplantó a Chile con los Sauces de Castilla y las Higueiras de Extremadura"* ("La Prensa" de Tocopilla, 05/02/1956). Su padre, Erasmo Zárate descendía de una añosa familia copiapina.

Sus estudios primarios y secundarios los cursó en el prestigioso Liceo de Copiapó. Luego ingresó a la Universidad de Chile. Como estudiante formó parte del grupo de médicos y alumnos que viajaron hasta Tocopilla para erradicar la fiebre amarilla. Era del grupo de Macuada, mártir de la cruzada sanitaria.

Con el título en la mano se estableció en el cantón salitrero de Aguas Blancas, tierras para hombres bien hombres. Dos años permaneció con los pampinos. Después se radicó en Antofagasta, hasta su muerte.

En la ciudad, además de la consulta particular, fue jefe de medicina interna del Hospital, administrador del Lazareto y creador de la institución benefactora "La gota de leche" (para los niños). En 1925 asumió la jefatura del servicio médico de la municipalidad. Se le estimó como un excelente profesional. La firmeza de su carácter, que tantas angustias le acarreó a su vida, no fue obstáculo para entenderse con los humildes. Era parte de su raíz aristocrática expresada en un espíritu paternalista.



EL DOCTOR GONZALO CASTRO TORO CON UNIFORME DE BOMBERO.

Casó con la dama copiapina Graciela Aguirre Espoz, también de linaje colonial. Graciela fue la única hija del matrimonio. Para ellas construyó la casa de la avenida José Miguel Carrera.

HACER TEMBLAR AL GOBIERNO

El doctor Castro Toro militó en las filas del radicalismo. A través de él quiso expresar su más profunda vocación de servicio al Norte. Terminada la Segunda Guerra Mundial, la región tuvo que soportar el olvido del poder central: no hubo alimentos, ni agua, ni suficiente energía eléctrica, ni medios de transportes. La flota naviera nacional llenaba sus bodegas acarreado vinos, porque pagaban mejor precio que los alimentos.

En el doctor Castro Toro convergió la rabia, frustraciones y aspiraciones ciudadanas. Se transformó en el líder indiscutido de la defensa del norte. En 1946, se dio maña y fuerzas para constituir los Cabildos Abiertos del Norte. Arica, Iquique, Tocopilla, Calama y Copiapó se pusieron en pie de guerra. Las

municipalidades convocaron a los vecinos para discutir la situación de olvido. De allí brotó el discurso y la acción reivindicativa. Las palabras del doctor se sintieron desde Arica hasta La Serena.

Era la revolución norteamericana trasplantada al escenario nortino.

VOLVERÉ... A MIS PERROS

Gonzalo Castro Toro fue elegido regidor de la municipalidad en 1946. En esa oportunidad la composición fue de cuatro comunistas, tres radicales, un socialista y un demócrata cristiano. Castro Toro aspiraba a ser elegido alcalde, pensando contar con los votos no comunistas. Sin embargo, el propio partido le cerró las puertas: se había constituido en un hombre peligroso para la tranquilidad partidista. Por eso optó por el profesor Antonio Salas que no era peligroso para nadie. Durante varios días los regidores repitieron la elección que, invariablemente, daba el siguiente resultado: 4 para los

comunistas, cuatro para el radical Salas y uno para Castro Toro (su propio voto). Finalmente el regidor Juan de Dios Carmona terminó con el empate y fue elegido alcalde Miguel Rojas. Así cayó la lápida que sepultó las aspiraciones del doctor. Derrotado lanzó el último dardo verbal: *"votaré por el señor Antonio Salas; regresaré a mi casa con la conciencia tranquila y volveré a la compañía de mis perros"* ("El Abecé", de Antofagasta, 23/03/1946).

El Doctor se mantuvo en la palestra política y siguió expresando su vocación de servicio en el Cuerpo de Bomberos (Superintendente) y el dispensario, entregado a servir a los pobres.

En 1956, cuando aún no cumplía los 65 años, dejó de existir. Había muerto el líder de la defensa nortina, el de la palabra aguda y certera. "La Prensa" de Tocopilla, del 2 de febrero de 1956, lo describió como *"un caballero que recordaba al Greco de la mano en el pecho, patriota, austero, veraz y de generoso espíritu"*.

NACE EL CENTRO PARA EL PROGRESO

Después de la Segunda Guerra Mundial (1939-1945), el país sufrió una transformación económica de proporciones. El radicalismo y la Corfo movilizaron capitales del Estado para potenciar el desarrollo energético (hidroelectricidad y petróleo), la siderurgia y las plantas procesadoras del cobre. La actividad política se vivió intensamente y con pasión. El Gobierno de Gabriel González Videla (1946-1952) terminó declarando fuera de la ley al Partido Comunista.

En todo este ajetreo los poderes ejecutivo y legislativo, se olvidaron que Chile se extendía al norte y sur de Santiago. Se agudizó el centralismo. La reacción de las provincias no se hizo esperar: en enero de 1948, se celebró en Concepción la II Convención de las Provincias y se acordó organizarse para presentar un frente común contra el centralismo. Ésa fue la génesis del movimiento nacional "Centro para el Progreso".

CHILE LIMITA AL NORTE CON EL MAPOCHO

Miércoles 1 de julio de 1949. Hora: 19. Lugar: Sala de la Cámara de Comercio.

Don "Pepe" Papic explica: "... no cabe dudas que esta ciudad y muchas otras localidades de la Provincia, han llegado a un extremo insostenible, derivado de la insuficiencia y de la despreocupación absoluta de los recursos para la realización de numerosas obras que con imperiosa necesidad reclaman... Más de la mitad de la ciudad constituye... un solo pozo aséptico, pues más del 50 por ciento de los habitantes carecen de servicios de agua potable, de pavimentación y de servicios de alcantarillado" ("El Mercurio", 01/07/1948). La queja era el abandono que el poder central sometía a las provincias del norte, percepción que estaba en el alma del nortino porque lo sufría. La frase "Chile limita al norte con el río Mapocho", era una idea popularizada.

La reunión de personalidades finalizó, nombrando un comité provisorio del Centro para el Progreso, integrado por Ramón Yoma, Jorge Saavedra, Enrique Quintano, José Papic, Hernán Brucher, Tomás Astorga, Juan de Dios Carmona, Gonzalo Castro, José Benimelis, Humberto Toro y Guillermo Zenteno.

PAPIC EN PICADA

El 14 del mismo mes, en el Salón de Honor de la Municipalidad, se realizó la reunión amplia con personas e instituciones de significación. Se repartieron 276 invitaciones: partidos políticos, colegios profesionales, Juntas de Vecinos, Sin-



DON "PEPE" PAPIC FUE EL GRAN IMPULSOR DEL DESARROLLO DE LO QUE HOY ES LA SEGUNDA REGIÓN.

dicatos, empresarios, comerciantes, deportistas. A las 19 horas el salón se hizo estrecho para contener a los asistentes.

Ramón Yoma, presidente provisorio solicitó a Don "Pepe" Papic, secretario, una presentación oficial del encuentro. En un largo discurso Papic detalló cada una de las quejas de los nortinos y para demostrar que el gobierno invertía dinero sin escuchar la voz de la Provincia, se tiró en picada contra un proyecto que está inconcluso: "a veinte kilómetros al norte de Antofagasta -explicó- se han despilfarrado ciento veinte millones de pesos, en la construcción de una base aérea de guerra que ha quedado inconclusa por falta de otros tantos millones". ("El Mercurio", 14/07/1948).

No hubo debate prolongado. Todos aceptaron la formación del Centro para el Progreso. La directiva provisorio la designaron como permanente. Esa es la fecha oficial de la for-

mación de la institución que produjo grandes beneficios a la Provincia (hoy Región). De esto hace más de medio siglo.

¡A MOVILIZAR LA PROVINCIA!

En la sesión mencionada, la "dupla" Yoma - Papic, abrió un significativo paréntesis en la historia regional. Allí se definieron también los propósitos inmediatos de la directiva: impulsar la formación de centros en todos los departamentos provinciales. Avanzar con este mismo objetivo hacia las provincias de Tarapacá y Antofagasta. Una vez logradas las metas

anteriores, se hacía necesario organizar una convención de los centros para el progreso de las tres Provincias nortinas.

Fue el inicio de la rebelión contra el centralismo. Yoma y Papic son los héroes de la jornada.

El segundo está en la conciencia de todos y le han rendido homenajes. Ramón Yoma es el gran olvidado. Hay otros, que por ser tantos, se ha omitido nombrarlos, aunque es justicia hacer una lista pública de ellos, no para que se vuelva a revivir el Centro, porque las circunstancias históricas nunca se repiten, sino para expresar la gratitud de la región.



UNA DE LAS GRANDES CONCENTRACIONES PUBLICAS ORGANIZADAS POR EL CENTRO PARA EL PROGRESO

DONDE VOLCÓ EL TREN DE LOS SUEÑOS

Desde el inicio del siglo XX, la comunidad regional y los pueblos del noroeste argentino estaban trabajando por la construcción del ferrocarril que uniría a Salta con Antofagasta. La prensa, los intelectuales, algunos políticos, las instituciones de Gobierno local y las organizaciones sociales, abogaban por la apertura de la vía trasandina y soñaban las inmensas perspectivas que se abrían para las dos regiones. Una actitud cautelosa manifestaban algunos altos jefes militares que, influidos por los analistas geopolíticos europeos, estimaban peligrosa la salida de Argentina hacia el Pacífico.

Las discusiones y los discursos en el parlamento ocuparon mucho papel, pero la decisión del Gobierno de abrir la ruta, se prolongó por largo tiempo.

Tres personalidades antofagastinas se distinguieron por su constante esfuerzo en pro del ferrocarril: el alcalde Maximiliano Poblete, Julio Morín y Adolfo Zaldivar. El éxito de la campaña se precisó cuando el Presidente Juan Esteban Montero, decidió otorgar la concesión de la construcción de la vía a la firma Cereceda, García y Cía., sin costo fiscal (26/12/1931).

La buena intención durmió por algunos años, hasta que el hiperkinético Presidente Arturo Alessandri Palma, por decreto del 13 de febrero de 1933, dio el "vamos" definitivo. Dos años después, comenzó la obra desde la oficina Augusta Victoria.

La distancia de Antofagasta a Salta es de 905 kilómetros; 572 correspondían a los argentinos y 333 a los chilenos.

Los trabajos se extendieron a lo largo de 15 años, con altos y bajos, hasta que al fin, al despuntar 1948, se organizaron los preparativos para inaugurar la vía ferroviaria.

EL DECRETO 119

Las esperanzas y los sueños de la comunidad regional se cifraban en la terminación de la vía y su uso. El desabastecimiento que derivó después del término de la Segunda Guerra Mundial, estaba provocando graves problemas entre los habitantes que, decepcionados, huían de la región.

El tránsito ferroviario suponía la presencia de hermosas naranjas, sabrosas paltas, estimulantes cereales, apetitosos y jugosos lomos de vacunos y todo esto se esperaba a precios convenientes.

Como los sueños no tienen fronteras, ilimitadas eran las esperanzas de los nortinos. El ferrocarril se convirtió en la panacea que curaría todos los males.

Las expectativas argentinas se orientaban en dos sentidos: disponer de un buen mercado consumidor y exportar la producción, no por Buenos Aires, sino por Antofagasta, que se convertía en una corta ruta comercial. Tanto así, que al sólo anuncio de término de los trabajos, el comerciante salteño Antonio De los Ríos Abarzúa, solicitó al Ministerio de Agricultura de Chile, la autorización para traer desde Jujuy y Salta, naranjas, paltas, cereales y legumbres.

El sueño se convertía en una esperanza cierta. Advierte el poeta que "la vida es sueño y los sueños, sueños son". El Ministerio de Agricultura fue el encargado de ratificar la apreciación del poeta. Don Antonio De los Ríos recibió una respuesta negativa: se prohibía el ingreso de productos agrícolas "para evitar la entrada a Chile de las plagas denominadas tristeza o pudrición radícola, que afecta a los limones y naran-



MOMENTO EN QUE SE JUNTAN LA LINEA CHILENA Y ARGENTINA. TREN DE SUEÑOS

jas; y el sitotroga cerealella (polilla) que ataca a los cereales". La respuesta del Ministerio de Agricultura parecía una "tomadura de pelo". Hugo Silva escribió el epitafio condenatorio: "Antofagasta sin agua para sus quintas, sin fletes para abastecerse del sur, aprenderá harto dolorosamente el significado del 119: ¡hambre!" ("El Mercurio" de Antofagasta, 31/2/1948).

El decreto del hambre se había promulgado el 17 de enero, sin que las autoridades locales y la ciudadanía se percataran de su existencia. Cuando despertaron a la realidad, una ola de indignación recorrió la región.

A CONQUISTAR LA RAYA

"Al grito de... ¡la raya, la raya es nuestra! la cuadrilla colocó junto a la frontera el último riel chileno". Título de la prensa local, en primera página, a toda columna, el 30 de diciembre de 1947. Se lograba una esperanza atesorada en años. Días más tarde llegó el riel argentino... Chile y Argentina quedaban unidos por una misma línea trasandina que conectaba los territorios del norte. El 20 de enero fue la inauguración oficial. Las delegaciones se reunieron en Socompa. En repre-

sentación del Presidente Juan Domingo Perón, concurrió el Ministro de Obras, General Juan Pistarini; y, en nombre de don Gabriel González Videla, el Alcalde Juan de Dios Carmona.

Eran los años de Perón y Evita. Los argentinos empapelaron el lugar: postes, vagones y edificios estaban cubiertos con sus nombres y los trabajadores portaban inmensos retratos. Ese día, los argentinos celebraban la batalla de Salta, en la que Belgrano derrotó a los realistas (1813).

Los discursos retumbaron en las heladas montañas del lugar, todos apuntando en el destino manifiesto de ambas regiones.

"Ha llegado la hora -dijo el Alcalde Carmona- de procurar que el nuevo ferrocarril se amolde a las exigencias del momento y convierta en realidad los sueños de que el norte chileno provea sus necesidades vitales en mejores condiciones que hasta ahora". ("El Mercurio" de Antofagasta, 21/2/1948).

La realidad fue distinta: el sueño que viajaba en el ferrocarril se volcó para siempre. El decreto 119 había causado la tragedia, casi un mes antes de tales declaraciones.

EL NACIMIENTO DEL DÍA DE ANTOFAGASTA

Eran tiempos difíciles. El parlamento había aprobado la Ley de Defensa de la Democracia, impulsada por el Gobierno de Gabriel González Videla, que excluía al Partido Comunista de la actividad política. Pisagua se convirtió en el centro de reclusión. A los ciudadanos elegidos para participar en actividades públicas y que fueran miembros del partido, se los eliminó de sus cargos. Pablo Neruda, senador por las provincias de Tarapacá y Antofagasta, fue puesto en el filo de la picota. El poeta exigió ser escuchado por la Cámara de la cual era miembro; sin embargo, una mayoría le negó la petición. El presidente del Senado, Arturo Alessandri Palma, como protesta, renunció a su cargo. Eran los acontecimientos que acaparaban la atención pública.

Mientras tanto en la región fueron eliminados de sus cargos los alcaldes y regidores comunistas. En la ciudad, se les aplicó la Ley de Defensa de la Democracia - "Ley Maldita" para ellos- separándolos de sus puestos. En esa situación estaba el Alcalde Miguel Rojas Acuña y los Regidores Hugo Robles, Humberto Araya y Nicolás Ferraro. Entonces asumió el cargo de Alcalde el joven abogado Juan de Dios Carmona Peralta (18/05/1948).

ENTRE EL CORAZÓN Y LOS ARCHIVOS

En febrero de 1948 el alcalde Carmona propuso a la comunidad la instauración del 14 como día de la ciudad. Contaba con el apoyo de diversos sectores. Tenía claro que su proposición nada tenía que ver con la fundación ni con cualquier otro hecho que correspondiera a los inicios de la ciudad, pero creía necesario fijar una fecha que creara un sentimiento localista, porque, afirmaba, "sus habitantes carecen de espíritu de lucha". Se trata, "de crear amor por esta zona y una mayor preocupación de cada uno de sus habitantes por sus problemas". Con el propósito de conocer la opinión ciudadana se organizó una reunión de personalidades. En la tarde del 2 de febrero, el salón de la Municipalidad estaba repleto de una gran cantidad de vecinos. El Alcalde explicó el propósito de la reunión y comenzaron las opiniones.

El Intendente Manuel Pino Saldía apoyó y felicitó a Carmona por la iniciativa. En la misma actitud se expresaron el General Silvestre Urizar, José Pápic y los escritores Andrés Sabella y Mario Bahamonde.

Una posición contraria manifestó el obispo Hernán Frías: la fecha ubicada correspondía a un acontecimiento bélico y que nada tenía que ver con los orígenes de la ciudad. Ese plan-



ALCALDE JUAN DE DIOS CARMONA, CREADOR DEL 14 DE FEBRERO COMO DÍA DE ANTOFAGASTA.

teamiento fue sostenido por los historiadores Isaac Arce y Enrique Agullo. A esta altura de la reunión se inició un interesante debate entre partidarios y opositores. Mario Bahamonde con su voz que se adelgazaba a medida que se extendía la frase, planteó con gran sentimiento: *"tenemos tradiciones y todo ello debe estar más ligado al corazón que a los archivos"*.

En esa especie de Cabildo Abierto se sancionó la idea del Alcalde de fijar el 14 de febrero como día ciudadano. De esto hace 54 años.

HIJITO ADOPTIVO

Alcanzada esta etapa, el alcalde llamó a sesión de regidores (sólo había cinco, los demás estaban presos).

El alcalde sabía que el doctor Gonzalo Castro Toro era el hueso más duro de roer. Así fue. Previo a la sesión explotó un duelo epistolar entre ambos. El doctor criticó férreamente la idea del 14 como día de la ciudad, apoyándose en los antecedentes de los historiadores que intentaban evitar la confusión entre la guerra y los orígenes de la ciudad.

Carmona respondió con duras palabras, usando todas las armas de un combate epistolar.

El regidor Castro Toro replicó con malicia, calificando como violenta la respuesta, pero que *"en cambio, traduce con bastante claridad la imagen de uno de sus subalternos"* (al parecer se refería al prosecretario Alfonso Jeria) y terminaba la nota con una ironía: *"... usted tiene por delante una larga vida pública y no será éste el primer hijito adoptivo que se le va a morir"*.

El debate epistolar terminó con la aprobación municipal de la idea del alcalde. No fue con cesárea ni forceps. Fue sí un parto difícil.

DESFILE PATRIÓTICO Y EL PILÓN DE AGUA

El primer Catorce de Febrero se celebró con la activa participación de la comunidad. Ese día las casas amanecieron embanderadas. En la tarde hubo gran concentración para presenciar el desfile patriótico y la participación de civiles y mili-

tares, que según la prensa, sumaban 15 mil personas.

En la esquina de Prat con Matta, sobre un estrado, emergía la figura de Juan de Dios Carmona, acompañado del teniente coronel René Echeverría y Eduardo Fábrega, secretario de la intendencia. La columna avanzó desde allí, siguió por Prat hasta alcanzar la plaza Colón. En el kiosco, la banda de la Guarnición dio comienzo a una alegre retreta.

Parte importante del programa lo constituía la inauguración de obras comunales. Carmona, rodeado de autoridades y vecinos abrió la llave del cuarto pilón de agua de la población Lautaro y dio inicio a la pavimentación de Bellavista esquina Ignacio Zenteno. No faltaron ni el ascenso al Ancla, ni los fuegos artificiales en las poblaciones, ni las visitas a la calle 14 de Febrero. Se premió la casa mejor pintada y el árbol más cuidado.

Se inauguró oficialmente la avenida Ejército y se plantó allí la primera palmera.

De esta forma se consagró el Día de la Ciudad. El director de *"El Mercurio"* de Antofagasta, Tito Castillo escribió: *"El Catorce de Febrero será lo que el 12 de este mes es para Santiago. Con la diferencia que en nuestro caso, se confunde con la chilenidad de pura cepa"*.

Mientras el mismo periódico informaba: *"Treinta y nueve comunistas fueron detenidos en esta ciudad"*.

JUANITA SAAVEDRA: LA ALCALDESA DE ANTOFAGASTA

Era imponente. Alta, espigada, de andar tranquilo y sereno, con una acentuada dignidad. Rostro agraciado, ojos de tristeza, pero pícaros. Una mujer que no pasaba inadvertida. Así era Juana Saavedra de Galleguillos, la primera mujer que ocupó un sillón de regidora en la Municipalidad de Antofagasta y la primera Alcaldesa de la ciudad. Una mujer de medio siglo (1906-1974) que vivió los grandes cambios sociales y políticos del país. Radical por tradición y porque en el medio, era un partido progresista, que buscaba el cambio sin llegar al extremismo. Quizás su identidad con el discurso político se enlazaba con la idea de dar a la mujer la calidad de ciudadana, abriendo para ella el derecho a voto. En esa trinchera Juanita luchó con denodada porfía.

SIRVIENDO A LOS POBRES

Juanita nació en Calama el 26 de abril de 1906. A los cinco años llegó a Antofagasta. Aquí creció y estudió. Junto con otros (Manuel Cortés, Juan Bautista Cuevas, los hermanos Negrete y María de Recabarren), se preparó para dar la prueba que la habilitó como practicante. Esto le permitía ingresar a los servicios públicos de salud y ejercer la profesión como particular. Las practicantes eran enfermeras que aplicaban las instrucciones que los médicos recetaban a sus pacientes.

Juanita se inició trabajando en el Dispensario Municipal, ubicado en José Santos Ossa, frente al Mercado. Para ella el cargo significaba algo más que ganar su sustento: era la forma de expresar su solidaridad hacia los humildes, puesto que allí se atendía gratuitamente a la población con menos recursos. Durante catorce años fue la practicante del Dispensario.



LA ALCALDESA, JUANA SAAVEDRA, DE TRAJE BLANCO, JUNTO A LA PRIMERA DAMA DE LA NACION ROSA MARKMANN DE GONZÁLEZ.

El 31 de agosto de 1929 contrajo matrimonio con Carlos Galleguillos Rojas. Formaron un hogar donde nacieron sus tres hijas: Gloria, Sonia y Juana. Gloria falleció en 1965. Quizás esta desgracia puso tristeza en los ojos de Juanita.

En la vida profesional, alcanzó el cargo de practicante del Servicio Nacional de Empleados, puesto que ocupó por espacio de dieciocho años.

"LAS MUJERES ESTAMOS CAPACITADAS"

Diez de la mañana del 7 de enero de 1952. En el Salón de Honor de la Municipalidad estaban sentados en sus mullidos sillones, los regidores Antonio Salas, Gregorio Lobos, Raúl Smith, Alberto Albanese, Ricardo Mora, Mario González y Ramón Llarás. Había expectación. Por primera vez en la historia de la corporación, una mujer presidiría la sesión. De pronto apareció en el umbral de la puerta doña Juana Saavedra de Galleguillos. Vistiendo un traje sobrio y elegante, avanzó hacia la testera. Con voz firme y sonora y mirando a sus colegas regidores, expresó con severidad y distinción: "¡Declaro abierta la sesión!" Era la voz de la ley transmitida por una mujer.

Juanita luchó con las mujeres radicales por igualar los derechos de las mujeres con los de los hombres. En el diario "El Debate" había declarado que su tarea era *"demostrar a todos que las mujeres estamos capacitadas en mayor grado que los hombres"* (23/07/1950).

En la década del treinta, Arturo Alessandri firmó la ley que concedió voto a la mujer en las elecciones municipales. En 1949, bajo el Gobierno radical de Gabriel González Videla, se les otorgó voto universal. Al año siguiente se realizaron las elecciones municipales y Juanita fue elegida Regidora junto a cuatro correligionarios. En esa oportunidad no fue Alcaldesa, pero ocupando el puesto de Primera Regidora, debió subrogar al Alcalde Zóffoli en varias ocasiones.

LOS HOMBRES APLAUDEN DE PIE

"No haré otra cosa que seguir la línea de toda mi vida...",

declaró a la prensa. Y no mintió. La Alcaldesa fue un torbellino de actividad. Se preocupó de la sanidad, del cementerio, de dotar de pilones de agua a los pobladores y de su querida Plaza Colón. Junto con un comité que ella misma organizó, las damas se responsabilizaron de ornamentar con hermosas flores el interior de la plaza. Junto al reloj brotaron hermosas rosas. Juanita se preocupó de todo, sin quejarse de la falta de fondos.

Cuando entregó el cargo al titular, sus colegas varones, de pie aplaudieron su obra y cada uno se encargó de resaltar las virtudes de la señora Alcaldesa, dejando constancia en el acta.

Pero ella tenía otras preocupaciones. Había formado el conjunto folclórico "Margot Loyola" que divulgó los bailes nacionales. En las Fiestas Patrias desde su casa en calle Sucre, salían las carretas llevando a las "chinas" cantoras y bailadoras, seguidas de los recios huasos a caballo. La misión era inaugurar las ramadas. Esa fue una vieja tradición antofagastina.

Su vocación social la encauzó a través de la Sociedad "La Mujer". Fue tesorera honoraria de la institución hasta su muerte.

Doña Juana Saavedra de Galleguillos ocupó el cargo de regidora en tres períodos (1950-1960). En la última etapa de su carrera, por diferencias con la cúpula del partido, fue expulsada. *"No me importa sumarme -respondió dolida- a los muchos y buenos radicales (que) asqueados... de la directiva, se han alejado de él"* ("El Mercurio", 02/09/1956).

Juanita murió el 5 de agosto de 1974. Andrés Sabella, escribió: *"Ella supo penetrar en los hogares con las múltiples virtudes de su tarea de practicante, folclorista, mutualista y edil, coronando sus actividades como Dama del Ancla (1966)... Ponderada, culta, llena del buen tino de la mujer chilena, trabajó como miembro de nuestro municipio, colocando a sus tareas una alta cuota de sacrificio y una limpia enseñanza de juicio social"* ("El Mercurio", 06/08/1974).

8. PÁGINAS PARA EL RECUERDO



EL COLEGIO SAN LUIS Y EL PADRE BLUMELL



23 kilómetros de Düsseldorf, emerge, a la orilla del río Wupper, la ciudad industrial de Wuppertal, nacida en la década del treinta por la fusión de los poblados de Barmen y Elberfeld. Antes, un ferrocarril colgante sobre el estrecho valle del río, era el lazo de unión. La nueva ciudad está enclavada en la región de Renania, a corta distancia de la frontera con Bélgica.

En la pequeña comunidad de Elberfeld, en el hogar del matrimonio alemán formado por Carlos Blumell y Guillermina Mattei, nació José Florián, el 19 de junio de 1884.

DE VIENA A ANTOFAGASTA

José Florián cursó sus estudios en el Gimnasio de Elberfeld y luego se trasladó hasta Madrig, poblado austríaco contiguo a la hermosa ciudad de Viena. Ingresó al seminario. A los 26 años se ordenó sacerdote e integró la Congregación del Verbo Divino. Eran tiempos de incertidumbre: la guerra mundial comenzaba a sentirse en Europa.

En 1910, el Padre José Florián Blumell, se embarcó con destino a Chile. Las autoridades eclesiásticas lo designaron a La Serena en calidad de profesor de Física y Matemáticas en el seminario de la ciudad. Cinco años más tarde se trasladó a Santiago como docente del Colegio Alemán, prestigioso establecimiento educacional.

En esa actividad lo conoció el obispo Luis Silva Lezaeta. El pastor tenía grandes inquietudes pedagógicas y con acierto decidió que el profesor José Florián, era el sacerdote adecuado para poner en práctica sus inquietudes. Lo conquistó y lo trajo a la ciudad.

José Florián recibió la misión de formar un colegio católico. La empresa constituía un desafío de proporciones. Don José Florián necesitaba refuerzos. Entonces, recurrió a su amigo sacerdote y condiscípulo, alemán como él, el padre Albino Seeger. Con don Albino enfrentó el desafío.

"COMO SI FUERA PROPIO"

El Vicario Apostólico firmó un compromiso con ambos sacerdotes. Conforme a él, los autorizaba a fundar el Colegio San Luis (nació con ese nombre). Los hacía responsables de la dirección y la marcha económica y le asignó a cada uno el sueldo de "teniente de párroco".

Sin embargo, el aspecto más importante del documento, estaba en la forma de financiar la obra: la Vicaría se comprometía a cubrir el costo entregando el capital necesario, que ganaría un interés del diez por ciento anual. Le encargaba a los sacerdotes la responsabilidad de la deuda, por lo tanto



PADRE JOSÉ FLORIÁN BLUMELL CREADOR DEL COLEGIO SAN LUIS.

debían de cuidarlo, *"como si se tratase de una institución propia, debiendo correr por cuenta de ellos las utilidades o pérdidas que puedan experimentar"*.

El colegio inició sus funciones con docentes en una propiedad de calle Baquedano, signada con el número 361, situada entre las calles Latorre y San Martín.

El 24 de abril, día de la Resurrección, se iniciaron las clases con veinte alumnos, cuyos padres se atrevieron a matricularlos, confiando en el respaldo de la Iglesia y el respeto a los curas alemanes.

Blumell y Seeger trabajaron con denodado tesón para prestigiar el colegio y además, construir un edificio capaz de contener el aumento constante de alumnos. En 1922 el Colegio San Luis se trasladó a Baquedano entre Ossa y 14 de Febrero, su hogar definitivo.

HERENCIA PARA LOS JESUITAS

La rectoría del Padre Blumell fue larga y positiva: lenta-

mente fue trayendo profesores alemanes, que como el Padre Pedro Neuhausen, aportaron la excelencia académica y la disciplina del sistema germano.

Como si hubiese presentado la cercanía de la muerte, antes de dejar el cargo, don José Florián se preocupó de buscar los herederos de su obra. Su capacidad intelectual e intuitiva le aconsejaron entregarlo a los sacerdotes de la Compañía de Jesús, de reconocido prestigio en el campo intelectual y religioso. En Chile sólo existía un vice provincial, puesto que el centro de la autoridad se ubicaba en Buenos Aires. Tomó contacto con el Padre José Llusa, máxima autoridad de los jesuitas en el país y finalmente se acordó traspasar el colegio a la Compañía de Jesús.

Hasta ese momento los jesuitas no se habían instalado en Antofagasta. La nueva responsabilidad los obligó a tomar esa determinación. En 1935 y teniendo como autoridad al Padre Nicanor Marambio, llegó la primera avanzada de la congregación. Don Nicanor reemplazó al Padre Blumell en la dirección y administración del Colegio San Luis.

Don José Florián, no disminuyó su afán de servicio. Entonces tenía 51 años, la fuerza necesaria y su capacidad creadora intactas, para seguir proyectando obras. Volvía a la educación y creó para las señoritas, el Colegio Alemán, que con posterioridad se transformaría en el Instituto Santa María.

A fines de octubre de 1940, el Rotary Club celebraba la Semana del Niño, con la designación de los mejores compañeros, un homenaje a la madre y la elección de "El Hijo de la Ciudad".

El sanluisino Alfredo Rauld conquistó el galardón. El Colegio San Luis se destacaba como uno de los mejores. Lamentablemente, días después, el 29 de octubre de 1940, se anunciaba el fallecimiento del Padre José Florián Blumell, víctima de un ataque cerebral. En un instante de lucidez, expresó: "No quiero flores en mi entierro, que se entregue el dinero a obras de caridad". Un santo que había realizado sus milagros en vida.



EDIFICIO DONDE FUNCIONABA EL COLEGIO SAN LUIS HASTA 1922.

LA CATEDRAL EN LLAMAS

En los albores del poblamiento de Antofagasta, los vecinos construyeron un modesto templo para sus servicios religiosos. Con erogaciones juntaron los recursos. Los elementos de construcción fueron la madera y paja para cubrir el techo, una puerta permitía el acceso al interior. Sobre ella, una pequeña cruz de listones la distinguía de las otras viviendas. Las campanas se ubicaban en

el patio, colgando de un poste de cuatro metros de altura.

El poblado no tenía un sacerdote estable, de tal manera que había misa, sólo cuando el cura José Pizarro, de Cobiya, visitaba el puerto.

Organizado el cuerpo de munícipes (enero de 1872), hubo una más decidida preocupación por construir un templo digno. En esa reunión del día 3 de marzo de ese año, el vicepárroco David Díaz, pidió la anuencia del Concejo para solicitar erogaciones públicas. No sólo se le otorgó la autorización, sino que también se nombró una Junta de Fábrica de Iglesia, formada por Salvador Reyes, Francisco Errázuriz, Santos Cienfuegos y Jorge Hicks, este último actuando como tesorero (Acta de la sesión municipal del 7/3/1872).

Estaba por terminar el año y la construcción del templo seguía durmiendo. En esas circunstancias, el munícipe Hernán Puelma expresó su molestia señalando el *"incalificable descuido en que se encuentran los intereses de la Iglesia (y que) a pesar de haberse erogado una gruesa suma para el templo, el que sirve actualmente para celebrar los oficios, no pasa de ser una choza indecente"* (Acta de sesión municipal del 23/11/1872).

DESALOJAR A LOS INTRUSOS

Antes de iniciar la construcción del primer templo vicarial, era necesario resolver dos problemas: eliminar a los inmigrantes que habían construido sus chozas y carpas en el terreno de la iglesia y aportar más dinero.

En sesión municipal del 28 de mayo de 1873, el tesorero Jorge Hicks dio cuenta de que los aventureros que estaban llegando a la ciudad ocupaban el terreno destinado al templo y que creía que el Concejo debía desalojar a los intrusos.

En otra reunión del 13 de agosto, el munícipe Garmendia expresó que "los



INCENDIO QUE DESTRUYÓ LA CATEDRAL EN 1906.

fondos dados por el vecindario están agotados" y propuso que el municipio otorgara una subvención de trescientos pesos, de los mayores ingresos obtenidos por la venta de sitios.

A pesar de que algunos munícipes eran liberales y laicos, el acuerdo se tomó por unanimidad. Solucionadas estas dificultades, el templo terminó por construirse en 1874.

Toda la armazón del edificio era de madera y para mayor seguridad, se recubrió con planchas de fierro (calaminas), estructura normal en las construcciones de la época.

¡INCENDIO!

En la víspera del Día de la Purísima, el 7 de diciembre de 1880 (aún continuaba el conflicto bélico con Perú y Bolivia), las campanas anunciaron un incendio declarado en calle Latorre, entre Prat y Sucre. Para mayor precisión, en la Recova ubicada en ese sector.

Los bomberos, que estaban a pasos del siniestro concurren muy pronto. Desde un comienzo el fuego tomó grandes proporciones y se hizo imposible su extinción. Las maderas secas ardían como cajas de fósforos. Muy pronto las llamas se extendieron a los otros locales y viviendas, transformando el lugar en un infierno. Todo ardía. El viento y la falta de agua llevaron las llamas por el interior de la manzana, hacia la calle San Martín, amenazando el templo.

Sin embargo, hubo tiempo para salvar documentos, mobiliario y elementos sagrados. Era básico rescatar los docu-

mentos, puesto que en esa época los templos hacían las veces de Registro Civil y allí se anotaban nacimientos, casamientos y muerte de los ciudadanos. ¡Se salvaron! El templo ardió por los cuatro costados, con destrucción total. Desapareció toda la manzana.

LLEGA DON LUIS SILVA LEZAETA

El verano estaba en retirada, no obstante el calor seguía agobiando a la población. Ese día de sol intenso (10 de marzo de 1883), desembarcaron en la poza del puerto dos sacerdotes: el presbítero Florencio Fontecilla y un cura muy joven, delgado y con ojos pícaros, que se movían como queriendo conocerlo todo.

Era don Luis Silva Lezaeta, quien jugaría un papel importantísimo en el destino de la ciudad.

Llegaba a un pueblo que no tenía templo, sino un local de la Escuela Pública, que funcionaba en Latorre, entre Prat y Baquedano.

La primera visita protocolar fue al Gobernador del Litoral Norte, máxima autoridad de la región, Ramón Rivera Jofré. Aunque no existe una versión del diálogo sostenido, no es difícil imaginarse que fue tocado el problema de la falta de una iglesia, lo que preocupaba tanto a la autoridad civil como a la religiosa.

En los años siguientes, don Ramón y don Luis fueron actores principales en el escenario de la construcción del templo vicarial de Antofagasta.

MONSEÑOR LUIS SILVA LEZAETA: EL APÓSTOL DEL DESIERTO

Con estas mismas palabras tituló Ricardo Cox el artículo que publicó en "El Mercurio" de Antofagasta, con motivo del fallecimiento del primer obispo de la provincia (hoy región), monseñor Luis Silva Lezaeta.

La noticia del deceso conmovió a todos los habitantes de la ciudad y a los principales círculos religiosos, intelectuales y políticos del país. Tristeza, dolor y lágrimas. Había dejado de existir ese hombre fino, de rostro pálido y transparente y de profundos ojos oscuros.

Julio Asmussen, director de "El Mercurio", sensibilizado por el sentimiento de la comunidad, enlutó las páginas del periódico, separando las columnas con gruesas líneas negras. En el editorial escribió: *"Antofagasta está de duelo. Ha fallecido el más ilustre de sus habitantes, la figura descollante de la provincia, el insigne pastor de almas, el prelado que fue honra y prez del clero chileno"*.

Pasadas las siete de la mañana del 21 de mayo de 1929, las campanas de la Catedral tocaron a duelo, anunciando la muerte del pastor. Amelia, su hermana, estuvo junto a él para cerrar sus ojos y elevar las primeras plegarias a Dios. En la ciudad, autoridades y vecinos se preparaban para rendir homenaje a Prat.

Muy temprano, autoridades y habitantes apuraban su paso para alcanzar hasta la Catedral. Cada uno iba a lo suyo. La artista Candelaria Huerta y el fotógrafo profesional Jorge García Caballero, realizaron la tarea de sacarle la mascarilla de yeso al rostro del pastor (¿dónde está?). Mientras tanto, los doctores Ugarte, De Ramón y Figueroa, se organizaban para embalsamar los restos.

Al día siguiente, una procesión interminable de vecinos hacía filas para despedir al apóstol del desierto.

UNA BENDICIÓN DE DIOS

Don Luis nació en la comunidad de Caupolicán, en la provincia de Colchagua, más específicamente en el fundo Tunca, de propiedad de su padre, el 22 de febrero de 1860. Don Francisco Silva Feliú y doña Juana Lezaeta, formaron un hogar marcado por el signo cristiano. El joven Luis estaba llamado para una vida menos mundana: delgado y enfermizo, era el polo opuesto al fortacho huaso colchaguino.

Cumplidos los requisitos de escolaridad, ingresó al Seminario Conciliar de Santiago y recibió los hábitos sacerdotales, en 1882.

Un año después, llegó a Antofagasta encargado de la Secretaría del Vicario de esta ciudad (1883-1890). Luego viajó a



UNO DE LOS ESCASOS TESTIMONIOS GRÁFICOS DEL OBISPO LUIS SILVA LEZAETA. SIN DUDAS, UN SANTO QUE RECORRIÓ LA REGIÓN LLEVANDO EL BIEN DONDE QUIERA QUE IBA.

Bolivia y en Sucre fue profesor de Ciencias Eclesiásticas y Sagradas Escrituras en el Seminario de esa ciudad. Desde allí, saltó a Copiapó con la investidura de vicario foráneo (1895-1904).

Retornó a Antofagasta para ocupar el cargo de vicario apostólico. Sólo en mayo de 1928 -un año antes de su muerte- el Papa Pío XI lo convirtió en Obispo.

El político radical Antonio Pinto Durán, escribió: *"No se ha realizado aquí obra alguna de bien colectivo, en que no haya dedicado, el ilustre extinto, un esfuerzo, una ayuda, un conse-*

jo, un estímulo..." Una excelente síntesis para recordar la obra de don Luis.

En efecto, él está ligado a todas las obras de bien en la provincia. Un día se haya abocado en construir el Hospital El Salvador. Al mismo tiempo en la construcción del Lazareto. Más tarde en los Asilos de Niños y de Ancianos. Le importa la educación, sobre lo cual escribe interesantes ensayos y se transforma en el alma de la creación del Colegio San Luis y del Colegio Belga-Inglés para señoritas (Instituto Santa María). Asiste a los obreros en sus problemas sociales y protesta indignado por la muerte de trabajadores en la huelga de 1906. Defiende "su desierto" y se integra a la directiva que lucha por la construcción del ferrocarril a Salta.

Una bendición de Dios.

TESTAMENTO PARA EL FUTURO

El testamento de don Luis es una expresión de su personalidad. Más que un reparto de bienes físicos, es la herencia de los bienes morales que él atesoró durante su vida. En el preámbulo solicita con humildad que se *"le perdone de sus yerros y de no haber trabajado mejor"*.

Advierte que no ha dejado ningún bien raíz, puesto que lo heredado de sus padres lo vendió para "dedicar dinero a obras sociales". Con ese orgullo que manejan los grandes intelectuales, declara que su biblioteca de 3.000 volúmenes, la dona al Obispado.

Distribuye sus pertenencias religiosas: el cáliz que le regaló el ilustrísimo señor Florencio Fuentecilla, lo destina a su "querido Templo Vicarial". En cambio, el que le obsequiara don Pedro Fernández, lo entrega a la capilla de Tunca, donde -en su niñez- inició el diálogo con Dios.

A su hermana Amelia le deja los utensilios del comedor y el "saldo de dinero que me pueda -duda- quedar en el Banco". Más importante para él es recordarle a su hermano enfermo, Demetrio, y le ruega atenderlo.

Finalmente, este hombre brillante que fue miembro de la Sociedad Chilena de Historia y Geografía y de la Academia de la Lengua, rogó una "sepultura modesta" y que sus restos descansaran en la Iglesia Catedral.

Desde entonces, el Templo no es sólo la casa de Dios, sino también la morada de un santo.



CENTENARES DE PERSONAS SE REUNIERON FUERA DE LA CATEDRAL, Y ALREDEDOR DE LA PLAZA COLÓN, A LA ESPERA DE LA LLEGADA DE LOS RESTOS DE MONSEÑOR SILVA LEZAETA.

1928

IGLESIA DE SAN FRANCISCO: EL TEMPLO DEL BARRIO BELLAVISTA

Con motivo de celebrarse las Bodas de Plata de la Iglesia San Francisco, del barrio Bellavista (23/03/1954), se dieron a conocer los antecedentes históricos. De acuerdo con ellos, se sabe que a fines del siglo XIX, llegó a predicar el Padre Pérez, integrando dos misiones. El centro de operación se constituyó en el antiguo templo del Corazón de María (hoy, Basílica) y la capilla de San Francisco. Esta última era una modesta construcción, que se bendijo e inauguró el 15 de agosto de 1908 y que tenía capacidad para doscientas personas.

ENTRE PÉREZ Y SEEGER

El Padre Pérez cumplió con éxito la misión que se le encomendó, pero además, le alcanzó el tiempo para fundar la Tercera Orden del Sagrario. Como recuerdo de su paso por Antofagasta, dejó una imagen de San Francisco en la Iglesia Corazón de María.

Al comienzo de la primera década del siglo XX, llegaron a la ciudad, dos sacerdotes alemanes, que jugarán un importante rol en la vida espiritual y educacional: Florián Blumell y Albino Seeger. Cinco años después se cosecharon los primeros frutos del Padre Blumell: el Colegio San Luis. Don Albino fue profesor del Colegio durante años. En 1926 se hizo cargo de la construcción del templo del barrio Bellavista, que aún permanecía sin avanzar.

Don Albino juntó dinero proveniente de los más disímiles sectores: empresarios, comerciantes y especialmente de los vecinos del barrio. El fruto de su obra se inauguró el 24 de marzo de 1929. Vecinos, benefactores, miembros del clero y autoridades concurrieron al acto de inauguración. En esa oportunidad, fue una de las últimas ocasiones en que el pastor monseñor Silva Lezaeta, estuvo en un acto público. Un mes y 27 días después falleció dejando consternada a toda Antofagasta.

UN TEMPLO CON HISTORIA

Con motivo de la inauguración, don Albino informó a la prensa una serie de datos interesantes, referentes a lo que se llamaron "las reliquias" del templo. La pila bautismal, de procedencia francesa (fabricada en París), fue el primer bautisterio del primitivo templo vicarial. Esto hace suponer que los primeros niños nacidos en Antofagasta fueron bautizados en esa pila.

El púlpito también tenía su historia. Al igual que la pila, perteneció a la iglesia vicarial y muchos de los sermones a los primeros habitantes se dijeron desde allí. La imagen en bulto



PROYECTO DE LA FACHADA DE LA IGLESIA DE SAN FRANCISCO.
CREADA POR EL ARQUITECTO JORGE TARBUSKOVIC

del Santísimo Corazón de Jesús tenía similar procedencia.

Finalmente, el Padre Seeger, señaló como otra de las reliquias del templo, el cuadro de San Francisco, al que le atribuyó un valor de dos mil pesos de 1929.

La inauguración no significó entregar la obra terminada tal como está ahora, sino a medias. Era básico hacer la fachada y terminar el alhajamiento interior.

EL DIABLO HACIENDO TEMPLOS

En ese tiempo llegó a Antofagasta el arquitecto, pintor y escultor Jorge Tarbuskovic Dulcic. Don Jorge era un hombre muy singular: de aspecto bondadoso, nervioso a simple vista, socialista y libre pensador, dotado de una generosidad que, en ocasiones, se transformaron en ingenuidad. Altruista y dispuesto siempre a colaborar.

Don Jorge, el libre pensador se vio de improviso envuelto en las obras del templo. Igual que el arquitecto Luis Fraga, quien colaboró gratuitamente en los primeros tiempos, don Jorge se dispuso a entregar su profesión al servicio de la fe. Fue él quien diseñó el frontis. Su mano fue dando forma a lo que, en esa época, fue la construcción que incluía la torre más alta de Antofagasta (42 metros). Hay en su trazado una rara mezcla de rasgos góticos y neoclásicos. Jaime Pedrenny fue el gran constructor.

DESPUÉS DE LA INAUGURACIÓN

Como se dijo, el templo siguió adornándose y construyéndose después de la inauguración oficial de 1929. Y desde luego se recurrió a la colaboración de empresarios, comerciantes y vecinos del barrio Bellavista que ya se habían organizado en Junta.

Para la decoración de los murales interiores se apeló a un sacerdote de La Serena, que tenía fama como decorador de templos. El Padre Juan José Meller Jemsen, vino a Antofagasta especialmente a cumplir con esa labor. En forma paralela se habían tomado todas las medidas para la colocación del reloj. De procedencia extranjera, fue instalado al comienzo del campanario y bendecido el 28 de septiembre de 1932.

Al cumplirse las Bodas de Plata quedó terminada la fachada, fruto del agnóstico de cabeza librepensadora y corazón cristiano: Jorge Tarbuskovic.

Desde que comenzó a levantarse el templo del barrio Bellavista, han transcurrido más de tres cuartos de siglo. A través del tiempo han sucedido diversos curas párrocos que han bendecido miles de casamientos, igual número de bautizos y otras tantas liturgias fúnebres. Allí se ha reído y llorado. El templo de San Francisco ha sido testigo de gran parte de la historia ciudadana. Igual que Antofagasta, se levantó con sacrificio de todos y especialmente con la fe y el esfuerzo del barrio Bellavista. Una hermosa herencia.

IGLESIA CORAZÓN DE MARÍA

El mono de paja cubierto con viejas vestiduras, colgado del cuello, ardía como una antorcha en medio de la calle Lord Cochrane, frente a la Iglesia Corazón de María. Los petardos colocados en su interior, explosaban provocándole movimientos diabólicos. Era la representación de Judas, que se quemaba todos los años en Semana Santa.

Los que más disfrutaban eran los niños de las "pandillas" aledañas al templo. Saltaban y gritaban consignas contra el traidor Judas, que se incendiaba como pago a su maldad. Eran los mismos "cabros" pandilleros que en las noches de los sábados se agrupaban en la vereda del templo esperando la salida de los novios y del "padrinito cacho" que arrojaba al aire las tradicionales monedas, como símbolo de la bonanza del nuevo hogar que se organizaba.

La "chuña" de monedas de diez centavos se esparcía por el suelo, mientras los "cabros" pugnaban por obtener la mejor cosecha.

El tiempo terminó con la quema del Judas y los padrinitos cachos.

LOS CURITAS DEL CORAZÓN DE MARÍA

En mayo de 1903, cuando la ciudad bullía de actividad salitrera, desembarcaron en el muelle los sacerdotes Cristóbal Siteras y Ambrosio García, junto al hermano Sixto Carincer. Eran los primeros curitas de la Congregación de Misioneros de Hijos del Inmaculado Corazón de María, que venían desde España para establecerse en Antofagasta.

Los instalaron en los extramuros, en una vieja casa ubicada en calle Lord Cochrane con Copiapó (donde se ubica hoy el Colegio Corazón de María). Se les asignó la misión de evangelizar y administrar un templo a medio construir que se emplazaba en la misma calle, pero esquina de 21 de Mayo.

Con porfía española y tesón de sacerdotes, se dieron a la tarea de terminar el templo. En diciembre de ese año habían cumplido con el propósito.

El templo tuvo una corta existencia. Por el costado oriente corría la calle del Ferrocarril (hoy avenida Argentina), llamada así por el paso de la locomotora que arrastraba los carros con salitre. La máquina se desplazaba lanzando llamas y chispas como una regadera. En 1912, un día antes de terminar el Mes de María, una chispa ocasionó el incendio del templo. Las llamas destruyeron el edificio y consumieron gran parte de muebles e imágenes.



LA IGLESIA CORAZÓN DE MARÍA Y SU PRIMER TEMPLO CONSTRUIDO EN MADERA EN 1903. SE INCENDIÓ EN 1912. TARDÓ QUINCE AÑOS SU RECONSTRUCCIÓN.

PRIMERO TEMPLO, DESPUÉS CINE

La desaparición del templo constituyó un serio problema para los padres claretianos: durante años habían trabajado para atraer a los creyentes hacia el sector tan alejado del centro y ahora estaban en peligro de perder el esfuerzo. Era, pues, necesario improvisar un nuevo templo.

En el sitio ubicado en Copiapó, entre Lord Cochrane y Blanco Encalada, levantaron un galpón de 15 metros de ancho por 25 de largo (y que en un tiempo fue el cine Rex). Estaba construido de fierro galvanizado. Tenía cuatro altares, imágenes rescatadas del incendio y bancas reclinatorias, muchas de las cuales eran del antiguo templo.

El edificio provisorio había costado una friolera de doce mil pesos de la época. ¡Una barbaridad!

LA HERMOSA CASA DE DIOS

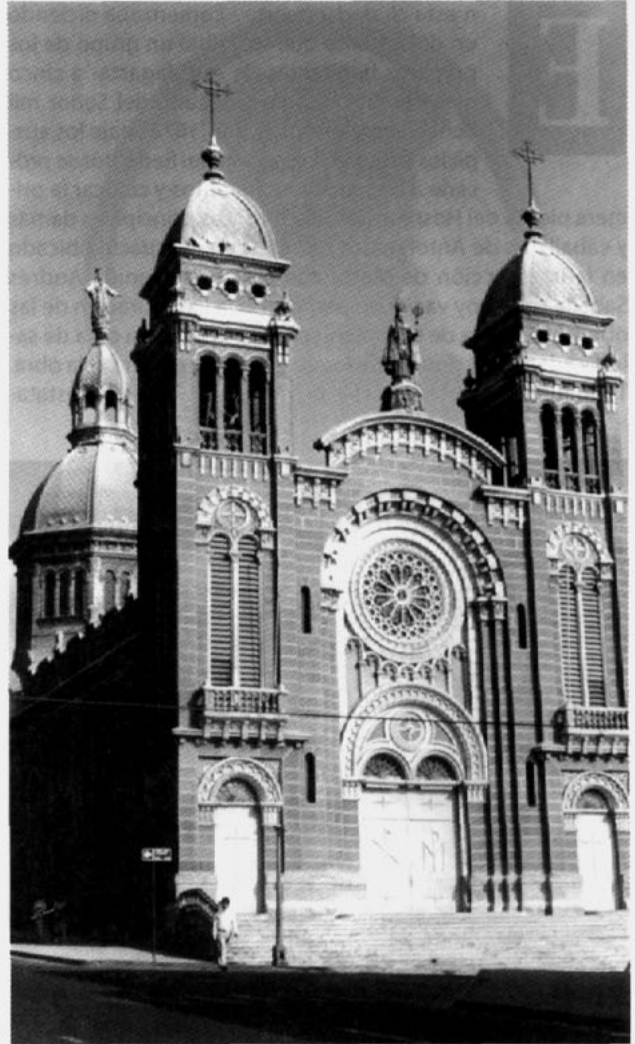
La solución de emergencia permitió a los padres claretianos destinar el tiempo en otras preocupaciones. En diciembre de 1913, se inauguró la casa que sirve de hogar a los sacerdotes de la orden. Cinco mil personas y las más importantes autoridades concurrieron a la bendición del nuevo edificio y al mismo tiempo, a la colocación de la primera piedra del nuevo templo que se construiría donde el anterior se había siniestrado.

La empresa constructiva demoró quince años. La comunidad, la congregación y el Ferrocarril -para descargar la conciencia por la culpabilidad del incendio- se pusieron con los recursos financieros. Muchos profesionales concurrieron con el aporte gratuito de sus experiencias: Luis Abd-El-Kader, calculó los planos de los cimientos; León Hathemol, Héctor Frías y Augusto Larraín, los planos de arquitectura. Sin embargo, el alma de la obra fue la participación de los sacerdotes Pablo Martínez (superior de la Congregación en la ciudad) y Julián Arrieta. Este último como era un gran artista, se ocupó preferentemente de la parte ornamental. Con las sotanas arremangadas, los curitas claretianos vivieron sobre andamios, fierro y cemento.

El 8 de diciembre de 1928, año de crisis económica y política, desde Oruro llegó el obispo claretiano, monseñor Abel Antezana, para inaugurar y consagrar el nuevo templo del Corazón de María.

El estilo románico bizantino se levantaba soberbio en un barrio donde sólo existían casas de un piso y grandes sitios dedicados al cultivo de hortalizas.

Exteriormente, sobre el presbiterio, se alzaba la esbelta figura de la Virgen María que, como faro, señalaba la presencia del templo.



EL TEMPLO LEVANTADO TRAS EL SINIESTRO Y QUE SE CONSERVA EN LA ACTUALIDAD.

EL HOSPITAL DEL SALVADOR:

En esta ciudad y puerto - comenzaba diciendo un documento que suscribió un grupo de los primeros habitantes de Antofagasta- a cinco días del mes de mayo del año del Señor mil ochocientos setenta y dos (1872), bajo los auspicios y Divina Protección del Redentor se procede a bendecir los cimientos y colocar la primera piedra del Hospital del Salvador. Las principales damas y caballeros de Antofagasta reunidos en el espacio ubicado en la intersección de Matta con la actual avenida Andrés Sabella (sitio hoy vacío), solemnizaron la inauguración de las obras: se trataba de la construcción de la primera casa de salud y además, el desafío de los vecinos para enfrentar la obra. Todo fue exitoso: los aportes privados, municipales y estata-

les del Gobierno de Bolivia, permitieron levantar el Hospital del Salvador.

El hospital cumplió con las necesidades de la población hasta fines del siglo XIX, pero el desarrollo salitrero que experimentó la región en los primeros años del siglo veinte, obligó a pensar en la construcción de un nuevo establecimiento de salud.

"LA ANTESALA DEL CEMENTERIO"

En 1905 el presidente Germán Riesco visitó la región. Por supuesto que lo llevaron al vetusto hospital de calle Matta. Con una breve frase entregó su opinión: este hospital "*no es otra cosa que la antesala al Cementerio*" ((1) Isaac Arce. Narraciones Históricas de Antofagasta. Pág. 189).



LA ENTRADA PRINCIPAL DEL HOSPITAL DEL SALVADOR, CON SUS CUATRO GRANDES COLUMNAS QUE SE ELEVAN AL CIELO, AÚN SE MANTIENEN EN PIE.

De esta forma, la Junta de Beneficencia, impactó al Mandatario y le sacó la promesa de construir un nuevo hospital.

En 15 mil pesos se adquirió el terreno de 26 mil metros cuadrados -dos manzanas- ubicado al oriente de la calle del Ferrocarril (Avenida Argentina) y que limitaba al norte con la calle 21 de Mayo y al sur con la de Copiapó.

Monseñor Luis Silva Lezaeta se transformó en el motor del equipo de trabajo. Recurrió a las grandes empresas salitreras y a todos cuantos pudieran aportar, al tiempo que golpeaba las puertas del Gobierno para obtener fondos. Todos respondieron a las demandas del Pastor. Desde luego, la Municipalidad, para no dividir el sitio, acordó entregar los terrenos que correspondían a la prolongación de calle Linares.

El 6 de junio de 1906, un largo desfile ciudadano recorrió las principales calles de Antofagasta, terminando en el sitio destinado para la construcción. La celebración de la misa fue el primer acto para rogar a Dios por el éxito de la obra y luego el Intendente Daniel Santelices y 200 caballeros designados como padrinos, participaron en la colocación de la primera piedra.

EL ALMA MATER DEL NUEVO HOSPITAL

Siete años luchó la Junta de Beneficencia y Monseñor Silva, para vencer las dificultades, en especial para reunir fondos. El costo de construcción demandaba una inversión mayor al millón de pesos. Finalmente para el domingo 30 de marzo los vecinos fueron citados a concurrir a la inauguración del nuevo Hospital del Salvador.

La editorial de "El Mercurio", firmado por "Post", hacía justicia, escribiendo: "... hay alguien entre los progenitores de esta obra quien ha sido brazo y cabeza, casi su alma mater, es Monseñor Silva Lezaeta... Su trabajo ha sido del aguerrido zapador, preparar el camino, derribar los obstáculos y mostrar el sendero del triunfo" (30/03/1913).

A las 4 de la tarde se reunió una gran muchedumbre en el Parque Centenario de la avenida Brasil. Momentos más tarde llegó la banda del regimiento "Esmeralda" y 200 soldados sin armas, para el inicio del desfile. En el patio del Hospital, frente al pabellón de cirugía, presidido por el Intendente Julio Fabres y Monseñor Silva, se procedió a la ceremonia de inauguración. En un extenso discurso, Monseñor, reseñó la importancia de la obra; luego la señorita Aurora Gamelli, puso la nota humana y sentimental.

Como hecho anecdótico es necesario señalar que el día anterior, Belén de Sárraga, española defensora de las ideas laicas, dictó una conferencia donde atacaba a la Iglesia Católica y la Compañía de Jesús.



EL DOCTOR ISMAEL LARRAÍN MANCHEÑO FUE EL MOTOR PARA LA CREACIÓN DE LA MATERNIDAD.

LA MATERNIDAD LARRAÍN MANCHEÑO

Dos años después el prestigioso médico, Ismael Larraín Mancheño, en una gran reunión, organizaba el Comité Pro Maternidad. El doctor recurrió al aporte de la población. Cada colaborador tenía derecho a una placa testimonial de bronce. Una de las paredes de la Maternidad fue el sitio elegido para la colocación de las placas. Así pues, con el concurso de los vecinos y la empresa privada, Larraín Mancheño terminó con éxito la campaña.

El 8 de diciembre de 1917 se entregó al uso público la Maternidad del Hospital. Hasta ese momento las donaciones habían alcanzado la suma de doscientos mil pesos. Seis años después falleció el doctor y con justicia la Maternidad pasó a llamarse "Ismael Larraín Mancheño".

El Hospital del Salvador sobrevivió al deterioro de los años, al incendio que se produjo en 1926 y a la competencia del moderno hospital inaugurado en 1966. El terremoto de 1995 debilitó sus estructuras y pasó a constituirse, paradójicamente, en un peligro público. La picota y la pala terminaron con su existencia. Sólo se ha conservado la noble arquitectura de la puerta principal, con las cuatro fuertes columnas que aspiran a la eternidad. Es importante mantenerlas.

UNIVERSIDAD CATÓLICA DEL NORTE

El 7 de mayo de 1957, Fernández Navas, director de "El Mercurio" escribió: *"Se ha iniciado un período interesante en la vida (de Antofagasta). De proyecciones futuras. Paralelamente en sus inquietudes de siempre: el trabajo aplicado a sus innumerables fuentes de riquezas especialmente a las industrias extractivas, surgen ahora otras de tipo cultural alentados por una descentralización espiritual, que han iniciado casi a la par la Universidad de Chile y la Católica de Valparaíso"*.

EL APOORTE FEMENINO

No cabe dudas que las mujeres poseen un sexto sentido. En la creación de la Universidad Católica del Norte, hay tres mujeres unidas a su destino.

Catalina Masou Pou, dama española avecindada por muchos años, mantuvo un persistente discurso a favor de la formación de una universidad en Antofagasta. En sus sueños proféticos habló siempre de la Ciudad Universitaria, sin apellidos.

Podría decirse que concientizó a la población con esta idea, lejana, entre brumas de ensueños, pero de la cual se desprendía "la idea fuerza" de una universidad para el norte. Esa institución venía de lo más profundo de su espíritu y por lo mismo era difícil traducirla en propuestas lógicas. Una universidad, ¿por qué? ¡Porque sí! Gran mujer.

La otra, quizás tocada por el hálito divino, dejó todos sus bienes a la Fundación Educacional Alonso Ovalle. Se trata de Berta González viuda de Astorga.

Fundos en Chillán, propiedades aledañas a Santiago y sitios en diversas poblaciones, los traspasó con el compromiso de que servirían para construir una universidad en Antofagasta. Doña Berta no conocía la ciudad ni el norte.

Los sacerdotes de la Compañía de Jesús, fueron capaces de formar en ella el amor a tan larga distancia.

La tercera mujer es la madre Josefina, Superiora del Asilo de la Infancia. Compartía con Berta una gran relación de amistad. Cuenta la amiga de la benefactora que ella en forma constante le pedía que ayudara a la educación de Antofagasta. En cierta ocasión, Berta preguntó: "¿hay universidad en tu tierra?"

La respuesta negativa la indujo también, a pensar en la decisión de donar sus bienes para crear la universidad.

LA BICICLETA DEL RECTOR

Tras la universidad hay muchas figuras de varones, pero perdonaran que se destaque una de ellas para contenerlos a



LOS NOMBRES DE BERTA GONZÁLEZ VDA. DE ASTORGA, EN LA FOTO, Y DE GERARDO CLAPS GALLO, ESTÁN GRABADOS A FUEGO EN LA HISTORIA DE LA UNIVERSIDAD CATÓLICA DEL NORTE. AMBOS FUERON PILARES FUNDAMENTALES PARA LA CREACIÓN DE LO QUE ES HOY DICHO PLANTEL DE ENSEÑANZA SUPERIOR.

todos: Gerardo Claps Gallo. El encarnó los ideales de la Compañía de Jesús, pero agregó su propia "pimienta". Gerardo fue un bolido. En una bicicleta destartada (no en auto con chofer) se movilizó por las calles de Antofagasta, entregando citas, conversando con autoridades e importantes personajes. La bicicleta del Rector se tragó quizás cuántos kilómetros. Gerardo fue el "hacedor" de la universidad.

• Así como los polluelos se cobijan bajo las alas de la madre, la UCN nació al amparo de la Católica de Valparaíso. La designación de Claps emanó desde esa institución. En la

Asamblea Ciudadana que se realizó el 31 de mayo de 1957, éste expresó no sólo su compromiso con la universidad, sino con el Norte. Expresó: *"Esta universidad tendrá como principal finalidad arraigar al hombre del norte a su tierra"*. ("El Mercurio", 31/05/1957)-

EL APOORTE DE LAS POLILLAS

La Universidad Católica del Norte comenzó a trabajar en las vetustas (palabra elegante que deriva de viejo) construcciones de la calle Prat entre Ossa y 14 de Febrero, edificio que podría caricaturizarse como "edificio de madera sostenido por polillas". Allí funcionó la docencia, biblioteca, rectoría, casino, la Academia Universitaria de Bellas Artes a cargo de O'Higgins

Guzmán y el Centro de Energía Solar del Desierto, bajo la dirección del profesor Carlos Espinoza.

La matrícula alcanzó a 88 alumnos, distribuidos en la Facultad de Ingeniería (20) y de Pedagogía (68). Un alumno de culta expresión y que hablaba disfrazando su lengua materna, Antonio Comis, fue el primer presidente del Centro de Alumnos y el primero que se puso en contacto con las federaciones nacionales.

La Universidad Católica del Norte, nació desafiando la adversidad y quizás por eso avanzó en forma tan espectacular. No cabe dudas de que la impronta la dejó el rector Claps. Por lo mismo, no puede olvidarse y la universidad le debe una distinción, igual como se la debe a la Compañía de Jesús. Es justicia.



ANTIGUO FRONTIS DE LA UNIVERSIDAD CATÓLICA DEL NORTE

9. DE LOS TIEMPOS IDOS



TIEMPOS DEL ABRÓMICO

La sesión municipal del viernes 1 de octubre da cuenta, para conocimiento de los señores regidores, de un oficio enviado por el inspector fiscal, informando que los contratistas del alcantarillado comenzaban los trabajos de colocación del colector de Angamos, entre Orella y Copiapó, y que lo terminarían en un plazo de dos años (Sesión 01/10/1909). Esto significaba que los servicios de alcantarillado iban abarcando un radio mayor. Cuatro años antes, se instalaron los primeros tubos en la calle Wasington.

EL ABRÓMICO

El poblamiento de los terrenos de la Segunda Región trajo consigo, como es natural, un grave problema sanitario no fácil de solucionar: el aprovisionamiento de agua, eliminación de las excretas y de las aguas servidas y el mantenimiento del aseo. Las ciudades costeras instalaron resacadoras de agua de mar permitiendo un abastecimiento casi normal, pero con problemas de sabor y acarreo. De ese entonces arranca la presencia del aguador o vendedor de agua, transportada en carretas. Mucho más difícil resultaba la eliminación de las excretas de aguas servidas desde los domicilios y centros de atención al público.

En los primeros años, los vecinos simplemente arrojaban sus desechos a la calle, provocando una situación sanitaria insoportable. Se obligó a los vecinos a acumularlas en barriles dando nacimiento a otro personaje de esos tiempos: el extractor de abrómico.

El término abrómico no se consigna en los diccionarios contemporáneos, sin embargo, fue de uso corriente en la gente que vivió entre los siglos XIX y comienzos del XX. Conviene hacer un análisis semántico del término "bromo", vocablo de raíz griega que significa "olor, fetidez". El metaloide que lleva ese nombre, se lo llamó así por su olor fuerte y repugnante. Luego, es de suponer, que la palabra "abrómico" significaba "sin olor ni fetidez", situación que se lograba sacando en barriles las materias fecales y aguas descompuestas.

A PESO EL BARRIL

Al revisar las antiguas Actas de sesiones municipales, se advierte el interés de la Corporación por abordar los temas sanitarios y controlar a las empresas que ofrecían estos servicios. En 1884 se logró un contrato con José Luis Vásquez mediante el cual, se entregaba por espacio de cinco años, la concesión para extraer los abrómicos y aguas servidas de las viviendas y edificios públicos. Se fijaba el precio de un peso por

cada barril de materia fecal, es decir, de abrómico. En la misma sesión, se denunció a "varias personas que están realizando estos servicios sin permiso de la autoridad" (Libro de Sesiones N° 5, pág. 173). Esto nos permite suponer que el negocio, aunque sucio, era rentable.

La extracción de abrómico se hacía durante la noche, de acuerdo a un horario prefijado. El encargado golpeaba la puerta del usuario y si no abría, daba el grito: "¡el abrómicoooo!" Entonces, entraba hasta el patio de la vivienda, donde estaban los barriles, sacaba los que contenían las fecas y dejaba otro limpio en su reemplazo. Las ocurrencias contadas por antiguos vecinos son graciosas y hasta tragicómicas. Entre las últimas, está la situación que se producía cuando el cargador



CARRETA CON ABRÓMICOS REALIZANDO SU SERVICIO EN LA CALLE BAQUEDANO

resbalaba en el interior de la casa y derramaba el contenido. Entonces, era difícil conciliar el sueño.

A fines del siglo XIX hubo un aumento de las viviendas, permitiendo mejores ganancias a los empresarios de los servicios higiénicos del abrómico. Ricardo Bravo, concesionario, vendió sus servicios a trescientas casas y doscientos edificios públicos.

Las materias extraídas se derramaban en las afueras de la población. A través del sistema, es posible explicarse las catastróficas epidemias de la época.

UNA EMPRESA ANTIHIGIENICA

Sin embargo, pese a lo lucrativo del negocio, la situación económica de las empresas extractoras fue de mal en peor.

En la sesión del 28 de julio de 1913, se leyó un informe en el que se denunciaba el desastroso estado de las empresas extractoras de abrómico. Había sólo cuatro carretas para transportar los barriles, los que estaban en pésimas condiciones de conservación. Los barriles, a la par de escasos, estaban de-

teriorados por la falta de pintura de alquitrán para evitar las filtraciones, por lo tanto, estaban fétidos dado que servían indistintamente para la extracción del abrómico y del agua servida.

Había un déficit de cincuenta barriles para poder entregar un servicio medianamente eficaz, pero lo peor era que los desechos se vaciaban cerca de la población. Esto se repitió a través de los años, pues se encuentran documentos como los de la Sesión Municipal de 1909 que da cuenta de la queja de un regidor porque «en el desvío norte, los vecinos para no asfixiarse con el mal olor, tienen que cerrar las puertas de sus casas, pues en ese barrio se arrojan a las calles las aguas servidas» (Sesión 01.07.1901).

Ya a comienzos del siglo XX algunos habitantes con mayores recursos y que vivían cerca de la costa, financiaban sus cañerías para eliminar las aguas. La red de alcantarillado estatal eliminó el negocio del abrómico. Pronto los vecinos olvidaron al personaje que en las noches les gritaba “¡el abrómicooo!”.

LA PLAZA COLÓN

En la mañana del 14 de febrero de 1879, tropas chilenas desfilaban frente a la Plaza Colón, por calle San Martín. Desde la vereda los vecinos se deleitaban con el despliegue marcial de los soldados. Como telón de fondo a tan importante acontecimiento, se alzaba un modesto templo parroquial, el Cuartel de Policía, la cárcel anexa y la escuela municipal para niñas y varones, edificios construidos con barro, calaminas, maderas y caña de Guayaquil. Edificios pobres, levantados con rapidez de campamento.

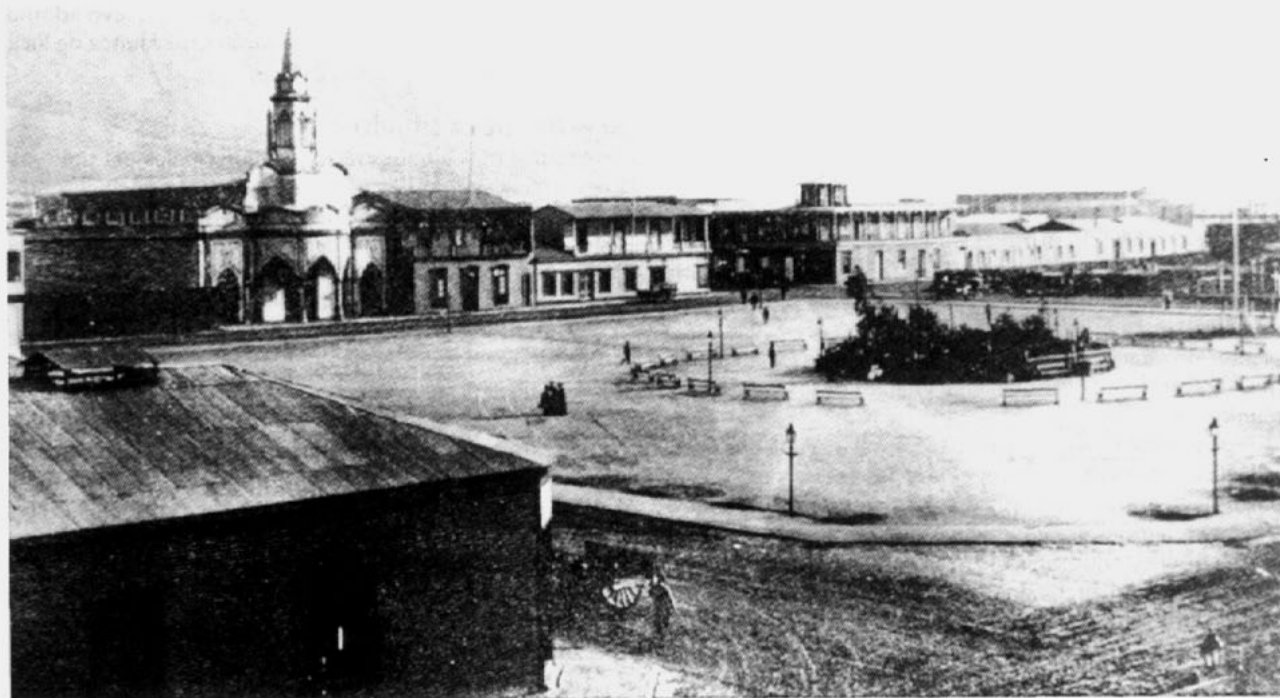
En ese tiempo, la ciudad se extendía en siete manzanas de mar a cerro y once de norte a sur. Hacia el oriente la calle más alejada era Independencia (hoy José Santos Ossa).

La Plaza Colón (nombre que se le asignó en el primer plano de la ciudad, en 1869), era sólo un sitio vacío sobre cuya superficie afloraban algunos montículos rocosos.

EL TREN DE LA PLAZA

En el entorno norte (calle Sucre) de la Plaza Colón, se ubicaban el local de la Compañía Sudamericana de Vapores y la Casa Pinau y Compañía. Hacia el extremo opuesto (Prat), se levantaban el Hotel Chile y el Banco Nacional de Bolivia. En el costado poniente (Washington) el Banco Edwards y una gran bodega. Ni la sede del Gobierno Comunal, ni la del Gobierno Nacional, se situaban en el entorno del más importante centro de reuniones de Antofagasta. No obstante, resultaba pintoresco y folclórico, el paso del tren por pleno sector de la calle San Martín. Entraba al centro por esa misma vía, subía por Lamar (Prat), doblaba hacia el sur por Nuevo Mundo (Manuel Antonio Matta) hasta Maipú. De allí, en diagonal, cortaba la actual plaza del Mercado y las manzanas Junín (Uribe) y Carabobo (Orella), para desplazarse hacia la quebrada La Negra por la calle del Ferrocarril (Avenida Argentina).

El humo y el tracatrac de la locomotora y los vagones que arrastraba, eran una escena tradicional de la plaza.



ESTA ES LA PLAZA COLÓN DE 1887. LA VISTA FUE LOGRADA DESDE LA ESQUINA NORPONIENTE DE SUCRE Y WASHINGTON

Los que realizaban actividades bancarias y comerciales cruzaban raudos su polvorienta superficie, mientras los que recién llegaban en busca de trabajo, así como las niñas y varones de las escuelas aledañas, se situaban en las veredas de madera sin encontrar un árbol bajo el cual cobijarse.

El tren estuvo corriendo por las calles de la ciudad cerca de medio siglo. En 1916, la empresa inauguró la Estación Nueva, ubicada en la calle Valdivia, y sólo entonces terminó el tracatrac del tren por el centro de la ciudad. La Plaza Colón guardó silencio.

INTENTANDO FORMAR LA PLAZA

En 1873, el prefecto de Cobija, jefe político del territorio marítimo, anunció visita a la ciudad. Indudablemente que era un acto cívico importante. Constituyó un imperativo embellecer la plaza. Los que cumplían condena carcelaria se convirtieron en trabajadores destinados a eliminar las rocas que afloraban en la superficie y las calles adyacentes.

Un año más tarde, en sesión municipal, se dio cuenta que ya estaba instalada una bomba para el riego del sitio y de las calles circundantes. Los vecinos habían formado un pequeño jardín central que ellos mismos cuidaban.

En 1875, el intendente de Valparaíso, Francisco Echaurren, donó 35 árboles y una pila para ser colocada en el centro de la plaza. El puerto principal de Chile tuvo una relación muy fluida con la naciente ciudad: los niños de la Escuela Municipal recibieron también libros para el aprendizaje de la lectura.

¡CUIDADO CON LOS BURROS!

Por las calles adyacentes de la Plaza Colón deambulaba una buena cantidad de burros y caballos sueltos, que sus dueños dejaban comiendo alimento seco. La arborización y la plantación de verde, estimulaban el apetito de los animales, que con voracidad destruían los esfuerzos de los vecinos y la Municipalidad.

Fue eliminado el peligro construyendo una reja que abarcó todo el perímetro y que impedía el paso de los burros. Para permitir la entrada de las personas, se instalaron cuatro crucetas giratorias. Era, entonces, una plaza cerrada, pero visible desde el exterior.

La guerra del 79 dio una nueva dimensión a la Plaza Colón: las retretas de las bandas de guerra y la presencia de soldados en busca de compañía y romance.

La guerra provocó también el cambio de nombre. El Gobernador chileno del Litoral, Luis García Reyes, por decreto le cambió el nombre de Colón, por el de Emilio Sotomayor. El

bautizo se fechó el 27 de agosto de 1880. Doce años después, con motivo de la celebración del cuarto centenario del descubrimiento de América (1892), sin ninguna disposición legal, la plaza retomó su antiguo nombre.

Como se puede advertir, la plaza de armas de la ciudad desde su nacimiento ha sufrido toda clase de transformaciones.

PERO VOLVAMOS A 1876

El presidente del Concejo municipal, el Alcalde Cruz Muñoz, lucía radiante y con cara de hombre satisfecho. Y no podía ser de otra manera: la Plaza Colón convertida en centro de reunión de la comunidad que asistía a escuchar las retretas, inauguraba la construcción de un tabladillo para ubicar a las orquestas, que amenizaban las tertulias. Era el año de 1876.

Un hermoso tabladillo de madera, ubicado al costado sur (Prat), se levantaba en elegante estilo, sobre pilares de madera. El rectángulo superior estaba rodeado de barandas que se unían a nueve pequeñas columnas. Cada una de ellas estaba coronada por un hermoso farol a parafina. Se accedía al estrado por una escalera instalada en el sector poniente.

Mejoraba el aspecto de la plaza con este nuevo adorno que la comunidad aplaudía. Tenía razón Cruz Muñoz de lucir tan orgulloso.

AL RITMO DE LA CIUDAD

Las distintas administraciones municipales del siglo XIX fueron realizando obras para embellecer el principal centro de reunión de la comunidad. Desde luego, un jardinero costeado por esa Corporación Edilicia asumió la responsabilidad de cuidar prados y árboles. Se acordó con una empresa resacadora de agua de mar, el abastecimiento para el riego.

El Alcalde Manuel Verbal y Silva, acentuó el esfuerzo embellecedor: construyó senderos interiores para el paseo de los vecinos, instaló bancas y se construyó una nueva pila. De igual manera, se aumentó en forma notoria la forestación. El broche de oro lo puso organizando una banda exclusivamente para las retretas.

A medida que la ciudad crecía y que nuevas tecnologías permitían un mayor avance urbano, la plaza fue cambiando de aspecto. La primera iluminación fue con faroles a parafina. En 1886 se inauguró el alumbrado a gas. En las fiestas patrias de 1904, llegó la luz eléctrica, que cambió diametralmente la presentación.

Del uso del agua desalada de mar, se pasó al agua potable. Entonces, la Municipalidad dispuso de riego gratuito, pues el contrato con la Empresa Huanchaca de Bolivia así lo deter-

minó. La celebración del primer Centenario de la Independencia de Chile (1910), le dio un nuevo aspecto a la Plaza Colón. Las colonias extranjeras la adornaron con hermosos monumentos.

En esta etapa de la historia regional, se vivía con gran esplendor económico. Los mercados mundiales demandaban a precio conveniente para los empresarios y el país. Las ciudades de la región cosechaban parte de la bonanza. Los cantones salitreros de Pampa Central y Aguas Blancas trabajaban a plena producción. Las poblaciones de las ciudades y de la región aumentaron de manera considerable, llegando a superar la población de Tarapacá.

Al mismo tiempo, las colonias extranjeras tenían un excelente grado de organización, lo que les permitió entregar importantes aportes al desarrollo urbano de la ciudad.

Los españoles, dirigidos por el vicecónsul Alejandro Granada, encargaron a Barcelona, España, la realización y ejecución del conjunto escultórico que se instaló (en el día de la Fiesta de la Raza de 1913) en el sector norponiente de la plaza, donde aún permanece.

Antocic, Palaversic y Skarnic asumieron la responsabilidad de construir el kiosco para la música, financiado por la colectividad croata. El monumento fue inaugurado el 26 de marzo de 1911. Seis meses después, la colonia británica (el 17 de septiembre) entregó el reloj. Se le ubicó al centro y, por lo mismo, hubo necesidad de eliminar la pileta de Verbal.

Un cronista de un diario local de la época, entregó el siguiente detalle en la edición del 14 de septiembre de 1911: *"Es una reproducción en menor escala del que existe en la torre del Palacio del Parlamento Británico en Westminster, dando las campanas las mismas notas"*.

La Plaza Colón se constituyó en un noble lugar de la ciudad, envidiable por cualquier plaza de armas de otras ciudades chilenas. Las colonias entregaron tres dignos monumentos que permanecerán a través de los años. Fueron los tiempos afortunados de nuestra plaza de armas. La misma que los días sábado y domingo congregaba -tiempos pasados- un cortejo de juventud, que soñaba amores, mientras la banda de la Guarnición Militar daba el ambiente musical.



EN 1913 FUE ENTREGADO EL MONUMENTO DONADO POR LA COLONIA ESPAÑOLA RESIDENTE EN ANTOFAGASTA.

ENTRE CABALLOS NACE LA AVENIDA BRASIL

Si se aprecian los planos de la ciudad en distintos periodos, se puede observar que en el año 1893, el sector que actualmente corresponde a los terrenos situados entre las calles Bernardo O'Higgins y José Miguel Carrera, está nominado como "Cancha de Carreras". Sólo en 1908 -quince años después- aparece señalado con el nombre de Avenida del Brasil.

IDEA DE MUJERES

Desde antiguo tiempo ese lugar fue usado como cancha donde se realizaban las carreras de caballos y por lo mismo estaba bautizada con ese nombre. Fue el 19 de mayo de 1897, cuando la Municipalidad acordó, en sesión presidida por el alcalde Hermógenes Alfaro, nominarla Avenida del Brasil. La idea contó con la aprobación unánime de los regidores presentes.

Sin embargo, para dar a Dios y al César lo que les corresponde, es necesario aclarar que la iniciativa no es sólo de origen municipal. Partió de la Sociedad de la Mujer, que inició la misión de homenajear a la república hermana. En sesión de su directiva propuso hacer llegar al municipio la idea de ponerle el nombre de Brasil a la entonces más conocida como plaza del Ferrocarril (Plaza Sotomayor).

Para dar respuesta a la inquietud de la Sociedad, se nombró una comisión de regidores que debería entregar un informe. A las 20.30 de la sesión del 19 de mayo de 1897, se dio cuenta a la Sala que no era posible el cambio solicitado porque la plaza se llamaba oficialmente Emilio Sotomayor, "*en homenaje a la memoria de un notable servidor del país y esclavizado patriota*". (Libro de Actas N° 10, Pgs. 69-70). Luego justificó que era necesario rendir un merecido homenaje de simpatía al Brasil y propuso que "*el paseo conocido con el nombre*



CANCHA DE CARRERAS DE CABALLOS QUE TAMBIÉN PERMITÍA USARSE PARA OTRAS ACTIVIDADES CON ANIMALES. ATRÁS EL ANTIGUO REGIMIENTO ESMERALDA

de Cancha de Carreras, se denominará en lo sucesivo, Avenida Brasil", y que ese 21 de mayo se reconocería de manera oficial el nombre. Acordó también oficializar la decisión a dicha Embajada.

EL RAYADO DE LA CANCHA

No es posible indicar la fecha cuándo se iniciaron las carreras en la Cancha, pero puede asegurarse que era de lejana data. Con el tiempo, el lugar se convirtió en un centro de serios conflictos. Las carreras se realizaban sin Dios ni ley. Cada cual hacía uso de las más diversas artimañas para ganar dinero en las apuestas. No fue raro que terminaran en una guerrilla colectiva con la participación de público, jinetes y propietarios.

Llegó el momento en que se crearon tan serios problemas, que la Municipalidad acordó reglamentar la competencia. En sesión del 26 de julio de 1907, bajo la presidencia del Alcalde Arturo Zavala, se dispuso una Ordenanza. Sería obligatoria la presencia de un Juez de Cancha designado por la Alcaldía, que las dirigiría, aplicaría multas a jinetes y propietarios, designaría jueces de partida y llegada, y hasta contaba con la atribución de suspender las competencias. "*El jinete - decía un artículo - que usare malicia, se le colocará en el último lugar de la llegada, aunque hubiere ganado la carrera*" (Libro de Actas N° 15. Pgs. 128-129).

PASO A PASO

Sucesivas administraciones municipales fueron dando forma a la avenida. Algo se hizo en el período de Hermógenes Alfaro. El Alcalde Arturo Zavala, a comienzos del siglo XX le dio un mayor impulso, empleando a los presos de la cárcel, junto con la ayuda de los vecinos que ya habían construido sus casas, y algunos aportes municipales. Los cuadros fueron tomando lentamente la forma de avenida. En sesión del 2 de junio de 1908 propuso: "*colocar árboles a uno y otro lado en toda su extensión y jardines en los cuadros comprendidos entre Salvador Reyes y General Velásquez*". (Libro de Sesiones N° 15. Pág. 274).

Al cumplirse el Centenario de la Independencia de Chile (1910) quedó terminado el cuadro que comienza en calle Matta y que lleva el nombre del acontecimiento que se celebraba. Para hermosearlo la Colonia Griega donó la escultura "Los luchadores". En la actualidad no existe tras ser destruida por la acción vandálica.

Será el Alcalde Poblete quien le otorgará mayor dedicación. Hacia 1918 se estaban pavimentando las calles. Un año después, don Maximiliano informaba a los regidores (Sesión del 22 de abril de 1918), que se había habilitado el riego de las dos primeras cuerdas y que sólo faltaban los cuadros de Gral. Velásquez y Antonino Toro.

Dice la letra de una canción popular: "las cosas que tiene la vida", que con seguridad debió conocerla el Alcalde Poblete, puesto que, años más tarde, en 1927, en una sesión que él dirigía, se aprobó por tres votos contra dos, cambiarle el nombre de Brasil, por el de España. Fue una ofensa gratuita que nunca se cumplió.

LA CASA GIMÉNEZ : GIMÉNEZ Y GIMÉNEZ

La ciudad vivía su tarde invernal. El generoso sol de mediodía se cubrió de un biombo de nubes que oscureció el cielo y enfrió la tarde. En el quinto piso del edificio de Matta esquina Baquedano, la familia de don Ismael se agrupaba en torno a la mesa. Desde los platos, ya servidos, se escapaba un vaporcillo claro que llenó el ambiente de un apetitoso olor a chorizo riojano. La familia iniciaba la liturgia tradicional de paladear la vianda preferida de los domingos: "patatas a la serrana".

Don Ismael Giménez y Giménez (así gustaba llamarse) vino al mundo en las tierras fértiles de Nieves de Cameros, provincia de Logroño, el 14 de marzo de 1882. Fue otro hijo más del matrimonio Ciriaco Giménez Losilla y Casimira Giménez Blanco. Los dueños de las tierras eran las familias de los ricos "señoritos" y las cultivaban los empobrecidos campesinos.

Joven como una esperanza, don Ismael emigró a Sevilla. Allí trabajó y gozó de la herencia árabe que en cada rincón desnudaba su belleza.

Como muchos españoles se vino a América en busca de mejores horizontes económicos. Don Ismael desembarcó en el pujante puerto de Taltal, donde fue bien acogido por la colonia y mejor por la hermosa logroñesa María Del Valle Hoyuelo. Se casaron y a mediados del decenio del año diez se trasladaron a Antofagasta.

Asociado con Enrique Longueira, formó su primera casa comercial: tienda "La Camelia". Trabajosamente y con mucha suerte, conquistó su inicial fortuna.

En 1918, el matrimonio Giménez Del Valle retornó a España. Nuevamente Sevilla: la recorrió con la misma avidez de sus años adolescentes. Una y otra vez miró el hermoso edificio, mezcla de gótico y árabe que albergaba a la tienda "La Ciudad de Londres".

Enamorado de la obra, se contactó con el arquitecto Espieu y cerró trato: le mandaría los planos para hacer un edificio similar en Antofagasta.

LOCO DE AMOR

En la ciudad, el proyecto resultó increíble: un palacete sevillano en la esquina de Matta con Baquedano era derrochar dinero: "Ismael está loco", reiteraban. Si la inversión fuera en Santiago o Valparaíso, bien valía gastar, pero en Antofagasta "es una locura".

Don Ismael opinaba diferente: una locura de amor por el cariño a Sevilla y Antofagasta. Un palacio para soñar. Más alto que ningún otro, para tener el océano en las ventanas. Enton-



LA TIENDA "GIMÉNEZ" ATENDIÓ A LA CLIENTELA ANTOFAGASTINA DESDE LOS PRIMEROS AÑOS DEL SIGLO XX. LA CONSTRUCCIÓN OBEDECIÓ A UN ESFUERZO QUE IMPULSÓ EL PROPIETARIO DEL LOCAL, EL COMERCIANTE ESPAÑOL ISMAEL GIMÉNEZ Y GIMÉNEZ.

ces, comenzó a nacer "el otro" Giménez, el que aspiraba a la eternidad.

El 19 de mayo de 1923 -en plena crisis salitrera- el constructor Jaime Pedreny inició las obras. Miles de barricas de cemento sueco, azulejos sevillanos, fierro y vidrios europeos y buena madera chilena, fueron dando forma a la maravilla sevillana.

Tiempos duros: el salitre comenzaba a vivir sus años de agonía. En política, Alessandri dejó el poder (1920-1925), llegó la dictadura de Ibáñez y luego la anarquía. La economía estaba por el suelo. Mientras tanto, don Ismael gastaba su dinero en construir. Lentamente crecía "el otro" Giménez: un palacio de 28 metros de altura, cubierto de caprichosas formas geométricas, requería tiempo y mano de obra especializada que no existía en la ciudad. Don Ismael seguía soñando; réplicas de hermosos murales de pintores españoles fueron cobrando vida en el quinto piso (habitación de la familia): "El parque de María Luisa de Sevilla", "La Giralda", "La Catedral de Sevilla", "La aduana" y "La torre de oro", adornaron el comedor.

DIOS DISPONE

A fines de 1924 "Los Almacenes Giménez" estaban a punto para inaugurarse, lo que significaba la muerte de "La Camelia". El ingenio de don Ismael escribió en los avisos de la prensa, con no disimulado orgullo: "¿Cuál será el nombre del ranchito?"

Está claro que el hombre propone y Dios dispone: la muerte de María Giménez, de 18 meses, obligó a retrasar la inauguración. Sobreponiéndose al dolor, don Ismael continuó luchando y finalmente fueron abiertas las puertas de "Giménez" en diciembre de 1924. La locura amorosa había costado la fabulosa suma -en ese tiempo- de un millón y medio de pesos.

Al término de los años veinte, la economía mundial se detuvo: el mundo se sumió en la gran depresión. La crisis se metió por todos los rincones con el agravante de la muerte definitiva del salitre. En el amplio salón de venta de "Giménez" penaban las ánimas. La quiebra no se hizo esperar. Don Ismael con las ilusiones vigentes, sin muestra de derrota, consiguió trabajo, por dos mil pesos mensuales, en una Casa Importadora Alemana y siguió luchando. Un año duró la mala racha y con la ayuda de su hijo Ismael, de nuevo volvió al mostrador propio.

Año 1963, de nuevo a España en busca de salud para María. Ahora era distinto: enfermedades y años -cumplía 81- no le permitieron soñar como en otros tiempos. Retornó sin ilusiones. Había que esperar. En 1967 su corazón dejó de latir. Meses después, lo siguió María...

Entonces, "el otro" Giménez cobró vida propia y como sentenciaba su creador: *"tendrá que caerse toda la ciudad antes que se derrumbe mi casa"*. Era como marcarlo con un signo de eternidad.

EL AUTO CLUB: LAS TRES "A" DE UN SUEÑO

El domingo 13 de octubre de 1919, "El Mercurio" de Antofagasta anunció en crónica destacada: *"Hoy se inaugura el chalet de la Asociación de Automovilistas"*.

Era la época del alcalde Maximiliano Poblete Cortés, que ya había iniciado la modernización de la ciudad. Con sostenido tesón, obtuvo del Congreso Nacional la ley que permitió a la Municipalidad la contratación de un empréstito por la suma de 200.000 libras de esterlinas. Londres otorgó el crédito sin grandes problemas, pues estaba respaldado por la garantía del Estado chileno.

Don Maximiliano sabía cómo construir una ciudad. La comenzó pavimentando las calles para encerrar el modesto polvo bajo la gruesa capa de asfalto: Prat, Matta, avenidas Brasil y Argentina. Una ciudad limpia es una ciudad pavimentada. ¡No había donde equivocarse!

En esos mismos tiempos, otro personaje imaginaba un gran proyecto: Carlos Hammersley Hempell. Llegó a la ciudad casado con Irene Chinchilla Kirpatrick.

Por razones laborales anclaron en Antofagasta. Aquí se fue

plasmando el sueño de Carlos: construir un gran chalet social en el camino hacia Coloso. Amigo del alcalde Poblete, soñaron en el sitio elegido: *"Allí, con el tesón de los propietarios de automóviles, podría levantarse un chalet destinado a propender el desarrollo de este deporte"*.

El primer esfuerzo lo centró en la formación de la sociedad constituida por accionistas. El estatuto estableció una cuota de incorporación de \$ 500 y la formación de un directorio. El 2 de febrero de 1918 se realizó la elección y salieron elegidos: Carlos Hammersley, Julio Dohl, Luis Tapia, J.M. Clarks, Arturo Penjeam y Luis Latrille. Hammersley fue designado presidente.

Carlos desplegó toda su energía tras la construcción del chalet. El arquitecto Luis Cousiño creó el diseño y el constructor inglés Juan Davidson ganó el concurso para levantar la obra.

EL SUEÑO SE HACE REALIDAD

El 6 de abril de 1918, Davidson inició la construcción. Carlos estaba siempre presente en las faenas, al tiempo que realizaba todas las gestiones para allegar más recursos. Pronto



EL ANTIGUO EDIFICIO DEL AUTOMÓVIL CLUB DE ANTOFAGASTA FUE CONSTRUIDO COMPLETAMENTE DE PINO OREGÓN.

se dio cuenta de que las entradas eran menores que los gastos y se jugó por la necesidad de alzar la cuota de inscripción. Los más importantes vecinos de la ciudad inscribieron sus nombres en la lista de socios.

A fines de junio se colocó el primer tijeral y se celebró la clásica fiesta del carpintero y en agosto quedó totalmente terminado. El costo llegó a ¡... la fabulosa suma de \$70.000!

El día 28 "El Industrial" de Antofagasta escribió: *"este diario no puede dejar de aplaudir la ardua labor del señor Hammersley, a quien tributa sus mayores aplausos por los felices resultados que ha tenido en su brillante empresa"*.

Carlos fue presidente hasta 1921 (año de crisis económica), y fijó su residencia en Santiago. Junto a Irene, su hermosa y distinguida mujer, continuó recibiendo a sus amigos antofagastinos y preocupándose de la obra que había dejado.

SE DESHACE UN SUEÑO

Después de Carlos continuaron presidiendo el Club ciudadanos tan distinguidos como: el doctor Arturo Penjeam (quien soñó con la idea de construir una población en los faldeos orientales del chalet, preludio de los actuales Jardines del Sur); Eduardo Cox Reyes, el doctor Gonzalo Castro Toro, Luciano Hiriart Corvalán, Antonio Cicarelli y Eduardo Roth Gibbs, entre otros.

Las fiestas de Año Nuevo de 1945 se celebraron con el entusiasmo de siempre: alegres y de amanecida. La vida del

chalet transcurría sin alteraciones. En la madrugada del 6 de enero, la sirena del Cuerpo de Bomberos hizo extenderse la alarma de incendio; eran las 3.30 y se señalaba como sitio del siniestro el chalet del Automóvil Club. Todo el esfuerzo que se hizo para apagar las llamas fue en vano: a las seis de la mañana estaba quemado en su totalidad.

"Cacique", el perro guardián, había alertado al personal que dormía. El teléfono no funcionó. Un garzón, en una destartada bicicleta, pedaleó hasta la Compañía de Teléfonos para alertar a los bomberos. Entre tanto habían transcurrido cuarenta y cinco minutos decisivos.

Quedó determinado que una chispa de la cocina -el reino del japonés Nobikado Teraniche- provocó el siniestro. Las pérdidas se avaluaron en un millón de pesos y los seguros comprometidos llegaban a la mitad: \$ 500.000.

La noticia conmovió a toda la ciudad. Las informaciones de la prensa reflejaron el sentimiento de pesar. Hugo Silva, entonces director de "El Mercurio", escribió: *"Cientos de antofagastinos sienten algo así como si se hubiese quemado el recuerdo de toda una vida, como si se les hubiese extraviado el relicario de las cosas íntimas: viejos amores, el primer pololeo, los juegos de la infancia, las emociones del primer baño de mar, las vacaciones anuales después de cada curso en un colegio lejano..."* (7/1/1946).

Las llamas no destruyeron los sueños. El mismo periódico anunciaba el 9 de septiembre la inauguración del nuevo edificio de la A.A.A.

HUANCHACA: RUINAS ETERNAS

En 1887, el chileno Melchor Concha y Toro y el boliviano Aniceto Arce, convienen en la venta del ferrocarril de la Compañía de Salitre a la Compañía Huanchaca de Bolivia y además la prolongación de la red férrea hasta Bolivia. Un proyecto de gigantes, que transformaría la economía de la región, puesto que permitiría el intercambio comercial entre el norte chileno y el suroeste boliviano.

Se requería traspasar el macizo andino (casi cuatro mil metros) y llegar hasta la provincia de Guizharro, donde se ubica el rico departamento argentífero de Potosí. En ese sector, la empresa que adquiría el ferrocarril era dueña del yacimiento de Pulacayo, a 10 kilómetros al noroeste de Uyuni. Llegando la vía férrea hasta Antofagasta, posibilitaría el envío de la plata a los mercados de consumo. La negociación se convertía así en una excelente oportunidad comercial para la Compañía Minera de Huanchaca.

La entidad boliviana tenía en explotación el yacimiento de Pulacayo, pero para sacarlo a la costa debía usar carretas tiradas por mulas y avanzar por el desierto, en un viaje que duraba 18 días y llegar a Cobija, puerto de embarque. Costos altos y peligro para tan preciosa carga.

Aún cuando la empresa minera tenía dos fundiciones en Bolivia, las condiciones en que trabajaban no eran las más adecuadas para bajar costos de producción, de tal manera que determinó construir en Antofagasta la más grande fundición de mineral en América Latina.

En esas condiciones y perspectivas nació el establecimiento de Playa Blanca.

EL POBLADO SATELITE

Las fiestas patrias de 1892 reactualizaron una antigua discusión entre la autoridad de la Iglesia y la civil: ¿dónde colocar las ramadas dieciocheras? Para la autoridad civil, en la Plaza Colón; como siempre, Monseñor Luis Silva Lezaeta, pedía en otro lugar. ¿Cómo es posible celebrar el Té Deum, mientras las cantoras de las ramadas chillan las cuecas? Esta vez, monseñor tomó la línea recta: *"el Té Deum será en la capilla de Playa Blanca, a la que daré, provisoriamente, el rango de catedral"*. Y así fue.

La construcción de la fundición de plata de Playa Blanca hizo nacer en el sector sur de la ciudad una importante población satélite, mayor a dos mil habitantes (laboraban mil), que vivía en el campamento formado por Casa del Administrador, habitaciones para obreros y empleados, Iglesia, Pulpería, cuartel de bomberos, local de la Administración y los ser-

vicios de teléfono, luz eléctrica, agua potable y fábrica de gas, para envidia de los antofagastinos.

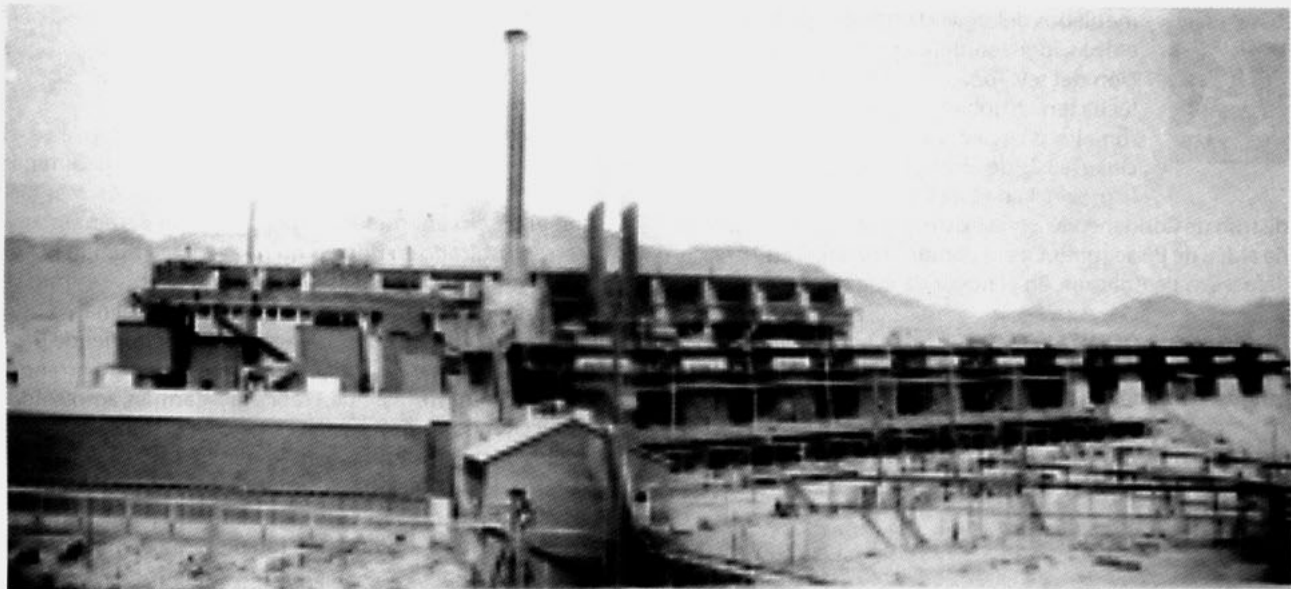
Sin embargo, lo que allí había no era concordante con el esfuerzo financiero y tecnológico empleado: enriado de kilómetros, tendido de una red de agua potable -la primera de la región- con una longitud de 314 kilómetros de extensión. Hay que añadir la colocación de cables telegráficos desde Uyuni al puerto. Ni más ni menos.

Los cálculos de los ejecutivos de la empresa, en cuanto al tiempo que demoraría la construcción del gigante de Playa Blanca, no fueron muy exactos. En abril de 1889, los ingenieros norteamericanos Arturo F. Wendt y A. Gmehling, entregaron los planos, pero la fabricación de maquinarias -se siguió el esquema de la fundición de Montana de USA- demoró más de lo estimado, de tal manera que todo el montaje quedó terminado a fines de 1892 y sólo en abril del año siguiente se obtuvo la primera barra de plata.

El establecimiento de Huanchaca era capaz de beneficiar 200 toneladas diarias de mineral, lo que producía 3,85 toneladas de plata al mes.



NADA MUERE. TODO SE TRANSFORMA. LAS RUINAS DE LA EX FUNDICION DE PLAYA BLANCA. SEGUIRÁN POR SIEMPRE JUNTO A LOS ANTOFAGASTINOS.



EN 1892 QUEDÓ TERMINADA LA FUNDICIÓN PLAYA BLANCA DE LA COMPAÑÍA MINERA HUANCHACA. ASÍ LUCÍA, ENTONCES. DIEZ AÑOS MÁS TARDE COMENZABA EL DESARME.

HACIA LA RUINA

Al año siguiente de comenzar las faenas, "El Industrial" (9/11/1894), daba una señal de inquietud e informaba: *"Los resultados ojalá permitan paliar el costo de seis millones y medio gastados en aquella obra que se presupuestó a uno"*.

Lo lamentable fue que "Alá" no escuchó el ruego del periódico y la fundición de plata de Huanchaca tuvo una corta existencia. En 1902 paralizó las faenas. Un decenio de vida hace suponer que la inversión no fue rentable, o al menos, poco rentable. Hubo intento de revivirla vendiéndola a una empresa norteamericana, pero los tiempos no estaban para milagros.

¿Cómo se explica el fracaso? En Pulacayo se inundaron las faenas mineras y ni aún con bombas poderosas, no hubo solución. Además, el mineral bajó su ley y en el mercado internacional, el precio cayó al suelo.

Como aseguraba un filósofo griego, nada muere, todo se transforma. La fundición se fue desarmando y vendiendo parte por parte. Julio Pinkas compró la casa de empleados para el ferrocarril y aún existen, sin que muchos lo sepan, en Avenida Argentina, entre Baquedano y Maipú. El mismo Pinkas compró las locomotoras para el ferrocarril; las maquinarias y la maestranza viajaron al desierto, para servir en las oficinas salitreras. Como nadie sabe para quien trabaja, los relaves del mineral lo usaron los vecinos de la ciudad, porque diluidos en agua daban un hermoso color rosado para pintar las casas.

Finalmente, Félix Corona solicitó los relaves como pedimento minero. Obtenida la propiedad, los vendió a la firma Hochschild, ganando "un buen billete". La casa de agua salada, derivó en la Iglesia de los militares.

Como nada muere y todo se transforma, las ruinas de Huanchaca quedaron para la ciudad, por una eternidad.

LA QUINTA DE RAFAEL CASALE

A mediados del siglo XIX Italia, a través de varias etapas, logró su unidad política bajo la dirección del rey. Todas las regiones que hasta esa fecha tenían gobiernos autónomos reconocieron al monarca como autoridad nacional. Incluso la isla de Sicilia. En esa misma época, en la provincia de Palermo y dentro de ella, en el distrito de Corloane, vivía una existencia campesina la pequeña aldea de Bisacquino. En esa comunidad nació en 1871 don Rafael Casale Agatone, en el hogar de una familia pobre.

DE FIGARO A QUINTERO

Rafael se independizó rápidamente de sus progenitores y miró a Sudamérica como tierra de la esperanza. A bordo de un barco y en condiciones miserables, desembarcó en el estuario del río De la Plata. Montevideo fue su primera oportu-

nidad. Luego Buenos Aires y después Bolivia. En ninguna parte encontró lo que buscaba. Tenía entonces 22 años. Chile salitrero sonaba como tierra de promisión. Rafael dejó Bolivia y emprendió rumbo a Antofagasta.

Como buen italiano, se instaló con una peluquería en el local ubicado en calle Prat esquina de Washington. Durante años cortó el pelo y afeitó las barbas de los vecinos. Más tarde con el dinero ahorrado compró a Manuel Barrao un amplio terreno ubicado en Uribe esquina avenida Argentina. Don Rafael guardó las tijeras y sacó la pala y el azadón de agricultor siciliano y se esforzó en convertir la tierra salina en una esponjosa cubierta agrícola. Lentamente fue adquiriendo propiedades vecinas para extender su negocio y luego arrendó las quintas Aramayo, Oriental, Francesa y Carmen, ampliando la producción de verduras y flores, las que vendía con facilidad en las oficinas salitreras y en la ciudad.

La tarea de quintero era, en los primeros tiempos, una faena sacrificada. El mismo cuenta que regaba con agua de resacadora de mar, adquirida en toneles y que debía de enfriar antes del riego. Don Rafael hizo fortuna con el sudor de su frente.

NACE LA QUINTA CASALE

En 1910, don Rafael transformó la quinta en un restaurant que ofrecía cocina internacional, licores y vinos de las mejores marcas y alegres cenas bailables. En un amplio salón ubicado en calle Uribe, la orquesta amenizaba los banquetes, las cenas familiares y las fiestas de fines de curso de las escuelas secundarias. Un lugar idílico. A muchos les parecía que el paraíso se había trasladado al desierto nortino: frondosos árboles y arbustos, junto a macetas cubiertas de flores, daban al lugar un aspecto incitante y romántico. El restaurant llegó a ser mundialmente conocido, ya que muchas de las guías turísticas norteamericanas lo señalaban como un centro de finas viandas y de agradable entretención. Aquí conoció a Rosaura Lana, con quien se casó y tuvo a Teresa, su única hija. Cuando enviudó, se casó con una dama italo-argentina que, con seguridad, conoció en alguno de sus viajes, pero que al parecer nunca se estableció en la ciudad y por lo mismo se desconoce su nombre.

No cabe dudas de que la quinta se transformó en un excelente negocio para don Rafael, lo que le permitió darse algunos gustos caros para la época: viajar a Santiago y Buenos Aires cuando se anunciaba una buena temporada de conciertos. La Italia de la música culta seguía corriendo por sus venas.



INTERIOR DE LA QUINTA DE RAFAEL CASALE



RAFAEL CASALE, EL ITALIANO QUE CULTIVÓ ARBOLES, VERDURAS Y FLORES EN SU FAMOSA QUINTA

AQUÍ DEJARÉ MIS HUESOS

Don Rafael gozó con la riqueza que le dio la "Quinta Casale": viajó a Italia y estuvo en Sicilia rememorando sus años mozos. Muchos pensaron que no retornaría. No fue así: don Rafael volvió a la ciudad. Adquirió un hermoso fundo en Talagante. Nuevamente se pensó que abandonaría la ciudad. Tampoco acertaron. Para que nadie dudara de que se había decidido por Antofagasta, repetía: *"mis huesos quedarán en esta ciudad"*.

A pesar de sus múltiples actividades, don Rafael se dio tiempo para fundar la Sociedad Italiana de Socorros Mutuos. La década del veinte produjo en el mundo cambios políticos de importancia. Mussolini y su estado fascista se alzó como un poder bélico. Después surgió Hitler. Don Rafael fue cogido

por la nueva ola. Ingresó al Fascio llegando al grado de Secretario General. En la misma época el rey de Italia lo declaró "Caballero de la Corona".

Hacia 1946, las circunstancias cambiaron radicalmente: la ciudad vivía la angustia de la escasez de agua, de modo que las quintas agrícolas producían con gran dificultad. Además don Rafael había llegado a los 75 años y la vejez debilitó sus fuerzas. Era difícil seguir luchando. Entonces decidió terminar con la quinta y el restaurant. Vendió la propiedad a la iglesia Presbiteriana. Se apagaron las luces; se silenció la orquesta y sólo el fantasma de los recuerdos acudía a revivir los viejos tiempos.

El 21 de marzo de 1951, a la edad de 80 años, el siciliano antofagastinizado, dejó sus huesos en esta tierra.

10. HITOS DE LA CONCIENCIA HISTÓRICA



LA VISITA DE BALMACEDA

El 4 de marzo de 1889 partió de Valparaíso, rumbo al norte, el "Amazonas", transportando a un ilustre pasajero y a una no menos ilustre comitiva: el Presidente de la República, José Manuel Balmaceda Fernández, dos Ministros y dos Generales. Iquique era el destino principal y, además, los puertos salitreros de Tocopilla, Antofagasta y Taltal.

El viaje tenía grandes proyecciones. El Presidente Balmaceda, con su presencia, daba solemnidad y soberanía a los territorios recién recuperados y aprovechaba su presencia en el corazón económico del país para reafirmar su política salitrera y ferroviaria.

En Iquique, en un banquete que le ofrecieron seiscientos ciudadanos, pronunció el discurso más polémico de los tiempos y que es fundamental para comprender una de las causas de la guerra civil de 1891:

"El monopolio industrial del salitre -sentenció- no puede ser empresa del Estado... tampoco debe ser obra de particulares, ya sean éstos nacionales o extranjeros... (hay que) frustrar toda eventualidad de una dictadura industrial en Tarapacá". Luego se refirió a los ferrocarriles: "... espero -definió- que todos los ferrocarriles de Tarapacá serán de propiedad nacional". Y terminó: "aspiro a que Chile sea dueño de todos los ferrocarriles que cruzan su territorio" (Encina - Castedo. Historia de Chile. Tercer tomo).

En Londres, un frío de incertidumbre recorrió el cuerpo del Rey del Salitre, John Thomas North.

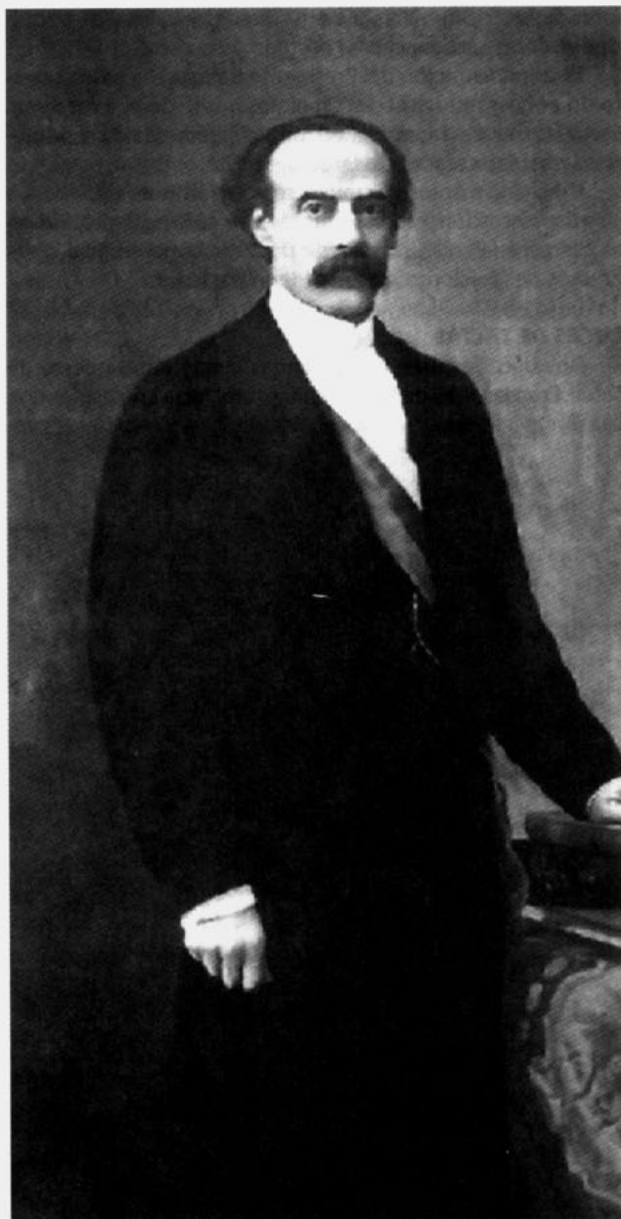
VIAJE AL TOCO

En el viaje de retorno, Balmaceda se detuvo en el puerto de Tocopilla. Venía con el ánimo de conocer en terreno la situación de las salitreras. Un año antes se habían iniciado los trabajos de construcción del ferrocarril al Toco, que al momento llegaba al kilómetro 50 y sobre el cual su constructor, Manuel Ossa Ruiz, aseguraba que *"era la obra más atrevida que se haya construido en las costas del Pacífico"*.

El Presidente subió al tren, arrastrado por la primera locomotora (la misma ubicada en la actual avenida 18 de Septiembre con Santa Rosa, en Tocopilla) y recorrió la ruta que se estimaba a lo largo de 27 kilómetros por cerros y 23 llanos desérticos.

INAUGURA LICEO

El 15 de marzo, el "Amazonas" ancló en la bahía de Antofagasta. En tierra lo esperaba la comitiva encabezada por el



EL PRESIDENTE JOSÉ MANUEL BALMACEDA VINO A CONOCER EL DESARROLLO DEL NORTE Y DE LAS INSTALACIONES FERROVIARIAS.

intendente Enrique Villegas, autoridades locales y distinguidos vecinos, para cumplir el programa de visitas.

La administración del Presidente Balmaceda había puesto un énfasis muy especial en el desarrollo de la educación. Escuelas universitarias (el Pedagógico), secundarias y primarias se habían creado a lo largo del país.

No olvidó a Antofagasta. El Liceo de Hombres, creado bajo su administración, fue inaugurado por el Presidente. Luego se dirigió a la calle Balmaceda para recibir el edificio de la aduana de Mejillones, que él ordenó trasladar.

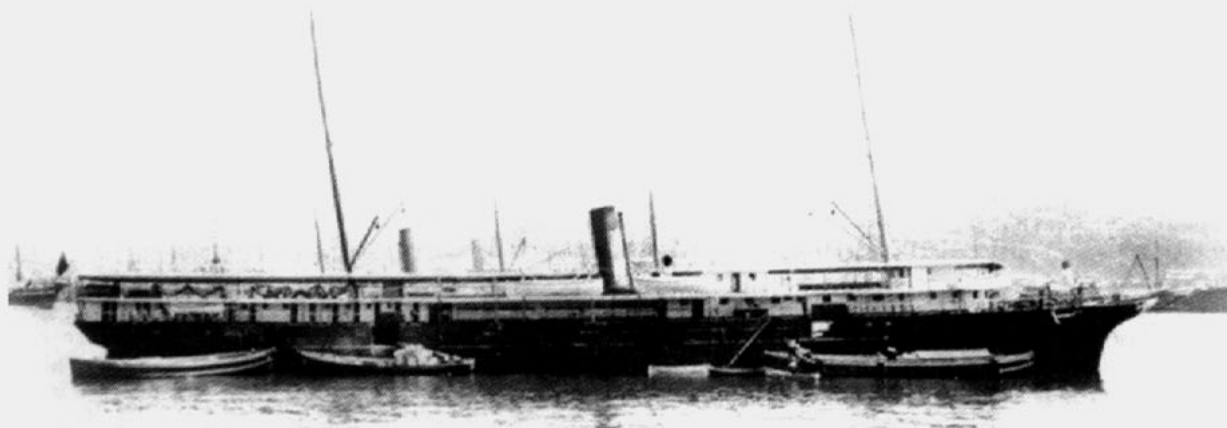
LUCES DE TALTAL

Dos días después, el "Amazonas" ancló en el puerto de Taltal. Eran las 9.30 de la mañana y el sol lucía con esplendor. La comitiva encabezada por el Alcalde Oliva y respetables ve-

cinos, esperaba a S.E. Visitó los edificios públicos, la Sociedad Beneficiadora de Metales y luego abordó el tren que lo llevaría hasta la Oficina "Flor de Chile". Terminaba, de esa manera, su conocimiento personal de la actividad salitrera del norte.

Al regresar a la ciudad, el Presidente pudo comprobar el esmero con que se había organizado su recepción: la plaza estaba iluminada por ocho mil luces que destellaban claridad principesca. El pueblo, a teatro lleno, terminó el homenaje al hombre de figura varonil y de fácil discurso.

Balmaceda volvió al "Amazonas" satisfecho de su gira y convencido del desarrollo de la región y el norte. El barco emprendió rumbo al sur y el Presidente rumbo a asumir la más difícil tarea de su vida: la guerra civil de 1891, que costó al país diez mil muertos y la existencia del romántico mandatario que soñó con un país grande y libre.



BARCO EL AMAZONA, QUE TRANSPORTÓ A BALMACEDA HACIA TARAPACÁ Y ANTOFAGASTA

EL GENERAL VIGNOLA SALVÓ LA DEMOCRACIA

El segundo decenio del siglo XX fue un período complicado para el país. La economía sufre una profunda crisis, motivada por el término de la primera Guerra Mundial, la menor demanda de salitre, los conflictos políticos derivados del agotamiento del parlamentarismo y la irrupción de nuevas fuerzas sociales (las clases medias) en el manejo del aparato público.

El Gobierno de Arturo Alessandri -El cielito lindo- surgió como una esperanza en los sectores pobres. Pero sólo fue una esperanza que se desvaneció como pompa de jabón.

En septiembre de 1924, Alessandri abandonó el país rumbo a Italia, investido con el cargo de Presidente en el destierro. Una Junta Militar asumió el mando.

Su ausencia fue breve. Al iniciarse el nuevo año, los uniformados lo llamaron para que terminara su período presidencial.

¡Cosas que ocurren sólo en Chile!

Alessandri promulgó una nueva Constitución, instaurando un fuerte presidencialismo. A pesar de esto, la anarquía continuó. El General Ibáñez, electo Presidente por seis años, no completó su período y renunció en julio de 1931. Fue el inicio de la avalancha anárquica. Doce distintos Gobiernos se alternaron en 14 meses y días. En esas circunstancias, asumió la Presidencia el General Bartolomé Blanche, el 13 de septiembre de 1932.



LOS INTEGRANTES DEL COMITÉ CÍVICO CONSTITUCIONAL, EL "COMITÉ SALVADOR". ENTRE OTROS, APARECEN EL GENERAL VIGNOLA, BENJAMÍN AGUIRRE Y JULIO ASMUSSEN. DICHO ORGANISMO DICTÓ DIVERSAS E IMPORTANTES DISPOSICIONES, TODAS LAS QUE APUNTABAN A RESTABLECER EL ORDEN DEMOCRÁTICO EN EL PAÍS.

EL GENERAL VIGNOLA

En la región había un fuerte descontento. Civiles y militares compartían este sentimiento y el General Pedro Vignola se había constituido en el eje de esta unidad.

Se contaba también con un importante número de líderes locales: el Abogado Osvaldo Hiriart; el Doctor Gonzalo Castro Toro; el Empresario Benjamín Aguirre y los Periodistas Asmussen y Fuenzalida, Directores de los diarios "El Mercurio" y "El Industrial", respectivamente.

El General Vignola era un hombre de excepción. Descendiente de César Vignola, soldado del Regimiento de Granaderos de Cerdeña, Italia. Había perfeccionado su profesión en institutos académicos de Francia y realizó una brillante carrera profesional. Culto, cordial y de excelentes relaciones humanas. Estableció sus lazos de amistad con el alcalde Poblete y el intendente Serruys.

Al General no le agradaba la anarquía existente y así lo dejó establecido en sus Memorias: *"Yo servía al Ejército, no a los hombres que se sucedían en el mando, porque no nací con condición de lacayo"*.

Después de "Los cien días de Dávila", se apoderó de la Presidencia el General Bartolomé Blanche, que intentaba volver a la constitucionalidad. Pero eso nadie lo creía. Entonces, desde la Segunda Región estalló el llamado Movimiento Civilista Constitucional, encabezado por Vignola y la civilidad.

EL TELEGRAMA 1237

Trece días después de asumir Blanche, Vignola envió al comandante en jefe del Ejército, el explosivo telegrama 1237. Muy largo, pero que en síntesis decía: *"Repudio toda intromisión del Ejército en la dirección del Gobierno... y el anhelo más ardiente es que se restablezca el orden constitucional"* ("El Mercurio" de Antofagasta, 26/09/1932).

La reacción local y regional fue espontánea. Las guarniciones de Calama y Antofagasta le expresaron su adhesión.

En la ciudad se movilizaron todos los partidos políticos y empresarios. Hubo grandes manifestaciones de apoyo.

El Comando de Santiago le ordenó presentarse de inmediato en la capital. Vignola pensó: "Allá no me van a recibir en el (Hotel) Crillón, sino en el más estrecho de los calabozos" y se rehusó.

El Comando en Jefe tomó otro camino: envió al General Leonardo Marín para reemplazar al insurrecto. Más de 200 personas se apretujaron en Portezuelo para esperar el avión que transportaba a Marín. Antes de bajar, sostuvo conversaciones con un oficial que envió Vignola. La muchedumbre gritaba ordenándole retornar a Santiago. Finalmente, para salvar la situación, Benjamín Aguirre lo obligó a bajar hasta la ciudad y lo dejó prisionero en una pieza de la Cervecería, esperando un barco para hacerlo retornar.

La noche del 28 de septiembre se creó el Comité Cívico Constitucional, formado por Benjamín Aguirre, el Doctor Gonzalo Castro Toro, Osvaldo Hiriart, Luis López, Julio Asmussen, Chipoco, Edmundo Fuenzalida y José Ramos.

Una multitudinaria concentración nocturna ratificó su apoyo al general Vignola y reiteró la exigencia de renuncia de Blanche.

La mecha encendida en la región prendió luego en las Divisiones de Iquique, Coquimbo y Concepción. En el mismo Santiago hubo adhesión hacia Vignola.

La situación era irreversible. El 2 de octubre, Blanche renunció dejando en su reemplazo al presidente de la Corte Suprema, Abraham Oyanedel, quien cumplió el compromiso de efectuar elecciones populares.

De nuevo don Arturo Alessandri se ciñó la banda presidencial. Había terminado la anarquía y la Segunda Región jugado el más importante papel en la historia política nacional.

PEDRENY: EL CATALÁN DE LAS IZQUIERDAS



Al iniciarse el siglo XX, España vivía una encrucijada política. El Rey Alfonso III alternaba en su Gobierno a los partidos Conservador y Liberal, que no tenían propuesta acogedora para las circunstancias en que se desenvolvía el país. Mientras tanto, republicanos y socialistas acaparaban la simpatía popular.

Con la tolerancia de su majestad el Rey, Primo de Rivera (en 1923) instauró la dictadura militar, repudiada por la mayoría. En la misma línea de Gobierno le siguieron el General Berenguer y el Almirante Aznar. Todo cambió en las elecciones municipales de 1931: republicanos y socialistas triunfaron por amplia mayoría. Alfonso III huyó y se estableció la segunda república española.

En ese teatro de la historia había vivido sus años de existencia, el catalanísimo Jaime Pedreny Gassó.

REPUBLICANO DE LAS IZQUIERDAS

Jaime nació en 1888, en un hogar catalán de la Villa de Sorreal, en Tarragona, el que era formado por Bernardo y Magdalena, miembros de una familia de empresarios textiles y descendientes de la aristocrática Casa de Alvarado y Tarragona. La tierra de Jaime está ubicada al noreste de España, en la llamada "Costa Dorada". Estudió en la Universidad de Barcelona, ciudad que descansa su planta urbanística sobre la "Costa Brava".

La Universidad estaba impregnada del vigoroso movimiento republicano, socialista con fuerte connotación regionalista. Allí aprendió Jaime los conocimientos de arquitectura, escultura y dibujo, lo que le permitió organizar -años más tarde- una gran empresa constructora. En síntesis, Jaime fue un ferviente regionalista (fundó en Antofagasta la revista "Cataluña Libre"); un apasionado republicano (fundó la sociedad el "Ateneo Republicano"); y, un socialista de las izquierdas (presidió la "Sociedad de Amigos de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas"). Un personaje del siglo, capaz de combinar lo serio con lo frívolo.

En su homenaje fúnebre, Hugo Silva escribió sobre él: "*ponía corazón, pasión en todo aquello, porque se interesaba, grande o pequeño, distante o próximo. La astronomía o los fletes marítimos; la cuestión social o el surrealismo; Marx o una carrera de caballos*" ("El Mercurio", 29/3/1941).

GRAN CONSTRUCTOR

Cuando frisaba los veinte años, Jaime desembarcó en Valparaíso. Residió un año en Santiago. En 1908 viajó a Antofagasta; se enamoró de la tierra, cuyo mar lo imaginaba semejante a su "Costa Dorada".

Cuando logró estabilizarse, retornó a la capital, donde contrajo nupcias con Raquel Palma Pederín. Formó un hogar estable, constituyendo una familia con seis hijos.

Estableció su casa en la calle Eduardo Le Fort 307, la que sólo abandonó cuando lo llevaron rumbo al Cementerio.

Organizó una importante empresa constructora, que levantó los más hermosos edificios, varios de los cuales aún dan nobleza a las calles de Antofagasta; el Palacio sevillano de Giménez (Matta con Baquedano), el Palacio de Abaroa (Avenida Brasil), la Municipalidad (hoy Casa de la Cultura), la antigua Intendencia (que desapareció bajo las llamas de un in-



JAIME PEDRENY, EL CATALÁN DE LAS IZQUIERDAS QUE TANTO CONTRIBUYÓ AL DESARROLLO DE ANTOFAGASTA.

cendio), el Banco Anglo Sudamericano (actual Banco del Estado, en Prat con San Martín), y el Teatro Nacional, que aún se mantiene como sala de cine. En la quebrada La Negra construyó el polvorín del Ejército.

PRIMERA RADIO

Jaime fue un visionario. La radiotelefonía emergía en el mundo como tecnología de punta. Un artefacto que hablaba y difundía la música. La última maravilla.

En Chile aún no se intentaba su instalación.

En 1920, Jaime emprendió la hazaña en la ciudad. En el espacio apareció la onda CMCA, que pasó a la historia como la primera emisora de Chile y la segunda de Sudamérica. Se le

conoció como la radio de Pedreny. Años más tarde, se llamó CA 127 Radio Norte. Posteriormente, en la misma banda, como Radio Cooperativa.

Jaime fue amigo de dos grandes personajes de la época: el obispo Luis Silva Lezaeta y el alcalde Maximiliano Poblete. Para ayudar a la comunidad, colaboró con los planos y la construcción de la Maternidad y el Asilo de Ancianos, ambas obras en homenaje a su amigo obispo.

El 29 de marzo de 1941, las radioemisoras CA 127 y CA 141, esta última de Ángel García Agra, silenciaron sus micrófonos. Era la forma de despedir la vida de Jaime Pedreny Gassó, el gran constructor y el pionero de la radiotelefonía nacional.



EL ANTIGUO EDIFICIO DE LA INTENDENCIA, CONSTRUIDO POR JAIME PEDRENY. TENÍA EL MISMO ESTILO

LA BATALLA DEL AUTO CLUB

Al finalizar la década del treinta, dos grandes acontecimientos sacudieron la historia nacional: en política termina el ciclo conservador y asume la dirección del país el Partido Radical en concertación con socialistas, democráticos y comunistas. El Frente Popular se hace cargo del Gobierno bajo la conducción del presidente Pedro Aguirre Cerda. Terminaba así el reinado de Alessandri (1920-1924 - 1932-1938). El otro acontecimiento se refiere a la economía: el liberalismo cedió el paso al intervencionismo del Estado, del que Corfo fue el brazo ejecutor.

Alessandri entregó el mando en difícil situación política. Si bien es cierto que el Ministro de Hacienda logró superar la crisis deflacionaria de la década, antes de entregar la presidencia sucedió la masacre de jóvenes nazistas en el edificio del Seguro Social (esquina encontrada con La Moneda). Con

razón o no, don Arturo tuvo enemigos violentos e irreconciliables.

"ME DEFENDERÉ A BALAZOS"

A las siete de la mañana del día 6 de diciembre de 1939, llegó al puerto el vapor Santa Lucía, consignado a Grace Line C°. Traía pasajeros y carga. Permanecería en la poza hasta las 18 horas de ese día. Venía a bordo un pasajero distinguido: el ex presidente Arturo Alessandri Palma y su hijo Fernando. Después de entregar el mando viajó a Europa y regresaba, según él, "jubilado de la política".

La visita resultaba conflictiva. La Vanguardia Popular Socialista llamó a repudiar su presencia en la ciudad. El partido tenía un fuerte contingente entre los obreros portuarios.

Los primeros que abordaron el Santa Lucía fueron los agentes de Investigaciones, Alejandro Díaz y José Amengual.



ALESSANDRI EN EL PUERTO EN LOS MOMENTOS DE PRODUCIRSE LAS MANIFESTACIONES EN SU CONTRA. A LA IZQUIERDA LA IMPONENTE FIGURA DE JOSÉ PAPIC.

La Dirección de la institución los designó como guardias permanentes, mientras don Arturo permaneciera en la ciudad. Según los antecedentes que manejaban, advirtieron que no era conveniente bajar a tierra.

Más tarde llegó una comitiva de amigos y simpatizantes de los viajeros: los hermanos Augusto y Humberto De Ramón, Guillermo Pinochet, Octavio Carrillo, Víctor Ortiz, Luis Zelaye y el joven regidor José Papic. Los periodistas locales rondaban entre ellos.

Don Arturo lanzó una declaración de guerra: *"he sabido que me preparan una contramanifestación... la verdad es que no comprendo, se enojan porque me fui y ahora se enojan porque vuelvo. Bajaré a tierra y si algo me hacen me defenderé a balazos"*. ("El Abecé", 05/12/1939).

Alessandri tenía entonces 71 años. Usaba bastón, no tanto para apoyarse, sino para poner un signo de dignidad a su figura y además, defenderse. La lancha que lo trajo a tierra llegó a las 11.45 horas. No bien arribó la embarcación, los obreros portuarios iniciaron las contramanifestaciones. Los gritos de "¡asesino!, ¡masacrador!" se multiplicaron. Don Arturo blandiendo amenazante su bastón, retrucaba: "¡canallas! ... ¡mal agradecidos!" El ex mandatario no era un hombre temeroso, sino de tener. Amigos y detectives, lo cogieron del brazo para evitar que avanzara hacia la muchedumbre.

Terminado el episodio portuario, José Papic lo acompañó en vehículo con el fin de recorrer la ciudad: Ferrocarril, Correos, Intendencia y Municipalidad, para luego detenerse en los Baños Municipales y de allí dirigirse al Auto Club para almorzar. Era el sitio tradicional de los pasajeros en tránsito.

A las 12 horas se sentaban a la mesa con los hermanos De Ramón, Papic, Riesle, Díaz Ossa y otros amigos. La charla era fluida y alegre. La guerra mundial fue el tema obligado. Don Arturo contaba hechos y anécdotas ocurridas con importantes personajes de la política mundial. ¡Una delicia!

A las 12.30 el ruido de un vehículo y los gritos de los que se acercaban, fue señal suficiente para anunciar que la batalla del Auto Club comenzaba.

SALVADO EN UN BAÑO

Con banderas rojas de combate descendieron del camión una cincuentena de personas. Todos varones jóvenes. Pertenecían a la Vanguardia Popular Socialista que entraba al campo de acción. Avanzaron a los gritos de asesino y otros epítetos no reproducibles. Entre todos era fácil identificar al dirigente Solín Juica, quien ocupó, años después, el cargo de regidor municipal. Don Arturo se puso en pie de batalla: con el bastón en ristre avanzó hacia los manifestantes, al grito de "¿a quién he muerto yo... ¡imbécil!" A esta altura comenzó la lluvia de piedras y algunos aseguran que incluso, balazos. Fue entonces cuando los agentes determinaron aislarlo en un baño del edificio. Don Arturo despotricaba contra sus celadores exigiéndoles que lo dejaran intervenir. Un verdadero «Leon» enajulado.

Afuera seguía el combate. Fernando, quien trató de parlamentar, fue herido de una pedrada en la frente. La situación se tornó caótica: los exquisitos platos de comida derramados en el suelo, sillas y mesas quebradas. Igual destino tuvieron los ventanales. La llegada de refuerzos policiales puso término al combate. Antes de retirarse, los vanguardistas destruyeron el automóvil del Seguro Social que inocentemente estaba estacionado a la entrada del Club. Minutos más tarde se hizo presente el Dr. Gonzalo Castro Toro. Se hicieron las primeras curaciones a Fernando y se atendió a algunas damas con ataque de histeria.

A las seis de la tarde el Santa Lucía levantó anclas. E n uno de los camarotes descansaba don Arturo y Fernando. Había sido un día difícil, pero interesante. La sirena anunció la partida. Muy pronto el barco sólo era un punto en la larga tarde de diciembre.

En la prensa de fin de año, el Auto Club anunció su tradicional comida bailable de Año Nuevo, obligadamente en traje de etiqueta. Era la otra cara de la historia.

INTENDENCIA Y LAS SEDES DEL GOBIERNO REGIONAL

Los caballeros se detuvieron en la esquina de Washington con Prat, frente a la Plaza Colón. De entre ellos sobresalía un hombre alto y de aspecto atlético. Su rostro estaba ceñido por un cabello largo y crespo, además de una barba cuidada. Su amplia frente se deslizaba sobre una nariz bien perfilada, configurando la estampa de un aristócrata. El Presidente Manuel Balmaceda Fernández visitaba la naciente provincia de Antofagasta y se interesó en examinar las obras de la nueva sede de la Intendencia. Aspiraba a que fuese un edificio cómodo y de arquitectura agradable.

El salitre le permitía al país gozar de un superávit presupuestario que el Presidente asignaba, entre otras cosas, a la construcción de edificios públicos.

El intercambio de palabras entre los miembros del grupo terminó cuando Balmaceda ordenó al ministro de Obras Públicas:

"asigne más dinero para la terminación de la casa del Gobierno Provincial". El sol de marzo de 1889 aún caía con calor de verano.

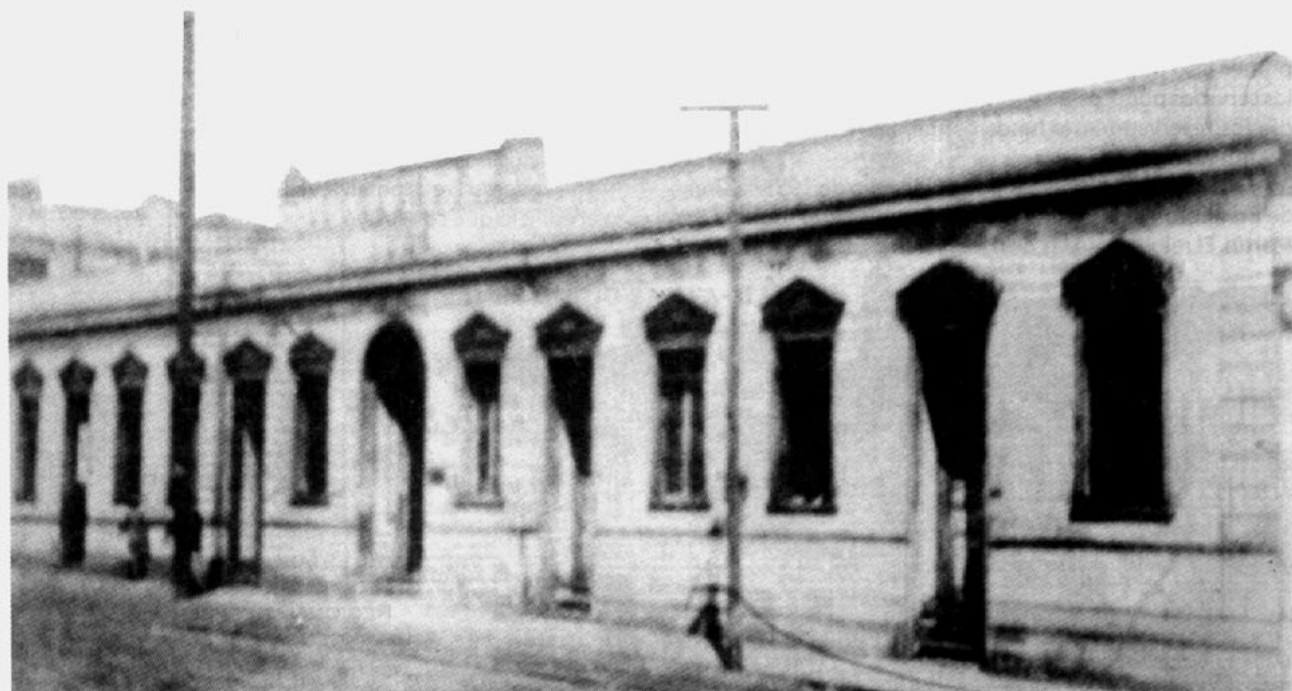
DE UNA ESQUINA A LA OTRA

El Diario Oficial consignaba, con la firma del Presidente, la Ley que determinó la creación de la nueva provincia, integralda por los departamentos de Tocopilla, Antofagasta y Taltal.

Hasta ese momento, el minero y el hombre público Enrique Villegas, desempeñaba el cargo de gobernador. El Gobierno lo sentó en la Intendencia.

Don Enrique siguió atendiendo en la casa de la antigua Gobernación, Prat esquina Washington, un viejo edificio en cuyo patio interior emergía una mole rocosa (aún existe) y el agua salobre que brotaba espontánea.

La propiedad perteneció a Hernán Puelma, prestigioso



LA PRIMERA CASA DEL GOBIERNO REGIONAL ESTUVO UBICADA EN LA ESQUINA SUROESTE DE PRAT CON WASHINGTON. ESTE EDIFICIO FUE CONSTRUIDO POR ORDEN DEL PRESIDENTE MANUEL BALMACEDA.

vecino vinculado al municipio. Él la vendió al Fisco. La construcción era de pino oregón, madera nacional, caña de Guayaquil y techos de género pintado.

Una breve lluvia fue suficiente para inutilizarla. El problema no era fácil de subsanar, porque -en general- las construcciones eran de mala calidad.

Don Enrique buscó una nueva alternativa. La solución surgió en la esquina opuesta (donde hoy se ubica el Correo). Era una propiedad refaccionable. Así lo aseguró el contratista que tomó la obra.

En esas circunstancias arribó a Antofagasta el Presidente Balmaceda y la orden que le dio al ministro de Obras Públicas, estaba encaminada en ese sentido.

Hasta comienzos del siglo pasado, la Intendencia funcionó en esa esquina. El "boom" salitrero y la consiguiente explosión demográfica, demostró que era necesario construir otra sede para el Gobierno Provincial. Para ello se ubicó el espacio de Prat con San Martín.

El arquitecto Leonardo Butacci confeccionó el proyecto y Jaime Pedreny la construyó. La obra se terminó en 1909.

UN INTENDENTE EN PIJAMA

El nuevo edificio era de un hermoso estilo neoclásico. El primer piso tenía 2.824 metros cuadrados y se destinaban a los servicios públicos. El segundo totalizaba 1.276 metros cuadrados, reservado, en lo fundamental, a la habitación privada del intendente.

En la madrugada del sábado 16 de julio de 1955, la sirena de Bomberos señaló como sitio siniestrado Prat esquina San Martín. El reloj marcó las 4.50 de la mañana.

El espectáculo era dantesco y cómico: el señor intendente, pequeño, gordito y en pijamas, observaba cómo el fuego consumía el edificio.

A las 8.30, se había extinguido el fuego. Como cáscara de nuez quedaron en pie los muros exteriores.

EN EL ELEGANTE HOTEL DE TURISMO

Yerko Obilinovic, inspector del Consorcio Hotelero, puso un enérgico énfasis a sus palabras. El secretario de la intendencia, Francisco Molina, también hablaba con voz destemplada. Obilinovic exigía que intendente y funcionarios abandonaran el segundo piso del hotel que ocupaban hace diez días. Era un hotel de lujo y estaba perdiendo clientela. Molina retrucaba que el desalojo se debía a que "la gente linda" enfermaba de urticaria con la presencia de vecinos de poblaciones que acudían a las audiencias con Juan Lacassie. Finalmente, la sede de la Intendencia se trasladó al último piso del edificio de Correos. El exilio duró años. Lacassie dejó el cargo que le confió el Presidente Ibáñez. Don Néstor Del Fierro, con su infaltable habano en la boca, ocupó la misma casa hasta el término del mandato que le entregó el Presidente Jorge Alessandri. Aseguraba que tenía una ventaja: no muchos se atrevían a subir los escalones, no aptos para cardíacos y entrevistarse con él. Mientras tanto, el constructor Joaquín Vial Izquierdo, levantaba el nuevo edificio de la Intendencia. No siempre se cumple aquello de "nadie sabe para quien trabaja". Y ésta fue una de las excepciones. Cuando asumió el mando don Eduardo Frei Montalva, Vial se instaló como Intendente en el edificio que construyó.



EL ESTADO EN QUE QUEDÓ LA INTENDENCIA REGIONAL, DESPUÉS DEL INCENDIO DECLARADO EN LA MADRUGADA DEL 16 DE JULIO DE 1955. YA ESTABA EN PRAT CON SAN MARTÍN.

EL CARACOLINO: TESTIGO DE LA INFANCIA DE ANTOFAGASTA



"EL CARACOLINO" FUE LA PRIMERA PUBLICACIÓN PERIODÍSTICA QUE VIO LA LUZ PÚBLICA DE ANTOFAGASTA. ÉSTA ES PARTE DE SU PORTADA DEL 6 DE OCTUBRE DE 1877

En los primeros meses de 1872, llegó al naciente poblado de Antofagasta, un ilustre ciudadano ecuatoriano. Elegante en el vestir, destacaba su figura iluminada por un rostro agraciado, con amplios mostachos desparrramados sobre el labio superior. Su andar marcial y su cuerpo erguido, denunciaban la estampa de un militar. Era el Coronel del ejército ecuatoriano, don Cornelio Escipión Vernaza, que por razones políticas se vio obligado a abandonar su país y que desembarcó en estas playas atraído -con seguridad- por las fabulosas leyendas de Caracoles y el salitre.

Ese año, la ciudad mostraba un intenso movimiento. Chilenos y extranjeros, hombres honrados y delincuentes, de todas las edades y condición social, llegaban a instalarse en busca de fortuna y horizontes promisorios.

Del núcleo familiar de don Juan López, instalado en 1866, la población llegó a 800 habitantes en 1870. Dos años después se hacía sentir el influjo de Caracoles y se contaban más de tres mil habitantes.

El coronel Vernaza instaló su hogar en San Martín con Bolívar. Allí su esposa, también ecuatoriana, Raquel Lazarte, formó un acogedor centro de actividad social y política. En esa misma casa nacieron sus dos hijos.

Vernaza, como prototipo del militar latinoamericano, tenía una clara inclinación hacia la política. Llegó justo en el momento cuando se organizaba la Municipalidad y se daba co-

mienzo a la vida partidista.

En esta circunstancia, Vernaza decidió organizar una empresa periodística destinada a editar un periódico para satisfacer las necesidades de una pujante población, protagonista de la infancia de la ciudad. Importó una imprenta y al lado de su casa instaló un taller donde se imprimió "El Caracolino".

La elección del nombre se explica por sí solo: Caracoles era la palabra mágica más usada entre sus habitantes, pues en ella se conjugaban sueños, fortunas y futuro. No está registrada la fecha exacta de su nacimiento, pero no equivocados decir que fue a mediados de 1872.

LO HEMOS VISTO NACER Y CRECER

"El Caracolino" fue el testigo del crecimiento y desarrollo de la ciudad: la construcción de la planta elaboradora de caliche, del ferrocarril, las actividades de los municipios, la instalación del comercio y las dificultades entre Chile y Bolivia por los problemas limítrofes.

Fueron parte del equipo estable de redactores el Ingeniero y Alcalde Matías Rojas; el ciudadano francés Pedro Mochefort; el argentino Patricio Gallo y Abraham Zambrano. Colaboraron en la redacción de artículos de opinión los industriales y mineros Francisco Latrille y Claudio Garday.

"El Caracolino" no sólo entregó información, sino que también emprendió campañas en beneficio de la ciudad, del cuerpo de bomberos y de las necesidades de los empresarios.

En agosto de 1875, don Cornelio recibió la información



EL CORONEL ECUATORIANO CORNELIO ESCIPIÓN VERNAZA, FUNDADOR DE "EL CARACOLINO", DEJÓ EN ANTOFAGASTA UN GRATO RECUERDO, A PESAR DE SU CORTA PERMANENCIA.

de que se había producido un vuelco político en Ecuador y que estaban fuera del poder sus enemigos. El día 29 publicó en "El Caracolino" una interesante nota de despedida:

"Años ha -decía- que importamos a estas playas la primera imprenta tipográfica que en ella ha funcionado; tres años que circuló este periódico..." Terminaba: "La hemos visto nacer (a la ciudad), crecer y nada nos será más agradable como las nuevas que nos lleguen de su engrandecimiento y cultura".

Cornelio Escipión Vernaza se llevó en su corazón el amor por la ciudad y sus dos hijos que aquí nacieron.

Partió el editor, pero no se disipó la presencia de "El Caracolino". Sus nuevos propietarios, Máximo Fernández y Medardo Gaitía, continuaron publicándolo. Posteriormente, y por la necesidad de mantener informado a los electores sobre su actuación como parlamentario, el diario fue vendido al diputado Manuel Franklin Alvarado.

El desembarco de las tropas chilenas el 14 de febrero de 1879, puso término a la existencia de "El Caracolino".

TOP SECRET

El rescate de la historia de una nación o de un pueblo, pasa por el rescate de la prensa escrita de la época. El cronista que entrega información, el editorialista que vierte análisis, todas estas vivencias de los contemporáneos son fundamentales para recrear el pasado. En todas las más importantes bibliotecas del mundo se guardan esos testimonios.

Para los investigadores de la región, la posibilidad de investigar en "El Caracolino" ha sido infructuosa. Ocurre que el periódico no se encuentra en la Biblioteca Nacional de Santiago, sino que en Bolivia y en los archivos particulares de estudiosos bolivianos.

Lamentablemente, en estos últimos tiempos las relaciones diplomáticas con el país hermano han estado suspendidas, lo que ha impedido llegar por la vía amistosa y sería a esa fuente de información.

Es más, cuando se ha solicitado a un historiador paceño la posibilidad de revisar su colección particular del periódico de la época, la reacción ha sido de reproches por situaciones pasadas que deben olvidarse.

"El Caracolino", testimonio del nacimiento y la infancia de Antofagasta, se ha convertido en un documento top secret. Es una lástima: a lo mejor a través de estas páginas será posible rescatar algún acontecimiento histórico de la ciudad que hoy aparece olvidado.

Los secretos entre miembros de una familia no son recomendables. Los pueblos de América que tienen un pasado común tienen también un porvenir común. Somos una familia que debe permanecer unida para consolidar su destino.

Las páginas de "El Caracolino" deben abrirse.

EL ABECÉ DE UN CROATA

Fundado el 11 de Octubre de 1933
Autor: Propietario: Mateo Skarnic H.

Antofagasta (Chile) Martes 3 de Noviembre de 1943

Acuerdo total en Moscú

Entre Rusia, Gran Bretaña y Estados Unidos.-Se estipula la colaboración más estrecha en la prosecución de la guerra contra el Eje.-Se resolvió la liberación de Austria y se señala a Badoglio las normas para gobernar Italia.-El pacto de Moscú no obliga a Rusia a participar en la guerra del Pacífico e indica la posibilidad del funcionamiento de una Liga de Naciones.-China se une al pacto en calidad de firmante original de la histórica declaración

El pacto de Moscú no obliga a Rusia a participar en la guerra del Pacífico y los acuerdos de Moscú no obligan tampoco a China a participar en la guerra del Pacífico. Los acuerdos de Moscú no obligan tampoco a China a participar en la guerra del Pacífico. Los acuerdos de Moscú no obligan tampoco a China a participar en la guerra del Pacífico.

Tropas rusas ocuparon el istmo de Perekop y se desbordan hacia la Crimea

UNA PORTADA DE LA EDICIÓN DEL MARTES 3 DE NOVIEMBRE DE 1943.

Era invierno. Un sol generoso tendía su manto de calor sobre la Plaza Colón. En las bancas, los envejecidos cuerpos de los jubilados descansaban sus años. Allí se hablaba de todo, de lo humano y de lo divino. La política y la religión eran los temas preferidos que permitían pasar la mañana.

Como era habitual, don Mateo entretenía sus horas en la diaria tertulia. ¿Religión? ... ¿Política? ... Don Mateo era experto en letras y ciencias. De pronto dejó de hablar y sus manos se cruzaron sobre su ya calva cabeza. Se agruparon para ayudarlo. Don Mateo estaba ya ido.

En la tarde, el reloj de la Plaza anunció las 16.30. A esa misma hora en el hospital El Salvador, Don Mateo exhaló su suspiro de muerte.

Era un día de invierno del 16 de junio de 1955. La ciudad recién se levantaba de la siesta.

DE LA ISLA DE BRAC CON AMOR

Mateo Skarnic Harasic nació en Vilna, un pueblo situado al suroeste de la isla Brac, el 2 de junio de 1881.

Desde el siglo XV, los pueblos balcánicos habían vivido una historia de grandes sufrimientos. La invasión de los turcos otomanos comenzó una etapa de enfrentamientos étnicos y religiosos. El Cristo de los católicos y ortodoxos se

enfrentó con Alá de los islamitas en una guerra de odios y venganzas.

La vida se hizo más difícil. Las tierras apenas producían para subsistir. Don Mateo, como muchos, emigró a Sudamérica y -naturalmente- en esos años Iquique atraía por su salitre.

Allí se estableció. Ingresó a un colegio de enseñanza técnica, de manera que al término de sus estudios de contabilidad, se encontró provisto de un arma que le permitía buscar nuevos destinos. Eligió Bolivia. En Clizo, del Departamento de Cochabamba, se dedicó a la destilación de alcoholes. Luego, incursionó en Oruro y Challapata y más tarde se estableció en el mineral de Huanuni.

Sin embargo, en todo este tiempo no abandonó su afición periodística. Fue columnista de varios periódicos, en temas de análisis político, social y religioso.

Tupiza fue el último lugar de peregrinaje. Fundó el periódico "Aurora Social" para defender a los trabajadores y divulgar las ideas socialistas. Era como culminar una tarea emprendida con amor. Si bien el Presidente de Bolivia, Ismael Montes, a pesar de su liberalismo, estimó que la publicación ponía en riesgo la estabilidad de la nación y ordenó el destierro. Don Mateo, con 25 años, fijó su residencia en Antofagasta.

ENTRE LOGIAS Y PERIÓDICOS

Don Mateo era un hombre de su siglo, profundamente

marcado por el racionalismo y el apego a las ideas de libertad, fraternidad y tolerancia. Claramente libre pensador. Esa posición intelectual lo condujo hacia la masonería. En Antofagasta fundó las logias Espíritu Libre N° 39 y Pokret (Evolución) N° 54.

Su amor por el periodismo culminó con la fundación de "El Abecé", en octubre de 1920. Don Mateo se inició como director. En el primer número escribió: *"El Abecé -decía- no es un símbolo de doctrina, no promete nada, no indica más aspiración que la de quedarse siempre en el terreno original de los hechos y las cosas..."* ("El Abecé", 14/10/1920).

UN CROATA

Don Mateo se casó con Rosa Achurra, con quien tuvo una hija que heredó el nombre de su madre. Por los importantes servicios a la nación, el Gobierno de Gabriel González Videla le otorgó carta de ciudadanía.

Dicen que "la sangre tira" y no es mentira. La etnia eslava estuvo siempre presente en su vida. Defendió con pasión la unidad de los eslavos en la constitución de un Estado. Fue "hincha" de la ex Yugoslavia. Además, fundó varios periódicos en ese idioma que salieron fuera de las fronteras chilenas. "Pokret" fue uno de ellos.

Pero el eslavo no se quedó allí. Fue miembro entusiasta de la Sociedad y Voluntariado de la Compañía Yugoslava de Bomberos N° 3. Periodista, masón y bombero, don Mateo, el hombre que sin perder sus raíces, las echó en el desierto nortino. Fue el símbolo de la autenticidad y la lealtad para con sus ideas.



MATEO SKARNIC, EL JOVEN CROATA QUE LLEGÓ A IQUIQUE. MUY PRONTO SE DEDICÓ AL PERIODISMO EN ANTOFAGASTA Y FUNDÓ EL DIARIO "EL ABECÉ", QUE SE GANÓ UN ESPACIO ENTRE LA POBLACIÓN DE LA ÉPOCA.

ANTOFAGASTA: EL HOLLYWOOD CHILENO

Atención -exclamó una voz nerviosa- acción". Luego, esa misma voz rogó silencio al público que se apretujaba alrededor de la figura del joven abogado y periodista Edmundo Fuenzalida, y que ahora era el protagonista principal de la película muda que se rodaba en la Plaza Colón.

Con sus manos puestas en su boca, intentando formar un amplificador, Arnulfo Valck, sudando y agobiado por el calor, dirigía la acción de Edmundo y los que le secundaban. A su lado, Alberto Santana, el segundo director, hacía lo suyo. Ambos gozaban de excelente reputación profesional en Santiago, Valparaíso y Concepción. En Antofagasta, intentaban una experiencia novedosa, que había conmocionado a la población.

Cuando planteó su proyecto a los concurrentes a la tertulia antofagastina, recibieron un apoyo entusiasta. El ejército toma la idea como cosa propia y el Regimiento Exploradores seleccionó a tres oficiales (Franco, Oyarzún y Contador) para que actuaran en el film.

Al iniciarse la filmación, una enorme asistencia los siguió en la Plaza Colón, Matta, Prat y Latorre. Hasta los socios del chalet del Automóvil Club estaban expectantes, ya que sus señoriales salones eran escenario de la película.

A mitad de diciembre de 1926, los cines Imperio y Alhambra estrenaron la primera película filmada en Antofagasta: "Bajo dos banderas".

EL "BOOM" CINEMATOGRAFICO

La aventura cinematográfica no terminó: en 1927 fueron



EL 14 DE MAYO DE 1927, EN LA PÁGINA 11 DE "EL MERCURIO" APARECÍA ESTE AVISO: "MADRES SOLTERAS", FILMADA EN ANTOFAGASTA SERÁ EXHIBIDA A CONTAR DEL LUNES 16 EN LOS CINES LOCALES.

filmadas seis nuevas películas. En marzo, la empresa Productora Vita Film exhibió un nuevo éxito en los cines locales: "Madres solteras". Se repetían los nombres de varios artistas principales, pero en roles secundarios aparecían nuevas figuras: María Tosto, Sofía Woldman y José Zlatar.

Pagando un peso, por asiento en platea, y 60 centavos por galería, los espectadores se emocionaban con los sufrimientos de "la heroína", víctima de los eternos "donjuanes". Asistió un público desbordante.

En agosto eran anunciadas dos nuevas producciones: "La ciudad del oro blanco" y "Cascabeles de arlequín". Edmundo Fuenzalida, el joven de 21 años, encabezaba el reparto artístico. El guión fue escrito por el literato Juan Abba. "Cascabeles de arlequín" era la primera cinta con ribetes de comicidad.

En diciembre, las carteleras de los cines anunciaban otras producciones: "Cocaína" y "Buscador de fortuna". La primera relata la tragedia de dos almas que no pueden sobreponerse a los vicios. Blanca Siromball y Hermelinda Jara se agregan a los nombres de Fuenzalida y Svitincic.

Una nueva figura artística remeció a los cinemaniacos: Julio Asmussen, ex director de "El Mercurio" de Antofagasta, artista y escritor. Años más tarde escribió una obra teatral de éxito: "Aló..., aló... número equivocado".

EXPORTANDO CINE

"La Nación" de Santiago comentó de manera muy favorable la película "Buscador de fortuna". En esa crónica añadió: "Antofagasta ha llegado a ser en Chile un símbolo de progreso y sorpresa..., ahora en esas tierras han germinado la industria cinematográfica". En la ciudad, "El Mercurio" remachaba la misma idea, asegurando que "aquí se ha cimentado definitivamente la industria cinematográfica".

"Buscador de fortuna" fue realizada por un estelar extranjero. Desde luego, la dirigió un director ruso con amplia experiencia profesional en Alemania, Arcady Baytler. Los artistas fueron la argentina Amparo Vidal, la rusa Lina Vorg y los españoles Leopoldo y Elisa Saldivar.

El éxito pasó las fronteras nacionales. Se comentaba que los espectadores pensaban que había sido filmada en Santiago. El día del estreno, debió cerrarse la boletería antes de la hora.

Aplaudida en Antofagasta y Santiago, debió ser exportada a Buenos Aires. "La Nación" comentó: "La República Argentina, considerada como tierra de promisión de todos los productores nacionales y cerrada ahora herméticamente, acaba de

abrir sus puertas a la empresa antofagastina... "Buscador de fortuna" ha sido adquirida por una de las empresas distribuidoras norteamericanas más fuertes que se ha encargado de la programación en Argentina".

Al año siguiente, las esperanzas se desvanecieron. Juan Pérez Berrocal, conocido actor y guionista, exhibió la última producción nortina: "Vergüenza", escrita y conducida por él. Tal vez dada su truculencia, la censura la declaró "no apta para menores y señoritas". En el elenco artístico aparecen algunos nombres conocidos: Humberto Robledo, Cenol Alegría y Ricardo López. El lunes 16 de enero se estrenó en los cines Pabellón, Nacional y Royal.

Fue la última expresión de una inmensa esperanza. El camarógrafo René Berthelon filmó un documento de la Gran Carrera Automovilística Antofagasta-Mejillones-Antofagasta, con el apoyo económico de la Empresa Antofagasta Film.

En 1928, la cinematografía local apagó sus luces y bajó su cortinaje. ¿Para siempre?



RENÉ BERTHELO, CINEASTA Y ACTOR, 1927

LA "S" DE HUGO SILVA

Don Hugo Silva Endeiza marcó de una manera muy singular la presencia en la región. Sus opiniones siempre certeras, sin tapujos y las campañas que realizó a través del diario, hay que tenerlas en cuenta cuando se trata de ahondar en la historia local.

Llegó en 1915 en calidad de funcionario de "El Mercurio" de Antofagasta, con el cargo de jefe de crónica. Entonces, era un joven de 25 años.

Además de preocuparse de la información local, tuvo la excelente idea de dedicar una página del diario, una vez a la semana, para asuntos puramente culturales. La llamó "Los jueves literarios".

Allí escribieron personas de tanto renombre como el ensayista Emilio Vaisse (Omer Emeth), los poetas Ginés Navarro y Alberto Mauret Caamaño y el analista Aníbal Echeverría y Reyes.

La colaboración de los lectores tuvo tal interés, que su escritorio estaba cubierto de cartas, la mayoría de las cuales apuntaban hacia un romanticismo amoroso, que no le agradaba.

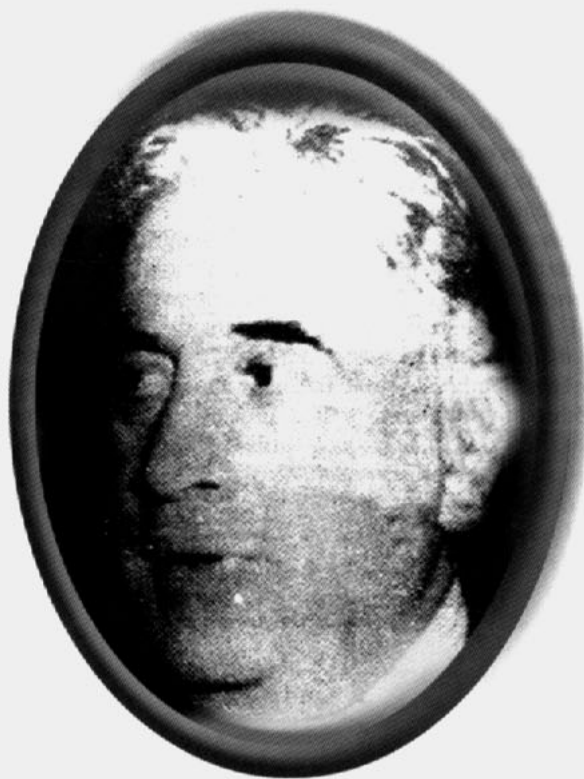
Fue así como, cansado de esa correspondencia, escribió dos poemas satíricos: ¿Por qué estoy triste? y Nocturno. En este último, una estrofa le trajo serios problemas sentimentales, puesto que la niña con quien pololeaba, cortó de inmediato sus relaciones con el periodista; y no era para menos, porque el poema podría identificarse con ella. Decía: "y con rendida adoración, depuse / fervoroso y ardiente cual ninguno / un ósculo a tus pies mientras pensaba / a lo menos calzará el cuarenta y uno".

Hugo Silva vivió la época de prosperidad de la región, motivada por las grandes exportaciones de salitre. Había estallado la Primera Guerra Mundial y los países beligerantes demandaban en cantidades considerables la producción salitrera. Fue lo positivo, porque terminado el conflicto, bajaron las ventas y llegó la depresión económica.

También le cupo la suerte de ser amigo y colaborador del alcalde Maximiliano Poblete en la etapa más fructífera de su administración (1912-1920). Dejó la ciudad cuando la crisis se ahondaba y la situación del país y el norte se tornó más difícil.

BREVE Y TRISTE RETORNO

En la mañana del 4 de enero de 1926, el vapor "Orcoma" ancló en la bahía de Antofagasta. Por la escalerilla de la nave descendió una joven pareja sujetando a dos pequeños niños.



HUGO SILVA ENDEIZA, DOS VECES DIRECTOR DE "EL MERCURIO" DE ANTOFAGASTA, DEJÓ UNA HUELLA IMBORRABLE EN LO QUE SE REFIERE A LA DEFENSA DE LOS INTERESES CIUDADANOS. SUS EDITORIALES LOS FIRMABA CON LA LETRA «S»

No había dudas: era la figura conocida de don Hugo, un poco más gruesa por efecto del tiempo: tenía ya 36 años.

El antiguo jefe de crónica, retornaba para asumir la dirección del diario "El Mercurio".

Los vientos de la historia volvían a azotar al país y la región. La anarquía política facilitó el advenimiento del Gobierno autoritario de Carlos Ibáñez Del Campo.

En Antofagasta, la Municipalidad se reemplazó por una llamada Junta de Vecinos, cuyos regidores o concejales eran designados "a dedo" desde el Poder Ejecutivo.

Don Maximiliano Poblete continuaba en el cargo de Alcalde, pero sin la brillantez y autonomía de tiempos pasados.

La mala racha también se ensañó con don Hugo. Llegó feliz para establecer su hogar con su esposa María Pérez y sus hijos, pero la mala fortuna no le permitió cumplir sus humanas intenciones.

Su esposa enfermó en el mes de marzo y el 5 de mayo de 1926, en la sección Vida Social de "El Mercurio" se participó su fallecimiento. Quizás el silencio que guardó el diario después de esa escueta información, refleje la inmensa tristeza del director.

Así terminó la primera experiencia matrimonial de Hugo Silva y su inicial incursión en la dirección del diario. Se alejó de la ciudad llevándose a sus hijos y dejando a su esposa en un sitio del cementerio, donde aún permanece.

VUELVE LA "S"

El último y tercer retorno de don Hugo se produjo el año 1934, en la madurez de los 42 años. Una vez más venía destinado a asumir la dirección de "El Mercurio". Lo acompañaba su esposa Olga Aguirre. Había curado su herida sentimental.

Esta vez le correspondió vivir la Segunda Guerra Mundial y los problemas que de ella derivaron, la conducción del radicalismo en el gobierno nacional y comunal, el desabastecimiento de artículos alimenticios y las grandes ilusiones de los antofagastinos por cambiar el destino de su ciudad.

El latigazo de la "S" se multiplicó para condenar y aplaudir los asuntos locales e internacionales. Cuando Churchill asu-

mió la conducción de la defensa de Inglaterra, escribió: *"porque la sangre que corre (por) sus venas, es la misma de 'Mambrú'... uno de los más grandes guerreros de todos los tiempos... firme, recio, dinámico, pleno de vitalidad y de ardor combativo"* ("El Mercurio", Antofagasta, 5/09/1939).

En la región y en la ciudad el desabastecimiento llegaba a sus límites: *"falta agua, electricidad, comida y -especialmente- el pan de todos los días. Los barcos de cabotaje traen más cuarterolas de vino que de alimentos"*.

El latigazo de la "S" silba en los aires para condenar esta aberrante situación.

Es la época en que surgen los grandes líderes locales: Gonzalo Castro Toro, José Papic Radnic. Las protestas se hacen a través de los cabildos abiertos, que se multiplican a través de todo Chile.

Entonces, el chasquido de la "S" estalla para aplaudir: *"contra lo usual en este país -escribe- parece que ha prendido un movimiento nacional iniciado en Antofagasta, en demanda de una solución definitiva de los problemas de abastecimiento de la zona"*.

El jueves 1 de mayo de 1947, el personal del diario se reunió en un almuerzo para despedir a don Hugo. Era su retorno definitivo. El administrador Carlos Craig decía que "El Mercurio" de Antofagasta y "La Prensa" de Tocopilla llevaban en su mensaje diario *"el sello espiritual y la estructura de don Hugo... con los tres atributos de un buen periodista: claro, breve, elegante"*.

Hugo Silva dejó Antofagasta, pero la "S" siguió haciéndose presente en la defensa de la ciudad y la región, hasta su muerte.

LA REVOLUCIÓN DE PEDRO CÁCERES

En 1909, la Municipalidad de Antofagasta eligió trece regidores (actuales concejales). Entre ellos designaron un primero, segundo y tercer alcalde, producto de un pacto político.

Aún cuando los radicales habían obtenido seis representantes, no alcanzaban la votación necesaria para la elección de su representante en la alcaldía. La ausencia de una mayoría consistente derivó en una constante rotativa de alcaldes, originando un caos municipal. Fueron tres años de anarquía en el ayuntamiento local.

Normalmente, la causa de los cambios de autoridad fue la inmoralidad administrativa. Elegido Alcalde Guillermo Fuenzalida, en la sesión constitutiva del 2 de mayo de 1909, duró en su cargo sólo dos meses y 25 días. Fue destituido bajo la acusación de manejo inmoral en los permisos entregados para el funcionamiento de "cantos y diversiones" en las fiestas del 18 de septiembre de ese año.

Salvado todos los requisitos reglamentarios, fue designado como Alcalde Pedro Cáceres Díaz, quien pasó meteóricamente por el sillón edilicio: un mes y 13 días.

A fines de noviembre fue relevado y en su lugar se designó a Julio Girard. La flamante autoridad descendió del cargo nueve meses y nueve días. Después lo reemplazó Luis Donoso.

Los escándalos no terminaron. A fin de año fueron detenidos el tesorero Abraham Soto, el ex director de Obras, Rubén Verbal, y el Alcalde Girard, acusados de fraude.

Para protestar contra la resolución judicial se organizó un gran acto público en la plaza Colón. El 16 de diciembre de 1910 los bandos antagónicos se reunieron en el sitio citado y la violencia estalló entre ellos. Fue allí donde el Alcalde Luis Donoso disparó un tiro mortal en el abdomen del ingeniero Juan Grove Vallejos. Donoso fue detenido y acusado de asesinato.

Previo a la designación de la nueva autoridad, los honorables regidores tuvieron que resolver un problema digno de una versión cinematográfica: el secuestro del colega Joaquín Álvarez Castro. Se hizo para evitar la formación de una mayoría municipal.

Resuelto este problema, se procedió a la elección. El 27 de noviembre fue designado el quinto "alcalde de la fama": Julio Flores, otro meteoro que pasó por el espacio municipal cuatro meses y 9 días.

Finalmente, la rotativa alcaldía terminó con la elección de Lantón Hurtado, el 6 de mayo de 1911. Fue el sexto Alcal-



EL POETA Y ALCALDE PEDRO CÁCERES

de de la Municipalidad de los "trece de la fama" y el que terminó el período de esa Corporación.

¡Pensar que entre los trece se diluyó la figura de Maximiliano Poblete!

PEDRO CÁCERES

Mención aparte merece el Gobierno de Pedro Cáceres Díaz, personaje pintoresco, de una cultura nada despreciable y que había ejercido como periodista en la prensa de Santiago.

Era miembro de una familia formada por veinte hermanos. Nació en Copiapó y estudió en la Escuela Normal, titulándose de profesor. Desde joven tuvo inclinaciones políticas. Cuando llegó a Antofagasta, traía el prestigio de haberse desempeñado como director de una escuela primaria en Copiapó.

El Partido Democrático, que entonces tenía una gran fuerza electoral, lo presentó como candidato en las elecciones mu-

nicipales de 1909. Resultó electo junto a tres correligionarios.

Al asumir la alcaldía, la Municipalidad atravesaba por una grave situación económica: para resolverla actuó con voluntad y decisión de acero. Cerró con llave la Casa Consistorial de Angamos (Matta) esquina Uribe; destituyó y nominó nuevos funcionarios; se negó a celebrar sesiones solicitadas por los regidores; trasladó la sede municipal a la calle Sucre, entre Angamos y Ossa, donde sólo llevó sus timbres.

"El Industrial" informaba el 17 de noviembre que: *"varios vecinos de buena voluntad han prestado al señor Cáceres una mesita y tres sillas a fin de facilitarles su labor alcaldicia"*.

No obstante las medidas tomadas por Cáceres, la fábrica de gas Lihn y Cía., cortó el alumbrado a la ciudad (funcionaba con gas), debido a las deudas. "El Industrial" señaló que *"a pesar (de) que la luna llena suplió la falta de alumbrado, la ciudad presentó anoche un feísimo y triste aspecto"*.

Pero no todo fue tragedia. Cáceres reaccionó rápido y dictó un decreto por el cual encargó a la Empresa de Alumbrado Eléctrico la iluminación de la ciudad. Ese fue el adiós al alumbrado a gas.

Sin embargo un mes y 13 días en la alcaldía no podía dar más frutos. Los regidores lo acusaron de transgredir la ley y fue despojado de su cargo.

LOS VERSOS DEL ALCALDE

Cáceres no volvió a ser regidor. Se dedicó a escribir en la prensa local y a la producción de poemas. Ése era su sueño. Lamentablemente, los años fueron turbando su mente y, hacia el final, perdió la cordura.

El hombre que había sido modelo de elegancia, comenzó a deambular por las calles céntricas andrajoso y sumido en un mundo imaginario.

Hacia 1931, un lector de "El Mercurio" explicó públicamente su tristeza por el estado en que se encontraba Cáceres: *"cuando vemos al ex profesor, al ex alcalde y publicista de muchos géneros de arte y literatura, abandonado y triste, nos da pena. Entonces pensamos que si existieran las Hadas Madrinas de los cuentos, lo harían joven y talentoso, como fue ayer"*.

En sus desvaríos, Cáceres se convirtió en un azote para las señoras de los alcaldes de turno. Cuando las veía salir de la Recova, cargando frutas y flores, les lanzaba los siguientes versitos: *"Flores y frutas de balde / yo también he sido alcalde"*.

Contaba Radomiro Tomic, que siendo estudiante del Colegio San Luis, él y sus compañeros se sentaban en los bancos de la Plaza Colón para molestar a Cáceres. Éste, sin enojarse, los miraba y les recitaba los versos: *"Jóvenes que estáis a mi izquierda / por qué no os vais a la misma mierda..."*

Don Pedro jamás recuperó el seso. Dicen que unos parientes que residían en La Serena se lo llevaron de la ciudad. Allí murió el profesor, el político, el poeta y el alcalde.

TRES ENCUENTROS CON GABRIELA

En 1911, Chile maduraba sus cien años de vida independiente. Emergía la clase proletaria y como consecuencia del conflicto social, Antofagasta e Iquique tenían su historia con sangre de trabajadores. Chile, sustentado en el salitre, experimenta un gran desarrollo económico, derrochado por un parlamentarismo paralizador.

La ciudad vive el auge salitrero. Barcos de todas las nacionalidades se mecen en las aguas de la bahía, y el dinamismo de la vida espanta el sueño y la tranquilidad.

El caluroso día del 11 de enero, el vapor "Panamá" lanzó sus anclas en la bahía. Una muchacha veinteañera hacía malabares para esquivar las dificultades del desembarco. Una mujer espera en tierra: ¿Señorita Lucila Godoy? ... ¿No?, interroga con acento de certeza. ¡Sí!, afirma la joven.

Era el primer encuentro de Gabriela Mistral con Antofagasta y el desierto. Permaneció aquí un año y medio, dividiendo su quehacer entre la docencia -inspectora y profesora de castellano en el Liceo de Niñas- y sus inquietudes intelectuales. Su amistad con el Director de "El Mercurio" de la ciudad, Fernando Murillo Le Fort, le permitió espacios para sus escri-

tos. La página literaria del diario -buenos tiempos- se enriquecieron con su palabra. Domingo 14 de enero: "*Nunca me contaron cuentos. En cambio de atiborraron de historia... pero cuentos, jamás. Poetas: haced cuentos para los niños*". 14 de febrero: "Un saludo a las gaviotas". 1 de septiembre: "En verdad no es un cuento / hay un ángel guardián / que ve tu acción y ve tu pensamiento".

En Antofagasta conquistó grandes amistades. Fidelia Valdés, quien la recibió en el puerto y que ejercía como directora del establecimiento. Fernando Murillo, periodista promisor. Poetas, profesores y alumnas. Aquí, por primera vez, se firmó con el seudónimo que la hizo famosa: Gabriela Mistral (se imprimió como Gagriely).

A mediados de junio de 1912, Gabriela, apoyada en la baranda del barco, se despide de la ciudad. A lo lejos se desdibujan el rostro de Fernando y de los cerros.

LA CIUDAD DEL IMPULSO

Once años después, Gabriela retornó a la ciudad, por el tiempo que "El Orcoma" permaneció anclado. Era el 26 de junio de 1922. Le dieron la bienvenida, la directora Fidelia Valdés, el poeta Alberto Mauret Caamaño y su esposa, el rector del



GABRIELA MISTRAL AL INTERIOR DEL BARCO EN QUE LLEGÓ A ANTOFAGASTA, LA ACOMPAÑAN SU SECRETARIA DORIS DANNAL Y GILDA PENDOLA

Liceo de Hombres, Francisco Carey, el escritor Ginés García, el empresario español Ismael Giménez y Juan Valdés.

Se turnaron para atenderla. Gabriela quería conocer la situación de la ciudad. La recorrió en un lujoso automóvil de la época.

"Es la ciudad -consignó la prensa- que el esfuerzo chileno puede mostrar como su mejor presa. Aquí la naturaleza no quiso colaborar con el hombre, pero el hombre levantó un pueblo a pesar de ella". ("El Mercurio" de Antofagasta, 30/6/1922).

Al pasar por la avenida Brasil, recordó con nostalgia: "la amplia y hermosa avenida Brasil, la cual yo dejé las plantaciones trazadas, (se ha convertido) en una avenida de Viña del Mar, con construcciones flamantes y casi graciosas y con vegetación chilena tropical".

Alberto Cabero la llevó al chalet del Auto Club, recientemente terminado. Le agradó el gran salón "donde danza la gente de nuestro tiempo, que danza tanto como rezó la Edad Media". Desde la cancha de tenis contempló el mar, "besado por este viento marino, tan noble amigo de la sangre humana".

Acompañando a su amigo Ginés García, visitó el viejo Regimiento Esmeralda, observando todo. Después expresó: "... al dar la última mirada al patio, tranquilo, lleno de sol, deseábamos que no se turbe nunca por la agitación bélica, esa paz de enredaderas y esa alegría de soldados que almuerzan entre alegres comentarios".

Para Gabriela y la ciudad los años no habían pasado en vano.

LA CIUDAD QUE NO VIO

Hacia la mitad del siglo XX, la ciudad había crecido más allá de lo esperado y se alargaba de norte a sur. La construcción de poblaciones aumentaba con rapidez, producto de la edificación de las Cajas de Previsión Social, o simplemente por el esfuerzo de inmigrantes modestos. La Gran Vía se perfilaba como una moderna comunidad. Otros proyectos de envergadura mostraban un porvenir risueño y próspero.

El profesor Mario Bahamonde, con el mechón de cabellos que le invadía la frente, esperaba tranquilo en un sector de desembarco del muelle fiscal. Era un domingo de septiembre de 1954.

El barco llegó a la hora señalada. Gabriela retornaba a la ciudad después de treinta y dos años de ausencia. Ya no era la espigada "Iola" de 1911. Tampoco la mujer madura y segura de 1922. La acompañaban sus 64 años, su secretaria Doris Dana y Gilda Péndola.

Los saludos de rigor y la conversación se enhebró entre ella y el escritor Bahamonde. *"Me habría gustado dar un paseo por la ciudad -se excusó no muy convencida-, pero mis compañeras no quieren dejarme bajar".* Y agregó mirando con una sonrisa a Doris: *"tengo el corazón mal. Mi madre era cardíaca, pero vivió mucho".* Siempre dirigiéndose a Bahamonde, se quejó: *"me extraña que los maestros no me escriban nunca".*

A esta altura de la escena, se incorporó su amiga Carmen Molina y entraron en un diálogo íntimo.

Esta vez, Gabriela y la ciudad no se encontraron. Apenas "la besó el viento marino".

REYES Y PRÍNCIPES EN CALAMA

El flemático pueblo inglés estaba conmovido. La Casa Real, convulsionada; el parlamento en debate permanente y el mundo con la vista puesta en Inglaterra. El Primer Ministro advirtió que no estaba dispuesto a aceptar esa situación. Todos esperaban el desenlace final de tan crítico momento.

Todo partió desde el momento que el Príncipe de Gales, conde Chester, duque de Cornualles y heredero del trono y cuya coronación estaba fijada para mayo de 1937, anunció que no asumiría su real cargo, porque amaba a la hermosa norteamericana Wallis Warfield. El problema no consistía sólo en el casamiento con una plebeya sino que, además, con una divorciada. El príncipe rompía las más esenciales tradiciones de la casa monárquica. De otra forma, el acontecimiento se transformó en un cuento de hadas en el que el príncipe renunciaba a la corona por una cenicienta. Finalmente Eduardo abdicó a favor de su hermano Jorge, el 10 de diciembre de 1936.

EL TREN DE SU MAJESTAD

Arturo Heskett, administrador del Ferrocarril a Bolivia, examinó cada detalle. Sobre sus hombros cayó la responsabilidad de ser el anfitrión de los herederos de la Casa Real inglesa. Eduardo, el príncipe de Gales y Jorge, el duque de York, jóvenes de 37 y 36 años, respectivamente. Su misión: trasladarlos desde Ollagüe hasta Antofagasta.

La gira real comprendía los países de Perú, Bolivia, Chile y Argentina. La idea era que, además de ser embajadores de su patria, conocieran la cultura y costumbres de los países donde Inglaterra tenía grandes inversiones. Antes, en 1925, Eduardo vino al país y se llevó muy buenos recuerdos. Así lo expresó en un comunicado antes que, desde La Paz, llegara a la frontera con Chile.

El gobierno de Carlos Ibáñez Del Campo (1927-1931) movilizó a la diplomacia hacia el norte para recibir a tan nobles visitas. El ministro de Marina, almirante Schroder se trasladó a Ollagüe, junto al coronel de Carabineros Bruno Montt, el cónsul inglés Jack Barnett, Mateo Radovic y Arturo Heskett.

En la estación de Ollagüe, magníficamente adornada y empavesada con las banderas de los dos países, esperaban los coches que serían arrastrados por la locomotora 183. El banquete estaba programado en el mismo tren.

El 20 de febrero de 1931 a las 16 horas, arribó el tren procedente de La Paz, transportado a la real comitiva.



JORGE VI, REY QUE ASUMIÓ EN 1937. CUANDO TENÍA 36 AÑOS, HIZO SUSPIRAR A LAS MUJERES DE CALAMA.

SUSPIROS Y SUEÑOS DE LAS CALAMEÑAS

El príncipe era recibido con verdadero delirio por las mujeres y él se dejaba querer. La pequeña población de Ollagüe se concentró en la estación. Los boy scouts, al momento que llegó la comitiva, le rindieron los honores correspondientes. Un grupo de bolivianas, vistiendo hermosos atuendos de cholitas, con polleras de grandes ruedas, mantones de seda y sombreros de pita blanco y alta copa, bailaron para los príncipes. Eduardo en un gesto de coquetería, invitó a Jorge a fotografiarse con las cholitas. Risitas, miradas furtivas y un hermoso sol de verano dieron el color necesario a la toma fotográfica (¿Dónde estará?).

A las 16.30 horas partió el convoy real rumbo a Calama.

Mientras viajaban, se dispuso el banquete servido por elegante personal de servicio. No hubo discursos, sólo un brindis por los monarcas ingleses y las visitas, y luego, exquisitas viandas para los finos paladares.

El tren llegó a Calama a las 22.15 horas. La estación era un verdadero mar humano. "El ochenta por ciento eran mujeres" de todas las edades y grupos sociales. Las "gringas" habían "bajado" desde Chuquicamata, para saludar a los príncipes, lo que hizo que el cariño se expresara entre suspiros e insinuantes miradas.

EL PRÍNCIPE AZUL

Eduardo y Jorge vestían pantalón gris y camisa azul. Los príncipes bajaron del tren y saludaron, estrechando las manos de algunos.

La banda del destacamento andino dio mayor emotividad al ambiente.

Las jovencitas cambiaban opiniones entre ellas, para destacar la belleza varonil de los príncipes, de tez blanca, ojos claros y cabellos rubios. Los suspiros de las calameñas se sentían en el ambiente.

La jovialidad de Eduardo y Jorge, permitió hacer florecer las esperanzas. De pronto se rompió el encanto. El silbato de la locomotora anunció la partida. Todos se quedaron mirando, mientras el tren y las ilusiones se perdían en la distancia.

En Antofagasta, en el viejo aeródromo de Portezuelo, correctamente alineados esperaban cincuenta sobrevivientes de la Guerra del Pacífico. A pesar de la hora, las 4.30 de la madrugada, mujeres solteras y casadas esperaban a los príncipes. Jack Barnett, cónsul británico, invitó al refrigerio. Todos trataban de estar lo más cerca de Su Majestad.

Los corazones femeninos miraban a los visitantes con no disimulada ilusión. El tiempo voló, como lo hicieron los aviones. Ahora sólo surgían los recuerdos de haber estado junto al rey que dejaría el trono por amor y Jorge, que sería el nuevo rey de Inglaterra.

BIBLIOGRAFÍA

1. PERIÓDICOS Y REVISTAS

- 1.1. El Industrial de Antofagasta
- 1.2. El Abecé de Antofagasta
- 1.3. El Mercurio de Antofagasta
- 1.4. El Sol de Antofagasta
- 1.5. El Catorce de Febrero de Antofagasta
- 1.6. EL Pueblo Chileno de Antofagasta
- 1.7. Diario Ilustrado de Santiago
- 1.8. Revista Chilena de Historia y Geografía. Edición N°126. Talleres Gráficos de E.H.S.Ltda., 1958

2. DOCUMENTOS

- 2.1. Actas de la Municipalidad de Antofagasta
- 2.2. Archivos de la Intendencia de Antofagasta

3. MEMORIA

- 3.1. Recabarren R, Floreal.
Historia del Proletariado en las provincias de Tarapacá y Antofagasta.
Memoria para optar al título de Profesor de Estado, 1954

4. LIBROS

- 4.1. Ahumada, María Teresa.
El establecimiento industrial de Playa Blanca.
Imprenta Ercilla. Antofagasta 1999.
- 4.2. Arce, Isaac.
Narraciones Históricas de Antofagasta.
2° edición. Edit.
- 4.3. Bahamondes, Mario.
Diccionario de Voces del Norte de Chile.
2° edición. Imprenta Ediciones Universitarias de la U.C.N., 1998.
- 4.4. Bermúdez, Oscar.
Orígenes históricos de Antofagasta.
Editorial Universitaria, 1966.
- 4.5. Bermúdez, Oscar.
Historia del Salitre. Primer Tomo.
Editorial U. De Chile, 1963.
- 4.6. Bermúdez, Oscar.
Historia del Salitre. 2° Tomo.
Editorial Interamericana Ltda., 1981.

- 4.7. Blakemore, Harold.
Historia del Ferrocarril de Antofagasta a Bolivia.
Impresoras Universitarias S.A., 1996.
- 4.8. Cajías de la Vega, Fernando.
La Provincia de Atacama (1825-1842).
Imprenta Universitaria La Paz. Bolivia, 1975.
- 4.9. De Mesa, José; Gisbert, Teresa; Mesa Gisbert, Carlos.
Historia de Bolivia.
Editorial Gisbert y Cia.S.A. La Paz 1999.
- 4.10. Encina Castedo.
Resumen de la Historia de Chile. Tomos III y IV
Empresa Editora Zig-Zag. 1982.
- 4.11. Ravest, Manuel La Cia.
Salitrera y la Ocupación de Antofagasta.
Edit. Andrés Bello, 1983
- 4.12. Recabarren, Floreal; Panadés, Juan; Obilinovic, Antonio.
Coloso una Aventura Histórica.
Imprenta Atelier, 1983
- 4.13. Recabarren Rojas Floreal.
1921 Crisis y tragedia en Antofagasta.
Imprenta Erika 1984
- 4.14. Thomson Ian, Ongerstein Dietrich.
Historia de Ferrocarriles en Chile.
Ediciones Dibam, Santiago 1997
- 4.15. Véliz, Claudio.
Historia de la Marina Mercante de Chile.
Imprenta U. De Chile, 1961
- 4.16. Vicuña Mackena Benjamín.
Historia de Tarapacá. Tomo I.
Imprenta Rafael Jover. 1880



UN APORTE DE
COMPAÑÍA MINERA ZALDÍVAR
PATRIMONIO REGIONAL